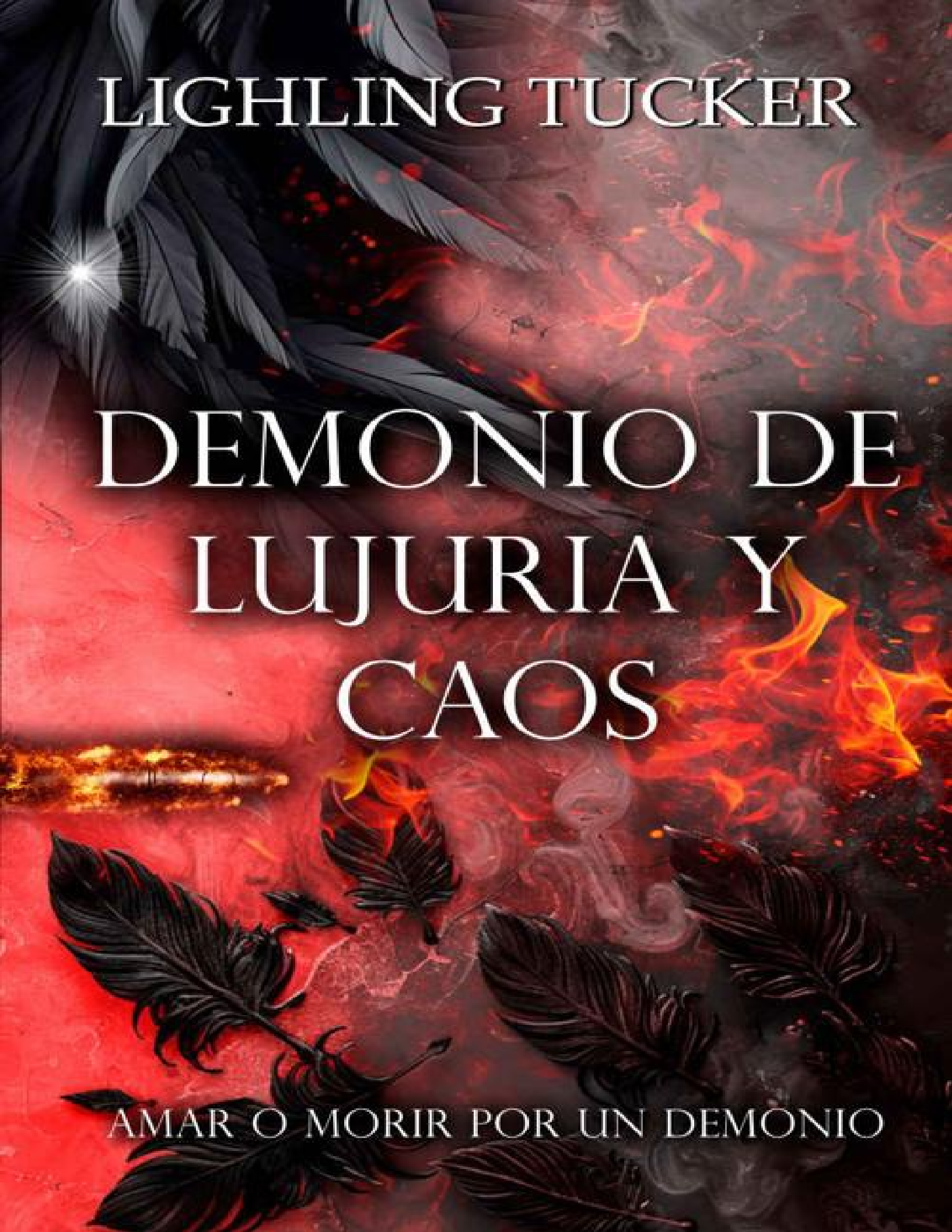

LIGHLING TUCKER
DEMONIO DE LUJURIA Y CAOS
AMAR O MORIR POR UN DEMONIO

DEMONIO DE LUJURIA Y CAOS

LIGHLING TUCKER

Copyright © 2024 Tania Castaño-Lighling Tucker

1ªedición: Septiembre de 2024.

Fotos portada: Shutterstock.
Diseño de portada: Tania-Lighling Tucker.
Maquetación: Tania-Lighling Tucker.

Queda totalmente prohibido la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y ya sea electrónico o mecánico, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la previa autorización y por escrito del propietario y titular del Copyright.

Todos los derechos reservados. Registrado en copyright y safecreative.

A Carmen, este libro no existiría sin ti. Por tus ideas, por estar ahí cada día y por ser mi hermana del. Este libro es para ti.

ÍNDICE

ÍNDICE
AGRADECIMIENTOS
SINOPSIS
PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
CAPÍTULO 41
CAPÍTULO 42
CAPÍTULO 43
CAPÍTULO 44
CAPÍTULO 45
CAPÍTULO 46
CAPÍTULO 47
EPÍLOGO UNO
EPÍLOGO DOS
EPÍLOGO TRES

AGRADECIMIENTOS

¡Pues ya tenemos aquí nuevo libro!

Siempre es un reto llegar aquí, pero para ser sincera, ha sido un gran viaje. Azan nació, o al menos la idea de un demonio, en una charla con una buena amiga. Ella dejó caer que podía escribir algo de demonios y, casi al momento, Azan llamó a la puerta de mente diciendo: Hola, soy yo.

Así que gracias por estar aquí, descubriendo esta idea, este mundo y este momento.

Deseo, de todo corazón, que podáis experimentar todo un viaje con este libro.

A pesar de lo paranormal, hay historias profundas en él.

Puede, solo tal vez, estas historias llenen vuestros corazones.

Gracias por acompañarme un libro más a una aventura nueva. Por vuestras palabras de apoyo, vuestras reseñas y vuestro cariño.

Y si tú, querido lector, eres nuevo en este mi loco mundo, déjame darte la bienvenida. Solo espero que disfrutes y decidas quedarte mucho tiempo.

Gracias.

Porque conseguís auténtica magia leyéndome y dejándome ser una creadora de mundos e historias.

Y ahora un gracias especial a esas personitas que me han acompañado y soportado a lo largo de todo el libro: Carmen, Mireia, Patricia, Montse e Ana.

«Os como la cara».

Y ahora pondré los agradecimientos que suelo poner en mis redes sociales, si quieres salir en el próximo libro sígueme.

FACEBOOK:

ANA CELI, JUANI EGEA, OSANE Y JOSEMA, COCO ALBA MONTERO, ESTER FG, MARIA LUISA GÓMEZ YEPES, ANGELA GARCIA, LAU LUVERA, MARIA VICTORIA ALCOBENDAS, THEFY VIERA, MARICARMEN LOZANO, INES RUÍZ, MARY ALFONSO GRAN, ELIZABETH RODRÍGUEZ, ROSARIO ESTHER TORCUATO, ENCARNA PRIETO, MARTINA DACOSTA IGLESIAS, MARIA GIRALDO, ISABEL GOMEZ, JMARY JURADO NIETO, YERA ELORRIAGA, MARÍA DEL MAR, SOLEDAD CAMACHO, PATRICIA COLETO, TINA STUEBGEN, LISBETH VELASQUEZ, OANA SIMONA, ENRI VERDÚ, ANGELA SUAREZ, ELVIRA ARAU, ANABEL JIMENEZ, LORENA SANCHEZ BERNAL, NATALIA DUARTE, ALEA-CANDY, MAY FG, ANNIE PAGAN SANTOS, PAOLA CAMPO WAYUU, CARMEN ENTRAIGAS MARTEAU, SUANA RICOY, NATALIA BERROA, KARLA G D MARCHENA, SHADARA LUNA, FLOR ALEJOS, MARÍA DEL MAR ROMERO, M ISABEL EPALZA RAMOS, ASCENSION SANCHEZ PELEGRIN, MONIKA TORT, NAY MADRID, CRISTINA IGUIÑO, ANA GUILLEN, OLGA SANCHEZ MALDONADO, SANAY GALEAZZI, ANTONIA MARIA GARCIA LOPEZ, GISÉLE GILLANES.

INSTAGRAM:

NAIARA SG, REINA C RODRÍGUEZ, ALBA SYLVIA DIAZ LOPEZ, MIRIAM1980SM, KAORY, LUZANAYANSIVALDES, MARIMAR, DEA, BOLLI MARCELA, NURIA DAZA, EL RINCONDITO DE MERY, CRISTINA CONDE, ARAMI, MAYRA JR, LAU1605, SULTANITA BELLA, EVA M, PINTO, INGRID, LINA RM, JOHANA MARTINEZ 8895, VICTO VILLAREAL, OLA MARIALO, MARY. RI, CAMELEONA, ITXASIBD, ALICIA RM, MARYTUCASA, NATI 80, YAIZA NEGRÓN, MIREIA, MARINA DEL FUENTER, MAKAHALAY, MARY ALFONSO GRAN, YASMINA GARCIA, JUDIT YUGUEROS, YOLANDA CARRASCO, AMARAT31, MARIA ALCOBENDAS, RITA VILA CONDE, SUSANA DR AGUILERA, BOWSINAKOOPA, ANA CELI, ALAN QUESADA VACA.

SINOPSIS

Los demonios hemos ascendido del Infierno a la tierra.

Hemos tomado el control y dividido el mundo en sectores.

El mío, es el más importante de todos.

Soy Azan, un demonio de lujuria.

Yo soy el dueño de esta ciudad.

Todo y todos me pertenecen.

Obediencia absoluta.

Pero a ella no la vi venir.

No estaba en mi radar.

Bajé la guardia porque era una simple humana.

Permití que Willow fuera nadie cuando debió serlo todo y me disparó.

—¿Qué tenemos aquí? Una gatita con garras.

Es una asesina de demonios y yo debería pararla.

Entonces, ¿qué es lo que siento cada vez que la veo?

Lujuria y caos se desdibujan cada vez que Willow entra en mi vida.

Yo soy el señor de todo y, sin embargo, ella puede ser mi reina.

—Aceptarás mis términos. Eres mía y te sentarás en mi trono, conmigo, sobre mí, dando órdenes a mi ejército —dije.

—Jamás —contestó Willow.

Eso está por ver.

PRÓLOGO



Un año antes…

La ciudad se llenó de demonios.

En realidad, el mundo entero lo hizo, sumiéndolo en un caos tan infinito que jamás volvió a ser lo que era.

Eso es lo que ocurre cuando dos mundos colisionan de golpe. Uno se destruye en pos del más fuerte que lo devora sin miramientos.

O al menos así lo sentí yo.

—¡Ayúdame! —gritó un transeúnte.

Era alguien normal.

Un humano común y corriente.

Estaba tirado en el suelo, desgarrado y con el cuerpo de un gigantesco demonio sobre él. Aquel ser del horror se estaba alimentando de él. Absorbiendo su miedo, su dolor y su desesperación, estaba acabando con su vida ante la mirada de todos.

Yo seguí caminando.

No podía pararme, no podía ayudarlo, solo debía seguir caminando para tratar de alejar aquellos gritos de mi cabeza.

Unos que me perseguirían durante días.

Cuando los demonios llegaron por primera vez, lo hicieron de una forma semi pacífica. Se afincaron en los gobiernos, tomaron el control de todo aquello que desearon bajo la bandera de

paz para los humanos.

Nosotros.

Seres inferiores.

Nos merecíamos ser sus mercancías después de una vida impura. Ellos se atrevieron a juzgarnos duramente.

Meses después, cuando los humanos comenzaron a ser obligados a dejar las instituciones gubernamentales, llegó el caos. Se levantaron insurrectos que pelearon contra ellos.

Muchos murieron.

Miles.

Quizás millones.

¿Y los que aceptamos seguir bajo su yugo para poder vivir?

Fuimos clasificados con un número en el cuello, uno que nos leen constantemente para saber de qué trabajamos, edad, nombre y estatus. Algo simple que les pareció efectivo.

Ellos, superiores a nosotros, ganaron.

Y la humanidad quedó esclavizada.

Fingen que somos libres, pero eso no es cierto o es que quizás nunca lo fuimos. Solo cambiamos unos dueños por otros.

Los demonios tienen sus propios jefes. Denominados: Señores de la guerra, cada uno controla un sector. Puede que, en su día, ese sector fuera un país o varios de ellos. Ya nada de eso existía.

Las fronteras se habían desdibujado.

Borrándose.

¿Y los ángeles?

Nunca se pronunciaron.

Decidieron que éramos culpables de todos los cargos que los demonios nos lanzaron a la cara. Nos condenaron a ellos sin poder defendernos o exponer un caso plausible. Ni siquiera bajaron a vigilar o tratar de poner un poco de orden.

Nos dejaron como seres inferiores.

Perdidos.

Inútiles.

Llegando a mi bloque de pisos vi a un grupo de demonios en la puerta. No era raro encontrarlos ahí, parecía ser un nuevo lugar de reunión. No me apetecía pasar entre ellos, que sus miradas me desnudasen buscando pecados o lujuria.

Así pues, solo respiré profundamente.

Quizás se fueran en un rato corto.

Mi corazón bombeó como un caballo de carreras mientras me aferraba a las bolsas de la compra.

«Que les jodan a los congelados». Pensé.

No pasaría.

No voluntariamente.

—Ey, Willow.

No.

Y mil veces no.

Cerré los ojos dejando que el miedo se filtrase por mi piel. Quien me llamó, un demonio que frecuentaba mi barrio, se aproximó a mí poco a poco como si yo fuera un objeto inflamable.

O a punto de explotar.

—Tranquila, no voy a hacerte daño —susurró Finn como si leyera mis pensamientos.

Negué con la cabeza.

—S… Solo quiero volver a casa.

¿Por qué mi voz temblaba tan lastimeramente?

¡Ah, sí!

¡Porque estaba muerta de miedo!

Finn nunca me había hecho daño, de hecho, hasta me había defendido de algún demonio que me había perseguido por la calle prometiéndome sexo salvaje. A grandes rasgos, podía decir que era un buen tío.

Pero seguía siendo un demonio, eso no podía cambiarlo.

Y ellos eran los que tenían la sartén por el mango y podían hacernos lo que quisieran.

—Ya, eso… Eh… Willow, será mejor que te quedes conmigo un rato.

Su voz.

Casi ronroneaba, un sonido que hacían aquellos seres para tratar de seducir, calmar o apaciguar a los humanos y controlarlos. Lo había sentido tantas veces que mis instintos se pusieron en alerta en cuanto lo hizo.

Y retrocedí unos pasos.

—¿Finn? ¿Qué ocurre?

Nervioso, aquel enorme ser miró hacia mi bloque de pisos y después a mí.

—Sabes que nunca te he hecho daño, ¿verdad, Willow?

Vale.

Ahora sí tenía miedo.

No es por las diferencias que había entre él y yo, que eran muchas. Para empezar, medía más de dos metros de altura, algo que era imposible de esconder. Completamente grande, con unos hombros mucho más grandes y ridículamente vestido con un traje que bien podría ser mi sueldo de todo un año.

Era uno de los demonios que tenía escamas por todo su cuerpo. Estas eran verde iridiscente y parecían atraer la luz del sol a una trampa mortal donde se consumía bajo su piel.

Como era de esperar, los demonios no eran todos iguales. Los había con alas, sin ellas, con cuernos, escamas, colas…

Finn tenía unos cuernos parecidos a los de un carnero que se retorcían a ambos lados de su rostro angelical.

Porque sí.

¿He mencionado que gran parte de los demonios son hermosos?

La genética estuvo de su lado, chicas.

—Finn… Si te he ofendido en algo o he dicho algo… Lo siento. Yo… No quiero problemas.

Los ojos azules de Finn se contrajeron como si algo le doliese.

Santo cielo, iba a morir sin saber qué tan terrible había hecho para ofenderlo.

—¿Puedo arreglarlo de alguna forma o vas a matarme sin más?

¿Por qué preguntaba esas gilipolleces?

Ese ser iba a devorarme sin piedad.

Finn suspiró pesadamente, fue como si esa pregunta le hiciera daño de alguna manera, aunque no supe determinar el motivo.

—Willow, no voy a hacerte daño, te lo prometo —dijo torciendo la cabeza de nuevo hacia mi bloque de pisos.

Entonces vi como los paramédicos se llevaban a alguien tapado en una camilla.

Las piezas empezaron a encajar lentamente.

Y mi corazón comenzó a detenerse en consecuencia.

—Willow, mírame —pidió Finn.

Lamentablemente, yo ya estaba muy lejos de él. Quizás no físicamente, sin embargo, en mi mente todas las opciones eran terribles.

Finn volvió a suspirar.

Poniéndome una mano sobre los hombros, empezó a caminar a mi lado mientras nos acercábamos a mi casa.

Dejé caer las bolsas de la compra cuando entré en el portal y olí el terrible olor a sangre y muerte. Entonces, el agarre de Finn se afianzó con más fuerza y fue cuando me di cuenta de que yo estaba temblando.

Anticipando lo que pasaría.

Subí los escalones poco a poco dejando que un sinfín de sonidos llenasen mis oídos.

Fue como un descenso a los infiernos.

En un momento pensaba en cómo volver a casa sin encontrarme a ningún demonio y, al otro, estaba segura de que uno de esos seres acababa de hacerme algo irreparable. Imperdonable.

Los gruñidos también aumentaron, cosa que me sorprendió.

—¿Finn… qué? —me atreví a preguntar.

Con el rostro desencajado por la lástima, confirmé que lo que estaba a punto de ver en casa iba a doler.

—No somos perfectos, Willow, y tú lo sabes. A veces, a pesar de nuestra rectitud, alguno de los nuestros se desvía con tanta hambre que pierde el control.

Apartándome de él como si me hubiera disparado, me alejé hasta que mi espalda chocó contra la pared.

—¿Le has hecho algo a mi familia?

Mi familia era una amiga y un gato, no me quedaba nada más. El resto lo había perdido un año antes cuando llegaron los demonios.

Me lo arrancaron todo sin dar opción a defenderme o lamentarlo. Tan pronto tenía una familia feliz, como la perdía en un terrible accidente con un demonio fuera de control.

Ya no me quedaba apenas corazón.

El trocito que todavía conservaba era por mi gato y una amiga que había sufrido la misma suerte que yo. Juntas estábamos curando el dolor de nuestras pérdidas tan repentinas.

—Yo jamás haría algo que te hiciera daño, Willow —aseguró Finn.

—Entonces… ¿Qué?

No terminé de hablar.

Llegando al descansillo de mi casa, vi que mi puerta estaba arrancada junto con el marco. Algo grande, feo y feroz la había echado abajo y sus garras dejaron una marca inconfundible.

Demonio.

Tras Finn vi que otros demonios nos seguían con el mismo rostro de lástima.

—Sé que hace un año, cuando llegamos a la Tierra, los demonios fuimos crueles. Estábamos hambrientos, pero ahora somos capaces de ser civilizados. Sabes que ninguno de mis chicos haría algo así —explicó Finn.

Sus chicos.

Esos demonios jóvenes que necesitaban supervisión para no perder el norte. Los mismos que habían sido abandonados por sus padres por cualquier motivo trivial y sin sentido.

A grandes rasgos, nos parecíamos a ellos, aunque los demonios se empeñasen en verse superiores.

Entré en mi piso.

La sangre cubría el suelo y las paredes como si hubieran hecho una fiesta con ella. Todo estaba roto, salpicado y desgarrado. Los muebles, astillados, se repartían por el suelo sin orden alguno.

Las paredes habían sido destruidas con algo similar a una cola o una bola de demolición.

—¿Pay? —pregunté con una voz tan pequeña que supe que nunca antes había sido mía.

—¿Micky?

Ni mi gato ni mi amiga contestaron.

—Willow, deberías salir de aquí —dijo Finn poniendo una de sus grandes manos en mi hombro.

Su voz no era la de siempre, era seria y fuerte.

Una orden mezclada con un toque suave de cariño.

—¿Dónde están? —susurré.

Suspirando, Finn miró al suelo lamentando lo que haría a continuación. Lo leí en sus ojos y, aunque mi mente y mi corazón ya sabían lo que estaba a punto de ver, necesitaba hacerlo.

—Lo siento de verdad. De todos los humanos que conozco, eres la que menos se lo merece.

Su consuelo no me sirvió.

Su cariño resbaló sobre mi piel como agua de lluvia.

Entonces me acompañó a la habitación de Pay y contemplé el horror que ya imaginaba.

Un demonio, seguramente un forense, estaba recogiendo en bolsas de basura los trozos de la que una vez fue mi amiga. Sobre su cama, quedaban trozos de carne, piel y hueso que no fui capaz de reconocer.

Colapsé.

Me rompí de formas que creí que ya no era posible.

Después del dolor de perder a mi familia, no sabía que el dolor se volvía más agudo. Y era tan atroz que juro que apenas respiré durante unos segundos.

—Lo estamos buscando y será castigado —me animó Finn.

Los trozos de Pay me hacían creer que no había castigo suficiente para calmar lo que le habían hecho.

—¿Sabes si se estaba viendo con algún demonio? Si puede que rompiera con uno y este… ¿No se lo tomase bien? —preguntó Finn.

Alejándome de él, di dos pasos hasta que el forense me detuvo con la cola.

—Cuidado, señorita —dijo señalándome el suelo.

Micky.

Mi pequeño estaba desgarrado ante mí y no lo había visto hasta ahora.

—¡Oh, joder! —exclamé.

¿Qué podía decir en un momento como ese?

—Willow, si pudiéramos hablar un momento… Entiendo el dolor que estás sintiendo, pero, para atraparlo…

Exploté como siempre temí que pasaría.

Me conocía demasiado bien.

Sabía que tarde o temprano el dolor me haría convertirme en alguien horrible y que moriría por ello.

—¡No entiendes nada! —bramé enfrentándolo.

Finn retrocedió lentamente.

—¡¿Qué castigo se les impone a los de tu clase?! ¡Tú y yo sabemos que poco más que nada! Ella sufrió lo indecible por una de vuestras bestias y quieres que crea que recibirá justicia.

Reí frenéticamente.

Como una loca.

Como alguien perdiendo por completo su corazón.

—Civilizados, dices —entre risa y llanto conseguí hablar—. Viniendo de la compra vi como uno de los tuyos devoraba un hombre en medio de la calle.

Nadie dijo nada.

Todos los demonios me miraron.

Odié la lástima que vertieron en mí, se me retorció el estómago por culpa de una piedad que sabía que no podían sentir.

—Pay era mucho mejor que cualquiera de vosotros, monstruos —escupí abriéndome paso por aquellos seres que no me detuvieron.

Finn dijo mi nombre.

Lo sostuvo en el aire con una nota de comprensión que casi tocó mi corazón.

Pero ya no tenía.

Me lo acababan de arrancar y ahora solo quedaba un hueco vacío.

—Willow…

CAPÍTULO 1



WILLOW

No importa el tiempo que pase, los recuerdos de Pay llenan mi mente día a día. Su pérdida no dolía más que las demás, era solo que la suya era la que lo había hecho detonar todo.

Pay había sido la presa que calmó mi corazón cuando este se desangraba.

Y ahora no estaba.

Por supuesto nadie encontró al culpable y, si lo hicieron, no movieron un dedo por detenerlo porque era un demonio. Había siempre una excusa tras sus actos, seguramente culpaban a Pay de su atroz asesinato.

Era una humana más de una larga lista.

¿Qué importaban?

Pero, para mí, Pay había sido un pilar más importante que cualquier otro. Quitármelo me había hecho caer en la más profunda oscuridad.

En ese año de diferencia había olvidado muchas cosas.

Ya no reía.

No sonreía.

No sentía nada más que dolor.

—Willow, te has levantado temprano —dijo Finn con alegría al verme en el comedor.

Yo, en silencio, viajé hasta la cocina donde me serví un café que detestaba, aunque lo necesitaba para estar operativa.

—¿Dónde estuviste anoche? —preguntó el demonio.

Vivíamos juntos.

O algo así.

Después del asesinato de Pay, me había costado seguir adelante. Con mi piso destrozado, el demonio estuvo a mi lado cuando los pedazos de mi vida me desgarraban paso a paso.

Me acogió cuando no era más que un cuerpo sin ganas de hablar.

También estuvo cuando deseé dejar de comer.

Él y sus chicos me animaron a comer, a salir a la calle, a escuchar música y a ver películas que consideraban divertidas, pero que eran una auténtica mierda. A pesar de eso, el sentimiento de hermandad trató de abrazarme luchando para que me sintiera mejor.

Ellos no sospechaban que ya nada funcionaba.

Que me sentía mucho más perdida que hacía un año y que su cariño caía en saco roto.

Los odiaba a todos.

A sus pieles de colores, sus escamas, sus cuernos, colas y alas y a todo lo que representase un demonio.

—Por ahí —contesté recordando que Finn había hecho una pregunta.

Nunca lo decía.

Sabía que se molestaría si le dijera que fui a los barrios más jodidos de esta ciudad podrida y que había matado a un demonio de un balazo en la cabeza.

¿Tenía justificación?

La tenía.

El muy estúpido estaba intentando violar a una humana y, esta al negarse, trató de cortarla en pedazos.

—Dicen que ha muerto un demonio en el sector cuatro. Un mal demonio, si me preguntas mi opinión.

Pero no lo había hecho.

No la necesitaba.

Como tampoco necesitaba su mirada inquisitiva, así pues, seguí bebiendo mi asqueroso café dejando que calentase mi piel.

Como siempre hacía cuando perdía la batalla, Finn suspiró sonoramente.

—Willow, sé que has sido tú y no te culpo, era un mal demonio, pero tienes que dejar de hacer eso. Un día te cogerán —explicó Finn como si eso tuviera algún efecto en mí.

Iluso.

Sonreí a través del borde de mi taza.

—No sé de qué me hablas —mentí.

Se desesperó, aunque mantuvo la calma. Vi en sus ojos verdes que estaba llegando a un tope conmigo. Estaba tirando la toalla después de tantos meses intentando encarrilarme para convertirme en una «buena humana».

—No puedes seguir matando demonios —dijo más claramente.

—Si fueran humanos, ¿sí podría? —pregunté.

Él gruñó.

—No tienes que seguir matando a nadie. Este camino no te los devolverá, tienes que parar o resultarás herida.

—¡Hola!

Clawn había vuelto a casa.

Era el miembro más divertido de los demonios y, puede, que el único que no me juzgaba por lo que hacía. Seguramente fingía para ser más próximo a mí, sin embargo, no me importaba.

Su sonrisa en aquel rostro angelical siempre calmaba un poco el ambiente.

—He traído chocolate del bueno, toma un trozo, Willow —canturreó llegando a mí con su cola danzando en el aire con alegría.

Era una especie de león convertido en demonio.

Su piel amarilla destacaba fuera a donde fuera y se ganaba unas buenas miradas femeninas que él prefería ignorar. Su cabello rubio caía en cascada por sus hombros esculpidos en piedra y acababan en un pecho fuerte y musculoso.

No me aparté de mi taza de café mientras él tendía su preciado chocolate hacia mí.

Dudé, pero supe que me apetecía sentir ese dulzor en la boca.

—Gracias, Clawn —dije.

Sus ojos amarillos brillaron de alegría en cuanto acepté el regalo. Fue como si, con ese gesto, él creyera que había apaciguado a mi bestia interior. Parecía circular la creencia de que podían «calmarme» para evitar que siguiera matando.

Necesitaba balas y pedírselas a Finn me costaría un problema.

Cuando le pedí un arma hacía un año, él cedió porque creyó que necesitaba sentirme segura después de lo de Pay.

En parte fue así, pero entrenarme con demonios, sus demonios, me ayudó a entenderlos poco a poco.

Clawn fue el primero que se ofreció a que aprendiera a pelear para así, y cito textualmente, «no sentirme tan indefensa». Y me vino bien porque el ejercicio me hizo sentir mucho mejor.

Antes de la llegada de los demonios yo estaba rellena, muy rellena, pero la pena por perder a mi familia me hizo dejar de comer y bajé tanto de peso que parecía otra persona totalmente diferente.

Pero después de Pay mi delgadez se convirtió un poco en músculo por los entrenamientos.

Seguía teniendo algo de curvas, pero no tantas como una vez tuve.

Era la imagen distorsionada de la mujer que fui entonces.

Un fantasma.

—No necesita chocolate, anoche mató a otro demonio —regañó Finn.

Clawn abrió mucho los ojos fingiendo sorpresa y se llevó una mano al corazón.

—Eres una chica muy mala —ronroneó.

Maldito bufoncillo.

Me acompañaba casi todas las noches fingiendo que no lo hacía. Era su manera de protegerme porque sabía que a Finn le daría un infarto si me pasaba algo. Por suerte, yo jamás lo delataría ni tampoco al resto de chicos que me seguía cuando salía de caza.

Lo hacían para protegerme y cuidarme como si yo fuera miembro de su familia.

Me encogí de hombros ante las palabras de Clawn.

—Se lo merecía —dije defendiéndome.

Finn, tras un rápido suspiro, dejó la cocina dispuesto a prepararse para un nuevo día.

—Necesito balas —le susurré a Clawn.

El demonio me fulminó con la mirada.

—Si Finn se entera, me despellejará.

—No le diré nada, lo juro.

Era un blando.

Y me quería como si fuera su hermanita pequeña.

Solo tuve que mirarlo suplicantemente, como un gatito haciendo pucheros, y el demonio se me derritió en la palma de la mano.

—Vale, esta noche te traigo, pero escóndelas en un sitio nuevo. Finn descubrió tu escondite hace una semana y no tardará en saquearlo si te ve matando de nuevo.

Entonces sí sonreí.

—Eres genial, Clawn.

Así mi sed de sangre seguiría siendo liberada noche tras noche.

Finn regresó con una carpeta entre los dedos y vestido tan implacablemente que daba miedo.

Su trabajo, del cual por supuesto que no sabía nada de nada, consistía en ser el abogado del Señor de la guerra de Darkness City. Era su consejero más leal y el que removía cielo, tierra y mar en sus casos legales y no tan legales. Conseguía agarrarse a cualquier vacío, resquicio y cagada argumental en las leyes para destruir al oponente que viniera a derrocar al su Señor de la guerra.

Cada ciudad tenía uno y esta se dividía en sectores según el número de la población.

Darkness City era la más grande y poseía hasta catorce sectores. Había otras que apenas llegaban a siete, pero podían ser mucho más peligrosas. Al parecer, al Señor de la Guerra de nuestra ciudad le gustaba la paz y que todo se hiciera bajo sus reglas.

Eso daba un buen número de asesinatos y crímenes menos, pero seguía siendo insuficiente.

Mientras los humanos fuéramos como mascotas siempre habría injusticias. En realidad, en cualquier caso las habrá, no obstante, convertirnos en seres inferiores aumentaba el número de crímenes.

—Azan me espera para una reunión importante. Estoy seguro de que alguien le dirá lo que hiciste anoche. Solo espero, Willow, que dejes de hacerlo. No podré protegerte siempre —explicó.

Azan.

Señor de la Guerra.

Después, como tenía costumbre de hacer, me plantó un beso en la mejilla y se marchó.

—No me esperes para cenar. Que tengáis buen día.

—Adiós —dije, secamente.

—Adiós, amorcito mío —canturreó Clawn.

Puse los ojos en blanco.

El silencio inundó la cocina mientras otros chicos de Finn comenzaban a levantarse para ir a

saquear la nevera. Esos cuerpos esculturales danzaron a mi alrededor, todos en calzoncillos, mientras parecían luchar por meterse algo en la boca.

Vivíamos veinte demonios y una humana en la mansión de Finn. Todos recogidos por diferentes motivos.

—Alguien huele a sangre de demonio —rio uno.

—Nuestra sanguinaria ha matado de nuevo.

—Papá Finn te acabará poniendo en sus rodillas y te azotará el culo.

—Y luego se meterá entre tus piernas y se alimentará de tu lujuria.

Desenfundé el arma que llevaba pegada a mi pecho. Todos callaron a la vez.

—Es solo una broma —comentó Clawn acariciándome la cabeza.

¡Claro que sí!

—Yo no he dicho nada —dije fingiendo inocencia.

Les acababa de mandar una advertencia clara y todos la habían captado a la perfección. Sabían que no era una humana fácil de matar, que cazaba a los de su especie y que les dispararía por la espalda de ser necesario.

Para vencer al enemigo tenías que convertirte miserablemente en uno de ellos.

—Si se lo merecía, bien hecho, Willow —aplaudió uno de ellos.

Después las voces comenzaron a sonar hablando de su día a día y de las cosas que podían hacer siempre que Finn no se enterase. Eran buena gente, a pesar de ser demonios, eso era lo único que me hacía evitar quererlos.

De ser humanos, esta gente hubiera sido mi familia.

Ahora solo eran seres con los que convivía por obligación.

—¿Más chocolate? —preguntó Clawn.

Asentí.

Necesitaba sentirme mejor… Solo un rato… Antes de que los remordimientos por sobrevivir a todos acabasen conmigo.

CAPÍTULO 2



AZAN

Finn protegía a su humana de nuevo.

Tenía un informe sobre mi mesa donde se detallaba cómo la humana había seguido al demonio, y a la chica con la que había ligado, hasta un callejón. Allí observó sin interferir hasta que el demonio atacó.

Un tiro limpio en la cabeza.

Ni siquiera la vio venir.

Debía de reconocer que tenía curiosidad por esa pequeña humana que mi abogado protegía con tanto ahínco. Sabía de su vida pocas pinceladas que él me había contado y también que la había dejado quedarse en su mansión.

Ella parecía estar en proceso de recuperación mental después de perder a todo ser que amaba.

—Tu humana es un peligro, Finn. Debes traerla al consejo y será custodiada por algún guardián de la corte —ordenó Kaju, un demonio más viejo que el sol mismo y que repudiaba la idea de que los humanos fueran algo más que cabras para un pastor.

Y estaba deseando poner sus garras en las carnes de esa humana.

—Con el debido respeto, consejero Kaju, yo seguiré cuidando de la humana. Por ahora, sus crímenes no han ido más allá de demonios de moral dudosa que nos hacen parecer débiles e inferiores. En lo que a mí respecta, hace un buen trabajo, aunque moderaré sus escapadas a partir de hoy si eso es suficiente para el consejo —explicó Finn.

Esa humana significaba algo para él y lo dejaba tan claro que el muy idiota no se daba cuenta. Exponía un punto débil en un consejo rodeado de víboras dispuestas a lanzarse a su garganta.

—¡Es inadmisible! ¡Es una asesina! —se quejó Kaju.

Finn ni siquiera tembló con su voz temperamental.

—No ha incumplido ninguna ley vigente, señor. Por ahora no se la puede acusar de nada más que de hacer el trabajo de la policía. Acabar con un demonio o dos al mes, demonios que merecen ser eliminados, no debería ser un problema mayor para este consejo que está mucho más elevado de esos temas tan mundanos —dijo Finn moviendo una mano con desprecio.

Por eso era mi abogado.

Con sus palabras podía convencer a toda una sala de cambiar el rumbo del mundo. Y así lo hizo. Los consejeros dejaron de lado a la pequeña humana que vivía en su mansión, aquella que anhelaba sangre demoníaca, y pasaron a temas mucho más importantes que una mera mísera vida humana.

Chico listo.

Permití el cambio de tema mientras mi mente divagaba en los detalles de que una humana estuviera tomándose la justicia por su mano. Ella, después de perder a quienes amaba, destruía a los seres que le habían hecho daño.

Si mal no recordaba, y es que nunca presté demasiada atención, el detonante fue la muerte de su amiga.

Finn quiso evitar que ella entrase en el piso cuando el forense despegaba los trozos de carne de las paredes, pero nada pudo evitarlo. Después de eso, muy poco después a decir verdad, los cadáveres de demonios cuestionables comenzaron a acumularse en la morgue.

Todos ellos tenían un motivo plausible.

Todos y cada uno de ellos.

No los hacía sufrir, aunque yo sabía que era porque aprovechaba el factor sorpresa para matarlos. En condiciones normales la matarían sin poder defenderse, así pues, utilizaba todas sus herramientas a mano para acabar con ellos.

Ingenio en algo que podía ser tan insignificante.

Tomé el informe entre mis dedos dejando que las hojas tocasen mis garras. Ignorando al resto, me levanté para ir al cajón donde había guardado el resto de los informes que me habían entregado.

Por alguna razón que desconocía, había sentido el impulso de guardarlos cuidadosamente como si sus trofeos fueran los míos.

—¿Nunca apareció? —pregunté cortando la reunión.

Todos callaron.

Finn fue el único que pareció comprenderme.

—El asesino de la amiga de tu humana. ¿Apareció? —pregunté impacientándome.

No me gustaba esperar.

El rostro de Finn se endureció.

—No, no lo hizo —contestó.

Uhmmm.

Bajé la vista de nuevo a mi cajón de trofeos. En un año había matado a más de setenta

demonios, un palmarés bastante alto para una humana que no debía de medir más de metro setenta.

Débil, pequeña y humana.

Asesina, feroz y cazadora.

Dejé que mis dedos rozaran las carpetas como si los nombres de las víctimas me contasen una historia curiosa.

—¿Crees que sigue matando para encontrarlo?

Finn suspiró como siempre solía hacer, aunque sabía que no podía librarse de mis preguntas. Del resto sí, pero de mí… Jamás.

—No —contestó—. Creo que lo hace por ira. Estoy seguro de que agradecería encontrar a quien le hizo eso a su amiga, quizás eso la detuviera.

Y ahí un pequeño atisbo de mentira, un leve tufo que ocultó bien dejando ir una verdad que envolvía la frase.

Esa pequeña humana no pensaba dejar de matar por mucho que encontrase al asesino que la convirtió en lo que es. Estaba consumida por la venganza y, aunque lo estaba intentando, Finn no era capaz de controlarla.

Muy interesante.

—¿Podría dejar de matar por una semana? —pregunté—. Tengo visitas familiares y no quiero lidiar con su mierda estos días.

No.

Con mi familia en la ciudad no necesitaba tener que encargarme de una humana que nos hacía el trabajo sucio.

—Por supuesto. Controlaré que no lo haga.

Finn estaba pálido.

Sabía que ella no pensaría lo mismo, interesante.

—Después quiero que me la presentes —sentencié robando el aliento de todos los presentes.

Sus jadeos y susurros me importaron bien poco. Después de la gran colección de informes que tenía en mi sala de reuniones, necesitaba conocer a la pequeña cosa que estaba haciendo estragos en la ciudad.

—Señor de la Guerra, yo…

Finn temía por la vida de su pequeña cosa.

—No la dañaré, solo ansío conocerla.

Odié tratar de reconfortarlo porque yo ordenaba y él debía cumplir sin siquiera pestañear. Solo que, sentí que esa mujer era importante para Finn. La había colocado bajo su ala durante muchos meses.

Para mi «no sorpresa», mi abogado no parecía convencido.

—Sí, Señor de la Guerra.

Iba a pasar días sin dormir mi abogado. Solo esperaba que no desfalleciera mientras hacía su trabajo. Me resultó muy curioso que pudiera preocuparse tanto por un ser tan pequeño e insignificante como un humano.

¿Se habría enamorado de ella?

Había conocido a algunos a los que les había pasado.

—Si no puedes contenerla, quizás deberías ponerle una correa —rio Kaju.

El gruñido de Finn reverberó por toda la sala tan fuerte que acalló todas las voces de golpe. Él nunca había dicho una palabra más alta que la otra, jamás se había enfrentado a nadie por nada. Ni siquiera se había defendido ante insultos u otras vejaciones que habían intentado con él.

Solo reaccionó cuando hablaron de su sanguinaria humana.

Esa era una reacción más que interesante.

—No es un juguete y es por demonios como tú, con ese pensamiento arcaico, que gente como ella se toma la justicia por su mano —explicó Finn con una calma que predecía a una terrible tormenta.

El mundo no era un lugar sencillo.

Siempre había un jefe nuevo luchando por quedarse algún sector o trataba de desestabilizar mi mandato. Yo siempre aplastaba a los demás con fuerza y contundencia. De no hacerlo así me tomarían por débil.

Poseía una mafia a mi espalda que proteger.

Los Señores de la Guerra no eran alcaldes o presidentes, eran jefes de mafias que controlaban ciudades completas. Nuevas mafias nacían bajo las sombras y, cuando crecían lo suficiente, luchaban por tratar de quitarle la corona al rey.

Pero mi clan no era fácil de arrancar o ganar.

Los humanos creían que éramos presidentes, pero olvidaban que su mundo ya no existía. No somos ellos, no tenemos ese tipo de justicia, solo clanes que luchan por la supervivencia.

Gané mi puesto con sangre.

Con muchísima sangre y lo conservaré como sea necesario.

—¡Ella merece ser asesinada públicamente! ¡Mata a demonios! ¡Por el mal encarnado! ¿Cómo podemos olvidar eso? ¡Ese insecto mata a los nuestros!

Kaju estaba descontrolado ese día.

Suspiré.

—¡Mata a demonios que son una vergüenza para la sociedad!

Finn tenía un punto, aunque no estaba del todo mal encaminado. Como mafias, todos hacíamos cosas horribles para llegar a la gloria. Cierto es que, el asesinato con alevosía no era una de ellas, tampoco la violación o abusar de los humanos sin motivo aparente.

Éramos algo civilizados, solo que, demonios a fin de cuentas.

La maldad corría por nuestras venas. La lujuria, las ganas de sangre y poder llenaba nuestros cuerpos haciéndolos bombear.

No todos podíamos ser tan puritanos como Finn, gracias al cielo.

—Nadie matará a la humana, por ahora, solo quiero conocerla —expliqué acallando las voces.

A Finn y a Kaju no les quedó más remedio que sentarse cuando di por zanjado el tema.

La humana era un problema en ese consejo y, con sus asesinatos, rozaba una línea difícil de defender.

Pensé en ella mucho más de lo que debería.

Y seguí pensando.

Caí en la cuenta, al final, de que no sabía su nombre.

Estábamos tan metidos en ser mejores que ellos, que olvidamos que esos humanos también usaban nombres para identificarse.

—Finn, ¿cómo se llama tu humana? —pregunté volviendo a meter mis garras en los informes.

Tanta sangre.

Tanta ira.

Tanto dolor.

—Willow, señor.

Silbé dejando que la yema de mi dedo paseara por los cantos de las carpetas.

—Willow…

Probé su nombre en mi boca y sonó bien.

Demasiado bien.

CAPÍTULO 3



FINN

Hablar con Willow iba a ser una de las cosas más difíciles a las que me enfrentaría en toda mi larga existencia.

Para cuando llegué a casa, corrí a revisar que estaba en su habitación y la encontré con Clawn viendo una película. Más le valía que después de eso se fuera a dormir o todos íbamos a tener serios problemas.

Con una mirada inquisitiva, los miré creyendo que entenderían mis preocupaciones.

Clawn pareció vislumbrar algo, pero Willow…

La pérdida de brillo en sus ojos duraba demasiado tiempo. Durante meses creí que lo recuperaría, que nuestra familia la haría tan feliz que olvidaría todo lo que había sufrido a manos de los de mi clase.

No estaba siendo así.

La conocí poco después de que se mudara con Pay a ese piso que compartían. Su amiga parecía más entera y valiente, salía a comprar y hablaba con demonios agradables que querían conocerla.

Willow siempre fue más reservada.

Su dolor estaba reflejado en sus facciones con tanta fuerza que supe que algo horrible le había pasado. Eso y la gran pérdida de peso que experimentó en los siguientes meses. Apenas comía o dormía, solo lloraba.

Su corazón estaba roto.

Pay cuidó de ella pacientemente. A pesar de su dolor, tiró de su amiga hacia delante obligándola a ser feliz a pesar de todo.

Y floreció.

Mes a mes, la pequeña Willow fue saliendo más de casa y regaló algunas sonrisas.

Era temerosa cada vez que veía un grupo de demonios, pero siempre quise enseñarle que no tenía nada que temer conmigo. No fue fácil, ella temblaba cada vez que me veía, no obstante, siempre luché por regalarle una sonrisa amable.

Quería que fuera feliz.

Era consciente de lo que los míos hacían y habían hecho.

Nuestra naturaleza feroz nos hacía crueles, aunque yo creía que podíamos basarnos en un estado de leyes bastante neutral que nos beneficiara a todos. No éramos seres sin alma, podíamos convivir sin problemas.

O eso creía yo.

Sostener este pensamiento con los demás era difícil, puesto que muchos parecían no querer evolucionar y se aferraban a las viejas costumbres.

Yo creía en el futuro.

En no ser bestias.

En ser «civilizados».

Obviamente tenía opositores en ambos bandos. Tanto humanos como demonios no creían que eso fuera posible y la brecha entre nosotros se haría cada vez más grande si no interveníamos a tiempo.

Suspiré por millonésima vez.

Tenía que hablar con Willow.

La orden de Azan era irrevocable. Si asesinaba esta semana la despellejarían públicamente. Parte del consejo del clan estaba deseando ponerle las garras encima por sus crímenes y es que, a pesar de que estaban justificados, la creían un estorbo.

Muchos eran de la corriente de que los humanos merecían sufrir.

Que los demonios debían de ser crueles.

Y ella los retaba abiertamente.

No negaré que había sentido parte de orgullo con sus crímenes hasta que hoy sentí que la curiosidad crecía en el pecho de Azan.

Perdido en sus pensamientos, lo había visto embobarse en todas las carpetas que no sabía que guardaba. No había que ser un lince para darse cuenta de que eran todos los informes de Willow.

Creí que la había estado protegiendo.

Realmente pensé que lo había hecho, pero ese maldito cajón solo me dijo algo que no quería que se hiciera realidad: Azan comenzaba a sentir curiosidad.

Alguien como él no era a quien querías como invitado en casa. Atraer su atención era una locura monumental y la vida de mi Willow comenzaba a estar en serio peligro. No podía matar.

Debía comportarse ante Azan.

Me dejé caer en el sofá sintiendo el peso del mundo sobre mis hombros. Con calma, aflojé mi

corbata con la sensación de que no me llegaba el aire. Necesitaba respirar por encima de todo, sin embargo, se me estaba negando el oxígeno tan necesario.

Willow iba a ser mi perdición.

Clawn apareció, su cabello rubio parecía flotar a su alrededor y eso solo pasaba cuando usaba su magia. Eso me hizo sentir miserable porque supe que acababa de dormir a Willow.

Lo habíamos tenido que hacer en alguna ocasión, aunque no estábamos orgullosos de ello.

—¿Día duro en la oficina? —preguntó Clawn.

Asentí.

¿Qué sentido tenía ocultarlo?

—Azan ha ordenado que no mate en una semana.

El suspiro hastiado de Clawn me indicó lo que ya sabía: no había forma de detenerla.

—Y, después —añadí—, quiere conocerla.

Mi amigo se sentó entonces a mi lado en el sofá, fue como si sus piernas dejaran de funcionar y, por mucho que lo intentase, no era capaz de hacerlas reaccionar. Yo sentí algo parecido cuando me cayó la orden encima.

Sin opción a negarme.

Nadie hacía cambiar de opinión a Azan. Es más, si me hubiera llegado a negar sé bien que el consejo lo hubiera usado en mi contra. La orden de detención hubiera caído sobre la mesa más rápido que cualquier otra cosa.

Kaju y los más conservadores odiaban que algo tan mundano como un humano se atreviera a matar a demonios.

No importaba que fueran escoria, solo que eran demonios y, como seres superiores, una humana no podía acabar con ellos. Sabía que, de poder, harían ejemplo de ella para que ningún humano volviera a atreverse a hacerlo.

Jamás.

—No puedes llevársela, no sabrá comportarse ante tantos demonios… —declaró Clawn sumido en sus pensamientos.

Lo sabía.

—Si no lo hago, vendrán a por ella. Kaju quiere retenerla y ejecutarla.

Las palabras se me clavaron como puñales en la garganta.

No podía permitirlo.

—¿Cómo es eso posible? Creí que la estabas haciendo invisible —dijo Clawn.

No lo culpé por creer eso, yo mismo lo hice hasta que la realidad me golpeó en la cara duramente. Estalló sobre mí como una granada de mano y realmente dolió porque todo mi esfuerzo no había servido para nada.

—Azan guarda todos sus expedientes, hay más de sesenta muertos, Clawn, no se puede esconder una carnicería así —dije con la voz estrangulada.

Nadie podía hacer algo así y no llamar la atención.

En la calle ya se hablaba de ella. Para los humanos comenzaba a ser una especie de heroína y, para los demonios, había una dualidad de opiniones. Muchos pensaban que era bueno lo que hacía, aunque otros deseaban hacerla pagar, ejecutarla como a un animal.

Sin defensa.

Sin juicio.

Sin poder pelear por ella misma.

—Se está autodestruyendo, Finn. No caigas con ella —comentó Clawn.

Odié sus palabras, pero más la verdad que había en ellas.

—Solo quiero salvarla —confesé.

Como hacía como el resto de los demonios que recogía. Le estaba dando una oportunidad y ella la había lanzado a la basura.

—No puedes hacerlo. Eligió su camino, amigo.

Me negaba a creer que no quedaba nada por hacer.

—Cuando se le acaben las balas tendrá que parar. No puede disparar sin munición —expliqué convencido.

No le volvería a traer balas, eso arreglaría una parte del problema.

Lamentablemente para mí, Clawn se llevó las manos sobre su regazo y las juntó mientras lucía demasiado pensativo. Supe entonces que lo siguiente que hablaríamos no iba a gustarme ni un poco.

—Yo le traje más munición.

Me levanté con todas mis escamas vibrando de rabia.

—¡¿Que has hecho qué?! —pregunté con ferocidad.

—Encontrará la forma te guste o no. Es su camino, lo que ha elegido y no puedes apartarla si ella se niega.

Me sentí traicionado.

Mientras yo la protegía los míos la ayudaban a autodestruirse.

—No me lo puedo creer. ¡Maldita sea, Clawn!

—Se las di porque si no buscaría la forma de encontrarlas por su cuenta y sabes lo que podría pasarle si busca en el mercado equivocado. Quiere hacerlo, es su razón para seguir respirando y conoce los riesgos. De hecho… Creo que, en parte, anhela ese final —suspiró Clawn.

Mis escamas dejaron de vibrar, mi cuerpo se redujo mientras comprendía lo que me decía. Mi corazón pareció detenerse entonces viendo lo que mis ojos llevaban viendo demasiado tiempo.

—Quiere morir… —suspiré con auténtico dolor.

Mi amigo asintió.

—Y se aferra a esa idea con uñas y dientes. No morirá por ella misma, pero se llevará a todos los que pueda consigo.

Las palabras de Clawn fueron el último clavo en mi ataúd.

Siempre creí que la salvaría.

Que podría ayudarla.

Y solo estaba retrasando lo inevitable.

—No puedo rendirme con ella… —confesé negándome a abandonar la idea de que Willow podía mejorar.

Clawn asintió.

—Entonces prepara dos palas y cavad vuestra tumba, porque estáis a un paso de llenarla con

vuestros cuerpos.

Jadeé.

¿Tan seguro era que Willow no tenía cura?

¿Tan ciego estaba?

CAPÍTULO 4



WILLOW

—Despierta, dormilona —rio Clawn en mi oído.

Giré sobre mí misma buscando alejarme de aquel demonio que me despertaba demasiado pronto.

—¡Ah, no! No te escapas de mí. Te he hecho tostadas francesas, tus favoritas —canturreó.

Odiaba las tostadas francesas.

En general lo odiaba todo.

Mi estómago estaba cerrado y no quería que se abriera, pero también sabía que Clawn no me dejaría en paz hasta que comiera algo. A veces le pasaba, adoptaba el papel de papá pollo y cuidaba de mí como si yo fuera su huevo favorito.

—Anoche me dormiste —lo acusé abriendo un ojo.

Estaba encima de mí, cubriéndome con su enorme cuerpo.

De haber sido una chica normal sabía que hubiera pedido más. Nadie se resistía a ese cuerpo del pecado que tenía Clawn.

Para mi suerte yo no era normal.

—Necesitabas descansar —contestó como si nada.

Maldito fuera.

—No me gusta que lo hagas —le recordé sabiendo que mis palabras caían en saco roto.

Me ignoró como sabía que haría.

Tirando de las mantas, me destapó esperando que eso me hiciera cambiar de opinión. Yo solo quería seguir durmiendo.

—Va, si eres buena, también te daré un poco de chocolate —dijo tratando de sobornarme.

Lo fulminé con la mirada al mismo tiempo que rodaba por la cama para sentarme en el borde.

—¿Qué está pasando? —pregunté sabiendo que algo ocurría.

Lo sentía en los huesos.

Era como un hormigueo, como ese breve instante en el que apuntas a tu objetivo con tu arma y crees que no debes hacerlo. Después disparas y sabes que era lo mejor.

—Finn tiene que hablar contigo.

Bufé tirándome sobre la cama de nuevo.

—Paso.

No quería que me regañase.

No deseaba un sermón de nuevo.

No funcionaría, ya no sentía nada.

—No, no pasas —contestó Clawn con una dureza que apenas reconocí.

Él no era así.

Lo miré con cierta sorpresa.

—Es grave, Willow, simplemente no puedes barrerlo bajo la alfombra.

Tomé aire mientras lo miraba con media cara sobre el colchón.

Estaba preocupado, las líneas de expresión se le marcaban mientras apretaba las mandíbulas con fuerza.

—Estoy en un lío, ¿eh? —pregunté con cierto recelo.

Con cariño, Clawn cogió una de mis manos y se la llevó a los labios para besarme los nudillos.

Lo estaba, pero era incapaz de decirlo en voz alta.

—No es culpa tuya, Clawn. Yo elegí mis pasos.

No sé por qué sentí la necesidad de decir algo así, solo que lo hice y que eso no hizo que Clawn sonriera. Eso me hizo sentir miserable porque sabía que la gente que convivía conmigo me quería.

Me apreciaban, aunque yo no hubiera hecho nada para ganarme ese cariño.

—Finn te espera en la cocina. Mira de comértelo todo.

Fue lo único que recibí de Clawn antes de que se fuera de mi habitación dejándome sola con mis pensamientos.

***

—Se te está enfriando.

Finn sonaba mal.

Enfadado, desesperado y profundamente preocupado.

—Ya voy —dije.

Dándole un beso en la mejilla de «buenos días» pareció querer sonreír. No conseguí que lo hiciera del todo, pero me apunté un tanto por haber hecho esa mueca tan rara que no era una sonrisa.

Era algo.

—Come mientras hablamos, tengo prisa y necesito que esta sea una conversación rápida.

Ahí estaba el abogado ordenando.

Controlaba la sala con su presencia, pero con sus palabras se volvía feroz y capaz de ganar cualquier juicio.

Empecé a comer como una chica buena ganándome una semi sonrisa de su parte. Me sentí de vuelta al colegio como si acabasen de ponerme un maldito punto positivo por buena conducta.

No voy a tirar nada, solo voy a seguir comiendo.

—Dispara, Finn —lo animé.

No necesitaba que me depilase pelo a pelo, era más de cera, así pues, podía pegarme un buen tirón que podría soportarlo.

—Quiero tu arma.

Vale.

Tal vez prefiera la depilación pelo a pelo después de todo.

—¿Qué?

—Azan ha pedido que no caces en una semana, tiene visita familiar y no quiere…

No le salieron las palabras o no supo encontrar unas buenas que decirme.

—No quiere que mi mierda le haga parecer débil ante los suyos —aclaré para disgusto de Finn.

No me lo negó, asintió dejándome claro que el Señor de la Guerra había puesto los ojos en mí y mi expediente curricular nocturno. No era como si nunca hubiera imaginado que se daría cuenta, pero esperaba que fuera lo suficiente idiota y ególatra como para no fijarse en unos pocos muertos.

—No voy a darte mi arma —expliqué llenándome la boca de tostada.

Finn gruñó.

—La necesito —declaró con vehemencia.

No le daría mi arma porque no volvería a verla cuando pasase la semana. Lo conocía demasiado bien como para saber que no iba a caer en algo tan bajo. Él estaba deseando protegerme.

Su instinto paternal lo empujaba a meterme bajo las alas que no tenía. Quería curarme.

Reconstruirme.

Como si eso fuera posible.

—Vale, a ver qué te parece esto: no te doy mi arma, pero me comprometo a no cazar a nadie en una semana —propuse.

No era un drama.

Tampoco es que cazase todas las semanas. Siempre podía hacer trabajo de campo recopilando a mi nuevo objetivo y matarlo cuando pasase la condena. Así Finn estaría más tranquilo.

Aunque odiaba ceder, sabía bien que Finn hacía todo lo que podía conmigo.

No me exigía nada.

De hecho, hasta él mismo me había traído balas muchas veces.

Era la primera vez que me hacía una petición real y podéis llamarme blanda, no obstante, me sentí en la obligación de ser buena y ceder. Solo por esta vez, no necesitaba que creyera que podía ser manejable.

—Willow, no creo…

—Pon a uno de tus gorilas tras mi culo todo el tiempo. Cumpliré, seré buena —prometí.

Mi propio veneno me quemaba en la boca.

No quería hacerlo, pero por Finn… Lo haría.

—¿Estás segura?

Hombre, esa pregunta era pasarse, aunque comprendía sus reservas.

—Seré una niña buena y no mataré en una semana —prometí con la mano en el pecho.

Al parecer, a los idiotas de los demonios les importaban esas cosas como las promesas. Era algo solemne para ellos y colocaban sus enormes garras en sus pechos para hacerlo mucho más dramático.

Por suerte para mí, funcionó y Finn pareció más relajado.

—Está bien. Estarás día y noche con alguno de los chicos. Solo esta semana, después serás libre —sonrió garantizándomelo.

Entonces supe que me escondía algo peor que no matar en una semana.

¿El qué?

No quise saberlo, me gustaba vivir el día a día y esa batalla la libraríamos pronto. Fuera lo que fuera, Finn me lo acabaría diciendo. Insistir no nos llevaría a ningún lado y me hacía vivir más feliz.

—¡Ah! —dijo Finn después de levantarse dispuesto a irse—. Sé que Clawn te ha traído balas. La próxima vez, pídemelas a mí. No tienes que esconderte.

Quise sonrojarme.

Casi lo hice.

Pero no.

Solo sonreí.

—De acuerdo —contesté.

Me dio un beso en la mejilla, me atusó el pelo como si estuviera muy despeinada, me miró con cierta lástima y se fue a su trabajo. Ese que lo mantendría ocupado todo el día hasta que regresase con mil años más encima y un dolor de cabeza que ahogase con un buen vaso de alcohol.

Me acabé las tostadas y Clawn apareció de nuevo.

—¿Todo bien? —preguntó.

Aquel bufoncillo tanteaba el terreno con suavidad.

—Sí, he prometido ser buena y dejarme vigilar por vosotros —contesté encogiéndome de hombros.

Sabía comportarme cuando tocaba.

No era una bestia rabiosa todo el tiempo.

—Bien. El primer turno lo hará Buck. Lleva días dando guerra por ir a la bolera, machácalo de mi parte —rio Clawn.

—Será un placer.

Sí.

Una bolera podía estar bien y si iban a mimarme mucho, ¿quién era yo para negarme?

Antes de irme, coloqué mis cosas en el lavavajillas y noté como Clawn se acercaba por la espalda. Pasó sus manos por los costados de mi cuerpo y tuve que reprimir las ganas de desenfundar mi arma para dispararle.

Lo escuché respirar sonoramente mientras sus pensamientos lo ahogaban.

—Sé buena, Finn lo merece —dijo finalmente colocando un caramelo en el bolsillo trasero de mi pantalón.

No me tocó el culo, solo deslizó su garra suavemente hasta que el caramelo cayó dentro de la tela.

Clawn me cuidaba con dulzura, siempre lo había hecho y verlo preocupado por Finn me reveló que estaba metida en un buen lío. Luché por no preocuparme, sabía que no había matado a nadie inocente.

Ningún demonio lo era.

Me giré encarándolo y sus ojos amarillos brillaban con intensidad.

—Lo seré —prometí.

—Si te hacen daño, muchos nos sentiremos como una mierda —aseguró.

¿En qué clase de lío me había metido?

CAPÍTULO 5



AZAN

Tener a mis hermanos en casa no me gustaba.

Era un hecho y no me avergonzaba de ello ni un poco. Resultaban molestos, ruidosos y agitaban toda mi agenda olvidando que tenía negocios que atender. Una mafia no crecía o se mantenía sin sacrificios y esfuerzos.

Pero ellos, que vivían bajo el ala de mis padres, no veían nada.

Dado que los millones de nuestros progenitores les daban una visión del mundo cómoda y apacible, estaban empeñados en creer que el mundo era así de tranquilo. Desconocían lo que hacíamos el resto para mantenernos en la cima.

Tratando de acallar los intensos quejidos de mi hermano mayor River, decidí dejarme arrastrar a la bolera. Era un lugar tan humano y aburrido que resistí la tentación de pegarme un tiro.

Y ya que no podía librarme de ese plan tan aburrido, decidí conseguir rehenes: Finn.

Mi abogado y amigo necesitaba un descanso.

No me pasó desapercibido de que estaba mucho más tenso que de costumbre. No iba a preguntar porque me imaginaba la respuesta. Quise tener remordimientos, pero me reí interiormente al no obtenerlos.

Quería conocer a la sanguinaria a la que cuidaba desde hace un año.

—Espero que aquí no vengan humanos —resopló mi hermana Sera.

Tocando el mostrador con asco, con una mueca como si acabase de chupar un limón, buscó restos de suciedad y arrugó su nariz al encontrarla. Después se limitó a fulminar con la mirada al dependiente que nos dio los zapatos.

No tenía claro qué hacía Sera en un lugar como este. Altiva, miró a todo el mundo por encima del hombro haciéndose una coleta para apartar su larguísimo cabello rubio de la cara. No ignoré las joyas que llevaba encima y que la hacían resonar como una serpiente de cascabel.

Su pelo tenía mechones enjoyados con piedras preciosas, también sus pequeños cuernos que bañaba en oro e incrustaba diamante en ellos. Del cuello, como si de una vaca se tratase, llevaba un colgante tan grande que bien podía pasar por un cencerro.

También llevaba anillos en todos sus dedos, varios incluso y, por último, su colita peluda estaba trenzada y sostenida con una goma que poseía un diamante a modo de decoración.

Sera era demasiado pomposa para mi gusto.

—¡Por supuesto que vienen humanos! ¡Eso es lo divertido! —exclamó River con entusiasmo.

River, mi hermano mayor y el de todos nosotros, era mi antítesis. Repleto de escamas azules, destacaba entre la multitud. Eso sin contar que sus cabellos pelirrojos bajaban más allá de la cintura. Aunque trenzaba su pelo, no era como mi hermana, no enjoyaba su cabello, solo lo contenía para que no se enredase.

Su mirada esmeralda revisó la estancia buscando cualquier presa disponible. Así era River, poseía un apetito sexual desmedido y le encantaba matar el tiempo con cualquiera que pudiera calentar su cama.

—Si pides una mamada en público, seré yo quien te dispare esta vez —amenacé.

River rio.

—Eres tan cerrado para ser un demonio… —resopló River.

Que fuera un demonio no me hacía un incivilizado. No pensaba sacar mi polla para que cualquiera me la chupara. Y menos en público.

—¿Kaín? ¿Tú qué opinas?

River buscó ayuda de nuestro hermano menor sabiendo bien que él prefería estrangularlo que contestar.

Cerrado, serio y silencioso, todavía no tenía muy claro por qué nos había acompañado a esta salida tan particular. Como Señor de la Guerra de otra ciudad, sabía que tenía demasiado trabajo.

Era un jefe nuevo, apenas llevaba en el cargo un par de meses, pero aprendería rápido.

Mi hermano siempre se adaptaba.

Kaín se limitó a meter las manos en su traje caro y se encogió de hombros. Su cabello peinado hacia atrás se removió un poco mientras sus cuernos parecían elevarse en señal de advertencia.

Y sus ojos negros se iluminaron un segundo.

No quería hablar.

—Seguro que Finn disfruta de una buena mamada en cualquier sitio —rio River.

Yo solo quise pegarle un tiro o dos.

No podía dejar a un hermano agonizando en el suelo, ¿verdad?

—Señor River, yo prefiero hacerlo en la intimidad y con buena compañía.

Lo que significaba que pensaba que River se follaba cualquier agujero que encontrase, sin control o gusto alguno. Ese fue un buen golpe que elevaba a mi amigo a un mejor puesto.

Todo aquel que insultaba a mi hermano de una manera limpia se merecía mi respeto.

River resopló.

—Aburridos.

—¡Sí! —gritó alguien celebrando una buena tirada.

—¡Lo has hecho genial! —exclamó alguien más.

Eso se ganó que Sera pusiera los ojos en blanco.

—¿Deben ser tan ruidosos?

Quizás podría ahogarse con alguna de sus propias joyas y así librarme de una tarde realmente aburrida.

Yendo hacia la pista asignada, no tardé en ver que había unos cuantos humanos en el local. Mucho de ellos estaban acompañados por demonios, algo que no le extrañaba a nadie, era habitual tener amigos o conocidos humanos.

—Vas a morder el polvo, Buck —dijo una voz dulce y amielada.

Mis cuernos se enderezaron un poco ante la curiosidad al mismo tiempo que vislumbré cómo Finn se tensaba más que la cuerda de un arco.

Cuatro pistas más allá de nosotros encontré un delicioso bocado que me golpeó directamente. Una humana diminuta, quizás hasta más baja de peso de lo que debía, pero con curvitas que adoraría llenar.

Sostenía una bola que parecía pesar más que ella. Al levantarla, movió sus caderas con un baile que solo interpreté como erótico y dejé salir el aire de mis pulmones lentamente.

No se contentó con tirar la bola.

La muy maldita, se apartó el precioso pelo oscuro de su rostro, uno que apenas le llegaba a los hombros y caminó sensualmente hasta la línea de tiro. Ahí, regaló una sonrisa a su acompañante.

Y no, no era una sonrisa de amigos.

Era triunfante, fuerte y prometiéndole que derribaría todos los bolos.

Después, el contoneo de su cuerpo me invitó a imaginármela desnuda y solo para mí. Se removió con una gracia de otro mundo y lanzó aquella maldita bola con tanta elegancia que parecía haber nacido para hipnotizarme con sus movimientos.

Unos segundos, el golpe de los bolos al caer y sus ojos marrones parecieron iluminarse antes de dar un pequeño saltito.

Su cintura volvió a contonearse, esta vez haciendo un baile de la victoria que me hizo dejar de respirar. Tragué saliva y la miré como si en aquel local solo existiéramos ella y yo.

Ese ser me bailaba a mí.

Descendió lentamente mientras sus caderas se movían de lado a lado.

Y, tan pronto como lo hizo, acabó y señaló a su oponente.

—Te dije que morderías el polvo —le sonrió.

—Es magnífica —ronroneó River a mi lado.

Gruñí mientras fulminaba a mi hermano con la mirada. No podía pensar que ella fuera un bocado que llevarse a la boca o yo mismo le metería un bolo por su dichosa garganta lasciva.

—Humanos, ¡qué asco! —exclamó Sera.

Iba a quedarme hijo único a este paso.

Pero, para su suerte, mi hermana se marchó unos segundos bajo la excusa de pedir bebidas.

Recobrando la compostura, ya que la humana y el demonio empezaron una nueva partida, decidí dejar de mirar tan fijamente. Entonces volví a mirar a mi amigo, el cual seguía tan tenso que poco a poco una pequeña imagen llenó mi mente.

—Ese Buck es de tus chicos, ¿verdad? —pregunté.

Él se enderezó casi como si lo hubiera golpeado.

—Sí, así es —contestó secamente.

—No sabía que frecuentase compañía humana —dije fingiendo inocencia.

Sus ojos azules quisieron fulminarme, aunque decidió mirar a otro lado en el último momento.

—Solo ella —contestó enigmáticamente.

Eso llamó más la atención de River, quien seguía babeando como un auténtico cerdo. Su polla llenaba tanto sus pantalones que creí que era mejor apartarse antes de que la tela explotase.

—¿La conoces?

Finn no quería esa pregunta.

Cerró los ojos un momento mientras resoplaba intentando contenerse.

—Es uno de mis protegidos. Hace un año asumí su cuidado y vive en mi casa.

Willow.

La humana sanguinaria.

¡Oh, por los nueve infiernos! Era mucho más de lo que hubiera podido manejar. ¡No medía ni el metro setenta que creía que hacía!

¡Era diminuta!

Y caliente.

O quizás era yo el que estaba en llamas.

—Ya no nos molestarán —dijo Sera regresando con una sonrisa triunfante.

—¿Qué has hecho? —preguntó Kaín.

Mi hermana solo señaló a Willow como si fuera carroña.

—He pagado para echar a los humanos, su olor se me mete en la nariz y no puedo soportarlo.

Entonces vi como un demonio se acercaba al bocadito caliente y comenzaba a hablar con ellos. De pronto su felicidad se esfumó, se puso tan seria que apretó los puños conteniéndose.

Los estaban echando.

Maldita fuera Sera.

CAPÍTULO 6



WILLOW

—¿Puedes repetírmelo? —preguntó Buck, visiblemente enfadado.

Nos estaban echando.

—Lo lamento, señor, pero la humana debe irse.

—¿Y eso por qué? Es un local de libre acceso para todos.

El empleado sudaba como su Buck estuviera a punto de hacerle una autopsia sin anestesia. Sabía que mi amigo imponía como pocos demonios, pero el pobre no tenía la culpa de hacer su trabajo.

—Buck, déjalo. Vámonos a otro sitio —dije luchando por mediar la situación.

Pero él se soltó del agarre que quise hacerle en el brazo con un fuerte tirón y encaró al pobre chico.

—Vas a decirme por qué echáis a los humanos. ¡Ahora!

Llevé mi mano a mi pistola como una forma de calmarme. Sabía que no podía disparar, ya no solo porque se lo había prometido a Finn sino porque aquel pobre empleado no tenía culpa de cumplir órdenes.

—Ha… Han pagado para alquilar la sala. Lo siento mucho, señor.

Volví a coger a Buck del brazo mientras el empleado palidecía.

—Buck, déjalo, no es su culpa. Ya vendremos otro día o buscaremos otro local. ¿Qué tal si te invito al billar o a unas partidas de dardos? Puedes vengarte allí de haberte ganado.

Por favor di que sí.

—Los ricos y su dinero… —comentó Buck cediendo.

¡Menos mal!

—Vamos, Willow, deja que vea en qué puedo ganarte.

Bien.

Ya no lo tenía enfocado en estrangular al pobre trabajador.

Saliendo de la pista, comencé a caminar hacia el mostrador asegurándome de que Buck no volvía hacia atrás para matar a nadie y, de pronto, me congelé al reconocer a Finn en una de las pistas.

No iba a saludarlo públicamente, estaba trabajando para gente importante y yo solo era una mosca en el parachoques, pero me sorprendió verlo allí mirándome con cierta lástima.

Vi a sus acompañantes, cuatro demonios, tres de ellos hombres y una mujer.

Estaba tan enjoyada que supe que debía de ser un tormento pasar por el detector de metales de los aeropuertos. Y con ese pensamiento quise irme. No ignoré su mirada altiva y tampoco cómo me miró como si fuera capaz de pisarme como a un insecto.

Entonces supe que ese ser había sido la que había pagado para echar a los humanos.

Llevé mi mano al arma de nuevo, acariciándola para calmarme y respiré lentamente.

—Willow, ¿verdad?

Di un brinco aferrándome a la pistola mientras un gigantesco demonio rojo nos cortaba el paso.

Era masivo.

Gigantesco y puso todos mis sentidos en alerta.

Me sentí como un ratoncito entrando en una trampa, una que ni siquiera había olido y en la que tampoco habían usado queso para atraerme. Dichosa fuera mi suerte, porque ahora no sabía cómo salir de allí.

—Sí, señor —dije reuniendo la poca educación que me quedaba.

Casi temblé de rabia por tener que contenerme.

Él sonrió disfrutando de aquella palabra. Su pecho resonó como la lluvia sobre un árbol hueco. El sonido nos envolvió unos segundos mientras lo miraba, más bien lo estudiaba atentamente.

Era alto como cualquier demonio, aunque destacaba entre la multitud.

Deseé tocar su pelo, oscuro y claro al mismo tiempo, como si la naturaleza no supiera elegir con él y le dotase de mechas negras y blancas que lo hicieron más atractivo. Sus cuernos, que se deslizaban hasta su nuca, parecían haberse levantado un poco.

Esa era una señal a tener en cuenta.

Los demonios movían los cuernos en distintos escenarios y ninguno me gustaba.

Me resultó curioso que no tuviera ninguna escama, aunque sí que me gustó ver sus grandes alas replegadas en la espalda. Pocos tenían, solo los de alta cuna parecían conservarlas después de todo.

Su cola repicó el suelo como un martillo atrayendo su atención.

—Disculpa, no pretendí hacer tanto ruido —se disculpó sin un atisbo de arrepentimiento.

Sus ojos, rojos como la sangre, me miraron con bastante interés. Ahora era un bicho en una placa de Petri de un laboratorio. Genial, no llevaba bien el escrutinio público para ser honestos.

Era hermoso y sexy, aunque tampoco debía de sorprenderme porque era un demonio. La lujuria viajaba por sus venas en grandes dosis. Aun así, me pareció atractivo.

Su rostro era el de un guerrero, serio y picante a la vez, sus pómulos marcados le dieron la imagen de alguien importante. Así como su mentón y la línea marcada de la mandíbula me mostraron el talante de un líder.

Su aroma especiado me picó en la nariz.

Fue como oler clavo y sándalo demasiado cerca. Pero después te atacaban olores más suaves y cautivadores perfectamente masculinos.

—Soy Azan, el jefe de Finn.

Y el Señor de la Guerra de Darkness City.

Luché por no palidecer, solo levanté un poco el mentón manteniéndome intacta.

No quería que leyera mis emociones, me negaba a que ocurriera.

—Un placer, Señor de la Guerra.

—Llámame Azan.

Pistola en la garganta te llamaría.

—Como usted desee, Azan.

Estaba a punto de envenenarme con mi propia educación o de matarlo a él, lo que primero ocurriera marcaría mi forma de morir.

—Tutéame, ambos tenemos un amigo en común.

Busqué la mirada de Finn entonces con cierta desesperación.

No sabía qué quería de mí el Señor de la guerra, pero yo solo deseaba salir de allí lo más rápido posible. Después de estar en su presencia, sabía que nada bueno saldría de su contacto.

—Bueno, ha sido un placer conocerte, Azan, pero me temo que tengo que irme. A los humanos nos han invitado a irnos, no quisiera meter en problemas al pobre empleado que cumple órdenes —expliqué casi regalándole una sonrisa dulce.

No lo conseguí porque ya no recordaba cómo se sonreía, aunque la intención debía contar.

—Deberás disculpar a mi hermana, cree que puede comprarlo todo con el dinero —explicó.

Pues qué bien.

Poco me importaba.

Sorteé a este demonio de acero y continué mi camino hacia el mostrador. Solo tenía que devolver mis zapatos, salir de aquel local y alejarme lo más posible de las ganas de darme la vuelta.

Quería disparar a la demonio.

Por tratarnos como insectos.

—Espera —la voz de otro demonio me hizo cerrar los ojos un segundo.

No quería que las cosas empeorasen.

—Si quieres jugar, podemos arreglarlo —dijo uno de los acompañantes de Finn.

Este no era Azan.

Giré para encararlo, lo hice lentamente mientras luchaba para que mis neuronas funcionaran

de una maldita vez. Finn no parecía feliz y sabía que era mala idea quedarse allí.

—No, gracias. Buck y yo tenemos otros planes, pero gracias por la invitación.

No me empujéis más al límite.

—¡Vamos! Me lo tomaré como algo personal si no jugáis una partida con nosotros —disparó Azan.

Azan.

El maldito Azan.

Nadie podía negarse a sus deseos.

Quise mirar a Buck, también a Finn. Deseé tomar mi pistola y pegarle un tiro o pegármelo a mí, no obstante, solo le mantuve la mirada de forma firme antes de ceder a su petición.

—En ese caso, espero no decepcionarte, no soy muy buena en este juego —expliqué.

Azan movió la mano desdeñosamente.

—Seguro que lo haces perfecto.

Finn sácame de aquí.

***

AZAN

Tenía al pequeño ratón en la trampa.

Y es que, cuando di mi orden, ella supo que no podía negarse. Me gustó su entereza y la forma en la que manejó la situación. Tenía nervios de acero hasta para enfrentarse a River.

Guiándola hacia mi pista, la vi sortearme hasta correr al lado de Finn. Se lo permití porque la había visto demasiadas veces acariciar su pistola como para seguir empujándola más allá de sus límites.

¿Sabría que lo hacía?

¿Era algo inconsciente que hacía para calmarse?

—¿Qué tomáis? —preguntó River alegremente.

La había marcado como presa y la quería para la cena. Seguro que ya se la estaba imaginando desnuda, con las piernas abiertas y él usando su lengua para complacerla para que su lujuria lo alimentase.

Me puso enfermo esa imagen.

—Nada, gracias —contestó Willow cortésmente.

—¿Te gusta el whisky o la ginebra? —pregunté.

Ella me miró indicándome que le gustaban los demonios bien muertos.

Aun así, no podía huir, aunque necesitó el leve toque de Finn en su rodilla para reaccionar.

—Whisky —contestó a toda prisa.

Sonreí.

Pedí el mejor que tuvieran, si bebía a mi lado debía de darle la mejor calidad.

Sera gruñó mirándola fijamente, no obstante, para mi sorpresa, Willow la ignoró como si solo

fuera una pared en blanco. Buck se sentó a su lado, franqueándola junto con Finn. Ambos mandaron un mensaje alto y claro: no se jodía con la humana.

¿Y quién era yo para retarlos?

¡Ah, sí!

El jefe.

—Y dime, Willow, ¿te gustan mucho los demonios?

La pregunta de River la hizo sobresaltarse.

En realidad, a mí también.

Willow aprovechó que su nombre parpadeaba en la pantalla para ir a tirar. Buscó una bola que pudiera lanzar con comodidad y pareció pensar en la respuesta. Después, cuando tomó una rosa fosforito, se contoneó hasta la pista.

Sabía que la miraban.

Que la deseaban, o al menos lo sabía de River.

Y no le importó. Se movió con la gracia de una diosa y lanzó aquella bola que las derribó todos los bolos sin piedad.

Giró sobre sí misma y miró a mi hermano.

—Me gustan cuando sé que puedo ganarles —contestó.

Y esas palabras decían mucho más de lo que parecían. No se refería solo en la pista, también hacía una alusión clara a los asesinatos que llevaba cometiendo meses. Liquidando a monstruos que no merecían vivir.

¿Ella sabía que yo conocía su secreto?

—¿Trabajas para Finn? —pregunté.

Mi curiosidad la molestó porque sus ojos parecieron encenderse con un odio que apagó inmediatamente. Luchaba por contenerse y eso me parecía la mar de divertido.

—Sí. Trato de ayudarle con el papeleo de la mansión y todo el grupo que nos acoge.

Respuesta simple, clara y poco concisa.

Y yo me mordí la lengua porque deseaba preguntarle por las noches que salía de caza, si estas cotizaban también o recibía un plus de peligrosidad.

—¿Los humanos saben contar? —preguntó Sera con desdén.

Willow llevó su mano a su arma de nuevo. Ese era un tic que comenzaba a hacerla peligrosa. Finn, dándose cuenta de que miraba, acarició de nuevo su rodilla como si luchase por calmarla.

—Sí, lo hacemos —contestó encarándola directamente.

Mi hermana estaba a punto de hacerse un bolso con ella. Por suerte, le bastó una de mis miradas para comprender que no podía tocar a nuestra invitada. Así pues, a regañadientes, se sentó después de hacer un tiro desastroso.

Me levanté, luciendo músculos y la ropa de cuero que tan bien me sentaba. No es que lo dijera yo, me ganaba muchas miradas, aunque ninguna del bocado que parecía estar buscando las salidas de emergencia.

—¿Cómo era tu vida antes de que llegáramos los demonios para arreglar vuestro mundo?

La pregunta de River congeló el ambiente.

Ni siquiera nos inmutamos para cuando llegó el camarero y nos dejó las bebidas. Estas ya no

importaban porque acababan de pisar una mina tan grande que estaba a punto de estallarnos en toda la cara.

Willow solo respiró.

Y lo hizo con mucha calma.

Yo tiré y lo hice perfecto, pero no recibí ningún comentario. Todos esperaban una contestación.

—River, eres idiota —resopló Kaín.

Willow seguía tan tensa que parecía a punto de romperse.

—Era… —graznó antes de tragar saliva—. Supongo que era feliz. Trabajaba y regresaba a casa con ganas de ver a los míos. Era apacible, nada emocionante, pero la rutina era buena. No era la persona más interesante del mundo, aunque no me importaba. Fueron buenos tiempos, supongo.

Repetir «supongo» dos veces me dio una imagen clara de lo mucho que se estaba conteniendo.

El dolor se destilaba de ella como un vaso demasiado lleno de agua. Las palabras de River le habían disparado y se desangraba delante de nosotros mientras los recuerdos la devolvían a un mundo mejor.

Uno sin demonios.

—Parece demasiado aburrido —resopló River.

Ella se encogió como si acabase de recibir un bofetón y yo solo quise arrancarle la cabeza a mi hermano.

—Lo era.

Un parpadeo y la imagen de humana débil y rota desapareció como por arte de magia. En su defecto, regresó una nueva personalidad que no había contemplado hasta ahora.

Dura.

Fría.

Fuerte.

Y con una mirada capaz de helar a cualquiera.

Esa era la sanguinaria y estaba armada.

—Toma —dije tendiéndole el whisky—. Esto calma los nervios.

Agarró el vaso sin atisbo de duda para después darle un buen sorbo. Esperaba que reaccionase, que se quemase o tosiese como muchos hacían, pero no conseguí reacción alguna.

Y eso me fascinó.

Era como una persona totalmente distinta, ajena a la que habíamos conocido y ahora comprendía cómo había sido capaz de matar a tantos demonios. Nos odiaba profundamente y el imbécil de River le había recordado la vida que nunca más regresaría.

Dejó la copa entre sus dedos mientras todos tiraban cuando le tocaban. Los turnos fueron sucediendo poco a poco, sin prisa, aunque no fue hasta que volvió a tocarle a Willow por última vez que River volvió a abrir la boca.

—Vamos, humana, enséñame ese culo de nuevo. Me gusta cómo lo mueves al lanzar.

Tal vez ella hubiera cogido su arma y disparado.

Tal vez Kaín le hubiera callado la boca por ser incapaz de contenerse.

Puede que Sera le hubiera dicho que se callara de una maldita vez.

Pero nadie hizo nada porque no se lo permití.

Mi magia, una bruma roja como mi piel y negra como mi alma, se envolvió en el cuello de mi hermano lentamente. Todos contuvieron el aliento mientras yo apretaba lanzando un claro mensaje.

—River, ve a buscar hielo, no me gustan las bebidas calientes —ordené.

No lo solté.

Disfruté demasiado del sudor frío que le bajó por la espalda mientras mi magia lo contenía con fuerza. Era mi hermano mayor, no obstante, todos sabían que no tenía nada que hacer contra mí.

No podía desafiarme o moriría estúpidamente.

Cuando lo dejé ir, no tardó en levantarse para acatar la orden sumisamente.

—Por favor, Willow, haz tu lanzamiento —dije.

Ella, con la misma expresión fría que había tenido toda la partida, se levantó, lanzó y falló voluntariamente. Después, solo se giró y se encogió de hombros.

—Fallé.

Y con eso me daba la victoria.

No me gustó.

—Gracias por la invitación y el whisky, ha sido una velada muy… Educativa. Buenas tardes.

Su tono frío me enfadó tanto que quise agitarla hasta que me mostrase una maldita emoción. Las había escondido todas tras una máscara por culpa de River y odiaba que hubiera sucedido algo así.

Maldito fuera mi hermano.

No la detuve cuando ella y Buck se fueron, con mi humor, no quise que ella me viera perder el control.

Su aroma me abandonó poco después dejando un vacío que ella había cubierto durante un rato. Y cuando River regresó, mi humor estaba tan negro que únicamente era capaz de pensar en matarlo.

—Tu humana es muy interesante, Finn.

Mi amigo parecía… Aliviado.

—Es una buena mujer. No merece todo lo que le sucedió.

Dolor.

Ira.

Rabia.

Eso notaba cuando la miraba.

Sin sentimientos.

Vacía.

—Los humanos no son nada, no podemos sentir lástima por ellos —declaró Sera.

Un día.

Un día iba a matar a mis propios hermanos.

Solo miré a Kaín y me fijé que tenía la mirada perdida en la puerta. Con curiosidad, desvié mi atención hacia allí encontrándome a Willow saludando a un par de humanos que parecían querer hacerse una foto con ella.

Se negó, aunque cedió tras un poco de persuasión y posó sin pena ni gracia haciéndoles felices.

No sonrió.

¿Había olvidado hacerlo?

¿La pena podía hacer eso?

—Esto no cuenta, Finn, sigue en pie la orden que te di —expliqué.

Sí.

Efectivamente no me bastaba con verla una vez. Necesitaba encontrarme con ella de nuevo, esta vez en mi casa y sin hermanos molestos que tocaran zonas sensibles que la hicieran desconectar.

Quería conocer a la Willow real.

La que se escondía tras su arma mortal.

Esa era la interesante.

CAPÍTULO 7



WILLOW

Había pasado una maldita semana y ahora ya era libre de mis restricciones. Podía hacer lo que me diera la gana, el mundo también podía arder como el infierno del que habían salido los demonios.

Estaba desatada.

Después de la visita a la bolera estuve un par de días sin ganas de sentir nada.

La pregunta de River me golpeó tan duro que creí que no me repondría. Mi vida anterior no existía.

Ellos me la habían quitado.

Lo cual, para cuando conseguí estar calmada, me dotó del empuje necesario para seguir haciendo lo que hacía. Rastreé un par de presas que resultaron ser buena gente y me vi obligada a perdonarles la vida.

Pero esta noche mi presa era culpable.

Tenía pruebas suficientes como para demostrar que había matado a todos sus sirvientes humanos en un ataque de ira. Es más, se bañó en su sangre después como si ellos no fueran nada.

Familias rotas por su deseo sangriento.

Salté un par de azoteas teniendo claro que Clawn me seguía. No me importó.

¿Por qué debía hacerlo?

Mi móvil vibró.

Finn: ¿Te hace una peli?
Yo: Estoy trabajando.
Finn: …
Yo: Besos.

No le gustaba, pero a mí tampoco. No nací siendo una asesina.

Finn: Solo vuelve, mátalo otro día.
Yo: No. Lo tengo a tiro.
Finn: Hazlo por mí. Por favor.

¿Ya recurríamos al chantaje?
Eso me hizo recordar una conversación que tuvimos los últimos días.

Aguantando la cabeza entre mis manos, dejé que las voces de los chicos resonasen a mi alrededor. Tenía resaca, había bebido tanto que apenas recordaba haber llegado a casa y mucho menos haberme quitado los pantalones y zapatos.

Tenía un hada madrina.

—Buenos días —dijo Finn.

Resoplé a modo de respuesta.

—Anoche te pesqué en el sector dos. ¿Caza, quizás?

Ojalá.

—Era su aniversario. Fui al cementerio —contesté.

Un año de perder a Pay.

Dos de perder a mi familia.

Finn acarició mi nuca.

—Lo siento. No tenías que haber bebido sola.

Pero estaba sola a pesar de estar rodeada de gente. No quería su cercanía y mucho menos su lástima.

Me levanté como si acabase de recibir un disparo de Finn.

—Por favor, Willow, deja de destruirte —me suplicó con aquellos ojos azules como el océano.

Quise hacerlo.

Alguna vez me había arrepentido de las vidas que tomaba.

Pero nadie se disculpó por quitármelo todo.

Acercándome a él, levanté el mentón con rabia y le mostré los dientes como si fuera un perro rabioso.

—Yo he elegido mi camino. La pregunta es, ¿eres capaz de verlo?

—No quiero verte así, que sigas destruyéndote.

Me alejé.

No quería ver el dolor en su rostro porque en el fondo sabía que Finn sufría por mí.

Los demás se apartaron como si yo fuera a dispararles a todos. Nunca lo había hecho, pero tampoco ponía la mano en el fuego por nadie.

—Me marcho de tu casa. A finales de semana lo tendré todo recogido —anuncié.

Finn apareció ante mí.

—Y una mierda que lo harás.

Vale, podía no gustarle la idea.

—Lo haré.

Gruñó.

Disentíamos.

—No te veré irte por esa puerta.

—Es lo mejor, Finn. Nos estamos haciendo daño el uno al otro. Quieres curarme, ponerme una bonita correa en el cuello y por el infierno que alguien va a controlar mi vida —gruñí.

Todos a mi alrededor jadearon.

Yo sabía lo que me estaba haciendo, no era ciega.

—No me dejes, por favor —suplicó Finn tomándome de la muñeca.

Estaba desesperado.

—No quiero hacerte daño, Finn. No te lo mereces —le expliqué tratando de ser paciente.

Él me apreciaba.

Y yo debía estar agradecida por todo lo que me había dado en el último año.

—Quédate, Willow. Lo llevaré como pueda.

Miré a mi alrededor sabiendo que todos pensaban igual. Podía hacerles daño, pero deseaban tenerme allí donde seguían peleando por sanarme. Es como si fuera un rompecabezas y ellos estuvieran jugando con el destino para salvarme.

Volví a levantar el mentón y lo encaré de frente.

Fingí ser cruel.

Ser mala.

Para así librarle de mí.

—No, Finn. Es mi vida.

La conversación se estancó durante unas horas. Hasta llamó a Azan para no ir a trabajar. Era algo inaudito porque nunca faltaba, hasta su jefe se interesó por aquel suceso tan extraño.

Él solo dijo que se sentía mal.

No era una mentira.

Nos alejamos el uno del otro, yendo a diferentes lugares de la mansión, pero no tardamos en explotar.

—¡Si crees que voy a verte destruirte, olvídalo, Willow! —bramó Finn entrando en la biblioteca donde me había refugiado.

Respiré.

—No tienes ni voz ni voto en mi vida.

Finn no pensaba lo mismo.

Estaba tan furioso que sus músculos habían crecido, sus cuernos se habían levantado hacia el cielo y todo él parecía brillar.

Era un mal momento para encararse.

—No puedes seguir así. He sido paciente, pero me niego a verte marchar por las noches cazando fantasmas que no te los devolverán. Tienes que olvidarlos.

Enfadada, golpeé su pecho con los puños.

—¡JAMÁS! —bramé.

Finn respiró suavemente.

—Déjalos ir, Willow porque te están arrastrando con ellos.

Mi familia.

Aquellos a los que una vez amé y los cuales me quitaron sin opción.

—Yo sé el camino que estoy haciendo, Finn. Acepta que es lo que elijo.

—¡Y una mierda que lo harás!

—Finn —respiré—. Te entiendo y siento hacerte daño. No te lo mereces.

Esa era la verdad.

—Por favor, quédate.

Me volvió a suplicar.

Y yo no supe contestarle.

Me removí en la azotea en la que estaba. Los recuerdos de esta semana eran una locura que estaban desestabilizando mi control. Así pues, decidí colocar bien mi rifle para entretenerme.

Esta noche dispararía en la distancia.

Nadie me vería.

—Clawn —dijo Finn.

—Ella ahora no necesita súplicas. Solo entiéndela, porque obligarla a volver a vivir no funcionará.

Yo los escuché de casualidad, solo porque había querido ir a la cocina por algo de beber.

Agua, no seáis malpensados.

—Tiene que haber algo que pueda hacer.

—Sigue tendiéndole la mano. Al final la tomará.

—O provocará que la maten.

—Si lo hace —añadió Clawn—, no será tu culpa. Ya estaba rota cuando la conociste.

En efecto.

Estaba rota. Así que a Finn no debía sorprenderle que estuviera cazando después de una

semana de prohibición.

Había sido más que buena.

Finn: ¿Mañana película?

Yo: Vale.

Finn: ¿Romanticona navideña como te gustan?

Sonreí.

Yo: ¡Por supuesto! ¡Y con palomitas!

Finn: Se quedan enganchadas en los colmillos.

Yo: Pues no comas.

Finn: Eso es cruel, están buenas.

Finn haciendo un puchero era mono.

Volví a sonreír. Bueno, a esa mueca que hacía como sonrisa. No se parecía en nada a lo que un día fue.

Finn: Gracias por quedarte.

Yo: De nada.

Sí.

Noticia de última hora: me quedo.

Soy una blanda.

Y es que Finn vino por la noche a disculparse y me derretí en sus palabras. Puede que odiase a todo el mundo, pero de querer o apreciar a alguien, Finn estaría en lo más alto de la lista.

—¿Me perdonas?

—Sí —dije.

—Solo quédate. Los chicos y yo queremos tenerte cerca.

—Voy a seguir haciéndolo, Finn.

—Vale, hazlo si lo necesitas, pero no nos apartes.

Suspiré.

—De acuerdo.

Regresando a la realidad fijé el contrapeso del arma.

Pronto aquel maldito demonio saldría del restaurante y podría acabar con su miserable vida.

Mi móvil volvió a vibrar.

Aquella noche iban a contratarme o a darme acciones de alguna empresa telefónica.

Desconocido: Sé quién dio la orden de asesinato de tu amiga.

Un sudor frío me recorrió la espalda.

Lo ignoré.

Era una estafa, nadie lo sabía y aquellos que me habían dicho alguna vez tener algo solo fue para sacarme el dinero. Puede que los demonios se creyeran superiores, sin embargo, estaban a la par de mezquinos con los humanos.

Desconocido: Puedo regalarte el informe del caso.

Bufé.

Miré por la mirilla de mi arma esperando atacar.

Desconocido: ¿No te interesa, humana?

Yo: No.

Desconocido: ¿Ya te has rendido? Con tus matanzas creí que él seguía siendo el objetivo.

Yo: Es imposible que sepas algo.

Desconocido: Pues lo sé y puedo darte la información.

Yo: ¿Y por qué me la darías?

Desconocido: Tal vez me haya cansado que mi gente abuse de los tuyos.

Así que estaba tratando con un demonio.

Para mi desgracia, ante el restaurante comencé a ver movimiento. Habían llamado al aparcacoches y mi objetivo saldría próximamente. No iba a perder esa oportunidad por algo que podía ser falso.

Yo: Ahora mismo no puedo, estoy trabajando.

Desconocido: Entonces te dejo este regalo y espera que conecte contigo más adelante. Me deberás una.

No pensaba deberle nada.

Arrogante.

El coche llegó, su dueño no tardaría en salir, pero no importó lo mucho que miré por la mirilla de mi arma. Mi mente estaba en el informe que tenía en el bolsillo de mi pantalón.

El nombre de quien mató a Pay.

Suspirando con rabia, cogí el teléfono y lo desbloqueé.

Efectivamente, me había mandado una carpeta con datos. En ellos se hablaba de muchas cosas, aunque yo solo necesitaba un nombre. Después de eso tendría un objetivo al que despedazar.

Sentí las voces de los clientes que abandonaban el restaurante.

Tenía que disparar ahora o lo perdería.

Seguí mirando el informe y, al final, encontré un nombre.

Uno solo que lo cambió todo: Azan.

Me congelé como si alguien acabase de dispararme en el pecho. Fue tan horrible que perdí la noción del tiempo y el espacio mientras mi mente me recordaba en qué estado había encontrado a Pay.

—Buenas noches —rio mi objetivo con una demonio alrededor de su brazo.

—Maldita sea —mordí.

Me coloqué en posición con el nombre de Azan en mi cabeza. El destino quiso que él fuera uno de los acompañantes de mi objetivo. Lo había sabido toda la noche, pero verlo bajo la mirilla de mi arma le dio un tinte nuevo.

Sería tan fácil disparar.

Acabar con su vida…

Por desgracia para mí, de ser real la información, necesitaba hablarlo cara a cara.

Así pues, respiré, apunté a su acompañante y disparé sin atisbo de miedo.

Fue rápido, fugaz y nadie lo vio venir. Se desplomó antes de que la multitud entrase en pánico. Por suerte no me importaban los gritos o los empujones, estaba muy lejos para que todo aquello me afectase.

Solo miré a Azan a través de la mirilla.

Él, con el rostro salpicado de sangre, me buscó en la lejanía y no me encontró.

—¡¿Qué haces?! ¡Muévete! —exclamó Clawn llegando a mí.

Recogí rápido.

Nos teletransportó a casa.

Y yo solo pude pensar en el informe que había en mi teléfono.

AZAN.

Ese era el nombre que me habían dado.

CAPÍTULO 8



AZAN

Parpadeé viendo desplomarse a mi acompañante. Recibió un disparo fulminante en la frente que lo mató al instante. Su amante, una loca demonio que disfrutaba del dolor físico, gritó desesperadamente tratando de despertarlo.

No había nada que hacer.

Acababa de cerrar un negocio con ese demonio. Uno que su sucesor cumpliría, aunque no me gustaba cómo había acabado la velada.

Tenía muchos enemigos, tantos que era un milagro que hubiera respirado tanto. Aun así, supe en mi interior quién acababa de disparar de esa forma tan salvaje. Su nombre picaba en mi lengua.

Willow.

La busqué con mi mirada y no encontré nada salvo oscuridad.

Los demonios veíamos bien en la noche y, como convivía con ellos, lo sabía. Willow se había escondido demasiado bien para pasar desapercibida. Ejecutó a ese demonio dejándolo tirado en la calle como si fuera basura.

Fue paciente.

Fría.

Y dio un grandísimo disparo.

Cada vez estaba más sorprendido con mi picante bocadito.

Sabía los delitos que había cometido su última víctima. Toda la ciudad conocía que ese ser había ejecutado cruelmente a sus sirvientes humanos, solo a estos, y se había bañado con su sangre.

Saqué un pañuelo de mi traje y me limpié la cara.

—Señor, su coche está listo —dijo uno de mis asistentes ignorando el desastre.

Entré en él ignorando a la loca que seguía llorando sobre el cuerpo de su amante. No les tenía especial cariño y sabía que se lo merecía. No iba a ser un dictador de conciencia, pero me parecía bien que alguien así recibiera un escarmiento.

Saqué el teléfono de mi chaqueta, marqué y esperé a que Finn descolgara.

—Pásame a Willow.

Finn tosió.

—Azan, estoy fuera de mi horario de trabajo.

Lo que significaba que podía irme a la mierda.

Pero no lo haría.

—Ahora, Finn —ordené con severidad.

Lo escuché caminar a toda prisa hacia donde se encontrase aquel delicioso bocado. Entonces supe que alguno de los chicos de Finn la acompañaba, no podía teletransportarse y estaba a kilómetros de distancia para llegar tan rápido a casa.

—¡Estoy en la ducha, joder! —exclamó.

Sentirla enfadada me hizo sonreír.

Era una emoción después de todo.

—Es Azan…

—Puedes decirle que se vaya a la m…

Silenciaron la llamada.

Finn era un aburrido, yo me moría de ganas de escucharla maldecirme mientras trataba de ver qué me decía.

—Dime —dijo Willow finalmente.

Reprimí el impulso de ronronear.

Me encantaban sus garras y luché por negar la creciente erección que comencé a sentir en mi zona inferior.

—¿Has estado ocupada esta noche, dulzura?

Ella tragó saliva.

Yo lo escuché.

Y mi mente divagó con la idea de tomarla con mi mano en su garganta. No apretaría, solo sería para sentir su pulso en mi pulgar. Quería sentir su corazón desbocarse. En realidad, comenzaba a desear muchas cosas.

—Siempre estoy ocupada.

Mordaz y lista.

—Esa presa que has cazado podría considerarse caza mayor.

Teniendo en cuenta de que acababa de matar a un importante traficante de armas.

—Puedo cazar presas mucho mayores —amenazó Willow.

Finn jadeó tras ella.

¿La estaría viendo desnuda? Con las gotas de agua deslizándose sobre su piel clara, llegando a zonas que solo un amante podía vislumbrar. Yo me ofrecería de toalla de ser necesario.

La limpiaría con la lengua.

Después la montaría sobre mi polla necesitada.

Reí.

Una diminuta humana me estaba haciendo enloquecer.

—En dos días hay una fiesta en uno de mis salones de baile. Te pondrás guapa, un vestido ceñido y rojo, para hacer juego con mi piel y vendrás a concederme un baile —ordené más serio de lo que pretendí.

Mejor.

Así veía que jugaba en serio.

—¿Y si no quiero ir?

Me encantaban los retos.

—Entonces te devolveré a Finn en una cajita diminuta.

—Es tu amigo —me escupió.

Lo era.

Pero sabía que, a pesar de que parecía que odiaba el mundo entero, Finn tenía un hueco en su corazón.

¿Era un bastardo por aprovecharme de ello?

Culpable de todos los cargos, señoría.

—¿Vendrás o no?

Me impacienté.

—¿Es un escarmiento público? ¿Dirás quién soy?

¡Oh!

Ahí estaban sus miedos. Chica lista, después de lo que había hecho esa noche podía tenerme un poquito de miedo. Eso siempre lo volvía todo mucho más divertido. Me encantó verla tan recelosa.

No la que perdió voluntariamente en la bolera.

—No lo haré. Solo bailarás conmigo, me darás conversación y te luciré ante un grupo muy selecto de demonios que me envidiarán por tenerte a mi lado —expliqué.

Suspiró con tanto pesar que pareció que la invitaba al corredor de la muerte.

—Anímate, tal vez encuentres a tu próximo objetivo entre ellos.

—Iré, deja a Finn fuera de esto.

Mi pequeño bocadito caliente.

La tenía entre mis garras y nadie sabía lo bien que sentaba eso.

—Vendrás a la fiesta, pero no te equivoques, Willow, vas a ser mía toda la noche. Después, podrás volver a tu animada mansión y contarle a los chicos cómo ha ido tu velada.

Ella pareció apretar tanto las mandíbulas que rechinaron y pude sentirlo por el altavoz del

móvil.

—¿No tienes más chicas con las que divertirte en vez de con una simple humana?

Simple eran el resto.

Simple era el viento.

Simple era el sol.

Pero ella.

Ella era embriagadora.

—No he tenido el placer de tener una compañía tan chispeante como la tuya jamás —confesé —. Cuídate, Willow.

Y colgué.

Esos dos días iban a ser muyyyy largos.

***

WILLOW

—No es posible —negó Finn.

—Ella se estaba viendo con demonios. ¿Quién no dice que fuera Azan? —preguntó Buck.

—Me estás diciendo que se la chupaba al jefe de Finn y que, al romper, ¿él mandó matarla? Amorcitos, veis demasiadas películas —rio Clawn.

Me estaba acariciando el pelo mientras yo miraba el informe que había impreso para verlo mejor.

—No puedes creer esta mierda, Azan no haría algo así —defendió Finn.

Vale.

Era algo exagerado a decir verdad.

Yo quería creer eso, pero Azan era jefe de la mafia. No había nada que no pudiera hacer o decir. Gobernaba toda una ciudad, no tenía rivales y, si aparecían, los aplastaba sin piedad.

¿Puede que Pay se metiera en un lío del que no supiera salir?

La llamada seguía incrustada en mis neuronas sin que pudiera evitarlo. Ya no importaba quién tuviera a mi alrededor o lo que dijeran. Solo reproducía los hechos luchando por no enloquecer.

Me había visto obligada a asistir a una fiesta de la mano de Azan.

¿Sabía que me habían pasado información sobre él?

Me sentía como si acabase de entrar en un juego más grande que yo misma. Era una pieza, un peón que podían usar a su antojo. No sabía quién manejaba las piezas. Puede que fuera el mismo Azan o un tercer jugador.

Solo sabía que debía ir con cuidado.

¿Por qué me quería en la fiesta?

¿Y por qué ser su acompañante?

Los demonios nos veían como insignificantes a los humanos.

Bien.

Solo tenía que centrarme. Ahora se me abría una oportunidad ante mis ojos. Necesitaba hacer como con el resto de mis objetivos: estudiarlo.

Que me invitase a estar orbitando a su alrededor era, de todas, todas, una ventaja que no esperé tener. Podía aprovechar ese baile a mi favor, sacando oscuros secretos del jefe de la mafia.

Consiguiendo información.

Tejiendo mi telaraña.

Porque, si él había matado a Pay… Moriría.

—Tierra llamando a Willow, cielito, despierta —dijo Clawn chasqueando los dedos ante mis ojos.

Di un salto en el taburete de la cocina donde estaba y miré a todos los pares de ojos demoníacos que me observaban.

—¿Todo bien? —preguntó Finn.

—Necesito un vestido —grazné.

Tenía que cortejar a Azan, ser una buena acompañante.

Y podía ser la mejor.

CAPÍTULO 9



WILLOW

No estaba nerviosa.

No.

No lo estaba.

Los nervios son para los que tienen corazón y yo no poseía esa propiedad, así pues, no había motivos para estar nerviosa.

—¿Lista? —preguntó Finn tendiéndome su brazo.

Me enrosqué a él echando hacia abajo el pensamiento de querer huir. Sabía que estar a su lado era temporal, que Azan me reclamaría tarde o temprano y me expondría como un premio.

Un baile.

Y a saber qué más cosas hacían los demonios.

—Dime que estas fiestas no acaban en una orgía —pedí.

Finn levantó una ceja.

—La mayoría de veces no.

Vale.

Hasta aquí.

Giré sobre mí misma y empecé a buscar una salida. No completé mi plan porque Finn me tomó del brazo, calmándome al momento. El muy maldito me acababa de hacer una broma para medir mi nerviosismo.

¡Si soy una balsa de agua!

—Te odio a veces —dije haciendo un mohín.

Finn rio.

Estaba a pocos pasos de meterme en la cueva del lobo o, más bien, de descender a los infiernos.

***

AZAN

Tener a mis hermanos de vuelta era como desarrollar una enfermedad venérea. Solo deseaba que se fueran la mañana siguiente y que tardásemos en juntarnos cien años. Podían concederme ese pequeño deseo.

Los invitados ya estaban llegando.

Todos perfectamente arreglados. Mostrando elegantemente sus ropas y joyas caras mientras se miraban los unos a los otros con recelo. Había más peligro en una fiesta de esas que en una guerra.

Todos eran enemigos potenciales y aliados necesarios al mismo tiempo.

Había sirvientes por todos lados, no me gustaba ser un antiguo así que había humanos y demonios entre ellos. Iban vestidos de traje, con sus bandejas de plata ofreciendo bebidas a los recién llegados.

Toda la alta sociedad estaba allí.

Y todos los bajos fondos.

Pero, al final, luz y oscuridad siempre se tocan.

Vi a Willow entrar cambiándolo todo.

Obligué a mi pecho para que siguiera respirando a pesar de sus reticencias. La contemplé como quién trata de desentrañar un cuadro. Busqué las pinceladas del autor, su intenciones y deseos y acabé encontrando una verdadera obra de arte.

Hermosa como ninguna otra, caminaba del brazo de Finn como si todo el edificio le perteneciera.

Vestida con un sexy y elegante vestido rojo, gruñí descubriendo mis dientes afilados cuando dejé que mis ojos disfrutaran del hermoso corpiño que lucía. Esa tela se amoldaba a ella como si no existiera mejor modelo que Willow.

Su escote era un lugar donde ansiaba sumergirme. Maldita fuera mi suerte porque yo pedí que se pusiera un vestido rojo. Y ella me devolvía el golpe con contundencia convirtiéndose en una belleza única en el universo.

Y esos tacones de aguja negros…

Me quitaron el sentido. Me hicieron sentir como una mosca a punto de entrar en la telaraña de una viuda negra.

Caminaba como una diosa reclamando su altar, como una reina poseyendo su trono y como una humana que no temía a los demonios.

Iba maquillada ligeramente con una línea negra en los ojos, con un poco de sombra que

parecía húmeda, como si la purpurina quisiera reflejarse en sus párpados y en los de nadie más.

La veía desde lejos, pero no me pasaron desapercibidos esos carnosos labios que pintó de rojo sangre, perfectamente delineados para borrar esos bordes con mordiscos calientes.

Caminé hacia ella sin prisa, no quería descubrir mis cartas demasiado pronto, pero sí quería arrancarla del brazo de Finn. Escondí en mi pecho un gruñido al revisar la sala. Me encontré que muchos de mis invitados tenían puestos los ojos en ella.

Pero esta noche era mía.

Sus miradas no me importaban siempre que fuera mi mano quien tomara la suya. Reclamaría su cuerpo de ser necesario para evitar que el resto de demonios la mirase más de lo necesario.

Esa belleza sangrienta no podía acabar en sus sucias garras.

—Has venido —dije sin más.

Ella me miró de arriba abajo más de lo necesario. No pensaba quejarme por ello, estaba dispuesto a dejarle mirar todo lo que quisiera.

Llevaba un traje hecho a mano, elegante, pretencioso, que se ajustaba a mi cuerpo como un guante. Mi camisa blanca destacaba bajo mi chaqueta, además, adorné mi atuendo con una corbata roja.

Contuve las alas replegadas a mi espalda y la cola cerca de mi pierna derecha cuando Willow pareció sentir algo parecido a la lujuria al verme. Si esos ojos volvían a arder esa noche, pensaba besarla.

Después podían quemarme en la hoguera.

—Bonita fiesta —comentó luciendo una sonrisa que no llegó a los ojos.

Eso me preocupaba.

¿Recordaba sonreír de verdad?

—Gracias.

Le ofrecí mi brazo.

—Ven, te lo enseñaré todo, tu acompañante podrá recogerte a la salida —comenté.

Finn no quería dejarla ir, no lo culpé por ello, me parecía bastante normal dadas las circunstancias.

Willow se enganchó a mí de un modo lento, tentativo, pero yo ofrecí toda mi confianza en aquel gesto. No podía tocar mi piel por la maldita ropa que yo llevaba encima, aunque noté su calor de todas formas.

—Disfruta de la fiesta, Finn —sonreí llevándomela conmigo.

Tenía una belleza sangrienta que disfrutar.

***

WILLOW

—¿Champán? —me ofreció Azan.

Yo hubiera pedido un copazo más fuerte, pero todos parecían beber lo mismo. Asentí siendo incapaz de encontrar las palabras necesarias.

Tomé una copa de sus enormes dedos y la acompañé a mis labios. Después de un sorbo que solo supo a burbujas, él me la retiró y bebió de la misma colocando sus labios sobre la marca que había dejado mi pintalabios.

Me pareció algo tan erótico que no pude evitar que mi corazón sufriera un vuelco allí mismo.

¿Qué narices me pasaba?

Era una asesina de demonios. No me calentaba con ninguno de ellos y menos con el asesino de Pay.

—Siempre sabe mejor en la copa de una buena compañía.

Lo fulminé con la mirada un segundo antes de adoptar una postura dócil.

No debía olvidar mi objetivo: había venido a estudiarlo.

No se me pasó que me estaba luciendo por aquel gigantesco comedor. Las lámparas de araña eran las más imponentes que había visto jamás. Así como adoré las paredes oscuras con una alfombra roja sangre.

Ese tipo era elegante.

Con toques de oro y plata, en las paredes y molduras había pequeñas decoraciones que le daban un toque imperial a aquel salón.

Aquella sala de baile pertenecía a un jefe.

A un Señor de la guerra.

A un rey.

***

AZAN

Cuando pudiera iba a matar a alguno de los presentes por desnudar a Willow con la mirada.

¿Era lo mismo que quería hacer yo?

Sí.

¿Solo podía hacerlo yo?

Sí.

¿Era demasiado posesivo?

¡Soy un demonio! ¡Demándame!

La observé mientras la llevaba por la gran sala. No quise alardear de los cuadros o las riquezas que ahí exponía, aunque, por un momento, casi flaqueo. Quería que me viera fuerte, importante, un gran demonio, pero supe que a ella esas cosas no le impresionaban.

No vivía por las riquezas.

No compraba arte.

Quitaba vidas.

Esa también era una forma de arte, aunque de una rama artística más específica.

—Estaba a treinta centímetros cuando mataste a tu último objetivo. Casi podrías haberme dado —le susurré al oído.

Ella no se estremeció, solo miró a su alrededor esperando no ser descubierta por nadie. Me gustaba que valorase su privacidad ya que pocos demonios verían con buenos ojos tener a una asesina entre ellos.

—Entonces no tendría que haberme arreglado tanto hoy y me hubiera ahorrado toda esta noche —contestó.

Llevándose la mano libre al mentón, fingió pensar.

—Puede que me equivocase de objetivo después de todo.

Sonreí.

Esa lengua era mordaz y su pensamiento rápido.

No seré yo el que diga que prefería su lengua recorriendo mi piel rojiza… Bueno sí. Sí lo digo.

—¡Oh! Me ofendes —bromeé—. Yo solo quiero darte una velada inolvidable.

Acercándose un par de demonios, vi sus miradas lascivas sobre el cuerpo de Willow. Ella, que también se dio cuenta, levantó el mentón con orgullo poniéndome duro por encararlos.

Pocos humanos se atrevían.

—¿Traes un juguete, Azan? —preguntó Rashan.

Ignoradlo, no es importante para esta historia.

Es más bien un idiota.

—Os presento a la señorita, Willow. Y no, no es un juguete. Es una invitada de primera categoría.

Con eso dejaba claro mi reclamo absoluto hacia ella. Si alguno daba un paso iba a salir malparado. Digamos, que no soy bueno compartiendo mis juguetes. Nunca he sido bueno compartiendo.

Y no pretendía empezar en ese momento.

Tomando la mano de Willow, el muy canalla de Rashan le dio un beso en los nudillos a modo de saludo.

—Un placer conocerla, señorita. Señor Azan, una muy buena elección.

No iba a atreverse a decirme lo contrario.

Gobernaba con mano de hierro, pero era lo necesario para aplacar a todos los demonios que veían con ojos tiernos ser el jefe de la ciudad. Rashan no era un idiota redomado, sabía muy bien dónde pisar.

—Lo mismo digo, Rashan, es un absoluto placer.

Parpadeé, molesto.

Ella sonreía a ese demonio mequetrefe como si fuera alguien merecedor de su compañía.

Mis cuernos subieron a modo de advertencia. No lo vio Willow, no obstante, sí Rashan, quien se apartó de nosotros como si estuviera a punto de extraerle las vísceras y bañarme en ellas.

—Yo diría que lo has asustado, Azan —comentó Willow como si nada.

Cambió su copa vacía de champán por otra cuando el camarero pasó y yo me quedé prendado con el movimiento ágil de sus manos.

Sin poderlo evitar, como si rugiera un fuego en mi interior, la tomé de la cintura apretando su espalda en mi pecho. Me coloqué tras ella como un cazador a su presa y respiré sobre su cabello

regodeándome en su aroma.

—Si miras a alguno de estos demonios con ojitos de deseo, voy a cortarlos y a servírtelos en una de las bandejas con las que nos sirven el champán —amenacé.

No sé de dónde salió ese sentimiento.

Ni qué me indujo a eso.

Solo sabía que estaba en alerta y que era capaz de cualquier cosa si se acercaban un poco más. Por suerte para mí, era bastante temido como para que alguien se atreviera a tratar de tomarla.

—No soy tuya, puedo hacer lo que quiera. ¿Celoso de que pueda resultarme alguien más atractivo que tú? —preguntó soltándose de mi agarre para poner distancia entre nosotros.

Fueron unos pocos pasos que sentí como kilómetros de distancia.

—Esta noche eres mi acompañante y soy el más atractivo de todos, así como tú eres la más atractiva de todas las mujeres —expliqué con calma.

No existían humanas o demonios ahora mismo. Me había dado cuenta de que no había podido dejar de mirarla desde que entró y que me había negado mirar al resto. Las demás parecían actrices de segunda con la estrella que tenía ante mí.

—Me tendrá que servir —dijo con cierto tono pícaro en la voz—. ¿Sigues mostrándome este gigantesco lugar o ya te has cansado?

Bocadito picante.

Ella no sabía lo mucho que yo quería mostrarle.

***

AZAN

Pasearla por la sala me llevó más paciencia de lo habitual. No estaba seguro del motivo, pero mi acompañante estaba levantando muchas miradas curiosas. Puede que tuviera que admitir que comenzaba a estar muy molesto con esa situación.

Un par de demonios más se acercaron a saludar, fueron corteses y trataron de controlar sus miradas de asombro con Willow.

Ella se limitó a asentir y a ser tan educada que sentí ganas de cabrearme. Lejos quedaba la misma mujer que, al llamar a Finn, había pedido que me enviaran a la mierda.

Sabía contenerse, comportarse en público y eso me mostraba más de lo que ella pensaba. Podía mimetizarse con el ambiente en el que estaba, lo que la ayudaba a esconderse para estudiar a sus objetivos y liquidarlos finalmente.

No comprendía cómo había sido capaz de estudiar a su último objetivo. Era un demonio tan cerrado que era todo un reto que fuera capaz de saber su agenda íntima para saber que tenía una reunión esa noche conmigo.

Su amante me había llamado cientos de veces desde entonces.

La loca demonio buscaba una y otra vez que rastrease al culpable para que acabase con él de forma pública. No pensaba hacerlo y no porque fuera Willow.

A ver, en condiciones normales, tampoco lo hubiera hecho. Su hijo era mucho más fácil de llevar y tenía mucho más control sobre él que con su padre. Además, no era tan polémico, lo que

me favorecía para cerrar buenos tratos de armas.

Tener control sobre los proveedores era importante.

—¿Una copa más? —pregunté.

Mi acompañante negó con la cabeza.

Había bebido dos copas y se detenía, lo que me demostraba que estaba mucho más alerta de lo que mostraba.

Colgada de mi brazo, casi parecía… Dócil, pero nada más lejos de la realidad.

—Bien, tal vez después quieras probar un vino que he traído para los mejores invitados.

Me miró, congelándome en el sitio.

—¿Buscas emborracharme?

—¿Qué dirías si dijera que sí?

Willow no se inmutó, aunque pude vislumbrar una leve insinuación de sonrisa.

—Te diría que es mucho mejor cuando soy consciente de todos mis sentidos.

¡Oh, infiernos ardientes!

Esta mujer iba a consumir mis neuronas.

Yo era el jefe, llevaba la mafia de la ciudad más grande de este país. Todos me temían, me hacía respetar porque era el único mensaje que comprendían en un mundo tan terrible como ese.

Y esa mujer llamaba mi atención más que cualquiera antes.

¿Qué hacía especial a esa humana?

—Entonces, disfrutemos de todos tus sentidos.

Alejándonos de todos los presentes, caminé hacia el asiento que me preparaban siempre. Sí, podíamos decir que era una especie de trono. No me negaba a tenerlo si eso seguía infundiendo el respeto necesario para seguir en lo alto de la escala alimentaria.

Sentándome me di cuenta de que ella miró toda la sala. Su ojo clínico valoró hasta el último rincón del lugar y eso me sorprendió. Ese nivel de alerta era propio de grandes guerreros y gente que sabía estar en zonas de riesgo.

¿Qué le habían hecho para no ser capaz de relajarse bajo mi protección?

—Todo está bien, Willow, nadie te atacará. Hacerlo sería insultarme y nadie de esta sala planea hacerlo por su propio bien —expliqué.

No sabía por qué, pero quería que comprendiera que nadie la dañaría. De suceder algo así, arrasaría a quien se atreviera y su castigo sería temible.

Una mirada vulnerable se formó en su rostro humano provocando que algo se me removiera en el pecho.

—¿De verdad?

Maldito fuera el infierno, que me colgasen, pero la protegería, aunque alguien descubriera que se trataba de una asesina de demonios.

No permitiría dolor alguno.

—Eres mi invitada, ese es el tratamiento estándar.

Ella… ¿Rio?

¿Realmente lo hizo?

Creí que había olvidado hacer algo semejante, no obstante, me encantó que fuera conmigo.

Una parte de mí se sintió triunfante de conseguir un reto semejante.

Con una mano, palmeé mi regazo.

—Puedes sentarte aquí si te sientes valiente —dije esperando que me enviase a comer el caviar que nadie servía a los invitados.

En vez de eso, conseguí que me enarcase muy sensualmente una ceja y pareció contonearse.

¿Por qué la sala acababa de desaparecer?

¿No habíamos estado solos toda la noche?

Ya no me importaba nada. Aquella noche no era el momento para cerrar ningún trato, por suerte me lo había dejado todo despejado para así poder poner toda mi atención en ella.

Sentencié que era una muy buena idea haberlo hecho.

De lejos me pareció vislumbrar a Finn, quien parecía bastante inquieto con las interacciones de Willow y mías. Por mí podía acabar la noche con antiácidos que no le daría el gusto de devolvérsela hasta que llegase la hora de marchar.

—Entonces, ¿puedo sentarme?

Asentí mirándola a los ojos con tanta solemnidad que creo que nos fundimos el uno al otro. Ella devolvía el golpe con tanta fuerza que podía arrancarme las entrañas.

Sin miedo, se deslizó con sensualidad por mis piernas hasta acabar sentada, de perfil, en mi regazo mientras yo deslizaba una respiración entrecortada por mis labios entreabiertos.

—Aquí es donde mejor vas a estar, Willow —dije.

Me di cuenta de que no habíamos roto el contacto visual en ningún momento. No me importó si el resto de invitados estaba mirando o se estaba dando cuenta de lo que ocurría entre nosotros.

Lo importante era ella.

Mis manos viajaron a sus caderas. Me sujeté fuerte a ella como si acabásemos de subirnos a una atracción de esas altas que giran una y otra vez. En ese momento estaba en lo más alto y sabía que pronto nos descolgarían.

—¿Puedo ponerme más cómoda? —preguntó.

Asentí.

¿Se podía hacer eso?

Llevándose las manos a las rodillas, Willow tiró de su vestido hacia arriba un poco, lo justo para permitirse sentarse a horcajadas sobre mi regazo. Y sí, parte de mi dura anatomía encajó perfectamente bajo su ropita interior.

—¿Llevas un arma? —preguntó ella ladeando un poco la cabeza, divertida.

Sonreí.

—Se podría decir que sí.

Colocó ambas manos sobre mi pecho, yo sabía que mi piel estaba más caliente que la suya, aunque me encantó el contacto. De pronto, mirando mis labios más de lo necesario, Willow se aproximó a mí.

No pude evitarlo. Una reacción inconsciente me hizo tomarla de la garganta con fuerza cuando quedamos a escasos centímetros el uno del otro.

—¿Asustado? —preguntó Willow sin más.

Estaba tan acostumbrado a estar alerta que sentí que con ella tampoco podía bajar la guardia.

Ella era una asesina, una persona capaz de hacer cosas atroces y estaba sobre mí como un animalito dócil.

Con su garganta entre mis dedos desee su miedo.

Lo ansié.

Y solo encontré una mirada divertida.

—¿Vas a rompérmelo? —susurró.

No.

No quería hacer eso y la solté.

—Juegas a un juego peligroso, Willow.

—Me gusta jugar fuerte, creí que a ti también te iba el riesgo. Me equivoqué juzgándote, una pena.

Se encogió de hombros como si no se pudiera hacer nada al respecto. Yo parecía haber tomado una decisión y nada podía alejarme de ella. No obstante, solo había reaccionado por instinto, ahora mi mente decía una cosa muy distinta.

—¿Y si jugara? ¿Cuáles serían las reglas? —pregunté.

Willow me regaló una media sonrisa.

Y sabiendo lo que le costaban fue más bien un regalo.

—Eso es lo bueno —susurró—, que no las hay.

Dejé que se acercara cuando su mirada no dejó de recorrer mis labios, permití que viniera a mí y la invité cuando me miró a los ojos esperando mi aceptación.

¡Maldito infierno, sí!

Tomando mis labios sentí como mi sangre se convertía en lava. Puede que ella iniciara el contacto, pero yo tomé el control. Rugiendo en su boca, la tomé con una mano de la nuca y la otra de la barbilla impidiendo que se apartase de mí.

No hasta que la saboreara bien.

Deseaba descubrirla a conciencia.

La tomé y, empujando mi lengua sobre sus labios, ella me abrió la entrada. Me sentí pletórico cuando tomé las profundidades de su boca. Nuestras lenguas chocaron, frenéticas porque el placer nos recorrió de arriba abajo y viceversa.

Willow sabía besar, me tomó como si estuviera hambrienta. Una de sus manos recorrió mi pecho con fervor y la otra…

No tenía ni idea de dónde tenía la otra, solo quería besarla, engullirla como si nunca antes hubiera besado a otro ser vivo. La quería mía, en mi boca y yo en la suya, con sus labios inflamados por la pasión y sus pupilas dilatadas.

Quería me entregase su alma en aquel contacto.

Entonces un sonido cortó el aire.

El dolor se expandió en mi pecho, confundiéndome.

Fue Willow quien, tras morderme el labio inferior, se apartó de mí lentamente mientras me miraba a los ojos.

Entonces lo vi y supe lo que se había atrevido hacer.

Con la mano que no sentía, había sacado un arma que había atado a su pierna. Era una pistola

pequeña, pero efectiva. Y mientras me hacía perder el control del mundo y se salía de su eje, apoyó el cañón de su arma.

Me disparó en el corazón.

Sonreí mirándola antes de arrancar a reír a carcajadas.

Ella no era dócil, tampoco fácil y había caído en su tela de araña como si no fuera el jefe de mi ciudad. Como si fuera la primera vez que alguien seductor trataba de hacerme perder el control.

Willow era la primera.

La única.

¡Ardientes infiernos!

Tengo algo que decir al mundo: Acabo de enamorarme.

Esta chica va a ser mía.

CAPÍTULO 10



WILLOW

Respiré una, dos y tres veces.

Después otras tres más mientras notaba su sangre manchar mis dedos. Entonces comprendí que algo no iba como planeé.

Mi primera opción fue estudiarlo, meterme bajo su piel como hacía con todas mis presas y, cuando tuviera toda la información, ejecutar un plan exitoso. Fracasé de la peor manera. Perdí el control.

Cuando él me retuvo a su lado, cuando me paseó como un premio ganado en una feria, un segundo plan dio comienzo.

Acababa de dispararle en el corazón, pero él reía a carcajadas.

Nuestros cuerpos se habían separado producto del disparo y el retroceso del arma, aunque seguía sentada a horcajadas sobre sus piernas.

No, no, no, no.

Yo acababa de matarlo.

Lo había hecho.

Y seguía con vida.

¿Cómo era eso posible?

—¡Coged a la humana! —gritó alguien.

Azan me tomó por la cintura y les rugió a todos. Fue tan rápido que me limité a jadear

mientras nuestro alrededor explotaba en caos. Los invitados estaban enloqueciendo por lo que acababa de hacer.

—¡Atrás! ¡Es mía!

El jefe hablaba y el mundo temblaba en consecuencia.

Todos retrocedieron.

A pesar del caos de la sala, todos cumplieron la orden de su jefe. Nadie trató de alcanzarme mientras él me poseía en cuerpo y alma.

—¿Cómo es posible? —pregunté, aturdida.

Azan se limitó a mover una garra por mi vientre. No me permitió alejarme, así pues, me quedé petrificada mientras la subía por mi vestido sin llegar a cortarlo. Por supuesto que podía hacerlo, no obstante, estaba jugando conmigo.

Y yo ya había perdido la partida.

—No es tan fácil matarme. Tengo un corazón de piedra, aunque reconozco que tu juego ha sido espectacular. Es un placer verte trabajar, eres pura belleza y sangrienta como el infierno —dijo mientras seguía riendo.

Acababa de volverse loco. Su risa era una mezcla de sorpresa, histeria y locura que me indicó que salir con vida de aquel lugar dejaba de ser una opción.

Entonces la seriedad se dibujó en su rostro. Sé bien que mi corazón se detuvo unos segundos.

Su mente acababa de idear un plan que no me iba a gustar ni un poco.

Yo sola me había metido en la cueva del lobo.

—¿Por qué lo has hecho, Willow? —preguntó como si de un profesor se tratase y acabase de pillar una travesura.

Sé que apreté los labios mientras mis errores me hacían sentirme miserable. Después, decidí contestar.

—Tú ordenaste matar a Pay. Debías pagar.

La confusión parpadeó en sus ojos.

—¿Crees que maté a tu amiga?

—Diste la orden.

Y como si hubiera sido ciega toda la vida y Azan fuera la primera cosa que viera, me di cuenta de que acababa de caer en la trampa de alguien. Algún ser, que sabía a lo que me dedicaba, me había empujado a matarlo.

Porque querían a Azan fuera del tablero, pero a mí también.

La mejor manera de hacerlo era ponerme en las narices un informe que dijera que él la mató.

Santa mierda.

Había sido tan estúpida.

—Nunca ordené tal cosa.

Respiré.

—Ahora lo veo.

Iba a morir, pero no pensaba darle el gusto de suplicar por mi vida. Que hiciera conmigo lo que quisiera porque revolverme ya no era una opción.

Aceptaba mi destino y los errores que me habían traído hasta aquí.

Poniendo su gran mano en mi garganta, tiró de mí levantándome de su cuerpo a toda prisa. Me fijé, durante un breve momento, en la herida que yo le había provocado y en la forma en cómo esta se cerraba.

Había sido tan estúpida creyendo que podría matar a un demonio tan poderoso.

Me arrodilló mientras su mano en mi garganta se apretaba. Vio como mi mente me pedía defenderme, entonces recordó aquella maldita pistola que seguía en mi mano y, para evitar que la usara, envolvió su cola en mi muñeca.

Apretó robándome un gemido doloroso, el arma cayó de entre mis dedos justo después.

—Tú y yo vamos a estar ligados en un pacto que ni Finn puede romper. Tú me hiciste sangrar y, ahora, por la sangre, estaremos unidos hasta que decida romper nuestro vínculo.

¡Sal de ahí, idiota!

Luché por irme, pero sus poderes me aprisionaron con fuerza. Me tomaron de las muñecas y las piernas esa especie de humo negro y rojo que siempre lo acompañaba. Me sentí impotente sin poder moverme.

Azan se divirtió comprobando mi desesperación reflejada en mis ojos. Después, se llevó los dedos a su herida y hurgó manchándoselos bien de sangre al mismo tiempo que su herida sanaba como si nada.

—Azan, por favor.

Finn.

Finn suplicó por mí.

Mi corazón se rompió por él entonces. Había estado un año cuidándome para yo acabara traicionándolo. Disparar a su jefe y amigo no había sido mi mejor jugada, sin embargo, el dolor y el orgullo me habían cegado.

—Ella se lo ha buscado, Finn, has hecho lo que has podido. Además, hoy me siento generoso —declaró.

Azan, tomando su sangre con los dedos, los acercó a mi boca y apreté con fuerza mis labios. A él no le importó, tomó mi mandíbula y la apretó tanto que acabé gimiendo de dolor. Justo entonces llenó mi boca con su pulgar haciéndome probar su sangre.

Su sabor metálico embaucó mis sentidos. Por un instante fue como si flotase antes de que el dolor se expandiera del centro de mí hacia todo mi exterior.

Todo quemaba, mi piel ardía desde dentro y no sabía cómo pararlo. Aullé mientras su mano en mi barbilla me obligaba a mirarlo. No importó que pusiera las manos en su muñeca y que tratase de librarme de él.

No conseguí nada.

Solo dolor, me estaban quemando lentamente y jamás conseguiría librarme de algo así.

—¿Lo notas? Mi poder nos une, gatito —sonrió tan cerca de mí que compartimos aliento.

¿Qué?

—¿Gatito?

No sabía ni por qué preguntaba.

—Gatita suena muy a zorra, lo sé, puede sonar machista, puede que sí, pero me concedo llamarte como quiera. Y eres mi gatito ahora.

Quise contestarle, decirle que se fuera a la mierda, pero fui incapaz de formar palabras

mientras mi cuerpo se fundía.

—Oh, ya, ya entiendo. Pasará, gatito —me susurró mientras mostraba todos sus dientes afilados en una sonrisa.

De golpe, me levantó como si no pesara nada poniendo sus manos en mis axilas. Bajó mi vestido con sumo cuidado y pareció atusar mi pelo para dar una buena imagen. Justo después, nos hizo rodar hasta quedar ante una multitud que ahora parecía más terrible que nunca.

—Mis más estimados invitados, disculpen los modales de la señorita Willow. Puede que no les haya advertido de lo salvaje que puede ser mi acompañante, pero como demonios debemos saber divertirnos cuando toca.

Me señaló como un trofeo hermoso.

—Ella nos ha dado un espectáculo asombroso y espero que valoren su esfuerzo. A partir de ahora, nos verán muy juntos durante un largo tiempo.

Sus últimas palabras me provocaron un escalofrío.

Acababa de condenarme a algo peor que la muerte. Convivir con Azan y las torturas que me esperaban me heló la sangre.

Finn se acercó a nosotros y sentí tanto dolor y vergüenza que comprendí que, desde que lo perdí todo, no me di cuenta de que lo apreciaba. Su vida importaba a pesar de ser un demonio.

Y ahora su dolor era el mío.

—Azan… —susurró mientras los invitados, todavía recelosos, aunque divertidos con la escena, comenzaban a bailar.

Azan levantó un dedo y lo señaló con su garra.

—Te relevo del trabajo agotador de cuidar de nuestra asesina favorita. Yo me encargaré de ella —dijo sonriendo.

Estaba disfrutando cada momento de esa interacción. Era como quitarle un juguete a un niño y él había salido ganando.

—Por favor, podemos tratar esto, Azan.

Quise llorar.

Y solo pude respirar mientras el vínculo se establecía.

Lo sentí en mí. Noté a Azan de forma tan íntima dentro de mí que me sorprendió. Con auténtico terror, miré a Finn y supe que él ya sabía lo que estaba viviendo. Si yo notaba a Azan… Él me sentía a mí.

—Por supuesto que sí, gatito. Ahora ya eres mía y yo soy tuyo. Vamos a divertirnos mucho juntos —prometió.

No.

Iba a doler.

Y yo sola me lo había provocado.

Vi que Finn iba a insistir, era peligroso que lo hiciera porque su jefe podía perder la paciencia y despacharlo de más de una forma.

—No insistas, Finn —pedí lo más entera que pude.

Ya no dolía.

No quemaba.

Y, aun así, mi corazón se deshacía de nuevo.

—Lo siento —dije mirándolo a los ojos al borde del llanto.

Me repuse rápidamente. No era una niña débil y jamás me mostraría así ante Azan. Ese demonio no me rompería, ninguno lo haría y pelearía por seguir siendo yo misma. Además, descubriría quién me la había jugado.

—¿Por qué? —preguntó Finn queriendo saber qué me llevó a perder la razón.

Con la mano de Azan en mi cintura, me limité a apretar los puños y encogerme de hombros.

—Porque era Pay, porque murió como un animal y porque necesitaba vengarla —expliqué bajo la atenta mirada del demonio al cual pertenecía.

Ahora era suya.

Un juguete.

—Creo que será hora de que nos retiremos, gatito. No me gusta la ropa manchada de sangre —anunció Azan.

Ambos teníamos, él más que yo lógicamente.

—No estés triste, Finn, la seguirás viendo.

Y, sin más, me arrastró a la oscuridad sacándome de la pista de baile. Los demás quedaron lejos de nosotros, pero sus susurros nos siguieron mucho más lejos. Ellos buscaban comprender lo que había sucedido esa noche.

¿Qué podía decir?

Ni yo misma lo sabía.

Envolviéndonos con sus enormes alas, solo supe entrar en la oscuridad con la certeza de que jamás saldría de ella.

CAPÍTULO 11



WILLOW

Para cuando Azan me sacó de aquella sala mi mente seguía a mil por hora. Me sentía tan idiota por cagarla de esa manera. Aunque lo más sorprendente era que él no había muerto del disparo.

En su momento dijo que su corazón era de piedra.

¿Podría ser eso posible?

—¿A dónde me llevas? —pregunté.

—A mi casa, gatito.

Resoplé.

No me gustaban los apodos.

Y menos si lo había inventado él.

—¿Vas a dejar que vaya a casa a buscar mis cosas?

Rehusé su mirada caliente cuando pronuncié esas palabras. Él pareció ronronear complacido con que siguiera peleando con él. Estaba claro que era el demonio más loco al que me había enfrentado.

—No. Te compraré nuevas.

Yo no quería nuevas.

—¿Y qué harás conmigo?

—Señor, el coche está listo.

Las voces de su servicial personal y la mía se solaparon. Supe que nos escuchó a los dos, solo que prefirió asentirle al personal antes que darme una pista de lo que iba a pasarme a partir de ahora.

Las imágenes de distintas torturas llenaron mi mente.

Debía resistir.

No era un coche lo que nos esperaba, si no una limusina tan lujosa que el tío poder peer confeti si se lo proponía. Aquel demonio era tan pomposo que tuve ganas de poder alcanzar mi pistola perdida y volver a dispararle.

Por supuesto, haciendo eso, solo ganaría que me matasen.

Y no era tan estúpida.

Abriendo la puerta el chófer de la limusina, Azan esperó a que entrase primero. Quise negarme, fue una de mis opciones más absurdas, pero lo reconsideré cuando la magia de Azan, esa bruma espesa, se convirtió en unas esposas que juntó mis muñecas ante mí.

—No vas a escapar —canturreó feliz.

Ese demonio no sabía las ganas que tenía de estrangularlo con mis propias manos.

Entré en la limusina, seguida por él y me alejé todo lo que pude. No sirvió para nada, porque aquel mastodonte de ser se acercó a mí y, con aires de grandeza, me tomó de la cintura para colocarme sobre su regazo.

Al momento me congelé, analizando lo que acababa de pasar.

Levanté la mirada y solo me encontré con aquella mirada de autosuficiencia y demasiado ego que Azan desprendía. Bueno y una sonrisa de dientes afilados que hubiera asustado al guerrero más valiente.

—Por favor, gatito, revuélvete y pelea para mí. Compláceme.

Como si no pudiera negarme a la orden, hice justo lo que me pidió. Me revolví furiosamente luchando por bajar de su cuerpo. Lejos cabía decir que había que estar loco para creer que iba a poder escapar, pero lo intenté.

Entonces me congelé en el sitio.

No fue porque me pegase o me gruñera, no, fue incluso peor. Mi trasero se rozó directamente con algo grande y duro, tan duro que podía equipararse con una barra de metal.

Lo fulminé con la mirada comprendiendo por qué me había pedido que pelease: para ponerse cachondo con el roce de mi culo.

Él profesó la risa más jodidamente caliente y sexy que había sentido en toda mi vida. Y solo me lo quedé mirando.

—Eres sencillamente un gatito travieso… Creo que vas a disfrutar de mi compañía.

Su voz fue como un ronroneo. Fue lenta, profunda y rasgada mientras una de sus garras acarició mi mejilla.

Maldito infierno.

—Nunca disfrutaré nada contigo.

Y ahí volví a cagarla.

Mi boca solía ser más rápida que mi cerebro. Para cuando quise reaccionar, justo cuando vi que Azan se lo tomaba como un reto, supe que ya estaba de mierda hasta las cejas.

Él pensaba hacerme comer mis palabras una a una.

***

WILLOW

Cuando entré en la casa de Azan, después de viajar en su lujosa limusina en silencio, dos hombres muy parecidos corrieron a saludarnos. Vale, no eran tan parecidos, pero se movieron de forma tan simultánea que me tomaron con sorpresa.

Nunca había visto algo así.

Tal vez en los juegos olímpicos en el salto por parejas en piscina.

Aquellos chicos demonios jóvenes, se detuvieron en seco mirándome como si fuera algo que rompía la regla.

Nuevo.

Diferente.

Yo me sorprendí, ellos se sorprendieron, fue un momento… Curioso.

—¿Jefe? —preguntó uno de ellos.

Para más curiosidad, lectores míos, os diré que aquellos hombres eran la noche y el día. Eran demonios, jóvenes porque sus cuernos no parecían haber crecido del todo, quizás tenían diecinueve o veinte años.

Piel oscura como la noche uno de ellos y, el otro, blanca como la luz más pura. El negro era rubio y el blanco era moreno. Sus rostros, parecidos, aunque diferentes, poseía un aire angelical, puro y suave.

Nada más lejos de la realidad porque eran demonios.

El único rasgo en común que poseían es que ambos tenían los ojos verdes y que vestían el mismo traje negro, camisa blanca y corbata roja.

Un singular par.

—Os presento a Willow —canturreó Azan—. Será nuestra invitada un tiempo indefinido.

El blanco sonrió con malicia.

—¿Fuiste mala con el jefe? ¿Traviesa? —preguntó con bastante interés.

Creedme, de haber tenido mi pistola en mano, se hubiera comido una bala en la boca. Era de esas sonrisas que prometían dolor y sufrimiento.

El demonio negro le dio una palmada en la espalda.

—No seas malo Keighan, asustarás a la invitada.

—Tú eres demasiado blando, Deniz. Si el jefe la ha traído es para que juguemos, ¿verdad?

Todos nos callamos esperando la respuesta de Azan. Reconoceré, ligeramente, que mi corazón se desbocó mientras él, de forma deliberada, alargaba la respuesta para ver como el miedo se asentaba en mis humanos huesos.

—No. Es mía, no es un juguete para compartir. He dicho «invitada» y será una invitada.

No pude reprimirme y suspiré de alivio ante la vista de todos.

—Soy Deniz y este de aquí es mi gemelo Keighan —sonrió el demonio negro tendiéndome la mano.

Miré aquella garra hecha para matar y me pensé las opciones.

¿Cuáles?

¡Ah, sí!

¡Ninguna!

Así pues, tomé su garra y nos dimos un ligero apretón de manos.

—Disculpa si es grosero, pero… ¿Gemelos?

Soy un genio, ¿verdad?

—Vaya, quiero decir, sois totalmente opuestos.

Keighan miró a su hermano con desgana. Era de esas miradas que decía: ¿tengo que lidiar con esta mierda? Y la reconocí porque yo era experta en hacérsela a Finn. Solo pensar en su nombre hizo que mi corazón doliese.

La había cagado tanto.

—Los gemelos demonios somos así. Un caso único de seres opuestos. Divertido, ¿verdad, humana?

Yo no le vi la gracia, la verdad.

—Entremos, gatito. Ya tendrás tiempo de hacerte a los chicos —ordenó Azan.

Pasando un brazo sobre mis hombros, me apretujó contra él al mismo tiempo que me guio hacia el interior de aquella mansión. Cuando entramos en aquel lugar, el aire se congeló en mis pulmones.

Colores oscuros decoraban las paredes mientras el rojo era el color estrella de las decoraciones. Las alfombras, tapicerías y velas de la estancia poseían ese color tan similar a la piel de Azan.

Sé que de aquí podríamos sacar una similitud con narcisismo, ego y tamaño de su pene, pero no estaba de humor para preguntar algo así.

Era elegante.

Majestuoso.

La recepción parecía la de un castillo de cuento de hadas. Después, largos pasillos con multitud de salas llenaban la vista allá donde mirase.

¿La mazmorra dónde quedaría?

—Mañana te daré un tour, hoy has tenido muchas emociones, gatito. Te dejaré descansar.

Cállate, Willow.

Solo cállate.

Sonríe y acepta lo que te da.

Cá-lla-te.

—¿Mañana es cuando sacas el látigo y empieza mi tortura por dispararte?

Maldito genio.

Idiota.

Poco te pasa por imbécil.

Azan apretó más su agarre.

—Mi gatito tiene garras afiladas —rio.

Girándome sobre mí misma, me hizo impactar con su ensangrentado pecho. Después, cuando me negué a reaccionar, su garra descendió hasta mi barbilla y me obligó a mirarlo a los ojos.

Rojos.

Como la sangre.

—Iba a ser bueno una noche, pero no quieres ese trato. Así pues. Dormirás conmigo y me servirás como una buena invitada.

Cállate la boca que nos vas a meter mierda hasta en las orejas.

Piensa, Willow, piensa.

Y calla, por el amor de dios.

—¿Todas tus invitadas te sirven?

Que alguien me dispare.

Mi boca no tiene filtro.

Llamad a un espiritista que me haga un exorcismo.

La mirada de Azan se encendió, fue algo increíble que no creí que pudiera pasar. Y, lo que para muchos podía resultar aterrador, a mí me incendió.

—No tengo invitadas. Mi casa es un templo sagrado donde los coños que me follo no entran. Tú, gatito, vas a tener un trato especial.

No te creas que yo me sentí afortunada especialmente.

Me callé.

¡Por fin!

—Además, teniéndote a ti, el resto de coños dejan de existir. Si yo no te comparto, considero justo que tú tampoco lo hagas conmigo. Considéranos… —pensó—. Una relación exclusiva. Matrimonio incluso.

Por.

Supuesto.

Que.

No.

Solo que no se lo dije.

Volví a callarme, él sonrió y ganó. Por supuesto que lo hizo.

Maldito.

CAPÍTULO 12



AZAN

El olor de Willow estaba en todas partes. Era dulce, espeso y llenaba mis sentidos con fuerza. Quise ser un buen demonio y darle una noche de descanso, pero estaba tan emperrada en clavarme las garras que no pude resistirme.

Soy un demonio, la tentación es lo mío.

Dejando a los chicos a un lado, teniendo en cuenta de que faltaba uno porque no eran gemelos si no trillizos, la guie lentamente mientras me deleitaba con el sonido de su corazón desbocado.

Quizás debía dejarla descansar.

O puede que fuera un bastardo sin alma.

—Aquí, gatito —dije en su oído provocando que se estremeciera.

Reaccionaba tan bien a mí… Como una presa a su cazador.

Abrí la puerta dejando que entrase. Sé que miró a su alrededor y que lo estudió todo. Había mucho donde mirar. Este lugar era mi sitio seguro, ese donde solo vivía yo y nadie más.

Esas sábanas solo habían tocado mi piel.

Ahora acariciarían la suya.

Era un demonio con suerte.

Miró mi cama de gran tamaño e inflé el pecho con orgullo. Cabríamos de sobra, además, mi cola impediría que se alejase de mí tanto como sus ojitos pensantes me dejaban ver.

Dejando que se deleitase con todo su alrededor, mi alfombra, mi portadiscos y objetos decoración, empecé a impacientarme. Así pues, decidí tomar lo que era mío. La cogí por la cintura y la levanté.

—¡¿Qué haces?!

Gritaba fuerte.

¿Gemiría igual?

Se podría decir que no había encontrado a la mujer que me hiciera poner los ojos en blanco en el sexo, pero este gatito iba por buen camino. Las demonios que me habían acompañado a la cama a menudo eran algo frías ante el contacto.

Y no gemían apenas.

Me ponía cachondo pensar que Willow gritase, se retorciese y gimiese con todo lo que tenía para ofrecer. Deseaba que todos escucharan cuando tuviéramos sexo, que me envidiaran por tener sus muslos a los lados de mi cabeza, devorándola.

Pero.

No podía adelantarme.

Eso me ganaría otro disparo en el pecho. Y, a pesar de que no moriría, dolía.

—Te lo he dicho, vas a servirme y tu primera tarea será ayudarme a ducharme y quitarme toda esta sangre.

Disfruté cuando ella jadeó sorprendida.

Aunque se repuso muy rápido.

—Antes te ahogo con la alcachofa de la ducha, Azan.

La creía capaz de eso y más. Aun así, debo reconocer en petit comité que me gusta el riesgo.

Cerrando la puerta del baño con nosotros dentro, usé mi magia para bloquearla. Mi gatito no iba a salir de esa estancia por mucho que lo intentase a menos que… También bloqueé la ventana sabiendo que ella era capaz de lanzarse a pesar de la altura.

La dejé en el suelo y justo cuando sus pies tocaron el suelo, se alejó de mí todo lo que pudo hasta acabar golpeando la pared de baldosas con la espalda.

No estaba asustada.

Sus ojos prometían dolor si la forzaba.

Eso solo me hizo sonreír. Ella era un reto y ahora estaba viendo tanto en su interior que me dejaba claro que sí tenía sentimientos, solo había que hacerlos florecer. No estaba tan muerta como parecía.

—Gatito, estoy esperando que me quites la ropa.

Willow me fulminó con la mirada.

—No.

Aprendería, ella aprendería poco a poco que nuestro vínculo era ahora algo que nos ligaba.

Chasqueé los dedos dejando que mi magia tomase sus muñecas, entonces tiré hacia mí y, a pesar de la resistencia que opuso, no pudo negarse y acabó siendo arrastrada hasta chocar directamente en mi pecho.

—Ups, gatito, soy un demonio malo.

***

WILLOW

No podía desnudarlo.

Mis manos sudaban de puro nerviosismo con el pensamiento cruzando mi mente. Para mi desgracia, Azan no parecía de esos seres que aceptasen un no por respuesta. Me iba a doler si me negaba, arrastrarme fue la última advertencia.

Llevando mis manos a los botones de la chaqueta, esperé hasta que la magia de Azan me soltó y comencé a desabrocharlos. Después, se movió lentamente ayudándome a quitarle la prenda del cuerpo.

Fui a la camisa sin demasiados remilgos porque estaba claro que no iba a librarme. Luché por ignorar la mirada lasciva que Azan me lanzaba cada vez que desabrochaba un nuevo botón.

Solo era un trabajo.

Tenía que seguir.

Abrí los puños de la camisa y tiré de la tela de un brazo. El aire se atascó en mis pulmones cuando lo hice dándome cuenta de que tenía un pecho masivo. Su cuerpo, perfectamente formado, estaba ante mí, a centímetros de mis ojos, solo para mi deleite.

—¿Ves algo que te guste, gatito?

Ah, no.

Esa voz engreída no.

Negando con la cabeza, seguí con mi trabajo. Lo rodeé por la espalda, quitándole la camisa y muriéndome con esa espalda perfecta. Después llegué al otro brazo mientras, disimuladamente, mis ojos seguían mirando esa espalda hecha de acero.

Era brutal.

Grande.

Fuerte.

Una parte muy oscura de mí se preguntó cómo sería acariciarlo o saborearlo. Mi lengua dibujaría su espalda entre los omoplatos…

¡Para!

Sigue trabajando.

Los demonios no eran atractivos.

Eran el enemigo.

Los que morían bajo mi pistola.

Di un paso atrás sabiendo que mi trabajo no estaba, pero realmente esperé que él me diera ese cuartelillo que necesitaba. No me lo merecía después de haberlo intentado matar, así pues, Azan solo soltó una risita.

—Sigue, gatito —me ordenó.

—No, Azan.

Se movió tan rápido que no lo vi.

Agarrando mi garganta, me obligó a levantar el rostro para mirar sus ojos rojos encendidos. Sonrió, notando como temblaba bajo su toque y me sentí pequeña, tanto como todos esos monstruos siempre me hacían sentir.

Y, recordando que quedaba un regalo atado en mi otra pierna, lo tomé y lo coloqué bajo su barbilla.

Apreté fuerte mi pistola dejando que él abriera mucho los ojos producto de la sorpresa.

Respiré lo más relajada que pude, luché contra mí misma para no mostrar el miedo que tenía en un momento como ese… Y fallé. Él pudo notar el ligero temblor que hizo mi mano con el arma.

Vi como desviaba la mirada hacia abajo dejándome ver que me leía a la perfección.

—Eres una caja de sorpresas.

—¿Eres también inmortal si te disparo aquí? —pregunté luchando por parecer fuerte a pesar del miedo.

Él era un demonio.

No merecía piedad.

Ninguno lo hacía.

O solo unos pocos entre los que él no se incluía.

Con su magia rodeando mi muñeca, gruñí desbloqueando una parte primaria de mí. No me movió, tampoco forzó que ocurriera nada. Solo me miró a los ojos.

—No quieres hacerlo, gatito —dijo con tanta convicción que sentí como mi estómago se revolvía.

¿Él creía conocerme?

Mi dedo rozó el gatillo y él lo notó.

—¡Por supuesto que quiero! Todos los putos demonios merecéis la muerte. Si tan solo… Si tan solo no hubierais venido a este mundo.

Me atraganté con las palabras mientras temblaba.

No pensaba dejarlo ir.

—Me lo habéis quitado todo sin remordimientos, sin putas disculpas y sin castigo. Ahora no me vengas con que me conoces y sabes cómo pienso. ¡Nadie sabe nada! Y sí, quiero dispararte, volarte los putos sesos y acabar con esto de una maldita vez.

Él solo me miró.

Me escuchó con atención como no creí que podía hacer. Hasta pareció… Conmovido con mis palabras.

—¿Y por qué no lo haces? —preguntó Azan.

Eso, ¿por qué no lo había hecho ya?

Llevaba matando demonios ya un tiempo, con ellos nunca titubeé, solo disparé y acabé con sus miserables vidas. Claro está, antes hacía un estudio y me encargaba de ver que eran realmente monstruos.

Azan era un mafioso, el jefe, seguro que tenía cadáveres bajo la cama y, aun así, no lo había estudiado lo suficiente.

No sabía qué había hecho.

Y él no me había matado a pesar de que yo lo intenté con todas mis fuerzas. Lo avergoncé ante su gente y solo se llevó la atención a otro lado haciéndome sentir como parte del espectáculo.

—No disparas porque tu mente no te deja. Porque a pesar de todo, necesitas una buena razón para matar y todavía no la tienes sobre mí.

Temblé, luché por alejar el arma y no lo conseguí.

Su mano en mi garganta jamás apretó, fue más como una advertencia velada que como un ataque. Entonces me acarició mientras me miraba con esos ojos rojos tan malditamente expresivos.

—Willow, quieres sentirte escuchada. Por eso no me matas, porque necesitas que sepa todo lo que mi gente te ha hecho, todo el daño que te han provocado y lo mucho que te han arrancado. Necesitas gritarles a los demonios que eres tú quien los matas, que una simple humana sesga vidas de demonios importantes que se creen intocables. No buscas la gloria, pero buscas sentirte mejor a pesar de haberlo perdido todo.

Necesitaba alejarme de él y forcejeé con sus agarres.

Fallé de nuevo.

—Suéltame —ordené, pero mi voz apenas salió como un quejido.

No me dejó ir.

Maldito fuera.

—Voy a escucharte. Voy a saberlo todo de ti y voy a mirar de cerca ese corazón que tanto han roto.

No.

No quería eso.

—Mi dolor es solo mío —escupí con rabia.

Azan negó con la cabeza.

—Ahora es nuestro. Y me encargaré de llegar a él, saber todo lo que te han hecho y despedazar a los que lo hicieron.

Algo en mí sonrió, pero se apagó de repente. No era una chica indefensa que necesitaba alguien que la vengase. Podía hacerlo por mis propios medios, en realidad lo estaba haciendo.

—Yo lo haré, volaré las cabezas de quienes hagan falta y vengaré mi dolor —prometí.

Sola.

—Lo haremos juntos —declaró Azan.

Ese demonio era obtuso.

—¿Y sabes por qué, gatito? Porque alguien te hizo pensar que yo maté a tu amiga y tú me disparaste. Nos unieron por una razón. Puede que no supieran que sobreviviría, sin embargo, ese ser es nuestro enemigo. Y el enemigo de mi enemigo… Va a ser mi amiga.

Fruncí el ceño.

¿Podía ser la amiga de un demonio como él?

—No voy a limpiarte la polla, eso no lo hacen los amigos —expliqué siendo clara.

Azan soltó el agarre de mi cuello y después el de mi muñeca. Entonces me aparté un par de

pasos mirándolo incrédula. Después solo rio como si yo acabase de contar el mejor chiste del mundo.

—Si prometo que no me tocarás la polla, ¿seguirás desnudándome? —preguntó con una sonrisa ciertamente juvenil.

Con deseo.

Ese era mejor trato que al principio, así pues… Me encogí de hombros antes de asentir.

—Toma —dije tendiéndole mi pistola.

¿Por qué me desprendía de mi arma?

¿De lo único que podía defenderme de él y su séquito?

Porque en el fondo él me estaba haciendo sentir segura, algo que no ocurría desde que los demonios ascendieron del infierno. Y también porque sabía perfectamente que no podía hacerle daño por mucho que lo intentase.

Él la tomó de entre mis dedos, la valoró e hizo una mueca de desagrado.

—Te regalaré una mejor.

—¿Una que consiga matarte? —pregunté medio en broma.

Azan mostró sus dientes afilados con una sonrisa.

—No, pero sí matará al resto —contestó.

Me serviría, por ahora.

—Bien, ahora vamos a quitarnos la sangre.

—Espera… ¿Vamos? —pregunté.

Pero él ya estaba usando su magia para acercarme de nuevo a él.

Maldito fuera.

CAPÍTULO 13



AZAN

Aprovechando la sorpresa como ventaja, la tomé de la cintura después de lanzar su arma lejos de nosotros. Ella me la había entregado para mi clara sorpresa y sí, yo había prometido regalarle una, pero no lo haría hasta que no confiara más en ella.

Verla apuntarme con una nueva arma me hizo volar la mente. Willow podía ser mucho más ingeniosa de lo que yo había imaginado.

Abriendo con el codo una nueva puerta, la ayudé a pasar a la nueva sala. Esta era especial, diferente al resto porque era mi spa privado. Y, a pesar de que ella seguía retorciéndose entre mis brazos, seguía siendo mi invitada de honor.

Maldito fueran los infiernos ardientes.

Me tenía fascinado.

Ella no se daba cuenta de que cada cosa que hacía me enganchaba más a ella de un modo que no podía controlar.

Esa arma en mi garganta.

Esa mirada feroz.

Ese temblor en su mano.

Y ese dolor.

Los míos le habían hecho daño verdadero, de ese que deja una marca irreparable. Para mi desgracia, su herida parecía seguir sangrando en su corazón.

—¿Te gusta? Es mi spa privado, solo yo he estado aquí —anuncié con orgullo.

La solté y se alejó de mí más pasos de los que me gustaban. Así pues, usé mi magia, tomé su cintura y la apreté a mí un poco.

Sí, soy un jodido bastardo.

Y un demonio si eso sirve de defensa ante un jurado.

—No voy a limpiarte la polla.

—¡Qué manía tienes con mi polla! No puedo dársela a una mujer que solo quiere arrancármela. Merece buenos cuidados y una boca cálida que la acoja.

Acababa de encontrar mi nuevo pasatiempo favorito: horrorizarla con mis palabras.

Sus ojos se abrieron tanto que creí que se le saldrían de las órbitas. Sí, estoy seguro de que se imaginó mi polla en su boca, solo me quedaba saber si le gustó la idea porque ella rápidamente volvió a ser una máscara de hielo.

—Puedes buscar a alguien que la abra y te la chupe con ganas, yo no estoy entre los candidatos —declaró mi gatito.

Uhmm.

—Es una pena, porque desde que he formado el vínculo contigo ya no pienso en estar en otro lugar que no sea a tu lado. Eso te convierte en mi persona favorita y la única que voy a tomar a su debido tiempo. No retozaré con nadie más que contigo y debo decir que soy un tipo de demonio muy peculiar.

Sí.

Su curiosidad salió a flote.

Mientras yo me hacía el duro, señalé hacia mi pantalón, el cual estaba algo más abultado de lo que yo hubiera deseado. Willow solo suspiró y llevó sus manos a mi cinturón procediendo a desabrocharlo.

Si tan solo fuera en otra circunstancia…

—¿No quieres saber por qué soy un demonio singular?

Ella aleteó sus pestañas hacia mí.

—No —contestó rápidamente.

Reí.

—Me alimento de lujuria.

Y, tras abrir mi pantalón, se congeló al instante y volvió su mirada hacia mis ojos.

—¿Cómo un súcubo? —preguntó Willow.

Eso había llamado su interés.

—Sí. Se tiene la creencia que solo los súcubos se alimentan de lujuria, pero algunos demonios de alto nivel también lo hacen, como yo —expliqué.

Un atisbo de sonrisa.

¡Sí!

¡La vi!

—Dilo —ordené.

Willow no dijo una sola palabra.

—Estabas a punto de decir que no me ves de alto nivel. ¿Y sabes por qué lo sé?

—¿Los demonios como tú leen la mente? —preguntó bajándome los pantalones.

Y chocaron con algo.

Ah, sí.

Los zapatos.

Arrodillándose ante mí, mi mente voló a lugares demasiado calientes como para seguir adelante. Ella, ahí, y yo con mi polla tan dura que podía remachar un maldito barco si se me ponía delante.

Su boca.

Sus labios.

Su humedad.

Entonces sentí el hambre como nunca antes.

—¿Azan?

Su dulce voz me trajo de mi trance. Parpadeé mirándola de nuevo y sonreí.

—¿Lees la mente? —susurró algo asustada.

Negué con la cabeza.

No quería que tuviera miedo de pensar porque sabía que era el único lugar en el que era ella misma.

—No lo hago gatito. Lo sé porque veo en ti esa forma de pelear contra el mundo. Lo que no comprendo es, ¿por qué te has callado? ¿Por qué no me has dicho que no soy un demonio de alto nivel?

Willow no contestó inmediatamente.

Me quitó los zapatos, después los calcetines y, al acabar, el pantalón atascado. Fue cuidadosa dejando que sus dedos acariciaran mi piel aquí y allá, pero sin ser una caricia real.

—Porque eres un demonio de alto nivel, enfadarte no iba a llevarme a ninguna parte. Te disparé en el pecho y no moriste, Azan. Nunca antes me había pasado algo así.

Chica lista.

Se levantó poco a poco y, cuando quiso echar las manos sobre mi ropa interior, la detuve tomándola de las muñecas. No quería forzarla a esa intimidad ahora, no es que tuviera nada que esconder, pero ella era un animal herido y arrinconado, saltaría sobre mis ojos a la menor oportunidad.

—Ahora tú, gatito.

Se tensó como la cuerda de un arco.

—No.

Su palabra favorita.

La solté esperando que se apartase de mí y no lo hizo. Entonces caminé a su alrededor, un paso tras otro, alcancé la espalda de su espectacular vestido ahora estropeado por mi sangre.

Le regalaría otros.

Muchos.

Sería vestida con las mejores ropas y joyas para que todos vieran la mujer que yo alcanzaba a vislumbrar en el fondo de sus ojos.

Llevando mis manos a la cremallera del vestido, Willow solo se estremeció con mi toque.

—Azan…

—Shh, gatito, no voy a hacerte daño y no fuerzo a mujeres. Solo vamos a quitarnos la sangre. Cree un poco en mí.

Era un demonio.

Un hombre sin honor.

Pero no era un mentiroso.

Bajé lentamente la cremallera preparándome para cualquier reacción, ella me atacaría a la menor oportunidad. Solo que, para mi sorpresa, se mantuvo impasible mientras la desenvolvía como si fuera un regalo de Navidad.

Bajé el vestido por sus hermosas curvas mostrando su ropa interior mortalmente provocativa. Dejadme decir que, maldita sean los infiernos, yo soy un demonio y verla vestida así me hizo encenderme más que cualquier dichosa fragua.

Un sujetador de encaje negro a juego con un tanga igual de provocativo. Y, después, dos hermosas ligas modificadas para albergar las ambas armas con las que me había sorprendido.

Chica inteligente.

Poniendo una mano en su cintura, la ayudé a salir del vestido. Primero un pie, después otro y la cercanía nubló mi mente.

Olía como el mejor perfume del mundo. Caro, sofisticado, elegante y picante. Era una tentación para los sentidos. Además, me moría por meter mis manos en su pelo sedoso y por acariciar esa piel de porcelana cubierta de pecas que deseaba saborear.

Entonces lo vi.

Marcas de garras en su espalda, justo a la mitad como si hubiera estado contra el suelo con alguien sujetándola así.

No alguien, un demonio.

Uno de los míos.

Una imagen se formó en mi mente, una que me hizo verlo todo rojo comprendiendo una de las muchas cosas que había tenido que superar. Esa cicatriz era lo suficiente profunda como para verse bien marcada.

Quise preguntar, pero eso la cerraría en banda.

Y vi otra marca bajo su trasero, en la pierna derecha y otra en la cadera izquierda.

Me sentí enfermo durante unos largos segundos con la imagen que tenía ante mí: había sido torturada.

—¿Puedo quitarme los zapatos? Estos tacones me están matando —preguntó Willow.

Tardé unos segundos en contestar y yo mismo me di cuenta de la profundidad del tono de mi voz. Estaba realmente enfadado, aunque no con ella, si no con los que se atrevieron a hacer algo así.

—Por supuesto, no pretendo que te duches calzada —contesté.

Ella fue a agacharse, pero la detuve.

Volviendo a rodearla, me coloqué ante ella y la miré a los ojos, unos fríos como el hielo del Ártico.

Willow sabía lo que había visto.

A las conclusiones que había llegado.

A la crueldad que había sido sometida.

Y se cerró de nuevo ante mí.

De haber mantenido el arma, estaba convencido de que me hubiera disparado directo en la frente en ese momento.

Ahora no era Azan, ese que parecía tolerar. Era un demonio de la misma clase de los que la habían hecho daño.

Trastorno de estrés post traumático me vino a la mente.

Arrodillándome como ella hizo conmigo, alcancé sus zapatos y se los quité con suavidad. Primero uno, después el otro y acaricié el puente de sus pies buscando cosquillas.

Solo que ya no estaban.

Esa versión de Willow era impenetrable.

—Puedes ducharte en aquella ducha de la derecha, yo iré a otra —expliqué sabiendo que el juego entre nosotros había acabado.

No podía seguir así.

Willow se encogió de hombros con bastante tranquilidad. Fue entonces cuando llevó sus manos al broche de su sujetador y se lo arrancó como si nada. Aturdido, sin saber qué hacer, vi como después arrojaba su tanga lejos de ella y las ligas.

—Esto querías ver, ¿no? Aquí lo tienes —declaró como si nada.

Siendo la guerrera fuerte que era.

Era la fantasía hecha carne. Unos pechos redondos, preciosos y con pezones rosados que comenzaron a endurecerse por el frío. Perfectos para ser adorados, lamidos y metidos en mi boca durante horas.

Y su parte inferior.

No estaba depilada como una muñeca, había dejado una pequeña tira de pelo oscuro como su cabeza.

Sentí hambre.

Tanta que noté mis colmillos alargarse un poco más.

Infiernos ardientes, esa mujer iba a ser mi muerte.

***

WILLOW

Azan pareció congelarse mirándome.

En sus ojos rojos pude ver decepción. Quizás esperaba que pelease más o que me lanzase a sus pies suplicando ser follada por su cuerpo de pecado. Fui más práctica y decidí que mi desnudez no me molestaba.

Si él quería atormentarme con eso, no lo conseguiría.

Por mucho que lo intentase.

—Bien —declaró Azan—. Como no hay nada que esconder…

Acto seguido, se llevó la mano a los calzoncillos y los bajó más rápido que un rayo. Se

deshizo de ellos quedando ante mí, mirándome desafiante con las manos en las caderas y una poderosa arma que apuntaba hacia mí.

No debía mirar.

Pero lo hice.

Era una especie de barra de acero con crestas y hondas que bien podía simular un juguete sexual. De diseñar yo uno, os juro que sería así. Jadeé.

Sí, lamentablemente, lo hice.

Después me recompuse, volviendo a ser la de siempre, la fría y letal Willow que mataba demonios por la noche. Aquella intocable que prefería ser fuerte, que deseaba encontrar una víctima nueva.

Azan sonrió durante un segundo.

Fue solo un instante que desapareció en cuanto vio mi máscara de frialdad alzarse de nuevo.

Caminando hacia la ducha que me señaló, sentí que me seguía y lo permití. Estaba en su casa y eran sus reglas, seguir peleando no me llevaría por ningún buen camino. Si quería sobrevivir, debía mimetizarme con el ambiente.

O, como en este caso, dejarme llevar.

Abrió el grifo y calentó el agua unos segundos antes de tenderme la mano para ayudarme a entrar. Lo hice sin demasiados remilgos. Vivir con más de una docena de demonios me había hecho ducharme con agua fría más de una vez. Aquellos malandrines gastaban todo el agua caliente a veces.

—Dime si está demasiado fría —pidió Azan.

—Lo soportaré —contesté.

Entonces él tocó el agua con los dedos, chasqueó la lengua y me sacó de debajo del chorro.

Nos hizo esperar, en silencio, mientras su ceño se fruncía.

Quise preguntar, claro que sí, solo que no lo hice.

—No tienes que soportarlo. Si algo te molesta, solo dilo —gruñó bastante molesto.

Me encogí de hombros sin más.

Entré de nuevo al agua, esta vez sí que en su temperatura ideal y dejé escapar un gemido que no vi venir. Vale, puede que llevase demasiadas duchas frías como para haber olvidado las calientes.

—Finn debería haber cuidado mejor de ti —me regañó Azan.

Eso me molestó.

—Uno: Finn no es mi padre. Dos: no saques conclusiones precipitadas.

Solo me hizo falta una mirada a aquellos ojos rojos para darme cuenta de que él sabía perfectamente que solía ducharme con agua fría o, como mucho, templada.

—No es culpa suya, somos muchos viviendo con él —justifiqué haciendo un mohín.

No lo vi venir.

Antes de poderlo evitar, Azan tenía las manos llenas de jabón y fue a por mis brazos. Me congelé como un animal en la carretera cuando les golpea la luz de un coche. Casi olvidé cómo se respiraba y todo.

—Tranquila, no te voy a tocar donde no quieres —susurró acercándose a mí.

Pero yo solo pude mirar hacia abajo para vislumbrar cierta arma que podía empalarme.

Era grande.

Gruesa.

Y apuntaba directamente hacia mí.

—Si tú me enjabonas… ¿Puedo hacer lo mismo contigo?

Él me tendió el jabón.

Lo tomé y me llené una mano. Después lo froté con ambas manos para ir sobre su piel rojiza como la sangre. Busqué en su pecho y no encontré rastro alguno de herida, mi disparo se había curado como si nada.

Tocando sus abdominales, cierta parte de mi imaginación se activó y lo anulé al momento como si yo fuera una especie de robot.

Los demonios eran los enemigos.

Girando rápidamente, me coloqué a su espalda y seguí enjabonando. Lo mejor fue que él pareció disfrutarlo porque gimió suavemente con aquella voz profunda que tenía. Casi parecía que hacía temblar la estancia entera.

—¿Nunca te han dicho que tienes unas manos increíbles? —preguntó, tentándome.

—Sí, cuando tengo un arma en la mano me lo dicen mucho. Lástima que no les doy tiempo para seguir la conversación.

Azan rio.

Lo hizo de verdad.

Resonó con fuerza contra todas las paredes mientras su pecho subía y bajaba con aquel sonido de ultratumba.

—Tengo un arma que también dispara, si quieres tocarla…

Sí, claro que sí.

Puse los ojos en blanco mientras él se giraba.

Lo miré a los ojos, desafiándolo. Entonces, volví a llenarme la mano de jabón para comenzar a frotar mis pechos a consecuencia.

Tentándolo.

¿Y por qué hacía ese acto de estupidez?

Ni idea.

Solo sabía que deseaba hacerlo.

Y Azan se resistió, pero cayó bajando la mirada totalmente hipnotizado con mis movimientos circulares. También me pellizqué mis pezones duros encontrando una pizca de placer en aquel acto.

Gemí.

Entonces un golpe cerca de mi cara, dando contra las baldosas, me sacó de mi trance juguetón.

Azan había pegado su palma a la pared advirtiéndome, pero yo no supe interpretarlo como un juego, lo tomé como una amenaza y lancé mi rodilla a su entrepierna. Entonces el mundo giró muy deprisa.

Aquel dichoso demonio detuvo mi golpe. No solo eso, me bloqueó con sus fuertes brazos, me

giró contra la pared y me inmovilizó colocándose tras de mí, con su gigantesca erección acunada entre mis nalgas.

—Willow, no iba a hacerte daño —dijo él.

—¡Suéltame puto demonio! —bramé fuera de mí.

Sí.

Conocía esa sensación.

La de perder el control.

Y no era buen momento para que sucediera.

CAPÍTULO 14



AZAN

Tal y como sospechaba, la humana estaba rota psicológicamente.

Puede que mi golpe en la pared lo hubiera provocado. Fui demasiado brusco, pero verla ahí, tocándose mientras comenzaba a desprender lujuria me volvió loco. Solo quería advertirla, señalarle que ciertos juegos me encenderían.

Entonces ella desconectó y luchó por atacarme.

Yo era mucho más grande que Willow y, aun así, estaba teniendo problemas para retenerla bajo mi agarre.

Forcejeó conmigo.

Gritó.

Peleó.

Y me insultó.

—Willow, no era un ataque. No voy a hacerte daño.

—¡Suéltame!

Si lo hacía, tomaría cualquier cosa que tuviera a mano para tratar de hacerme daño. O, lo que era peor, podía hacerse daño ella.

La acuné lo mejor que pude.

¡Maldita sea! ¡Soy un demonio! ¡Yo no cuido de los demás!

Pero con Willow… Con ella… Me siento tan protector que podría quemar el mundo para

mantenerla a salvo.

—Escúchame, fue un golpe tonto. Te estabas tocando las tetas delante de mí. ¡Me alimento de lujuria! Solo quería advertirte de que si empezabas algo conmigo, sería para llegar hasta el final.

—¡SUÉLTAME!

Los gritos, desgarradores, perforaron mi pecho sin corazón.

Había dolor en ella. No sabía todo lo que había tenido que vivir, aunque comenzaba a comprender la magnitud de su pasado.

La apreté más fuerte de lo que pretendía y ella hizo un ruido ahogado, quedándose sin aire. Por un minuto todo se detuvo, dejó de moverse como si hubiera perdido el conocimiento y se desplomó.

Nos acompañé al suelo, con cuidado.

Usando mi magia, hice venir una toalla que envolví a su alrededor a toda prisa. Tenía miedo que, al soltarla, ella pudiera salir corriendo para hacerse daño o tratar de hacérmelo a mí.

La miré y la encontré con los ojos cerrados luchando por controlar su respiración. Parecía haber vuelto en sí, aunque seguía retraída en sí misma.

—No quise atacarte, Willow —repetí.

Ella asintió.

—Lo siento mucho… Azan…

Ella.

¿Disculpándose?

Ahora lo había visto todo en la vida.

—Me has dicho cosas muy feas —dije, sonriendo.

Y Willow me fulminó con la mirada.

—Te las mereces por demonio.

Vale, sí, era ella.

Menudo alivio.

Tomándola en brazos, se tensó entre mis brazos más que la cuerda de un arco. Vi como sus brazos quisieron envolver mi cuello, pero luchó por no hacerlo. En vez de parecer vulnerable, se erigió orgullosa y fuerte.

Toda una guerrera.

—¿A dónde me llevas? —preguntó con un hilo de voz que endureció sílaba a sílaba.

—El baño se ha acabado, ahora cenaremos y dormiremos.

Ella volvió a tensarse.

—He dicho: dormiremos, no te empalaré con mi polla y te haré gritar mi nombre hasta que los mismísimos ángeles se ruboricen.

Sí.

Me gané que me fulminase con la mirada.

¿Qué puedo decir en mi defensa?

—Tú y yo no vamos a follar nunca.

¡Oh, un reto!

—Gatito, tu lujuria será mía algún día. Hasta entonces, sigue convenciéndote de que no pasará —sonreí.

Dejándola sobre la cama, me di cuenta de que no tenía ropa para ella. Así pues, ni corto ni perezoso, busqué una de mis camisetas cómodas de deporte y unos calzoncillos. Bien podía parecer que la había envuelto con un saco, pero serviría hasta que enviase a los trillizos a por ropa.

Se vistió rápido y yo sentí cierto enfado por esconderme su desnudez. Su cuerpo estaba hecho para ser visto por mí, para ser acariciado, lamido y tomado una y otra vez hasta acabar sudorosos y cansados.

Poniéndome solo la ropa interior, comencé a mirar mi agenda y el sinfín de reuniones que me esperaban esa semana. Tenía un par de entregas de armas que no podía desatender y una reunión con Kaín que me apetecía lo mismo que si me cortasen la cola.

—Jefe… —susurró Deniz entrando en la habitación.

Fruncí el ceño.

¿Por qué susurraba?

El trillizo más oscuro traía la cena en una bandeja, pero no me miraba a mí, estaba absorto en la cama y eso llamó mi atención.

De pronto me di cuenta de por qué motivo susurraba. Willow estaba dormida, apoyada en una de las columnas del dosel de la cama y tenía un aire tan inocente y angelical que invitaba a cuidarla.

Algo primitivo en mí despertó.

No quería que Deniz la mirase así, como si ella fuera un premio a obtener. Estaba fuera del mercado, yo me encargaría de eso.

—Deja la bandeja sobre el escritorio —ordené y me descubrí a mí mismo susurrando para no molestar a la humana.

¿Qué me había hecho?

—Jefe… Tal vez deba acostarla, en esa postura le dolerá el cuello.

Gruñí suavemente.

Sabía cómo cuidar de mi invitada.

Aun así, asentí. Sí, esa postura le dolería.

Solo cuando Deniz se marchó, caminé hacia la cama y la contemplé de verdad. Era toda una belleza, pero estaba tan rota que sospechaba que curarla no iba a ser fácil. Los míos la habían roto a pedazos tan pequeños que no se podían recoger con las manos.

Seguía viva.

Tenía un objetivo.

Quizás eso la mantuviera lo suficientemente distraída como para permitir que yo la ayudase.

Dispararme en el pecho me había vuelto loco por ella.

Compañera.

Esa palabra cruzó mi mente unos segundos.

Decidido a no pensar más, puse mis enormes manos en su cuerpo. Una en la nuca y otra en la cadera. La levanté suavemente esperando que, cuando abriera los ojos, no me arrancase la cabeza a mordiscos.

Era como tener de compañía una piraña, no sabías cuándo iba a devorarte.

—Se han ido… —murmuró Willow.

Me paralicé unos segundos.

—No pude salvarlos…

Su dolor la acompañaba en sueños, torturándola mientras fingía ser fuerte. Lo era, francamente, no conocía a un ser vivo más capaz que ella. Por desgracia, no me gustaba ver el dolor subyacente.

—Nadie te dañará más, Willow. Yo cuidaré de ti —dije mientras la metía en la cama.

Adormilada, ella entreabrió los ojos y me miró y fue como si me estuviera viendo el alma… En caso de tenerla.

—¿Lo prometes?

Mataría a cualquier maldito ser, ángel, humano o demonio, que la tocase de nuevo.

—Lo juro por nuestro vínculo, Willow. Te protegeré.

Entonces ella me regaló una sonrisa soñadora y volvió a cerrar los ojos dejándose caer en los brazos del sueño.

—Gatito, no lo sabes, pero ya tienes mi corazón y vas a ser mía —prometí.

Sí.

Y pobre del que tratase de quitármela.

El infierno se convertiría en un lugar paradisíaco en comparación con el caos que desataría.

Puede que fuera casualidad que ella llegase a mí, no obstante, ahora teníamos un vínculo. Ella era mía y yo era suyo, desde el principio, desde el primer maldito informe que recibí cuando Finn trató de ocultarla.

Me dispuse a cenar. No había comido nada por los nervios de la fiesta, por tenerla con ese vestido rojo y por mi disparo en el pecho. No era lo que me apetecía, yo solo me moría por enterrarme entre sus largas piernas, pero no iba a poder ser.

Esta noche comería simple comida humana y mundana.

Tal vez la devorase a ella pronto, lentamente, muy concienzudamente y con mi lengua larga y juguetona.

Me puse tan duro que supe que estaba a punto de romper algo a pollazos.

Come y vete a dormir, Azan. Me ordené.

Y eso hice.

CAPÍTULO 15



WILLOW

Cálido.

Hacía calor.

Pero se estaba bien.

¿Me entendía a mí misma acaso?

Había dormido mejor que en los últimos años, me sentía tan descansada que no sentí los dolores típicos del despertar tanto en cervicales como en la espalda. Gemí de placer mientras me revolvía un poco.

No pude moverme y eso me pinchó mi burbuja de alegría.

—Uhmm, gatito. Si sigues haciendo eso, no prometo no meterme entre tus piernas y saborearte.

Azan.

¿Qué hacía Azan en mi sueño?

¿Por qué él estaba interrumpiendo mi felicidad después del descanso?

Abrí un ojo cuando traté, sin éxito, moverme por segunda vez. Y allí estaba mi peor pesadilla hecha carne: Azan.

Estaba tan horizontal como yo, sin camiseta y uno de sus brazos me rodeaba posesivamente. Fue entonces cuando me di cuenta de que yo tampoco estaba demasiado por la labor.

Una de mis manos estaba sobre su pecho. Además, tenía una pierna sobre él, mi rodilla sobre

su hombría.

Sí.

Me había encaramado a él como si se tratase de un árbol.

—¡Ah, no! ¡Esto sí que no! —exclamé.

Rodé por la cama, librándome del agarre de Azan y… Tanto rodé que caí del colchón hasta la preciosa alfombra del suelo soltando un sonoro «off». Me levanté tan rápido como pude, saltando sobre mis pies a toda velocidad.

Azan, que se acababa de convertir en un dios todo poderoso del sexo, se apoyó en su codo. Y sí, la imagen me dio tanto calor que las palabras se me atascaron en la garganta de alguna forma.

Sin camiseta, con aquel enorme y musculado pecho al descubierto, él me miraba con diversión. La sábana negra envolvía su cintura tapando lo importante, pero se había formado una tienda de campaña con la que era adivinable qué era lo que estaba pasando allí abajo.

Al parecer, los demonios también tenían erecciones matutinas.

—Que conste, gatito, que solo ocupé mi parte de la cama. Tú rodaste sobre mí y me abrazaste tan fuerte que no pude negarme.

Su diversión era clara.

Y fastidiosa.

—Debo reconocer que no te hacía del tipo cariñoso, aunque me gusta. ¿Ronronearás para mí?

Iba a estrangularlo con sus propias manos, tal vez a eso no sobrevivía.

—Yo jamás haré nada contigo, Azan. Te aprovechaste de que estaba demasiado cansada.

No me lo creía ni yo, pero tampoco iba a reconocerlo.

Azan echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Eres tan tentadora —declaró bajando su mano hasta su erección.

Se dio un pequeño golpe, como si eso pudiera calmar a la bestia y volvió a mirarme como si fuera el mayor tesoro descubierto hasta la fecha.

—¿Quieres que vuelva a enseñártela? Tal vez ahora tus labios estén felices de recibirla.

Una parte de mí se puso tan cachonda con sus palabras que no pude evitar apretar los muslos con fuerza. Cuando los labios de mi sexo rozaron entre ellos entendí que estaba tan necesitada que dolía.

Y él lo vio.

—Bien, gatito, no soy quisquilloso. Siempre podría tomar tus otros labios… Siempre que te guste que una buena lengua te saboree a conciencia.

Maldita fuera su suerte.

Ese hombre era un provocador nato. Lo llevaba en la sangre, era un demonio y encima se alimentaba de lujuria. No podía evitarlo, era más caliente que las llamas del Infierno.

Lamentablemente, yo no caería en su juego.

—No follaría contigo ni aunque fueras el último hombre del universo —dije, orgullosa.

A Azan no se le borró la sonrisa de autosuficiencia de la cara.

—Te tendré, solo espero que seas tú la que venga a mí.

Pues podría esperar sentado que iba a cansarse.

Entonces, mirando hacia abajo me di cuenta de lo muy desnuda que estaba. Mi mente necesitó

unos segundos antes de estallar con un grito de horror. Me tapé como pude los pechos con un brazo y mi sexo con mi mano libre.

Y diréis… ¿Ahora?

Ya me había visto todo.

Sí, no es que yo fuera la más cuerda por las mañanas precisamente.

—¡Eres un cerdo! —grité.

Él se encogió de hombros con bastante indiferencia.

—Te dormiste. No me dio tiempo a darte ropa —contestó como si nada.

Pero eso era mentira porque yo recordaba claramente haberme vestido.

—Me diste ropa, Azan —le recordé.

Sonrió.

—Tal vez la hiciera desaparecer un par de segundos antes de que despertaras para ver tu reacción.

Aquel.

Maldito.

Demonio.

Levantándose de la cama, la sábana se escurrió mostrándome aquella vara de acero hecha solo para el placer y me sonrojé. Desde que los demonios habían ascendido del infierno no había pensado tanto en el sexo como hasta ahora.

Casi pensé que me estaba volviendo asexual.

Solo que no, estaba confirmando que lo que estaba era tarada mental.

—Tendrás que conformarte con algo mío, gatito. Hoy te compraré ropa adecuada.

—Ya tengo ropa adecuada. En casa de Finn —contesté.

Azan me miró.

—No. Te compraré mejor.

—Me gusta mi ropa.

—Tengo que llevarte a reuniones y galas. Te vestirás acorde a mí y no con ropa de combate.

Resoplé.

No era un premio para lucir.

—No quiero faldas o vestidos —escupí adivinando con qué me iba a vestir.

No era una muñeca.

—Habrá de eso en tu armario, aunque también picardías, ropa interior provocativa y… Pantalones… Si eres buena.

¿Ahorcarlo con la manguera de la ducha se consideraba ser buena?

Tenía que descubrirlo.

—¿Ropa interior provocativa? No voy a enseñártela y mucho menos me vas a hacer desfilar con eso.

La mirada roja de Azan se iluminó mientras me daba, de nuevo, unos calzoncillos limpios y una camiseta deportiva, sin mangas, tan larga que podía pasar por un vestido si lo acompañaba de un cinturón bonito.

Me vestí a toda prisa mientras él me miraba de nuevo.

Quise decir algo mordaz, pero mi estómago decidió rugir como si yo fuera un animal salvaje. Me congelé en el sitio y lo miré realmente sonrojada y mortificada.

—Vamos, hay que alimentarte.

Y no discutí.

Realmente necesitaba comer algo.

***

AZAN

Para cuando salimos, con mi tentador gatito, hacia el comedor, me di cuenta de que ella admiraba realmente mi casa. Miró la decoración de las paredes y pareció fascinada antes de darse cuenta de lo mucho que la vigilaba.

Entonces la máscara de frialdad se hizo presente y yo volví a perderla.

—¡Buenos días, jefe! —canturrearon los trillizos al escucharnos llegar.

En la isla de la cocina, los tres jóvenes demonios desayunaban mientras se ponían al día con los planes de la jornada.

Y, entonces, se percataron de mi compañía.

A la vez, sincronizados, saltaron de sus asientos y corrieron para quedarse ante nosotros.

—Azan, los tienes en todos los colores. Creo que veo triple —me susurró como si el resto no pudiera percatarse.

A Keighan, el trillizo blanco, y a Deniz, el trillizo negro, ya los conocía, pero a Warden, el trillizo más singular no.

Era la mezcla de sus anteriores hermanos. En los tríos de demonios, el tercero y más pequeño adquiría una coloración negra, con ciertas zonas blancas, como parte de los brazos y las piernas. Su cuello también estaba dividido de dos colores.

Su cabello, como era de esperar, también era mitad blanco y mitad negro. Lo más singular de estos demonios, o al menos de Warden, es que poseían un ojo negro y el otro azul claro.

Estuvo claro que Willow se entretuvo mirando a este hermano. Desde su vestimenta rockera, con pantalones de cuero y camisa blanca sin manchas, hasta las pulseras que tintineaban en sus muñecas y los pendientes que adornaban sus orejas.

No me gustó que tuviera tanto protagonismo, pero no la culpé.

Era normal.

—Son tres, puede que te mintieran un poco —reí ante su mirada asombrada.

Ella los señaló uno a uno.

—Lo lamento, señorita Willow —comentó Deniz visiblemente afectado.

Su hermano Keighan le dio un codazo en las costillas.

—¡No seas blando!

Las dos caras de una moneda.

Y, como era de esperar, Warden era una mezcla perfecta de ellos.

—Mis hermanos tienden a no tenerme en cuenta, discúlpales, preciosa lady. Es un placer tenerte bajo nuestro techo —declaró el trillizo tomando su mano, con demasiadas libertades.

Besó sus nudillos mientras mi gatito seguía congelado asimilando la información.

Sí.

Willow se llevó la mano hacia donde solía guardar su arma. La buscaba de una forma tan instintiva que supe que pronto tendría que proporcionarle una. Le daba seguridad, aunque esperaba que no disparase a mi personal.

Liberándola de Warden tomándola de la cintura, la quise alejar para ir a comer algo. Entonces me di cuenta de que miraba al trillizo menor casi sin pestañear. De pronto, de la nada, Willow puso una mano ante el joven demonio y chasqueó los dedos sorprendiéndolo.

Rompiendo el trance.

—Eso no se hace —lo regañó.

Se deshizo de mi agarre y se fue caminando hacia la isla de la cocina.

Todos los demás nos miramos.

—No lo entiendo, los humanos no pueden detectarme —declaró Warden.

El demonio poseía un poder especial. Era capaz de entrar en las mentes humanas, estudiarlos a conciencia y, en algunos casos, controlarlos. Me resultaba muy útil en algunos momentos o negociaciones porque sí, este demonio no solo entraba en mentes humanas.

Era indetectable o eso creía.

Y Warden estaba tan perplejo como yo.

—Pues yo sí puedo detectarte —contestó Willow—. Y si vuelvo a notarlo, te lanzo lo primero que encuentre.

Su amenaza fue efectiva porque los trillizos miraron hacia mí esperando una respuesta. Y yo solo sonreí.

Acercándome a la cocina, comencé a sacar un poco de beicon y huevos de la nevera. Después del día de ayer, ella necesitaba algo grasoso que meterse en la boca. Además, yo también lo deseaba.

—Clawn lo hacía todo el tiempo al principio —comentó Willow—. Al final lo pillé y aprendí a repelerlo.

Casi se me caen los huevos al suelo.

Los de gallina, no los míos, mal pensados.

Clawn era uno de los demonios poseedores de mentes más conocidos en todos los sectores. Llevaba de vacaciones cerca de un año, pero había estado con los más feroces demonios conocidos.

El tiempo coincidía con lo que Willow llevaba con Finn.

—Clawn te ha estado entrenando… Es de los mejores, si no el mejor —declaró Warden.

El beicon chisporroteaba en la sartén, pero yo solo tenía ojos para un gatito que fruncía el ceño sin comprender lo que decían.

—No me ha estado entrenando —comentó con una sonrisa conciliadora.

Y falsa.

Ya comenzaba a leerla y sabía cuándo mentía.

Lamentablemente para ella, las pistas apuntaban en una sola dirección. Clawn había abandonado su servicio con el resto de señores demonios cuando Willow entró en la ecuación.

Y llevaba inactivo desde entonces.

Yo mismo había tratado de contratarlo en este último año. Supe, por pura casualidad, que vivía en la mansión de Finn y necesitaba tenerlo en plantilla. Se negó categóricamente, justificando no tener tiempo para otros trabajos.

«Otros».

¿Willow era un trabajo?

—No… —Negó Willow—. De todas formas, debería llamarlo. Debe estar preocupado. Siempre que encuentre mi móvil.

Me miró directamente y yo me concentré en sacar el beicon crujiente.

—No lo necesitas ahora —dije.

Supe que ella iba a pelear esa afirmación por la forma que dejó que el aire abandonase sus pulmones.

—Y una mierda que no. Tampoco necesito estar aquí y aquí estoy. Dámelo.

Eso encendió mi ira.

Solté la sartén cuando noté que Deniz la intentaba tomar y giré directamente hacia aquella humana que era el foco de mi ira.

—Te recuerdo que me disparaste, por eso estás aquí. Otro estaría en la morgue o no quedarían trozos para recoger —le expliqué.

¿Y se amedrentó?

Mi gatito tenía garras afiladas.

—Te recuerdo que no moriste —dijo usando mis palabras—. De haberlo hecho no estaría aquí. Mi móvil.

Nadie me discutía.

Era amo y señor de mi sector. Jefe de la mafia, señor de demonios y esta humana de menos de metro sesenta y cinco me miraba como si tuviera visión láser. Agradecí que no la tuviera porque mis sesos serían puré en estos momentos.

—Dádselo —ordené antes de declarar una guerra en mi propia casa.

Quería que comiese y si ese cacharro digital le daba algo de calma…

Fue Warden quien lo sacó de su bolsillo y se lo tendió. Ella lo tomó como si fuera algo preciado y fulminó a los trillizos con tanta fuerza que parecieron estremecerse a la vez. Sorprendente.

—Traed aquí, trillizos del averno. ¿Lo habéis estado toqueteando?

Era una acusación muy fea esa. Casi sentí el impulso de ofenderme.

—Solo porque el jefe lo pidió. Está hackeado —se lamentó Deniz.

Ups.

Pillado.

—No seas blando, Deniz —suspiró Keighan.

Puse un plato ante Willow a rebosar de beicon y huevos que me pasó Deniz como si fuera una ofrenda de paz. Ella solo pareció salivar, después quiso mirarnos a todos, pero el hambre la

llamó más.

Mi cola le tendió un tenedor.

—Espero que laves eso con asiduidad —dijo tomando el tenedor y empezando a comer.

—Por supuesto que lo hago —declaré.

Mi cola era sagrada.

Mortal, asesina y caliente. No era un felpudo que arrastrase por el suelo.

Iba a darle un discurso de los porques de las colas de los demonios solo que, simplemente, no pude. Ella comenzó a gemir mientras comía como si no lo hubiera hecho en años.

Y eso me hizo perder mi tren de pensamiento.

Además, mi sangre decidió marcharse hacia mi zona inferior.

¡Qué hambre tenía!

—Deniz, si sigues así, serás mi favorito —declaró con las mejillas llenas de comida.

El demonio dio un saltito feliz antes que la mirada de su hermano Keighan lo hiciera pararse en seco. Aunque no importaba, esas palabras lo habían hecho sentirse realmente orgulloso y ningún hermano le quitaría eso.

—Yo hice el beicon…

Soy realmente miserable por ser tan lastimero.

—No es para ganarse una mamada, pero me sorprende que un gran señor de la guerra cocine tan bien. En su punto justo.

Sonrió antes de meterse un trozo de mi comida en su boca.

Sí.

Mi gatito era sumamente especial.

—Mis mamadas alimentan más que eso —declaré orgulloso.

Esperaba algún comentario mordaz o que me lanzase el tenedor a los ojos, pero, para mi más absoluta sorpresa, me miró con los ojos desorbitados y dejó escapar una pequeña carcajada que me desarmó.

Su máscara de hielo había caído un poco y verla realmente era el mayor de los placeres.

Vale, no el mayor. Estar en su apretado cuerpo sería lo mejor, pero su risa estaba realmente cerca.

CAPÍTULO 16



WILLOW

Sí.

Estar con demonios era lo peor.

Después de pasar el día con Deniz porque Azan tenía infinidad de reuniones, había aprendido una cosa: de los trillizos, era el mejor. No lo había visto como un captor o un carcelero, por muy capaz de reducirme que fuera.

Habíamos visto películas, paseado por la enorme finca y hecho palomitas dulces con infinidad de guarrerías.

Creí que había sido un gran día, muy a pesar de donde me encontraba, no obstante, todo cambió cuando el peor demonio de todos entró por la puerta y me sonrió mostrándome esos dientes afilados.

—Gatito, vístete que vamos a jugar esta noche —declaró.

Y ahora estaba saliendo de una enorme limusina, Azan esperándome fuera con el brazo tendido y una sonrisa arrebatadora.

Fingí.

Sabía hacerlo.

Le devolví la sonrisa y envolví mi brazo en el suyo mientras pensaba en todas las putadas que iba a hacerle de vuelta. El vestido que me había hecho ponerme no era más que una especie de tela que pretendía cubrir y no lo hacía, dándome un toque encantador de fulana desesperada.

Negro, sin tirantes, se ajustaba a mis curvas sin dejar demasiado a la imaginación. Por no hablar de los tacones de aguja, negros también, que pensaba usar como picahielos a la que Azan se despistase.

—Estás arrebatadora —me dijo.

Solo hice una mueca que luchó por ser una sonrisa.

Entramos en la discoteca.

Como era de esperar, era oscura, lúgubre, llena de luces parpadeantes y olores de todo tipo. Aquí los perfumes se entremezclaban los unos con los otros. Pude ver tanto demonios como humanos bailando tranquilamente en la pista de baile.

Una pista que atravesamos con la mano de Azan en mi cintura, casi sujetándome con cierto temor a que saliera corriendo.

Podría vivir tranquilo. Con esos tacones debías ser atleta olímpico para correr.

Vi que, delante de nosotros, nos guiaba un demonio bastante nervioso. Su cola se agitaba de lado a lado, temeroso por quién lo seguía. Sí, porque nunca debía olvidar que Azan era dueño y señor de todo.

El pobre trabajador nos llevó al reservado más VIP de todo aquel local carísimo. Sabía que había lista de espera para entrar y que solo los mejores lo hacían. Estaba claro, que el señor del castillo tendría un lugar de honor.

La sala estaba llena de sofás negros con mesas plateadas delante. No pude evitar ver que todo tipo de sustancias se manejaban en lugares como ese. Restos de algo blanco quedaban ante una de ellas.

Después, me topé con un grupo de lo más variopinto del lugar. Solo que, había una cosa destacable: yo era la única humana del lugar.

Reconocí a Kaín, el hermano de Azan, pero el resto me eran totalmente desconocidos. Había cuatro demonios machos de distintos colores y tres hembras, todas vestidas igual que yo y pintadas como el más colorido de los arcoíris.

Esta noche no iba a ser divertida.

***

AZAN

De soslayo, pude ver como Willow se llevaba la mano a donde debía de estar su pistola. Sí, esa costumbre era mucho más de lo que aparentaba ser y me recordé que le regalaría un arma solo cuando estuviera seguro de que no fuera peligrosa.

—Señores, un placer estar aquí con vosotros esta noche. Os presento a mi querida Willow. Nos honrará con su presencia esta noche como mi acompañante personal —declaré.

Esperaba que con mi brazo envolviendo su cintura y mis palabras hubiera quedado más que claro de que era mía y solo mía.

Todos saludaron cortésmente a pesar de sus miradas de asombro. Al final, gruñí cuando uno

de mis socios comerciales la desnudó con la mirada de arriba abajo. La estudió con tanto entusiasmo que solo deseé sacarle el corazón con mis propias garras.

Acompañé a Willow hacia uno de los sofás y, dándole más cuerda de la que hubiera querido, me senté en el otro. Necesitaba cerrar negocios importantes, así pues, pensé que dejarla cerca de la barandilla la ayudaría a distraerse mirando a todos bailando.

Una camarera con una seductora sonrisa se nos acercó para pedir bebidas.

—¿Lo de siempre, señor? —ronroneó.

Yo solo miré a Willow esperando una especie de…

¿De qué?

¿Celos?

Apenas me conocía.

—Trae una botella de vuestro mejor champán y dos copas.

La camarera sonrió triunfante creyendo que sería invitada a la fiesta. Algunas veces, mis socios lo hacían, no era algo que yo practicase, pero ella no pareció recordarlo. Solo cuando regresó dando saltitos y removiendo sus caderas con gracia, Willow la miró como si ella fuera un insecto al que aplastar.

Su mano estaba donde su arma, de nuevo.

Si llegaba a conseguir robar una pistola de alguien, iba a hacer una carnicería.

—Aquí tiene, señor —canturreó dejando las copas y el champán.

Después, feliz de sí misma, quiso tomar asiento a mi lado.

—Gatito, ven a probar el champán. Es mi favorito —declaré empezando a servir las copas.

Mi gatito obediente, se levantó como si fuera una maldita diosa del sofá y caminó hacia mí con una mirada que podría fundir el ártico.

—Gracias —dijo ella tomando la copa que le tendí.

La llevó a sus labios llevándose la atención de toda la sala. Me miraba solo a mí, con su vista ardiente y las promesas de quemarlo todo si pudiera. Sus labios sensuales se apoyaron en la copa mientras saboreaba el elixir que le entregué.

Gimió.

La maldita Willow gimió.

—Es exquisito —declaró.

A mí se me cortó la respiración, pero mis acompañantes no estaban mucho mejor.

La camarera, que seguía ahí plantada como si fuera un objeto más de decoración, parpadeó saliendo de su embrujo y se marchó con aire humillado. No era mi culpa que hubiera malinterpretado la situación.

Luchando por mantenerme cuerdo, vi como Willow y su copa se marchaban hasta apoyarse en la barandilla.

Su vista se perdió entre la gente y supe que era el momento de trabajar.

***

WILLOW

Si algo había aprendido este último año era a leer a la gente y estudiarla. Pasaba muchas horas de trabajo haciéndolo antes de cometer mis crímenes. A pesar de parecer distante y taciturna con mi copa en la mano, en realidad los estudié a todos.

No eran buena gente.

En esa pequeña reunión estaban los más peligrosos de todo el sector. El rey y su séquito comercial, que consistía en armas y drogas.

Los negocios eran claros, sabían a lo que venían y Azan era tan implacable que no se atrevían a contradecirlo. Marcaba la conversación con una autoridad desbordante, cortaba cuando hacía falta y no permitía estupideces.

No había llegado a jefe de la mafia porque sí.

Era peligroso.

Y no le importaba serlo.

Miré a Kaín.

Descubrí que era el jefe de otro sector, uno cercano al de su hermano y supe el motivo. Era parecido a Azan, con ese hambre por el poder en su mirada y con las ideas tan claras que daba miedo.

Estaba acostumbrada a vivir entre demonios. Solo que estos no eran los que vivían con Finn.

Dominaban el sector, el mundo se postraba a sus pies sin importar sus fechorías. Tenían demasiado dinero y poder como para taparlo o para que les importase bien poco.

Dejé que mi mente divagase antes de que Azan se levantase a servirme más champán. Mirándome a mí directamente mientras se llenaba la copa, pude ver como trataba de estudiarme.

Cerré mi expresión y le sonreí de forma apaciguada. No mostraría mis cartas tan pronto.

—¿Disfrutas de las vistas, gatito?

Perezosamente miré hacia la pista de baile.

—Sí, son un sinfín de cuerpos sudorosos y tonificados.

La copa se llenó, pero Azan no se retiró a pesar de levantar la botella. Vi algo en sus ojos, una especie de llama que no luchó por apagar antes de mirar con cierto asco hacia el público.

—Lo mejor está en el reservado —declaró.

—Por supuesto —contesté.

Solo que, esta vez, sonreí a los machos presentes.

Si pensaba que iba a ser una gatita dulce y sumisa, se había equivocado de presa.

Uno de los demonios me miró con más interés de la cuenta, arrancándole a Azan un gruñido de advertencia. Entonces yo me apoyé en la barandilla y dejé que el mundo siguiera bailando mientras los demonios dirigían su sector.

Y los minutos pasaron.

Las risas comenzaron a sonar, por lo que concluí que los tratos estaban todos sellados. Fue ese preciso instante en el que las tres demonios que, hasta entonces, habían sido mera decoración, contonearon sus caderas hacia ellos.

Una de ellas, con una piel perlada, casi brillante, se sentó en el regazo de Azan con aires de superioridad.

—Amo —ronroneó.
La miré y supe que mi máscara había caído porque solo tenía un pensamiento claro: muerte.

CAPÍTULO 17



AZAN

Lo que hubiera sido bienvenido en su día, se convirtió en un asco inaudito cuando sentí a aquella demonio sentarse sobre mí. No voy a mentir, me he divertido, aunque no demasiado, los negocios siempre han sido lo primero.

Y donde tengas la olla, no metas la polla.

Mirando a aquella alma perdida que me creyó suyo, chasqueé la lengua y moví la mano despreciando su toque. Solo con mi gesto, la chica comprendió que la despedía esa noche y todas.

No quería su toque.

Quería algo… Más afilado y refinado.

—Gatita, ven —ordené.

Vestida como una auténtica puta, ella se alzaba gloriosa como la más orgullosa de las diosas. Ella me fulminó con la mirada mientras mis amigos, los cuales se la comían con los ojos, sonreían notando su fuego interno.

—No.

Yo no era un hombre al que decirle que no en la noche de negocios. Puede que en privado disfrutase de su fuego, pero ante la multitud yo era el peor ser que había conocido la existencia del universo.

Y tuve que actuar.

—Te pasearé con una correa, para que mis amigos toquen tu cuerpo a placer. ¿Eso te gustaría?

Ella solo exhaló.

—No.

—Entonces, gatita, ven a sentarte en las piernas de tu amo.

Odiándome y echando fuego por los ojos, levantó su mentón y se contoneó sobre aquellos tacones de aguja que tan bien le sentaban. Dio un par de pasos y se detuvo ante mis rodillas. Yo, incapaz de detenerme y loco por el contacto, tiré de ella hacia mi regazo y la coloqué en su lugar.

Donde pertenecía.

—Buena chica —dije acariciándole la espalda.

No necesitaba verle la cara para saber lo mucho que me odiaba en ese momento.

Su fuego podía quemarlos a todos y yo me moría porque me quemase. Necesitaba alimentarme de su lujuria más pronto que tarde.

Y ahí, sentado en mi trono, luciendo mi hermosa reina, supe que esa noche muchos me envidiarían.

—Si querías a alguien aquí, tienes a gente bien dispuesta —susurró echándose sobre mi pecho y bebiendo a la vez.

Ahí estaba.

Su lengua viperina.

—Ella no es nadie, amor, ya no —declaré.

Sí, había detectado esa pizca de celos que amenazó por volverme loco. Maldita fuera ella y sus miradas de pecado.

Acariciando su cabello, descendí hasta su nuca y la obligué a mirarme.

—Tú lo has cambiado todo, gatita. Eres la única que queda bien sobre mis piernas.

Ella solo me miró.

Perdida en sus propios pensamientos.

Hubiera dado el alma de todos los presentes solo por ver un atisbo de lo que había en su mente.

Con el tiempo, iba a dar caza a todos los que la dañaron una vez. Después me bañaría en su sangre.

Acaricié su espalda de nuevo, tranquilizándola.

Y, cuando miré a mis acompañantes, vi de nuevo esa mirada lasciva.

Mis poderes estallaron entre mis dedos, mi magia negra y roja le rodeó el cuello y apretó con fuerza. Graznó algo sin sentido, fue una molestia realmente porque no quería esforzarme por entenderlo.

—Si miras a mi reina, ofendes a tu rey. Ella solo es para mi disfrute y no el tuyo.

Willow puso una mano en mi pecho.

—Azan… —susurró.

Me encendí.

—¿Te atreves a defenderlo?

La mirada de hielo de Willow hubiera hecho retroceder a cualquiera, pero no a mí.

—Está demasiado cerca, no quiero mancharme de sangre —sentenció.

Me congelé mirándola. Ni en un millón de años hubiera imaginado una respuesta semejante. Riendo, dejé ir a quien me vendía mierdas menores y me centré en ella. Era perfecta para reinar a mi lado.

Compañera, volvió a decir mi mente.

—Por supuesto, amor. No quiero estropear tu piel con sus jugos desdeñosos.

Willow sonrió.

***

WILLOW

Las conversaciones siguieron con distintas negociaciones más. Estas eran menos importantes y se notó en cómo hablaban. Aunque seguía habiendo cierta tensión en el aire, todo estaba mucho más tranquilo.

Las chicas estaban sobre y a los lados de los demonios, excepto cerca de Azan. Su sofá era suyo y punto.

Al igual que el de Kaín.

Mirando hacia más allá de la reunión, empecé a ver como la depravación se habría paso en la noche. Las drogas, el exceso de alcohol y las parejas bien dispuestas, hicieron que los besos comenzaran.

También el sexo.

Sin llegar a desnudarse, vi unas cuantas parejas follando contra alguna pared o columna sin que al resto le importase.

Y desconecté.

«Amor».

Azan había pasado de gatito a amor en un intervalo demasiado pequeño. Mi mente seguía queriendo digerirlo.

¿Por qué?

¿Qué veía ese demonio en mí?

Rato después, algo me arrancó de mis pensamientos. Fue casi como un disparo. Los labios de Azan tomaron el lóbulo de mi oreja durante unos segundos mientras yo jadeaba por la sorpresa.

—Estás a años luz de mí, gatito.

Y esbozó una sonrisa.

—No sé qué quieres de mí —contesté con sinceridad.

Era un florero, algo que mostrarle al mundo, no esperaba tener voz y voto en ninguna conversación.

Ya me había colocado en su regazo, ¿qué más quería de mí?

—Quiero que aprendas de mis negocios, tal vez te quedes el tiempo suficiente como para que

seas mi reina. Y la reina debe dar órdenes…

Su mirada me derretía. Había tanto en Azan que supe que estaba perdida, podía consumirme con una simple mirada, pero sus palabras eran mucho más peligrosas y afiladas.

Yo nunca sería una reina.

—Yo no comprendo tus negocios, no podría, lo siento —contesté fríamente fingiendo indiferencia.

Volvería a mi vida.

A mis citas nocturnas mortíferas.

Ocultándose en la poca luz de la sala y que la mesa nos cubría, la cola de Azan serpenteó por mi tobillo. Me estremecí antes de fruncirle el ceño solo para descubrir que sabía muy bien lo que hacía.

Ascendió obligándome a quedarme quieta como una estatua.

De soslayo miré al resto y todos parecían entretenidos con sus compañías o móviles. Nadie miraba al jefe.

¿Orden suya?

Envolviendo uno de mis muslos quise bajar la mano y abofetearlo fuerte. Me contuve sin saber cómo, permitiendo el contacto mientras todos parecían ajenos a lo que ocurría.

Sabía que no podía pelear con él en público, no era tonta.

—Gatito, si no empiezas a creer que eres una reina, voy a tener que castigarte delante de todos.

Mis ojos se abrieron al máximo producto de la sorpresa.

—No te atreverías.

Azan tuvo el descaro de reír.

—¿A qué? ¿A follarte delante de todos?

Los ojos de Azan se oscurecieron tornándose como sangre impregnada de lujuria, una tan visceral que asustaba.

—Sería para mí un placer colocarte contra aquella barandilla donde has estado, romper ese ridículo vestido que te he hecho poner y que tan bien te queda, pero que está colmando mi autocontrol y meterme en tu codicioso coño que me espera bien mojado.

Las palabras oscuras de Azan me golpearon directamente en dos zonas, la primera fue en el pecho y la otra… Bueno… más abajo.

¿Cómo podía hablar así sin sentir vergüenza o despeinarse? Ni siquiera había pestañeado.

Apreté los muslos olvidando su cola.

—Y, mientras estuviera dentro de ti, te preguntaría si quieres mi polla más que ninguna otra. Te bombearía mientras todas las miradas fueran a parar a nosotros, a tu cuerpo lujurioso bajo el mío. Rey reclamando a su reina, demonio y humana, oscuridad y luz.

Necesitaba aire.

Jadeé casi pidiendo auxilio mientras mis muslos se apretaban buscando fricción.

Ese maldito demonio me estaba excitando.

—Llenándote entera de mí hasta que mi semilla escurra por tus muslos, gatito —explicó como parte final de un discurso demoledor.

Mis neuronas se habían fundido y mis hormonas le estaban haciendo la ola pidiendo más. Que lo hiciera de verdad.

Jamás pasaría, porque antes lucharía, pero la imagen de ser tomada por él ante todos, reclamada como su absoluta, me ponía muy cachonda.

Maldito fuera.

—Pero sé que no estás preparada para algo así. No me importa, de todas formas no me gusta que otros puedan verte desnuda. Soy un egoísta codicioso y te quiero solo para mí, en la intimidad de nuestra cama.

Señor sálvame porque quiero pecar.

Y mucho.

Más que en toda mi «no santa» vida.

—Como advertencia diré que, si vuelves a desconectar, gatito, me veré obligado a entretenerte follándote y vas a volverte loca de placer, créeme —dijo con malicia.

Yo estaba casi tan roja como su piel, sudando y tomando aire más rápido de la cuenta.

No había máscara de frialdad que ocultase eso.

De pronto, la cola de Azan subió de mi muslo a entre mis piernas y, muy delicadamente, la punta rozó mi tanga y parte de mi sexo mojado, necesitado y perdido en sus palabras.

—Gatito, ¿toda esta humedad es para mí? Tengo que hacer algo con ella, no puedo permitir que mi gatito esté insatisfecho.

Entré en pánico mirando hacia sus acompañantes.

—Por favor, aquí no —susurré esperando no ser escuchada.

No quería pelear.

Azan se acercó a mí, con su mirada letal y caliente. Su aliento me hizo cosquillas en las mejillas antes de que fuera hacia mi oído. Allí, tomó mi lóbulo de nuevo.

—Tranquila, sé hasta donde puedes dar. Pero es una pena desperdiciar tanta humedad, mi cola se muere por darte un orgasmo.

Iba a suplicar que me dejase ir, no me importaba rebajarme si así conseguía que no me hiciera eso en público.

—Shh, gatito —dijo sujetándome la espalda y las piernas con sus manos—. Todo está bien.

Su cola abandonó mis piernas solo para envolver mi tobillo posesivamente.

Y yo volvía a estar a salvo.

No pude evitar suspirar de alivio.

CAPÍTULO 18



AZAN

—Jefe, su lujuria huele demasiado tentadora. Compártela.

Acababa de saborear el más absoluto de los placeres del universo. La lujuria de Willow sabía a ambrosía de dioses. Casi llegué al orgasmo al alimentarme de lo que desprendió por mis palabras.

Mi gatito escondía una muy caliente mujer bajo la piel.

Y yo había tenido el placer de saborearla.

Lamentablemente, las palabras de uno de mis comerciantes, el mismo que se empeñaba en tenerla, pronunció esas dichosas palabras.

Fue como si el mundo dejase de existir.

Tomando con fuerza a mi compañera, Willow quedó apoyada en mi pecho mientras mi magia salía disparada hacia aquel maldito demonio. Demasiados años llevábamos trabajando como para saber que yo no era del tipo que compartía.

Tampoco del que perdonaba.

Demasiado le había permitido en toda la noche. Le había dejado mirar, deleitarse con mi preciado premio mientras se la imaginaba para él.

No merecía estar entre los míos.

No merecía seguir con vida.

—Azan… —tembló Willow.

Envolví el cuerpo de mi contacto con mi magia, lo aparté de nosotros, suspendiéndolo del cuello.

La sangre no mancharía la piel delicada de Willow.

—Jefe, discúlpeme, creí que la humana podía ser compartida. No es uno de los nuestros, no vale nada, hay miles como ella… Creí que…

Sus palabras avivaron mi ira.

Willow sí era alguien y lo era todo.

Nada se podía comparar con ella.

Nadie era más importante que ella.

Y ese ser era un gusano que la creación agradecería si se convertía en abono.

Y, sin más, su cabeza se separó del resto mientras todos miraban atentamente. Ninguno de mis demonios de confianza se horrorizó o gritó, solo escuché alguna de las acompañantes, pero me importaban bien poco.

Las hice salir corriendo siseándoles con ira.

Después dejé que el cuerpo flotase mientras miraba a los presentes con una amenaza velada.

Nadie tocaba a Willow.

—¿Ves lo que hago por ti, gatito? Eres irresistible.

Ella solo me miró y pude ver una pizca de horror en sus ojos.

***

WILLOW

Vale.

Punto número uno: aquella escoria me importaba bien poco.

Punto número dos: Azan estaba envuelto en una ira tan ciega que todos pasábamos a ser objetivos primordiales.

—Jefe, puede estar tranquilo, nunca se nos ocurriría tomar a una humana como compañía.

¡Meg!

Palabras equivocadas.

Vi perfectamente como la mente de Azan desconectaba volviéndose oscuro y más letal todavía.

Inclinó la cabeza esbozando una sonrisa que prometía muerte. Me estremecí sobre él, pero su agarre era tan fuerte que sabía que iba a tener moretones que me durarían bastantes días.

—¿Y qué tiene de malo mi gatito?

Su voz.

Esa voz recorrió mi columna vertebral. Tan metálica, tan prometiendo una muerte dolorosa.

Miré a Kaín suplicando ayuda, que nos ayudase a controlar a su hermano.

Ese gesto enfureció a Azan, el cual me siseó en los oídos. Temblé a causa del miedo por estar

en una situación así. Por eso no me envolvía con demonios, ellos eran impredecibles.

Peligrosos.

—Nada, jefe.

—Sería un maldito honor que ella abriera las piernas para ti, pero eres un gusano que nunca sabrá lo que es que una diosa como ella te deje comer su coño.

Vale.

Tiempo muerto.

Ese demonio no le había faltado al respeto y, bajo esa piel morada, el pobre se estaba volviendo pálido.

Debía hacer algo y ya.

Me retorcí con fuerza. Subí mi vestido, olvidando mi timidez y me senté a horcajadas sobre su regazo para encararlo mejor a mí. Ya poco me importaba que los otros me hubieran visto el culo y el tanga.

—Tranquilo, Azan —lo besé en los labios.

Mis manos acariciaron su pecho suavemente.

Necesitaba hacerlo volver.

Puede que fuera un plan de mierda, sin embargo, necesitaba confiar en que funcionaría.

—Tranquilo. Mi lujuria es solo tuya, amor… —ronroneé.

Él parpadeó hacia mí. Siseó con sus dientes afilados mientras parecía ser otro, alguien peligroso y capaz de matarnos a todos.

Si no lo sacaba de este estado íbamos a tener problemas pronto.

Bien.

Tomando su mano, la llevé entre mis piernas, a la maldita humedad que había provocado con sus palabras y dejé que me rozara completamente. Eso pareció traerlo de vuelta poco a poco.

—Tuya, Azan, mi lujuria es tuya. Tú me has puedo húmeda, ¿recuerdas? Acabemos la noche bien, cariño.

Iba a ahogarme con mis propias palabras.

La mano libre de Azan tomó mi nuca obligándome a besarlo. Lo hice de buena gana porque nadie me había besado así. Era dominante y oscuro como se esperaba de un demonio. No pedía perdón, tomaba lo que quería y punto.

¿Y qué?

¿Acaso un demonio podía ser de otra manera?

Me derretí en sus manos mientras me besaba. Dejé que saquease mi boca como un auténtico conquistador mientras comencé a contonear mis caderas. Me tomó como quiso, me saboreó como deseó y, al acabar, me miró a los ojos tan cerca que compartimos aliento.

—Mía, Willow. Tu lujuria, tu cuerpo y tu coño es mío.

—Sí…

Acababa de sellar un trato peligroso.

La mano en mi coño, la cual nunca se movió, se alejó dejándome comprender que Azan sabía que no quería ese toque. Le sirvió para volver de esa neblina roja que lo embaucó, pero no se aprovechó para seguir tocándome o invadir mi intimidad.

—Vámonos a casa —ordenó Azan.

Gracias y mil gracias.

Nos levantó, colocándome el vestido mientras poco a poco comenzaba a tener el control de sus emociones de nuevo.

Yo solo quería hacerme un ovillo en una esquina y llorar.

***

AZAN

Mi gatito me tenía miedo.

La había cagado tanto que habíamos pasado de la lujuria al miedo. Por culpa de ese maldito demonio que quiso probar un bocado. Todos debían saber que yo no compartía. No era difícil de entender.

Ella me trajo de vuelta, domó mi genio mientras mis dedos se perdían en su humedad y mis sentidos se veían envueltos solo por ella.

Era tan tentadora, tan perfecta.

—Gatito, ¿ves ese demonio de ahí?

Señalé a uno de mis guardaespaldas que no necesitaba.

Willow asintió.

—Te llevará a la limusina, yo ahora mismo voy.

Su mirada de terror me provocó ganas de vomitar por lo consternado que me sentí.

—Todo está bien, gatito. Es solo un minuto.

Pero su pequeña mano se aferró a mi brazo como si así pudiera hacer que todo acabase.

No volvería a asustarla así jamás.

Era una promesa solemne y yo siempre cumplía mis promesas.

—Te lo prometo —dije abrazándola y besando su cabeza—. Todo estará bien, solo serán unos minutos.

Se marchó de mala gana.

Se tambaleó un poco, quizás demasiado y fue mi guardaespaldas quien la sostuvo para evitar que cayera. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no gruñir por tocarla.

No quería asustarla más.

La vi marchar y mi pecho dolió cuando ella se giró a mirarme un par de veces realmente asustada.

Solo cuando la perdí de vista me permití colocarme mejor el traje.

—Esto no volverá a repetirse —ordené—. Si alguien cree que puede tenerla morirá muy lentamente. Existen demasiados seres en el mundo como para querer a mi acompañante. ¿Está claro?

«Sí, jefe» fue lo que recibí como respuesta.

Perfecto.

—Hemos acabado. Finn contactará con vosotros con los asuntos legales y nos reuniremos la semana que viene.

Finn debería haber estado en esa reunión, pero le llamé para que no viniera porque quería disfrutar de mi gatito. La próxima vez iba a tener que traerlo conmigo porque los temas legales eran su especialidad.

No podía prescindir de él.

Había estado en todas las reuniones del día y asesorándome sobre la de la noche. Apartarlo solo para que no viera a Willow era una estupidez.

Casi rozaba el aire fresco cuando mi hermano me abordó.

—Azan, espera —dijo Kaín.

Me giré hacia él esperando que soltase lo que quería decir y me dejase ir.

—Te has comportado como un loco allí dentro… Esa posesividad…

Divagaba.

La mente de Kaín estaba en marcha.

—¿Ella es tu compañera?

Gruñí.

—¿Y qué si lo fuera?

Kaín palideció comprendiendo lo que yo todavía no era capaz de ver.

—Protégela entonces porque atacarán lo que más quieres.

—¿Es una amenaza?

No iba a tener piedad con nadie, ni siquiera con mi hermano. Puede que él fuera el mejor de los tres que tenía, sin embargo, proteger a Willow era mucho más grande que cualquier cosa. Además, esa noche me sentía especialmente sensible con ese tema.

—Jamás. Siempre te seré leal y la protegeré de ser necesario —contestó mi hermano.

Menos mal.

Era lo que necesitaba sentir.

—Pero sabes lo que este mundo de demonios hace para derrocar a un rey —añadió.

Sí.

Lo sabía.

Y solo por eso mis enemigos conocerían el dolor si se atrevían a tocarla.

CAPÍTULO 19



WILLOW

No hablamos camino a casa.

¿Qué decir?

«Mira, Azan, no es por nada, pero tienes un humor muy de demonio y mis piernas han pasado de temblar de lujuria a miedo».

No. Eso no ayudaba.

Cuando la limusina aparcó, salté de ella sin esperar que vinieran a abrirme la puerta. Quise correr, pero mis malditos tacones se me atascaron en aquel suelo de piedra un par de veces.

Dejando escapar una exhalación, comencé a quitármelos.

—Dichosos zapatos.

Estaba enfadada por pasar miedo.

Por pasar lujuria.

Por estar allí.

Levanté la vista y Deniz me tendió su mano para que tuviera mejor agarre y así quitarme los zapatos de mejor forma. Negué con la cabeza temiendo que al trillizo le arrancasen la cabeza.

Después, marché hacia casa sabiendo que la mirada de Azan me estaba haciendo un agujero en la espalda.

Giré sobre mí misma.

—¡Y no soy una furcia! ¡No me visto así! —grité.

¿Por qué?

Vete a saber.

Solo necesitaba descargar energía y tensión.

Entré en la casa pasando entre los dos trillizos, los cuales me miraron como si acabase de enloquecer. Puede que sí, después de todo, ¿quién podía estar cuerdo en un mundo como este?

—Willow, hablemos…

—¡No! —grité.

Ahora se ve que quería suicidarme.

—Sí, tenemos que tratar esto.

Me giré.

—¿O qué? ¿Vas a separar mi cabeza del cuerpo?

Agité los brazos mientras él entraba, persiguiéndome como alma que persigue el diablo —qué irónico—.

—No me quejo, ese tío era un idiota, pero lo de después… Casi pensé que me matabas y ¡a tu hermano!

—Willow.

Dio un paso hacia mí y yo uno hacia atrás.

Dio otro.

Y así unos cuantos más hasta que choqué contra la pared.

—Sí, lo sé, eres temible. Señor oscuro de la noche, rey del sector, jefe de la mafia, terror de todo el mundo y todo eso… Pero…

Me callé.

¿Qué podía decir?

¿Que se había vuelto loco? ¿Que sentí tanto miedo que creí que moría? ¿Que me volví a sentir indefensa? ¿Que no tenía cómo defenderme?

Bajé la mirada, incapaz de sostenérsela y respiré.

Poco a poco, sentí cómo los brazos de Azan me envolvían y me escondía entre sus grandísimas alas. Las abrió al máximo y nos ocultó mientras los temblores de mi cuerpo eran absorbidos por ese hombre.

No.

Demonio.

—Nunca te haré daño, Willow.

No lo creí.

Los demonios hacían daño, lo sabía bien.

Respiré en su pecho, incapaz de moverme mientras toda la noche pasaba por mi mente.

Antes de poder pensar algo más, yo estaba en sus brazos y me estaba llevando hacia el primer sofá que encontró en el salón. Sentándose primero, a mí me depositó a su lado. Después, tomó mis piernas para colocarlas sobre las suyas.

Lo miré extrañada.

Cuando tocó mis pies y comenzó a masajearlos algo parecido a un gemido se escapó de mi garganta.

—Esos tacones te han hecho daño —gruñó como si pudiera matarlos y hacerles sufrir mucho.

Eso me hizo sonreír.

—Consecuencias de querer estar guapa —dije tratando de quitar hierro al asunto.

—Eres guapa sin ellos.

Vale, con Azan nunca sabías qué iba a pasar.

—Azan yo…

¿Qué podía decir?

—Nunca te haré daño, Willow —repitió.

Y yo quería creerle.

Realmente quería.

***

AZAN

Dejé irse a Willow cuando me lo pidió. Quería ducharse y no la retuve por muchas ganas que tuve. Quería consolarla, hacerle sentir que conmigo estaba a salvo, aunque sabía que por mucho que lo intentase, no lo conseguiría.

Me miraba con recelo y no la culpé.

Llamaron al timbre.

No eran horas para venir a buscarme, bien podría estar congelándose el infierno que no me servía para perdonar a quien viniera a mi casa a esas horas. Todo empeoró cuando la voz de River resonó.

No.

Mi hermano no.

—Hermano, vengo a pasar unos días contigo.

Ni muerto iba a pasar eso.

Gruñí.

—Ey, hermano, sabes que soy el bueno de la familia. Solo estoy aquí porque sé que estás sometido a mucha presión. Vengo a ayudar.

Si quería ayudar podía pegarse un tiro en la sien. Eso me haría muy feliz.

—No necesito tu ayuda —ladré.

A River le importaba poco.

No estaba aquí por mí, sabía que era por el premio que se estaba duchando en mi habitación ajena al invitado molesto con el que estaba lidiando. Permitir que se quedase River era como follar sin protección: una ruleta rusa para enfermedades venéreas.

—Un día y te vas o te entierro en el jardín —amenacé.

Sería claro.

Y tras las palabras de Kaín, quería ver qué les parecía a mi círculo cercano que tuviera a Willow. Estudiarlos era importante.

Dejé que se instalase en la habitación de invitados más lejana a la mía. Si veía a ese gusano deslizarse hasta Willow, lo desollaría vivo y se lo entregaría a mi madre como premio por engendrar a un inútil.

Bueno, la pobre no tenía culpa. Solo lo desollaría.

Necesitaba irme a la cama, pero cuando fui a hacerlo, escuché a Willow hablar y sí, soy un idiota y la espié con la esperanza de saber algo más de ella.

—¿Me has estado entrenando, Clawn? —preguntó.

Su voz era floja, pero mis oídos de demonio me ayudaban a no perderme ni un solo momento de esa conversación. Además, saber que al primero que había llamado era a Clawn significaba que ella misma había sacado sus propias conclusiones.

—Tienes el teléfono hackeado, Willow.

Sí.

Eso era un sí.

—¿De quién? ¿Por qué necesitaba este entrenamiento?

—Digamos que, cuando me mudé con Finn, encontré a una hembra humana muy herida. Temblabas, llorabas a escondidas y mantenías la respiración cada vez que un demonio pasaba por tu lado. Dejaste de comer, Finn peleó contigo infinidad de veces para que te cuidases un poco.

Gruñí lo más silenciosamente que pude. No me gustaba saber que ella había pasado por eso.

—Pero vi tu potencial y sabía que en este mundo de demonios, una mente débil es un blanco fácil. Así pues, te ayudé.

Clawn la había entrenado, aunque sus motivos los mantuvo solo para él. Estaba claro que no iba a desvelarlos cuando los demás podían escucharlo.

—¿Cómo te trata Azan? ¿Es malo contigo?

Se me cortó la respiración.

¿Qué contestaría ella?

—No me ha hecho daño. Es raro, nunca pensé que un jefe de la mafia podría ser así, pero estoy bien, Clawn, de verdad —contestó ella.

Bueno, no era una declaración de amor, aunque tampoco era un desastre.

—¿Y Finn? Le he llamado, pero no me lo coge.

Así que su primera opción fue Finn.

—Está metido en el ordenador con algo legal que le ha pedido Azan. Ha dejado el teléfono en el comedor. ¿Quieres que le avise?

—No, no te preocupes. Es tarde, lo llamaré mañana.

—Cuídate mucho, Willow.

—Tú también, Clawn.

Después sentí como dejaba el móvil en la mesilla de noche y se tumbaba en la cama dejando escapar un sonoro suspiro. El agotamiento la había alcanzado hasta tal punto que, en el minuto y

medio que tardé en abrir, ella estaba casi dormida.

Levantó la cabeza para mirarme.

—¿Azan?

—Soy yo, gatito. Estaba atendiendo al imbécil de mi hermano River. Se irá mañana por la noche sin falta.

No quería que al levantarse se topase con él sin previo aviso.

Apoyó la cabeza en la almohada.

—Genial, esto mejora por momentos —dijo ella sin rastro de humor.

Quitándome la ropa, me dejé el calzoncillo y fui a meterme en la cama. Me detuve porque mi piel olía al local donde habíamos estado. No me gustó. Estaba cansado, pero decidí darme una ducha rápida.

Cuando regresé, Willow estaba con la boca un poco abierta y completamente dormida. La imagen de ella en mi cama, durmiendo plácidamente me hizo doler el pecho. Quería que siempre fuera así.

Me metí en la cama recordando toda la noche.

No iba a asustarla nunca más. Esa mirada de miedo iba a perseguirme el resto de mi maldita existencia. Podía temer al mundo, pero jamás a mí, eso no pasaría de nuevo. Sabría que soy de fiar para ella.

Divagué entre mis recuerdos de la noche mientras dejaba que el sueño me alcanzase. Al día siguiente iba a tener que irme muy temprano y no podría estar con ella tanto como quisiera.

Una lástima en realidad.

Willow se movió, yo me paralicé y antes de saber qué ocurría, ella se me abrazó de nuevo.

Casi ronroneé como un gato. Su subconsciente la hacía buscarme, sentir que estaba protegida por mí.

Llamadme fanfarrón, pero me sentí pletórico.

Envolviéndola con un brazo, dejé que su rostro se apoyase en mi pecho. Ahora era el demonio más feliz del mundo.

—Azan… —murmuró en sueños.

—Yo cuidaré de ti, gatito.

CAPÍTULO 20



WILLOW

Por la mañana estaba la cama vacía y había una nota apoyada perfectamente sobre la almohada.

«Tengo trabajo, pero a partir de mañana vendrás conmigo para que no me extrañes tanto. Hazte un dedo en mi honor, grábate y envíamelo. Necesito entretenimiento para sobrevivir a estas horas. Yo te mandaré fotos guarras.

Ten un buen día.»

Arrugué la nota.

—A este demonio le falta un hervor —musité mientras tiraba la nota al otro lado de la cama.

Tenía hambre, muchísima.

Deambulé por la habitación y, cuando abrí armarios, me di cuenta de que uno estaba lleno de ropa femenina; toda con etiqueta. Así pues, imaginé que era para mí y elegí unos pantalones tejanos y una camiseta holgada azul claro.

También me trajeron zapatos. Me arrancaron una sonrisa cuando vi unas botas estilo militar idénticas a las mías, pero de mucha mejor marca. Cuando me las puse me sentí como si fuera Navidad y estos fueran los mejores regalos del mundo.

Salí en busca de la cocina topándome con los trillizos.

Les sonreí abriéndome de brazos.

—¡Mirad qué botas! ¿No son las mejores del mundo? —les pregunté.

Keighan levantó una ceja.

Deniz sonrió asintiendo.

Y Warden dibujó una media sonrisa.

—¿Te gustan? —preguntó Deniz— Las eligió Keighan.

Me sorprendí al escuchar que había sido precisamente ese trillizo el que dio con mi gusto ideal.

—Vaya, vaya, eres toda una sorpresa.

Keighan bufó.

—Órdenes del jefe —contestó cruzándose de brazos—. Mi hermano no tendría que haber dicho nada.

No pude evitarlo, antes de que se moviera, lo abracé fugazmente y le di un beso en la mejilla. Me aparté tan rápido que no le dio tiempo a atacarme, si es que en algún momento lo pensó.

Después solo salí corriendo para la cocina dejándolo verdaderamente perplejo.

Mi estómago realmente rugió cuando entré en la cocina. No había tenido tanta hambre desde… ¿Cuándo?

Sí.

Desde antes de Pay.

El recuerdo de mi amiga me hizo un agujero en el pecho que me obligué a tapar a fuerza de voluntad. Ahora iba a desayunar y no podía permitir que mis recuerdos me quitasen eso.

—Vaya, pero si es el juguete de Azan.

River.

Esa escoria estaba allí y yo lo había olvidado.

—Buenos días a ti también, River —dije obligándome a sonreír.

Fui directamente a los fogones. Había comida para un regimiento, pero yo solo moría por unas tostadas, algo de embutido y un café fuerte como el Infierno para volver a ser persona.

Y chocolate.

Mataría por una onza de chocolate.

Había un salteado en una de las sartenes que me estaba haciendo ojitos, así pues, cogí un plato y busqué un cucharón para servirme un poco. Después, puse el pan a tostar y recé por ser capaz de encontrar una cafetera.

—¿Te dejan comer? Creí que te alimentabas del semen de mi hermano.

Siempre podría encontrar una pistola en un cajón y volarle la tapa de los sesos a este idiota.

—Los humanos, a diferencia de ti, necesitamos algo más que semen para subsistir. Me conformaré con unas tostadas esta vez —contesté.

Sentí la presencia de los trillizos entrar en la cocina.

Con mis tostadas, un poco de embutido que encontré en la nevera y un vaso en la mano, empecé a buscar la cafetera. Era el punto final de mi desayuno, tenía tanta hambre que hasta podía morder al idiota de River.

Solo cuando encontré al electrodoméstico de mi corazón, solté mi plato y di saltitos hacia él.

Entonces fue cuando River se acercó a la encimera.

Puse los ojos en blanco, ignorándolo. Era lo mejor.

Buscando café, llené el casquillo y saqué un cuchillo para poder cortar el fiambre que iba a comer. Entonces, justo mientras esperaba que la cafetera me indicase que el agua estaba caliente, escuché como River se abría la bragueta de los pantalones.

—¿Y si te decoro el desayuno? Así no te faltarán vitaminas, humana.

Sí.

Debería haberlo ignorado.

Preparado otro plato y haber desayunado a pesar de ese demonio.

Visto en frío todo es más fácil, pero en ese momento… En ese momento solo quería sangre y no cualquiera, debía de ser la de River.

Con el cuchillo que había conseguido para el embutido, lo levanté hasta colocarlo en su garganta con un rápido movimiento. Supe que lo sorprendí porque sus ojos se agrandaron lo suficiente.

—Inténtalo, River, y te hago lonchas como a un queso.

River arrancó a reír como un auténtico lunático.

—Voy a hacerte tanto daño… Pequeña humana…

Su voz de ultratumba me hubiera hecho temblar hace mucho. Solo que, ahora, era mucho más fuerte que eso.

—Señor River, debo recordarle que el jefe Azan no permite que su invitada sea golpeada —comentó Deniz.

Pero nadie dijo que yo no podía matar a este idiota, punto para mí.

—¡Oh! Pero seguro que me perdona porque soy su hermano favorito.

Estaba centrada en el cuchillo que le tenía puesto en la garganta, si no, hubiera hecho rodar los ojos por la tontería que acababa de decir.

—Señor —comenzó a decir Warden—, en caso de que siga con la idea de golpear a Willow, me veré obligado a expulsarlo del recinto.

Como disfruté con la cara que puso River y el enfado que comenzó a surgir bajo su piel.

—Ella es una mascota, un juego, haré lo que me plazca y me ofende que el maldito personal de mi hermano me diga lo que tengo o no que hacer. Así que, vais a dejar que condimente el plato de esta cosa. Se lo comerá y después la castigaré para que no vuelva a portarse mal.

Señor ayúdame porque voy a pecar.

Matando.

—River, debe abandonar la casa.

Keighan.

Ese era Keighan.

—Lo haré después de que esta cosa se coma mi semen.

Se acabó, iba a matarlo.

Entonces el mundo explotó literalmente hablando. Una carga explosiva detonó y otra la siguió muy de cerca. La onda expansiva nos lanzó con fuerza a todos, no tuvimos dónde agarrarnos.

La cocina había volado en mil pedazos.

***

WILLOW

Mis oídos pitaban tanto que no podía escuchar nada más.

Todo estaba envuelto en una nube de polvo y ruinas que nos envolvía a todos. Una luz de la cocina colgaba de su cable, se balanceaba de un lado al otro y parpadeaba proporcionando algo de luz.

¿Qué acababa de pasar?

Mi cuerpo dolía, cada parte de mí había sido golpeada contra la isla de la cocina antes de rodar por el suelo como una canica vieja. Me corté, me rasguñé y me llevé cien contusiones por culpa de la explosión.

Pero estaba viva.

Seguía respirando.

Grité, o al menos creo que lo hice, cuando unas manos aterrizaron en mi espalda. Luché con todas mis fuerzas antes de darme cuenta de que era Deniz tratando de levantarme.

Lloré, quizás por el polvo, pero fui consciente de que sollocé abrazándome a él.

Tiró de mi cuerpo hacia arriba y volví a gritar. Esta vez fue un aullido de dolor, sentí como si me arrancasen la pierna de cuajo. Quise mirar, convencerme de que seguía allí, solo que Deniz no me lo permitió.

¿Tan malo era?

—A la humana, dadnos a la humana y nos iremos sin hacer más daño —dijo una voz.

—¡Dádsela, joder! —exclamó River.

Gracias amigo.

Warden y Keighan me flanquearon y mi corazón decidió colapsar. Por suerte me di cuenta de que nos estaban protegiendo, eso ayudó a aligerar la carga o me hubiera dado un infarto.

—Sácala de aquí —ordenó Keighan.

Deniz me obligó a dar un paso, pero el dolor fue tan atroz que grité todavía más fuerte. Mi pierna ardía, no sé si seguía allí o era un dolor fantasma, pero era un dolor tan feroz que sentí que me desmayaba.

Luché por permanecer despierta.

—Quiero a esa humana ahora —ordenó una voz.

Una femenina.

¿Quién me quiere?

¿Y por qué?

—Tengo que cogerte en brazos para sacarte de aquí —me susurró Deniz.

Entre el polvo vi que ya no estábamos solos, al menos una docena de demonios entraron armados.

La magia y los disparos se abrieron desatando el caos. Los estallidos venían de todas partes, moverse era peligroso, pero yo sabía que estaba demasiado expuesta y a tiro como para tener posibilidad de sobrevivir.

—Deniz, muévenos hasta detrás de la isla y dame algo para disparar —ordené tomando el control.

El trillizo me miró horrorizado.

Hasta el momento no me había dado cuenta de que también estaba herido. Su piel oscura me había ocultado los cortes que tenía en brazos y rostro. El pobre quería ayudarme cuando debía de estar sufriendo dolor.

—Hay que sacarte de aquí —me recordó.

Un disparo nos rozó obligándonos a encogernos.

—¡No! No pienso dejar a tus hermanos morir y si esos intrusos piensan que pueden llevarme, voy a darles plomo en la cabeza. Dame un arma, Deniz.

No quería.

Y lo entendía.

Pero no iba a abandonar a nadie, ni siquiera el estúpido de River.

—Arma, Deniz, ahora.

Un segundo disparo cerca provocó que, al fin, Deniz reaccionara. Me tomó en brazos con una facilidad asombrosa y, cuando pensé que me sacaría de allí, hizo justo lo que le pedí: nos puso tras la isla de la cocina.

—El jefe va a enfadarse mucho conmigo —murmuró como si hablase consigo mismo antes de darme una pistola.

El peso se sintió perfecto en mis manos.

¡Por fin!

—Yo me encargo de Azan, no te preocupes.

Disparé y el primer demonio cayó. Supe que Deniz me miraba con asombro, pero no teníamos tiempo para eso. Quedaban muchísimos más.

***

AZAN

Aquella mañana estaba siendo un poco tensa. Después de no haber dejado que Finn fuera a la reunión de anoche, mi abogado no estaba de buen humor y no lo culpé. Su faena se había multiplicado por dos.

Ya había decidido que no volvería a excluirlo. Finn era un abogado excelente y quería pensar que también un buen amigo, aunque hubiera robado a su protegida y todo eso. Seguro que esos detalles eran meras minucias.

—¿Está comiendo?

La pregunta de Finn me sorprendió.

—¿Qué?

—Willow, cuando está metida en faena, olvida alimentarse, beber o dormir. Hay que irle detrás todo el tiempo.

¡Ah, sí!

La otra Willow, la que rastreaba demonios y los mataba. Me parecía curioso que pudiera centrarse tanto en el trabajo que olvidase el resto del mundo. Es algo que tendría en cuenta.

Después de todo, no podía dejar que muriese de hambre.

—Goza de un apetito excelente.

Finn me miró sin creérselo, aunque se lo concedí.

—Señor —dijo uno de mis trabajadores.

Aquella reunión era a puerta cerrada y odiaba las interrupciones. Solo esperaba que ese ser tuviera una excusa gigantesca para irrumpir en mi despacho sin llamar y molestarme un día como ese.

Entonces me percaté de un detalle.

Estaba pálido.

—Dilo —ordené.

Él se cogió las manos ante sí, apretándose los dedos como si tuviera miedo a abrir la boca.

Tarde.

—Es su casa, señor.

Fue mi turno de palidecer.

¿Qué pasaba en mi casa?

—Ha habido una explosión —declaró el chico.

Finn y yo reaccionamos a la vez, salimos corriendo a toda prisa sin pensar en reuniones ni nada más.

En esa casa estaba Willow y todo mi personal.

Vale, y también mi hermano.

Perdí la noción del tiempo. Sé que rugí como si entrase en batalla, tal vez así me sentí. El miedo se afianzó a mi pecho con fuerza, doblegándome de dolor mientras mil escenarios pasaban por mi mente.

—¡SUBE! —le ladré a Finn cuando llegamos a mi coche.

No discutió.

Por mi podía quedarse en tierra si quería, pero yo tenía que asegurarme de que Willow estaba bien.

Mi gatito…

Si alguien le había hecho daño.

Pisé el acelerador cuando Finn cerró la puerta de su asiento. Después, la ciudad pasó ante nuestros ojos a tanta velocidad que apenas pudimos ver algo claro. Solo tenía un objetivo.

Una misión: llegar a Willow.

CAPÍTULO 21



WILLOW

Había vaciado todo un cargador entero y seguíamos rodeados.

Escondida tras la isla de la cocina, vi la cantidad de balas que la habían golpeado dejado el canto realmente agujereado. Los trillizos seguían en pie, peleando y eran realmente magníficos.

River también luchaba. No había vuelto a decir que me entregasen, pero seguí vigilándolo por si acaso se atrevía. De hacerlo iba a acabar con su vida, me importaba poco que fuera hermano de Azan.

Él no estaba aquí.

No tenía nada que decir.

Y de pronto, como si este me hubiera escuchado, las aguas parecieron abrirse dejando pasar a Azan. Llegó tras un chirrido de frenos y se lanzó a la batalla tan rápido que bien podía haber sido un huracán rompiéndolo todo a su paso.

Entró dejando que su magia derribase a uno de los atacantes, lo desintegró como si fuera confeti y aquello fuera una celebración.

Después, haciendo un barrido rápido, me localizó agazapada tras la isla de la cocina y rugió. No tuve claro de si lo hizo por regañarme o por quienes nos atacaban, pero desató su ira de forma brutal.

Arrasó, literalmente, todo lo que tenía a su alrededor.

No le hicieron falta armas de fuego para acabar con sus enemigos. Su magia y sus puños hicieron la faena y yo me quedé allí, contemplando aquella barbarie con auténtica expectación.

Quizás fuera la pérdida de sangre, pero me pareció un dios vengador bajando a la tierra para acabar con todos los enemigos.

Entonces, un segundo demonio pasó ante mis ojos. Un muy furioso Finn también se había unido a la pelea. Ambos juntos eran gloriosos, con una potencia de ataque que me demostró que los humanos no éramos nada en comparación a ellos.

Los demonios eran una especie mayor.

Y nosotros estábamos atrás en la escala evolutiva.

Fin de la discusión.

«Ven conmigo».

Esas palabras resonaron en lo más profundo de mi mente. Fueron como un deseo que abrazó mi corazón y lo hizo latir solo para cumplir esa orden. Giré sobre mí misma ignorando el grandísimo espectáculo de fuego y sangre que había creado Azan.

Era magnífico.

Terrorífico.

Y letal.

Solo que mi mente se enfocó en otra cosa.

Antes de comprender lo que ocurría, un demonio de piel morada me tomó de la garganta y me levantó. Quise gritar por el dolor que me provocó en la pierna, pero fue como si hubieran cortado mis cuerdas vocales.

No podía gritar.

Tampoco hablar.

Y ya casi ni pensaba.

Sin parpadear, me sentí atrapada en aquellos charcos de plata que tenía por ojos ese demonio.

«Vienes conmigo, humana, sin pelear».

¿Asentí?

No lo supe porque no era capaz de ver nada más que aquellos ojos.

Pelea.

Pelea de una vez.

Eso me dije mentalmente, como si yo misma me hubiera desdoblado en dos personalidades y una empujase a la otra a actuar.

No notaba la falta de aire a pesar de estar suspendida a más de diez centímetros del suelo. Tampoco dolía el que me aplastase la garganta con aquella garra asquerosa que olía a putrefacción.

Sabía que había metido un nuevo cargador de balas a la pistola. Me lo había pasado Deniz, ese pobre demonio que temía que Azan lo sirviera como cena en cuanto se enterase de que no me sacó de la zona cero.

Yo lo defendería, si podía.

«Vas a ser dócil». Dijo la voz en mi mente.

Y una mierda.

Entonces las palabras de Clawn me vinieron a la mente: no eres dócil, Willow y eso te hace perfecta ante los demonios como yo.

Como yo.

Dijo «como yo».

En su momento, hundida en la rabia y el dolor, no le di sentido a sus palabras. Fueron como agua resbalando por mi piel, sin embargo, ahora mandaban un mensaje muy diferente.

Como yo significaba telépata.

Control de mente.

Entonces levanté mi arma a pesar de que mi cuerpo me decía que debía obedecer. Recordé las veces que Clawn luchó por mandarme una cosa y me revolví como una serpiente.

Esto era igual.

Debía hacerlo.

Y, antes de que lo viera venir, le disparé en la frente.

Me soltó al instante, dejándome caer mientras ambos nos precipitábamos al vacío. Él muerto y yo sobre mi maldita pierna. Sí, seguía allí, pero se dobló de tal forma que el dolor fue tal que me sentí estallar por dentro.

Grité hasta la extenuación.

Vi puntitos en mi visión y después sentí el rugido de Azan luchando por llegar hasta mí.

***

AZAN

Sangre.

Solo veía sangre por todas partes.

Los trozos de mis enemigos saltaban por todas partes mientras los destruía a conciencia.

No valían nada.

Habían atacado mi casa, mi refugio, mi santuario y a la gente que protegía en ella.

Solo cuando bajé del coche y vi los desperfectos, la rabia y el miedo se mezclaron en mis venas consumiéndome. Entré en la batalla sin pensármelo dos veces, luché por localizar a Willow.

Mi mente suplicó que siguiera con vida.

Y, cuando la encontré, una neblina roja tapó mi vista.

Herida, armada y disparando a sus enemigos. Así es como la encontré. Seguía con vida, pero había decidido quedarse y pelear. Con una pistola en mano, abatía a sus enemigos con una precisión militar.

Seguí matando a aquellos que se habían atrevido a entrar en mi casa. Estaba necesitado por llegar a Willow, quería abrirme paso como fuera.

Y entonces el sonido de un disparo llenó mi mente.

Bajo mi neblina roja, aquella que me impulsaba a matar y destripar. Vi como un mentalista había cogido a Willow y esta había conseguido dispararle en la frente con una frialdad

arrebatadora.

Solo que, cuando cayó, el grito de dolor que profesó me desgarró el pecho.

Rugí igualando su sonido y los tres demonios que quedaban quisieron huir. Sonreí con saña, nadie escapaba vivo después de tratar de matar a los míos.

Mi magia los envolvió.

Poco me importó lo que gritaron o lo mucho que suplicaron. Ellos habían profanado mi hogar y habían atacado a mi compañera. Nadie en el mundo podía hacer algo semejante para irse como si nada.

Acabé con su vida miembro a miembro, sin importarme los gritos.

Willow había gritado más.

Había sentido miedo.

La habían volado por los aires.

No merecían piedad y, por suerte, yo no la tenía.

Cuando el caos se disipó, di un paso en su dirección. Mi cuerpo ardía por dentro, necesitaba darle alcance, pero fue mi maldito hermano el que me cortó el paso.

—¡La querían a ella y tu maldito personal se negó a entregarla! —me gritó.

Cogiéndolo de la garganta, siseé.

—¡¿Y tú la hubieras dado?!

Palideció.

—Azan, yo…

Sí.

La hubiera entregado a la primera opción.

—¡Azan! —bramó Finn.

Mi rabia se apartó dejando paso a la preocupación.

Arrodillado en el suelo, sostenía el cuerpo de Willow. Ella estaba tan quieta que solo pedí al Infierno que estuviera inconsciente.

Corrí en su dirección y se la arrebaté de los brazos. Sé que no tenía que hacerlo, él no le estaba haciendo daño y, aun así, necesité sentir su peso sobre mi cuerpo. Fue como si calmase una parte de mí.

La habían atacado.

En mi casa.

Bajo mi protección.

Y yo arrasaría a todos castigando a los culpables.

Acariciando su rostro, agradecí a todos los pecadores de que siguiera respirando. Solo que después el horror se abrió paso hasta mí. Estaba repleta de heridas que habían sido producto de la explosión.

Su piel clara, ahora estaba magullada y cubierta de su propia sangre.

Sangre que vengaría gota a gota.

La peor parte se la había llevado una de sus piernas. Estaba rota por la forma en la que doblaba y tenía una profunda herida en el muslo producto de un cuchillo que le sobresalía de la piel.

Se le había incrustado hasta parte del mango.

La levanté como si fuera una pieza de cristal entre mis dedos. Su cuerpo laxo me hizo temblar. No quería perderla, no iba a hacerlo.

—El médico ya nos está esperando —comentó Warden guardando su teléfono móvil.

Asentí.

—Señor…

Deniz.

Y supe al instante lo que iba a decirme.

—Jefe, lo siento mucho. Quise llevármela, de verdad, pero… Máteme si necesita vengarla.

Ella no era de las que se iba. No eludía una batalla y se había enfrentado a sus enemigos como una maldita guerrera. Hubiera muerto junto a mi personal, protegiéndose y protegiéndolos.

Maldita ella.

Maldito su coraje.

Y maldito su corazón bondadoso.

Gruñí a modo de contestación. No tenía palabras que decir en ese momento. Por supuesto, no iba a matar a Deniz.

Corrí al coche y Finn me ayudó a meterla en la parte trasera. Antes de que pudiera decir nada, ya se había metido en él, sujetándola para que no sufriera en el viaje. Entonces arranqué.

Quizás fue la vibración.

Quizás casualidad.

Pero Willow abrió un poco los ojos y la escuché murmurar desde mi asiento del conductor.

—¿Fin…n?

—Ey, Willow, me alegro de verte —dijo Finn con voz suave.

La respiración era demasiado irregular y hacía un par de silbidos que no me gustaron nada.

No tenía que hablar, solo resistir hasta llegar al doctor.

—Estás espan…toso. Como si… Hubieras peleado.

Su maldito humor.

—Gatito —dije mirando hacia atrás solo un instante—, tienes que descansar. Todo va a estar bien.

Ella miró hacia mí muy lentamente.

Y yo, a pesar de que ansiaba tocarla, decirle que estaría bien y que se curaría, tuve que seguir conduciendo.

—Fin…n, no noto la piern…a.

—Está un poco herida, pero no te preocupes.

Mentira.

Había perdido tanta sangre que sus extremidades comenzaban a fallar y eso no era bueno.

—Lo si…ento mucho.

¿Qué?

—¿Qué? —preguntó Finn sincronizándose con mi pregunta interior.

—Me hass cui…dado much…o y nunc…a lo vi. Te he hech…o sufrir, Finn. Lo sien…to por

disparar a Az…an.

Me llevé la mano al pecho como si sintiese dolor. De alguna forma, era como si me clavasen un cuchillo justo en el plexo solar y estuvieran hurgando con él todas mis entrañas.

—Ey, gatito, deberías disculparte conmigo por dispararme.

Una casi risa sonó en el aire.

—Mírame, Willow —pidió Finn—. No hay nada que disculpar. A nadie nos enseñan cómo superar el dolor y tú estabas teniendo mucho. No te culpo por tus actos, me culpo por no verlo antes. Creí que te estaba ayudando, que estabas mejor, pero cuando te vi apuntar a su pecho… Ya era tarde.

Vale.

Me sentía como una carabina y no iba a aguantar la vela entre aquellos dos. Willow era mi gatito y no el suyo. Ya podía ser amor fraternal lo que flotaba en el aire o pensaba estrangular a mi amigo.

—No ti…enes…

No acabó la frase y yo, que conducía como un loco, pisé más el acelerador.

—Apenas tiene pulso, Azan.

Qué curiosas son las palabras.

Como, con solo cuatro de ellas, mi mundo se puso del revés.

CAPÍTULO 22



AZAN

Cuando llegamos ya nos estaban esperando con una camilla en la puerta. No lo dudé, saqué a Willow y la coloqué sobre ella con toda la suavidad que pude. Para entonces, puedo confesar, que ya estaba muerto de miedo.

Su piel se estaba volviendo gris y sus labios cetrinos.

No era buena señal.

—Es una humana… —susurró el médico.

Lo cogí de la bata y lo acerqué a mí. A pesar de que le sacaba casi una cabeza, siseé mandando un claro mensaje.

—Si muere, tú lo haces con ella y todo el personal.

El demonio tembló bajo mis garras.

—Haré lo que pueda, señor.

Tenía que servirme.

Lo solté porque Willow lo necesitaba más que mi ira. Y entonces la vi marchar apenas sin vida, por un pasillo que se me hizo más largo que los años que llevaba caminando por el universo.

No mucho tiempo después, una pequeña demonio en bata, apareció corriendo. Estaba cubierta

de sangre y supe que era la de Willow. En su cara había tanta preocupación que le recé al Infierno para que no me dijera que se había muerto.

—Señor Azan, lo necesitan en quirófano.

¿A mí?

Sé seccionar cuerpos, no unirlos.

Corrí tras ella dejándome guiar sin ser capaz de decir palabra alguna.

Cuando entré en quirófano, el caos se había desatado a su alrededor. Había sangre, apósitos y varios instrumentos esparcidos por todas partes. Es casi como si hubieran estado peleando con Willow en vez de curarla.

—¡¿Qué?! —rugí.

No mueras, gatito.

—Señor, no podemos salvarla.

Otras cuatro palabras que giraron mi mundo.

La neblina roja comenzó a cubrirlo todo. Estaba tan furioso con el mundo que no podía creer que aquello estuviera pasando.

—¡Señor! —gritó el médico.

Nadie se salvaría.

Si ella moría, el mundo ardería.

—¡Hay una manera!

Mi magia, la cual había comenzado a aparecer, se retrajo hasta regresar a mi interior. Solo iba a soportarlo unos segundos antes de explotar, así que el médico debía de darle buen uso a sus palabras.

—Un vínculo de pareja, es lo único que la salvará.

Mi mente se puso en pause.

—¿Un qué?

—No tiene que ser usted, pero un vínculo de pareja la ayudaría a salir adelante. Ha perdido demasiada sangre y sus órganos están empezando a colapsar poco a poco. Si conseguimos que alguien se vincule a la humana, la fuerza cónyuge hará de donante.

Vínculo de pareja.

Unirse a ella.

O perderla.

El vínculo de pareja conectaba las almas de dos seres por la eternidad. No era solo compartir la fuerza vital, también era un vínculo irrompible que te unía a esa persona con fuerza.

Cuerpo, mente y alma.

Y corazón, en caso de tenerlo.

Realmente, los vínculos de pareja estaban en desuso desde hacía años porque ya apenas nadie encontraba su pareja de vida y los demonios simplemente se juntaban sin ningún papel o trámite de por medio.

—Yo lo haré —dijo Finn a mi espalda.

El médico asintió.

¿Y yo?

Embestí como un maldito animal salvaje. Lo estrellé contra la pared más cercana mientras mis garras entraban en su pecho.

Compañera, gritó mi mente.

—No lo harás —gruñí amenazadoramente—. Es mía.

¿Posesivo yo?

¿Por qué lo decís?

¡Soy un demonio! ¡Espabilad!

—Azan, un vínculo es demasiado importante como para dejarte hacerlo. No es un juguete del que te canses después.

Iba a romperle todos los putos huesos del cuerpo.

—Ya hice medio vínculo, ¿recuerdas?

Sí.

Cuando la até a mí, ese vínculo me permitió tenerla localizada y no permitirle estar demasiado tiempo lejos de mí. Era un truco barato que, de finalizarse, acababa en un vínculo de pareja real.

—No quiero que le rompas el corazón, yo cuidaré de ella —declaró Finn.

¿Este idiota escucha lo que dice?

¡Es mía!

—Para quitármela, Finn, vas a tener que matarme —siseé—. Voy a cuidar de Willow. Nadie la dañará de nuevo y muchos pagarán por lo de hoy.

Una promesa solemne.

Finn me miró con sorpresa, pero no teníamos tiempo para negociaciones. Podía romperle el cuello si se volvía a oponer a mis deseos. No iba a verla vinculada a Finn por mucho que él quisiera protegerla.

Tarde.

Ya tenía un protector devoto.

Sacando mis garras de su carne, lo dejé caer al suelo antes de girarme hacia donde yacía ella.

Sentándome a su lado, acaricié su rostro esperando a que me lanzase un comentario mordaz.

No lo hizo.

Ella, maldita, que me dañaba queriendo dejar este mundo.

—No vas a irte de mi lado, te lo prohíbo —dije.

Entonces, tomé una de sus manos y me metí un par de dedos en la boca. Ella había tomado mi sangre, ahora yo tomaría la suya.

Con mis colmillos rasgué un poco su piel, lo justo como para que la sangre cayera en mi lengua. Entonces pronuncié las palabras.

—Tahkoh arrashe grack.

«Mi compañera para la eternidad», en Infernal.

Cortándome la respiración, el vínculo se estableció entre nosotros haciéndonos brillar como si fuéramos estrellas en el firmamento. Noté su fuerza en mí mientras mi fuego entraba en ella.

También sentí su dolor, ese tan agónico que la había hecho perder el conocimiento. Poco a poco todos sus sentimientos llegaron a mí, tan potentes, desgarradores y tan contundentes que me golpeé el pecho con un puño.

Dolor.

El más crudo de ellos era lo que sentía.

No era físico, era ese de perder a todos los quienes amaba. La impotencia de haber perdido el control de su vida y verse en un entorno donde no podía controlar nada. Donde estaba a merced de los demonios.

A merced de mí.

Odio por quienes le hicieron daño…

Y terror por todos aquellos que todavía pueden dañarla, incluido yo.

Esa realidad me golpeó crudamente. No la había dañado físicamente, pero la había arrancado de la estabilidad que ella había creado. Ya no controlaba su vida, tampoco estaba armada para defenderse. Yo la hice sentir pequeña de nuevo, sola y desamparada.

Débil.

Y ese conocimiento me puso enfermo.

Me juré a mí mismo que cambiaría todos esos sentimientos malos por buenos. Las penas serían alegrías.

Y no me temería.

***

WILLOW

Cálida.

Me sentía muy cálida.

¿Es así como te sentías al morir?

No era idiota, sabía bien que había muerto después del ataque a la casa de Azan.

No había dolor, era como si estuviera flotando entre algodones, todos estos puestos adecuadamente para hacerme sentir bien.

Gemí.

Una parte de mí se había desprendido del miedo, como si este se hubiera vuelto inútil al morir. Ya no tenía nada que temer o eso esperaba. Quizás todo era una trampa y había descendido a los Infiernos.

Más demonios, no.

Algo o alguien me tocó la nariz.

Gruñí apartándome.

Y volvieron a hacerlo.

—Ufff —resoplé, molesta.

Una risa cruzó el aire: Azan.

—Vamos, gatito, no seas gruñona.

No.

No podía haberme acompañado en la muerte.

—Estoy muerta, me he librado de ti y de los demás, no estoy disponible. Déjame descansar en paz.

Su risa a carcajadas molestó todavía más mi calma.

¿Por qué siempre estropeaba mis mejores momentos?

—Tú, pequeña y peleona humana, no has muerto porque yo no lo he permitido. Si piensas que muriendo vas a escapar de mí, olvídate. Ahora pienso acompañarte a cualquier lado —explicó Azan.

Oh.

Señor.

Mío.

Tocó de nuevo mi nariz y yo quise patear cierta parte de su anatomía inferior.

—Abre los ojitos para mí, gatito.

—Tengo que ponerte un mote, ¿sabes?

¿Qué pasaría cuando abriese los ojos?

Tenía miedo, para ser francos. Miedo a que toda aquella comodidad desapareciese y yo regresase a un mundo con dolor. Mi pierna me había desgarrado lentamente, no quería volver a vivir eso.

—Uhmmm, ¿mi gatito se resiste? Entonces la despertaré como a las princesas de cuento.

Espera, ¿como a qué?

Antes de poder pensar, los labios de Azan ya estaban sobre mi boca.

Y puede que yo odiase a los demonios, que llevase cazándolos un año y que solo pensase que merecían morir, pero me fundí bajo su toque. No pude evitarlo, una corriente eléctrica me atravesó de arriba abajo y respondí lanzándome hacia él como si Azan se hubiera convertido en mi única fuente de alimento.

Gimió cuando, sin abrir los ojos, envolví mis brazos en su cuello a tientas.

Tiré de él hacia mí, dejando que su poderoso cuerpo me cubriera entero y le lamí los labios esperando que abriera su boca.

Lo hizo tras una risa jocosa. Me lancé a por él con tanta urgencia que sentí que me moría en ese beso.

Creí que llevaba el control hasta que un gruñido se escapó de la garganta de Azan. Usando su cuerpo, empujó mis piernas para que se abrieran y se colocó en medio, quedando tan apretado a mí que sentí como la sangre de mis venas empezaba a hervir.

No lo aparté, no lo saqué de mí. Me arqueé ansiando más ese contacto y frotándome como si fuera algo indispensable para seguir cuerda.

De forma feroz, tomó mi boca. Me besó, danzó con mi lengua y me saboreó encontrando cualquier lugar oculto de mí misma.

Sus manos, grandes y fuertes, acunaron mi rostro unos segundos, para después desplazarse a mi nuca. Allí, una se quedó mientras la otra bajó por mi espalda hasta quedar en mi trasero.

Con fuerza, levantó mis caderas dándole mejor acceso para que nuestros cuerpos friccionasen hasta la extenuación.

Todo aquello era un caos de caricias y besos.

Su lengua me volvía loca. Bifurcada en la punta, era larga y envolvía a la mía con total

precisión. Una vez, conseguí morderle el labio inferior y tirar de él suavemente, a lo que Azan contestó con total abandono.

Apretó mi nuca hacia él, devorándome por consecuencia del contacto.

Me besó como quiso, me tomó con fuerza y un apetito voraz y provocó que todo el mundo diera vueltas a mi alrededor.

***

AZAN

Willow iba a ser mi muerte.

Su lujuria era algo que jamás antes había podido saborear así. Era única, perfecta, embriagadora y dejaba todos mis sentidos fuera de juego.

Su boca, con labios finos, era codiciosa. Me comía como yo deseaba comerla y me saboreaba como si fuera la última gota de agua del desierto. Tampoco se abstuvo de tocarme.

Envolviendo sus brazos en mi cuello, ascendió a mi pelo y acabó agarrándose a mis muy erógenos cuernos.

Gemí en consecuencia.

Molí mis caderas contra las de ella como si fuera un adolescente y necesitase liberación.

Joder, la necesitaba.

Era visceral, casi primitivo.

Nos engullimos el uno al otro como si lleváramos mil años sin hacerlo. Fue como si solo existiéramos nosotros y nada pudiera alcanzarnos. El mundo podía acabarse ahora, no importaría.

Solo estábamos Willow y yo.

Sus manos bajaron lentamente hasta mi pecho. Allí, me raspó con sus uñas y deseé que me las clavase. Quería llevar sus marcas de pasión si se sentía compasiva conmigo. Necesitaba lucirlas como un macho recién casado.

«Casado».

Esa palabra flotó en mi mente.

El vínculo de pareja había despertado entre nosotros un hambre subyacente que ya existía. El problema era que lo magnificaba obligando a los cónyuges a consumar el matrimonio.

No podía hacerlo.

No sin explicárselo.

Además, me sentía engreído después de que me hubiera tomado así. El vínculo podía aumentar el deseo, pero no podía crearlo si este no existía.

Y eso significaba…

Que Willow me deseaba.

CAPÍTULO 23



WILLOW

Mi mente se detuvo en seco. Como si de un accidente automovilístico se tratase.

Yo.

Besando.

A.

Azan.

La magia entre nosotros estalló como si de una pompa de jabón se tratase. Entonces, rompí el contacto de mis labios, apoyé mis manos en su pecho y luché por empujarlo fuera de mí.

No lo conseguí, pero pareció captar el mensaje.

Azan parecía tan confuso como yo, me miró como si luchase por entender qué sucedía.

—¿Qué me has hecho? ¿Me has embrujado?

Dejó de moverse. Nuestros cuerpos, aunque uno encima del otro, ya no friccionaban entre ellos.

La magia se había ido.

—No te he embrujado, gatito. Me has besado por propia voluntad.

Parpadeé.

Todo era mucho más confuso que antes. Miré a mi alrededor y me sorprendió ver que este lugar era conocido. Era la habitación de Azan, estábamos en su cama y por eso era tan acogedor.

—¿Estamos en casa? —pregunté.

Él me regaló una sonrisa socarrona.

—Así es y me alegra que ya consideres esto como tu casa.

Me había traicionado mi subconsciente así como mis labios antes. Por alguna razón, mi cuerpo estaba en mi contra y no sabía qué iba a pasar a continuación. Era una locura demasiado grande como para pensarlo demasiado.

Entonces la sangre, el dolor, el humo, los disparos y la explosión llenaron mi mente.

—¿Los trillizos?

Azan rodó de encima de mí para colocarse a mi lado. Apoyó su rostro en una mano y la otra cayó sobre mi vientre con suavidad. Una parte de mí quiso echarle, sin embargo, dejé el contacto.

De alguna forma, me calmaba y me proporcionaba confort, quizás era su temperatura corporal más alta. O quizás me había vuelto loca y tenía un síndrome de Estocolmo del tamaño de una montaña.

—Están bien, heridas menores, curan rápido —explicó como si nada.

El dolor de la pierna vino a mis recuerdos.

Solo que ya no dolía.

Incorporándome, Azan me ayudó a hacerlo y fruncí el ceño al darme cuenta de que mis piernas no parecían heridas. Todo estaba bien, normal, como si nada hubiera ocurrido. Como si solo hubiera sido una pesadilla.

Agotada, sin saber el motivo, me volví a tumbar.

—No fue un sueño, ¿verdad? Realmente pasó —dije.

El semblante de Azan se oscureció por la ira.

—Ocurrió, gatito.

Entonces…

¿Cómo había sobrevivido y por qué no tenía heridas?

—No lo entiendo, Azan. Me dolía todo, me sentí morir —expliqué, confusa.

La mano de Azan volvió sobre mi estómago. Dibujó círculos con una garra antes de acariciarme y eso me hizo sentir bien. Su contacto calmaba un hormigueo fijo que había en mi piel. Además, él parecía no poder contenerse tampoco y a mí me venía bien.

—Estuviste a punto de irte, de dejarme y no lo permití.

Su voz fue oscura, ronca, como si aquel recuerdo doliera demasiado.

—¿Y qué pasó?

Azan suspiró.

Contuve la respiración como si fuera a lanzarme a una piscina.

—Voy a odiar siempre que pidieras quedarte, que lucharas contra el enemigo…

Azan parecía perdido en sus pensamientos y preferí no interrumpirle.

—Aunque lo entiendo y me gusta que seas tan guerrera, pero verte así. Sé que gran parte de tus heridas te la provocó la explosión, pero tuve que matarlos a todos. Todavía ahora, pediría que los revivieran para volverlos a matar.

Algo intenso, pero muy adorable.

No me estoy volviendo loca, ¿verdad?

¿Verdad?

—No había forma de salvarte. El médico dio una última opción, una que no hubiera tomado de haber sabido que tú no lo eras… Pero lo eras y esto lo hacía más fácil y salvaba tu vida… Después estaba Finn y no podía permitirlo.

Respiré.

No seguía su línea de pensamiento. Quise, pero estaba tan perdido que ya había perdido conexión con todo y no era capaz de expresarse con claridad.

Tocando la mano con la que acariciaba mi vientre, entrelacé los dedos con él haciéndolo volver con un parpadeo. Me miró y sentí que podía ver mi propia alma en sus ojos.

—Eres mi compañera —disparó sin más.

Compañera.

¿Compañera?

—Y el médico dijo que un vínculo de pareja era lo único que te salvaría. Finn quería, lo intentó, pero no podía darte a él. Eres mía, gatito, empecé a intuirlo con el primer informe que recibí de ti y lo confirmé cuando me disparaste.

Mi corazón comenzó a bombear como un caballo de carreras, iba a infartar antes de que él acabase de contarme lo que quisiera decirme.

—Los demonios tenemos almas gemelas. Lo sabemos de inmediato y es irremediable, como si todo el universo nos empujara hacia esa persona. Tú eres la mía, Willow. Dejarte morir o entregarte a otro me hubiera destruido.

Vale.

Intenso, pero me servía.

Sabía lo de las almas gemelas porque Finn lo mencionó una vez, hace mucho tiempo.

—Si hacíamos un vínculo de pareja, mi fuerza se uniría a la tuya y tu corazón latiría mientras te curabas. No esperábamos que las heridas cerraran tan pronto, me alegro por ello y fue una sorpresa muy agradable.

Me estaba mareando poco a poco.

—Este vínculo nos une en cuerpo y alma. Tu vida será la mía. Vivirás infinitamente como yo y te curarás antes. Las enfermedades no te alcanzarán. No dejaré que vuelvan a hacerte daño nunca más, Willow.

Sonaba tan seguro, tan mortal.

Sabía que decía esas palabras con auténtico fervor. Sentí en mi pecho que ese sentimiento era real y que pelearía con todos los que hicieran falta para conseguir mantenerme a salvo.

Y eso me hizo sentir bien.

Necesitaba eso.

—Cuando te uní tras el disparo, inconscientemente te uní a mí con medio ritual de pareja. Tomaste mi sangre, aunque yo no la tuya. Fue infantil, pero una parte de mí me dijo que eras tan mía como mis propias alas o cola.

Si me dejan elegir soy alas.

—¿Quieres que te cuente una anécdota? No he tocado a nadie desde que recibí tu primer informe.

Aquello me sorprendió. Luché por incorporarme, pero apretó la mano que tenía sobre mí obligándome a estarme quieta. Era fuerte y no era rival para su fuerza, así que, esta vez cedí.

Aunque no marcaríamos un precedente con eso.

***

AZAN

Me estaba abriendo a mi gatito y no sabía si era porque lo necesitaba, porque el vínculo me obligaba o porque se estaban alineando los planetas. Solo sé que necesitaba hablar hasta quedar vacío.

—Cuando me pasaron tu informe, mi consejero Kaju me dijo que había que eliminarte. Lo leí y algo pasó en mi cabeza, te imaginé y pensé que eras alguien realmente especial.

Sonreí recordándolo.

—Aunque Finn luchó por esconderte. Me aseguró que serías un vagabundo o humano macho que buscaba algún tipo de venganza personal. Que no durarías demasiado.

Ella me miraba con sus enormes y preciosos ojos.

No hablaba, solo escuchaba.

—Informe a informe fui fascinándome más con lo que hacías. Te hice un cajón solo para ti, para tus casos y los esperaba impaciente. Y en todo ese tiempo no permití que nadie me tocase. No besé, no follé, no coqueteé, no tomé a nadie porque tenía un ruido interno que me empujaba a imaginarte.

Tragó saliva, nerviosa.

La sentí temblar bajo mi toque y, aunque nuestras manos seguían unidas, me deshice de su agarre y comencé a acariciarle el vientre, después subí hasta sus hombros y bajé por un brazo.

Mis instintos me decían que la envolviera, que anidase con ella y que la protegiera como si ella fuera un tesoro y yo un dragón custodiándolo.

—Así pues, gatito, no te he embrujado. Eso no quiere decir que el vínculo de pareja no te haya impulsado a esto. Tras hacerlo, el vínculo magnifica cualquier atracción que exista entre nosotros y nos impulsa a consumir… A… Tener sexo.

Sus ojos se abrieron tanto que temí que saltaran de sus cuencas.

—No voy a forzarte. Solo digo que el vínculo nos empujará, cada vez más fuerte hasta que pase. Yo voy a negarme, puede que juegue un poco sucio porque… Bueno, sí, soy un demonio de lujuria, pero solo te tomaré cuando tú lo decidas.

La miré a sus ojos asustados.

—Tú elijes, Willow. Cuándo, dónde, cómo… Marcarás el paso y solo te tomaré cuando estés cien por cien segura. Eso sí, quiero dejarlo claro: eres mía. No hay vuelta de hoja, los vínculos no se rompen. Soy tuyo, entero, y no me pidas que me aleje porque enloqueceré. Te deseo, te necesito y estoy dispuesto a esperar, pero no esperes que me vaya porque no va a pasar. Estamos juntos en esto, siempre, para toda la eternidad y no permitiré que nadie te dañe. Ni siquiera yo mismo.

Respiré.

Ya lo había explicado todo.

Ahora solo esperaba algo, que ella emitiera algún sonido o gesto que me indicase qué pasaba por su mente.

—Azan… Eres un demonio…

Asentí.

—Sé que los míos te han dañado y sé que no hemos empezado con buen pie, principalmente porque me disparaste, pero voy a ser bueno para ti. No más dolor y mataré a todo el que lo intente. No serás mi prisionera, aunque tampoco me fuerces mucho a alejarme porque el vínculo puede acercarme a la locura.

Ya me sentía un poco loco, por eso la tocaba. El vínculo exigía nuestro toque constante para calmarnos, para sentirnos mejor. Tenía entendido que mejoraba tras el apareamiento, pero que los efectos no solían irse nunca.

Una pareja se necesitaba siempre y yo ya la había necesitado antes de vincularme.

Ahora solo faltaba ver que ella lo aceptase.

Solo pedí a los Infiernos que lo hiciera pronto.

***

WILLOW

Estaba casada con un demonio.

Y no con uno cualquiera.

Con Azan.

Ese vínculo de pareja o como se llamase, era irrompible y ahora iba a pasar la eternidad al lado de un demonio.

La misma especie que me lo quitó todo.

Entendía que lo había hecho para salvarme la vida, no había sido su decisión consciente después de todo. Había atracción antes del ataque, sería idiota si lo negase. Lo había sentido.

Casarse era algo muy grande.

Una parte de mí quiso gritar, levantarme y ponerme a decirle a Azan que lo odiaba, que jamás consumaríamos el matrimonio y que por mí podía irse a la mierda. Solo que, en realidad, no sentía verdaderamente eso.

Había odio, eso era innegable, solo que una parte de mí comprendía sus motivos. Estaba agradecida de que me dejara elegir cuándo y mostraba más empatía que cualquiera de su raza antes.

Y eso me conmovió.

—Siento que te hayas visto obligado a vincularte conmigo, Azan —suspiré.

Tal vez, a pesar de ser almas gemelas (algo que siempre le cuestionaría al destino), él quería estar con otra persona.

Azan tomó mi barbilla con más fuerza de la que yo hubiera deseado. Me hizo mirarlo y vi fuego en sus ojos, uno tan rojo y fuerte que podía consumirme, quemarme hasta los mismísimos

huesos.

—Nunca me hubiera vinculado a otra que no fueras tú, gatito. Quizás hubiera esperado a que te sintieras más cómoda, pero ibas a ser mi esposa tarde o temprano. Esto solo acelera el proceso.

Parecía tan sumamente convencido de sus palabras, como si pudiera estar en sintonía con sus sentimientos y supiera, a ciencia cierta, que yo era su alma gemela. Era algo potente, que los golpeaba fuerte.

Algo que los humanos no teníamos a ese nivel.

—Yo…

Tocaba ser sincera.

—La atracción está y estaba ahí, Azan, tú lo sabes. Es solo que —hice una pausa—, he pasado por mucho con tu raza. Me cuesta veros de otra manera, en mi mente sois terribles y asesinos. Sé que no es así, no has hecho nada para dañarme. Es solo que…

Tenía que ser valiente.

—No puedo entregarme a ti como si nada. No se siente bien y no puedo darte una fecha aproximada. Yo… Creo que voy a decepcionarte como hice con Finn y como hago con todos.

Lloré.

—Es lo que soy, fallo a todos los de mi alrededor porque mi mente está rota. He matado. Yo. La misma que antes de que los demonios ascendierais sacaba las arañas con un trapo de mi casa porque me daba pena matarlas. Jamás hubiera sesgado una vida antes, jamás. Y todo es como una espiral de autodestrucción y desprecio, Azan. —Respiré—. No soy lo que mereces.

Fue bonito saber que no tocó a nadie desde que llegó mi primer informe. Teniendo en cuenta de que era un demonio, sus palabras habían sido como las de un príncipe de cuento.

Perfecto.

Amoroso.

Aunque era letal y peligroso.

Envolviéndome con sus brazos, una parte de mí, muy primaria, se calmó. Respiré profundamente casi sintiendo que los problemas desaparecían. Eso provocaba su contacto, que el mundo dejase de girar para que nos quedásemos solos.

Esto era lo que sentía ahora, sin embargo, sabía que antes del vínculo ya había algo allí porque nunca he dormido mejor que antes de estar en su cama.

Era innegable que la conexión estaba allí, el problema era yo y mi mente corrupta.

—No te preocupes, gatito. Tenemos todo el tiempo del mundo. Sanaremos tu mente y tu corazón antes de cualquier otra cosa.

Sus palabras me hicieron soltar un suspiro.

—Gracias.

Iba a necesitar digerir todo esto, ahora era lo máximo que podía decir y solo esperé que sirviera.

—Y gracias por salvarme la vida.

—Los mataré a todos, Willow —dijo apretándome un poco como si los recuerdos lo invadiesen—. Los mataré a todos por ti. Pagarán.

Y eso me hizo sentir bien.

Muy bien.

Después solo sé que me dormí bajo su calor y protección sabiendo que nadie vendría a buscarme.

No sabía por qué me querían o por qué me buscaban, de lo único que tenía constancia era que Azan los haría arder. Eso ya era suficiente para mí, después ya veríamos qué más hacer.

Por ahora solo quería ser envuelta por los brazos de este demonio que respiraba por mí.

CAPÍTULO 24



WILLOW

Para cuando abrí los ojos de nuevo mi cuerpo estaba en llamas. Acababa de soñar con Azan, eso era un hecho indiscutible. Solo que, en mi sueño, él me tenía con las piernas bien abiertas y su lengua bifurcada saboreaba todo mi sexo.

Me retorcí, cerrando mis piernas, dejando que friccionaran y lancé un gemido ahogado.

El gran cuerpo de Azan seguía a mi lado, con uno de sus poderosos brazos cogiéndome por la cintura. Parecía tranquilo, en calma con el rostro sobre la almohada.

Miré a sus cuernos. En mi sueño me sujetaba a ellos mientras me comía tan bien. Un hormigueo en la entrepierna me hizo temblar de deseo. Maldita sea, estaba a punto de combustionar.

De pronto, las fosas nasales de Azan se expandieron y salió de su sueño tranquilo.

—Uhmm, gatito, me lo pones difícil para permitir que seas tú quien elija. ¿Has soñado conmigo?

Me enderecé.

—No —mentí con una voz demasiado aguda.

Su sonrisa me humedeció completamente.

—Tu boca dice que no, y tu cuerpo dice que sí, ¿a quién debo creer?

«A mi coño, que se derrite con tu voz». Pensé.

No pude contestar porque me ericé como un gato cuando la cola de Azan tocó mi tobillo. Fue

entonces cuando nos miramos, vi picardía en sus ojos y yo no dije que no. Así pues… Estaba consintiendo, ¿no?

No tenía fuerzas para decir que no fuera a lo que fuera que tuviera en su mente.

No quería pensar en lo mal que estaba, en lo demonio que era y en lo lejos que debía correr.

Su cola ascendió por mis piernas seductoramente. Trazó círculos en mi piel hasta toparse con unos pantalones deportivos que usé para que fuera un pijama cómodo para descansar.

Se metió bajo la tela y fue entonces cuando mi mente reconectó. Bajé la mano queriendo parar a esa cola. No llegué a alcanzarla porque tocó mi sexo tan suave, pero tan efectivo, que cerré los ojos de puro placer.

—Tranquila, gatito, no voy a tomarte todavía. Solo voy a darte lo que necesitas.

Aturdida, abrí los ojos y lo miré.

—¿Qué necesito?

Su sonrisa me desarmó. Ya no me importaban esos dientes afilados, solo me venía la imagen de mi sueño con Azan entre mis piernas y la barbilla mojada con mi humedad, mirándome sonriendo.

No contestó.

Su cola hizo el resto.

Con auténtica maldad, su cola abrió mis labios inferiores y acarició mi sexo.

—Uhmmm, esta humedad me vuelve loco.

Y a mí, créeme.

A mí también.

Gemí, fue lo máximo que pude hacer.

Encontró mi clítoris con una precisión médica y comenzó a estimularlo con la punta de aquella magnífica cola. El aire abandonó mis pulmones. Solo supe retorcerme mientras dejaba que el placer me golpease con fuerza.

—Eres perfecta, gatito —alentó Azan.

Yo estaba fuera de mí. Moví mis caderas buscando más fricción con aquel apéndice que prometía darme placer.

—Eres una amante codiciosa —rio.

No me importó. Quería un orgasmo y lo quería ahora.

¿Por favor?

Me congelé cuando la cola bajó hacia mi apertura y, sin preámbulos, metió los primeros centímetros. Ambos gemimos ante el contacto. Fue como si nos necesitáramos mucho.

Entonces abrí los ojos y lo miré.

—Azan… —gemí fuera de mí misma.

***

AZAN

Los gemidos de Willow eran los más dulces. En la vida hubiera estado preparado para algo tan dulce, tan demencial. Me estaba consumiendo y estaba necesitando todo mi autocontrol para no meterme entre sus piernas y bombearla hasta que no pudiéramos andar.

Lo haría, eventualmente. Solo tenía que estar seguro de que ella estaba preparada para eso.

No podía perderla y, por su pasado, sabía que estaba sobre una cuerda entre dos edificios muy altos. Un paso en falso y ella me tiraría y se alejaría de mí para siempre. Así que no.

Eso no iba a pasar.

La pasión que había en sus ojos me alimentó. Su lujuria flotaba entre nosotros y la tomé no queriendo compartirla con nadie. Era el paraíso para un demonio como yo. Jamás me había saciado tanto.

El resto de lujurias tomadas empequeñecían a su lado, no valían nada.

—Azan… —volvió a gemir cuando introduje un poco más mi cola.

—Sí, gatito.

Empecé a bombear. Fue todo un espectáculo verla cerrar los ojos y estirar su espalda retorciéndose en la cama. Ella movió sus caderas acompañando el movimiento, dándome mejor acceso a su cuerpo.

Quería que fuera mi polla y no mi cola la que estuviera dentro de ella.

Deseaba tanto penetrarla, tomarla con fuerza y besar sus labios.

Maldita fuera Willow y lo que hacía conmigo.

La miré como se contempla a una obra de arte. Allí, gimiendo mientras las gotas de sudor perlaban su frente. Sus gritos, que eran solo para mí, y mi nombre en sus labios. Era magistral.

Poco después, se tensó completamente antes de verla explotar como si de fuegos artificiales se tratase.

Nunca antes había contemplado nada tan hermoso.

No existía, hasta ella.

Willow era ahora mi razón de existencia. La protegería de aquellos que quisieron llevársela y la complacería mañana, tarde y noche en cuanto me dejase. Sería el perfecto compañero.

Porque mi amor era el más puro.

«Amor», una palabra peligrosa para un demonio.

Pero que se jodan los escépticos, amaba a esa humana que tan perfectamente se había corrido alrededor de mi cola.

Solo cuando el placer la abandonó, se desplomó sobre la cama con una sonrisa en los labios. Y fue justo cuando saqué mi cola de ella que tomé toda la lujuria que flotaba en el aire.

Me alimentó como jamás en años había sentido.

La tomé haciéndome más fuerte, peligroso.

Y la saboreé en mi lengua.

—Tú, Azan, eres un peligro.

—Y seré peor cuando decidas tomarme.

Sé que no debí decirlo, pero tenía la mente nublada. Creí que ella se apartaría, pero las endorfinas del orgasmo seguían haciéndole efecto para mi alegría. Así que, en lugar de mandarme a la mierda, se rio.

Y yo lo prefería.

***

AZAN

Solo cuando conseguimos salir de la habitación, yo tenía la sensación de querer envolverla entre mis alas. Quería protegerla, evitar que nadie más le hiciera daño, aunque sabía que no podía ser así.

Una pareja necesitaba libertad, asfixiarla solo la alejaría.

Fue una manera efectiva de echar a un lado mi lado primitivo.

Como mi casa era tan grande, mientras reparaban la cocina, nos trasladamos a otra sala que había usado alguna vez como reuniones. Los trillizos habían llamado a un cáterin que se encargaría de la comida hasta que el chef volviera a tener su cocina.

Que yo hiciera un beicon increíble no significaba que cocinara siempre.

Solo cuando mi pequeña humana entró en la sala, un chillido de alegría cruzó el aire.

—¡Finn! ¡Clawn!

Se alejó de mí más rápido que un rayo. Corrió hacia ellos y se lanzó de un salto a los brazos de Finn. El demonio la tomó con alegría, apretándola en su pecho mientras el mío se inflaba de ira.

«No los mates, son sus amigos». Pensé.

Tuve que obligarme a calmarme. Por mucho que quisiera arrancarles los brazos a esos tipos y matarlos a golpes con sus apéndices, sabía que no era una forma adecuada de actuar.

Eran seres queridos de Willow.

Podía hacerlo.

Gruñí lo más suave que pude cuando saltó a Clawn y este la envolvió también con sus brazos y una sonrisa socarrona. El muy maldito sabía lo que provocaba en mí, aprovechándose de eso la hizo girar provocándole reír.

Ese demonio iba a morir pronto.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó Willow.

Clawn la soltó depositándola en el suelo.

—Finn dijo que habías estado a un paso de la muerte. Quería ver que estabas bien y que tu nuevo marido te trataba como te mereces.

Vi, a pesar de estar de espaldas a mí, que las orejas de Willow se sonrojaron y se movió algo nerviosa.

¿Le avergonzaba tener un marido demonio?

«Los demonios han destrozado su vida, calma de una vez». Me dije.

—Sí. Estoy bien. ¿Sabes? Un mentalista quiso robarme y yo pude dispararle en la cabeza. Por un momento pensé que me tenía, pero fui capaz —explicó visiblemente orgullosa con su gran hazaña.

Realmente lo era.

Pocos podían librarse del agarre de un mentalista.

—¿De verdad? —preguntó Clawn sin rastro de duda—. ¡Eres una gran humana!

Ella le dio un puñetazo juguetón en el brazo por hablarle como si fuera una niña al que darle un premio.

—Idiota —sonrió.

—Te he traído tu desayuno favorito. Ahora, que todavía sigues curando, deberías comer y descansar —explicó Finn.

Su tono siempre era calmado, aun así, se podía ver en él la preocupación que siempre tenía hacia ella. Me resultó admirable que la quisiera tanto y agradecí que tuviera en consideración sus gustos.

Me sentí realmente feliz sabiendo que él estaba para cuidarla.

Jajajaj ¿A que no os habéis creído ni una palabra?

Pues yo tampoco.

Puede, y solo diré puede, que me pareciera bien que quisiera cuidarla, pero esperaba que ese amor que procesaba fuera paternal o lo enterraría en mi jardín. Usándolo de abono, plantaría las flores favoritas de Willow encima.

Vamos, soy un demonio, no puedes pedirme que sea un macho agradecido porque mi hembra sea cuidado por otro.

Que sea posesivo no significa que no entienda que Willow los necesita. Solo por eso decidí tolerarlos.

Porque eran importantes para ella.

Pero como mostrasen cualquier interés sexual… Abono para el jardín.

Me sorprendió ver a Willow dar saltitos de alegría yendo hacia la mesa. Yo quería conseguir eso. Parecía tan diferente bajo la influencia de Clawn y Finn que se me retorció el estómago al contemplarla.

Sentándose donde Finn le pidió, lanzó un gemidito de felicidad cuando vio un plato lleno de berlinas rellenas de chocolate y con azúcar espolvoreado encima.

—No te pongas mala comiendo —regañó Finn cuando Willow se llenó la boca con un gran mordisco.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Solo fue una vez —se quejó ella.

Me resultó gracioso verla así… Despreocupada… ¿Feliz?

De pronto sentí un latido bajo mi pecho, solo uno, pero fue suficiente como para llevarme las garras hacia allí y apretar con fuerza.

No.

Eso no era posible.

Yo no tenía corazón y por eso no moría. Ese latido había sido producto de mi imaginación.

—¿Estás bien, Azan?

Levanté la mirada para encontrar una Willow con los labios llenos de polvo de azúcar. Quise lamerlos para limpiarla, solo que me contuve como un campeón.

—Sí, perfectamente.

Mentiroso.

Siguió comiendo con alegría.

Una que se esfumó cuando entró River con los trillizos a la sala. Me di cuenta de que la máscara de frialdad volvió al rostro de Willow y quise gritar de rabia. Ahora estaba empezando a ver a la humana real que había tras el dolor.

—¿Ya estás recuperada, humana? Parece que eres más dura de lo que pensé en un principio —rio mi hermano.

Ella no contestó. Lo miró como si fuera un insecto al que pisar hasta dejarlo completamente aplastado y su mano viajó hacia el pecho de Clawn.

Quise gruñir, pero me contuve para ver lo que ocurría. El demonio sabía perfectamente lo que ella planeaba y, no solo no se opuso, si no que se acercó más para darle alas.

Escuché el botón de una funda de pistola.

Y después, ella estaba armada.

—¿Tan hostil? Deberías estar agradecida de que mi hermano haya salvado tu vida, humana.

River no ayudaba.

La puerta de la sala se abrió dejando pasar a Kaín, pero nadie se movió. Todos estaban mirando qué era lo próximo que haría Willow. Fue como dejar de respirar antes de lanzarse al agua, la expectación de si estaría demasiado fría o no.

—¿Quieres llenarme de semen el plato, River?

¿Por qué hacía esa pregunta tan asquerosa?

Todos escuchamos como Willow desbloqueaba el arma. Nadie se movió, tampoco la detuvieron. Entonces me percaté de la mirada de odio que tenían los trillizos hacia mi hermano.

Las piezas encajaron suavemente.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó River como si nada.

Casi como si estuviera loca.

Solo que no lo estaba.

—Eso era lo que ibas a hacer antes de que explotase la cocina. Por eso te clavé el cuchillo en la garganta y me prometiste dolor, ¿recuerdas?

Las palabras de Willow, frías e inexpresivas, transmitían un odio feroz.

¿Mi hermano… Había?

River no lo negó.

Y yo solo pude verlo todo rojo.

—Azan —advirtió Kaín.

Tenía tres hermanos, no importaba si desaparecía uno.

Sentí el disparo de Willow, pero no llegó a River. Moví a mi hermano cogiéndolo del cuello y lo lancé contra el suelo a tanta velocidad que supe que algún hueso había cedido por el impacto.

Gritó de dolor.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó mi hermano.

Sí.

Puede que sí.

Caminé hacia él y pisé su garganta con saña. Mi magia lo envolvió, encadenándolo a mi ira

mientras luchaba por comprender por qué había sido tan cruel con ella. Después recordé que él había estado dispuesto a entregarla a los que asaltaron mi casa.

Mi hermano.

Sangre de mi sangre entregando a mi compañera.

—¡Suéltame! —rugió Willow a mi espalda.

Cuando miré hacia ella, Kaín la retenía cogiéndola por la cintura. Ella se retorcía con rabia mientras su amigos ya estaban dispuestos a tirarse sobre él y triturarlo.

—¡No la toques! —bramé señalando a mi hermano.

Y la soltó inmediatamente.

Willow caminó hacia mí sin miedo a mi forma más peligrosa. Me miró a los ojos con rabia brillando en ellos.

—Déjalo ir, Azan. Es mío. Sé defenderme sola.

En mi mente sonaron sus palabras, pero solo fui capaz de agacharme a su altura y sisear como un animal enfurecido.

Solo que mi gatito no retrocedió, al contrario, levantó todavía más el mentón luciendo como una diosa orgullosa.

—Es mi presa. Me ofendió a mí y yo puedo lidiar con esto.

Gruñí de nuevo.

—Eres mi compañera y él te ha ofendido. Lo mataré.

Willow inclinó la cabeza.

—No. No lo harás.

Me encaró con la misma fuerza que yo lo hacía.

—Ya hay demasiada sangre en tus manos, a mí no me importa mancharme con la de mi hermano —siseé de nuevo, aplastando un poco más la garganta de River.

Eso la detuvo.

Se quedó quieta, parpadeando y confusa.

¡Oh, bocadito!

Se sentía cómoda en una batalla. Había nacido para la guerra, pero no sabía cómo encarar los cumplidos.

—¿Qué? ¿Te asusta que solo tenga ojos para ti? ¿Que te defienda?

Ella forzó a su columna a enderezarse y, aprovechando la altura de sus botas sumado a ponerse de puntillas, acercó sus labios a los míos. Solo tenía que bajar un poco el mentón para saborearla locamente.

Solo unos malditos centímetros.

—Yo no tengo miedo a nada. Me lo arrancasteis del pecho los demonios junto con todo lo demás.

Y la magia erótica que una vez flotó entre nosotros, se desvaneció.

Se alejó de mí unos pasos mientras yo sentía que acababan de darme una patada en las pelotas.

Estaba vacía por dentro.

Y ahora lo exteriorizaba de nuevo.

No me gustaba manejar la frustración, esta se sentía amarga en mi garganta. Me hacía odiar a todos los que una vez le hicieron daño. La rompieron hasta dejar una carcasa que se moría por dar un tiro más.

Podía fingir ser caliente y divertida, no obstante, la más oscura de las verdades rebelaba lo que no quería ver: estaba muerta en vida.

No jugaba para ganar.

No buscaba divertir.

—Mátalo si quieres, pero sabes que es mi presa y no la tuya —declaró saliendo de la sala no queriendo ver lo que pasaría después.

Y yo le mostré los colmillos a mi hermano con rabia.

—Si vuelves a respirar en su dirección, River… Madre no encontrará suficientes pedazos para reconocerte. Además, dejaré que Willow te dispare en el puto culo.

Mi hermano, al borde del desmayo, graznó un leve «sí», que me sirvió para dejarlo escapar.

Levanté mi pie a regañadientes, lo que le sirvió a River para alejarse lo más rápido posible de mí.

Miré a Kaín y este me devolvió la mirada.

Seguía enfadado, pero más que nada, bajo todo eso había una tristeza que me engulló.

Willow estaba rota y no sabía si alguien podía arreglar eso.

CAPÍTULO 25



WILLOW

—Willow…

Finn.

—Déjame tranquila —pedí calmadamente.

Caminé por aquella casa dándome cuenta de que no tenía ni idea de a dónde iba. Me daba bastante igual, la verdad, solo quería alejarme de todos. No había ni un maldito humano en mi entorno.

Todos eran demonios.

Mi vida giraba en torno a ellos.

—¿A dónde pretendes ir? —preguntó Finn.

Me detuve y abrí los brazos.

—¿Y yo qué sé? No conozco la mansión. Me la han enseñado, pero esto es un maldito laberinto.

La sonrisa de Finn aligeró un poco de tensión en mi corazón. Seguía doliendo, pero sabía, muy en el fondo, que lo que le había dicho a Azan no era del todo cierto. No había nada dentro de mí.

Comenzaba a llenarse poco a poco, aunque me daba miedo.

—¿Vas a quedarte el arma de Clawn?

Miré hacia ella.

—No.

—¿Entonces?

¿Por qué no la soltaba?

Porque me sentía indefensa en territorio enemigo.

Clawn avanzó tendiéndome una mano y yo luché contra el impulso de negarme. Me costó, pero le di el arma y una parte de mí lloró por la pérdida.

—Es todo tan confuso, Finn.

No estábamos solos.

Excepto River y Azan, todos los demás estaban aquí, incluyendo a Kaín.

—Hasta el baile, mi vida era rastrear y matar. No tenía que pensar nada más, no tenía que sentir y creí que volvería a eso, pero…

No lo haría.

Ahora Azan no me dejaría irme jamás.

Infinitamente.

—No era un estilo de vida, Willow, te estabas destruyendo.

Enfadada, grité.

—¡¿Y qué?! Yo lo elegí.

Respiré dejando que la ira fluyera a través de mí.

—¿Por qué todos pueden opinar sobre mi vida menos yo? ¿Qué más te da si me destruyo? ¡Dime algo! ¡Lo que sea!

Finn acortó la distancia que nos separaba y, por primera vez, no sentí el impulso de tomar mi arma.

Quería saber por qué me había cuidado, por qué se esforzaba en que saliera de mi miserable pozo. Y nunca había sido consciente de lo mucho que lo necesitaba. Casi como aire para respirar.

—Me importas, Willow. No como pareja, es algo que nunca me he planteado, pero me importas, joder.

Una palabrota en su boca sonaba muy mal.

Raro.

—Te conocí antes que a Pay y ya te habían quitado a tu familia. Poco a poco fuiste floreciendo y me permitías estar cerca. Creí que, si tú podías sanar, tal vez la convivencia entre demonios y humanos no estaba condenada al desastre.

Lo miré casi sin pestañear.

Supe, por los pasos, que los dos hombres que faltaban llenaron también el espacio.

—Después te vi en aquel apartamento. Ese donde los trozos de tu gato y tu amiga decoraban las paredes y la Willow que conocía murió. Vi, en directo, como morías una vez más. Me sentí culpable a pesar de no hacer nada porque eran los míos, de nuevo, los que te dañaban.

No quería recordar a Pay.

Dolía.

—Yo ya estaba rota, Finn. Cuando me quitaron a mi familia… Cuando ellos…

Los recuerdos pesaron en mi mente.

Clawn entró en mi mente y permití que lo hiciera. Me imaginé que estaba compartiéndolo con todos los presentes.

Entonces caí en el recuerdo.

Las televisiones, radios y redes sociales del mundo gritaban de todas las formas que los demonios habían ascendido. Al parecer ya lo habían advertido, pero los gobiernos se lo callaron.

El caos se desató de forma feroz.

Yo dejé la compra, como con Pay, en el suelo y corrí a mi casa.

Al entrar una risa metálica me paralizó. Me lanzaron contra el suelo del comedor. Luché con todas mis fuerzas, pero unas garras me despedazaron la piel de la espalda haciéndome gritar.

Supe que estaba llorando mientras lo recordaba, pero quería que todos lo vieran porque ni Finn lo sabía.

Me retorcí bajo las garras de mi captor y solo conseguí más heridas en mi cuerpo. Me apretó con más fuerza contra el suelo. Fue demoledor, su risa entraba en mis oídos. Entonces mi mundo terminó.

Sus amigos, demonios de todos los colores, trajeron ante mí los cadáveres de toda mi familia.

Todos ellos.

Y, como último, el cuerpo de mi marido, con los ojos abiertos, cayó ante mí.

Me desplomé en el suelo de verdad, no en el pasado, mientras el dolor me desgarraba de nuevo. Creí haber enterrado el dolor bajo la ira, creí superar lo que entonces pasó y no era así. Seguía doliendo como el primer día.

Todos los demonios estaban viendo mi pasado y yo solo supe continuar mientras me abrazaba a mí misma.

Los demonios dijeron lo mucho que habían gritado y suplicado, pero no tuvieron piedad por ellos. Reconocieron que sus muertes fueron rápidas, que solo los persiguieron porque el miedo los hacía más felices.

No fueron sanguinarios, pero sí que los mataron.

Me los quitaron a todos.

Uno a uno.

Y yo era la siguiente.

Entonces la puerta principal fue arrancada de un golpe y unos cuantos demonios entraron. Entre ellos Buck, el terrible gigante que vivía con Finn. Creí que me mataría, que acabaría con mi sufrimiento.

No lo hizo.

Ellos y su grupo ejecutaron a todos los demonios que acabaron con mi familia.

Después, los recuerdos fueron borrosos, sé que me cubrió con una chaqueta, pero yo ya estaba muerta por dentro. Me pasaron de unos brazos a otros hasta quedarme en la acera.

Ellos se encargarían, dijeron.

Y Pay estaba con ellos. La habían salvado de una situación similar y estaba envuelta en una toalla.

Herida y exhausta, Pay se sentó a mi lado y me dio la mano. Nos miramos y compartimos el dolor.

—Hola, soy Pay.

—Yo… Willow.

El recuerdo se cortó porque no fui capaz de continuar.

Buck nos reubicó en el apartamento donde estábamos. Se dedicaba a salvar humanos como si de un policía se tratase. Juntas nos hicimos amigas y, cuando Buck se unió al grupo de Finn, Finn nos conoció.

El resto era historia.

—Nunca me lo contó… —susurró Finn—. Decía que sus casos eran clasificados, pero que lo echaron de la unidad porque nadie creía que los humanos debían de ser defendidos. Así que… Siguió haciéndolo en la sombra. Hoy en día sigue haciéndolo.

Asentí.

Lo sabía.

—Yo no tengo cura. Pay fue solo un parche que arrancaron a golpes… De nuevo —dije.

***

AZAN

De haber tenido corazón, me hubiera quedado sin él después de todo lo que Clawn nos enseñó.

Mi Willow había tenido un marido. Un compañero humano que había sido todo su mundo antes que los míos se lo arrebataran. La idea de otro macho en su vida me retorcía el pecho, pero, a la vez, me sentí mal por ella.

Lo amó.

Lo amaba, a pesar de la pérdida.

Estaba en el suelo, de rodillas y abrazándose a sí misma mientras los rastros de recuerdo seguían agolpándose en su mente. Nadie se movió, nadie dijo nada mientras la contemplábamos.

Esto era lo que pasaba cuando veíamos a los humanos como inferiores o cosas.

Sus vidas sufrían un revés irreparable.

Y tal vez, ahora que sabía toda la verdad, Willow no tuviera cura.

Jamás volviera a ser feliz.

Sin poderlo evitar, me acerqué a ella y quedé de rodillas ante su vulnerable y pequeño cuerpo. Había visto cómo la contuvieron en el suelo, las cicatrices que había en ella eran por culpa de esos demonios que se rieron de su dolor.

Hijos de puta.

—Willow… —susurré.

Ella me miró, con sus grandes ojos anegados de lágrimas.

—¿Lo comprendes? No hay nada que puedas hacer para salvarme. Por eso siento mucho que te hayas vinculado a mí, solo te traeré pena.

Gruñí lo más suavemente que pude.

Después dejé que mi instinto me guiara. No era bueno con sentimientos, solo sabía que la necesitaba. El vínculo o lo que fuera, me impulsó a tomarla entre mis brazos mientras ella

soltaba todo el aire de sus pulmones.

—Azan…

El sonido quedó amortiguado porque estaba contra mi pecho, donde tenía que estar.

Ese macho humano ya no estaba, estaba yo y no dejaría que el dolor la arrastrase hasta el fondo.

—Mía.

¿Qué podía decir?

Me sentía primitivo, como si me hubieran quitado el lenguaje.

Podía aguantar bien el dolor, pero el suyo me dejaba sin aliento.

—Azan, suéltame por favor —dijo ella buscando aire.

Aflojé mi agarre, pero me negué a desenvolver mis brazos y pobre del que lo intentase.

La escuché tomar aire, eso significaba que estaba bien.

—Estás siendo muy raro.

Sí.

¿Y qué?

Froté mi cara en la suya impregnándola de mi aroma. Todos iban a saber que era mi esposa, que ahora tenía la mejor mujer de todas y que no compartía. Además, iba a lanzar un mensaje feroz: quien la dañase moriría lentamente.

—Finn, ayúdame, es tu amigo.

Reí mientras seguí frotándome por su cuello mientras le sacaba una risa.

Así que tenía cosquillas, ¿eh?

—Es tu marido —contestó mi abogado como si nada.

Sabía capear el temporal.

Willow resopló.

Me empujó con sus manitas como si eso fuera a separarme de ella. Podía aparecer un ángel en el salón de mi casa, que nada me separaría de ella.

—Mía —gruñí frotándome.

—Estás siendo muy infantil. Suelta, Azan.

Buscó ayuda en Clawn, pero el mentalista levantó las manos a modo de rendición.

—Es un señor de la guerra, Willow. Él manda.

—Sucio traidor —escupió ella.

Ese demonio iba a estar en plantilla muy pronto.

—¿Trillizos? ¿Por fi?

Me detuve, respirando profundamente apoyando mi mentón en su cabeza. Sí, olía a mí, solo a mí.

No había más machos en su vida, ni hombres humanos, ni nada. Sé que era infantil y más cuando lo había perdido, pero ver a amando a otro me hizo daño. Aunque más verla sufrir de esa forma.

—Es el jefe, lo siento —dijo Deniz.

—Eras mi favorito —se quejó ella.

El pobre Deniz se entristeció al escucharla y dio un paso hacia nosotros. Fue su propio instinto de supervivencia el que lo detuvo.

—No… Sigues siendo mi favorito, no sufras.

El corazón de Willow seguía siendo tierno, aunque quisiera ser dura.

Deniz sonrió.

—No te queda nadie a quién pedir ayuda, gatito.

Ella levantó un dedo.

—¿Y tú, Kaín? También eres un jefe de sector, puedes patearle el culo.

Eso sí que no lo vi venir.

A River no iba a pedirle ayuda, de eso estaba realmente seguro, pero no vi que Kaín pudiera entrar en sus opciones.

—Nunca retaría a mi hermano. Su sector es más grande y ahora es un macho casado. Ni loco me metería entre él y su esposa.

Ella lo fulminó con la mirada.

—Cobarde —escupió.

Yo me tensé porque mi hermano no llevaba bien ese tipo de palabras.

Y, de nuevo, para mi sorpresa, él echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Y por eso es tu pareja, menuda lengua tiene.

La abracé un poco más fuerte, nadie me la quitaría. Estaba siendo tan primitivo que me di vergüenza a mí mismo, pero no me importó. Poco a poco fui volviendo a ser yo mismo, mi aroma en su piel ayudaba.

Me levanté y la solté poco a poco como si fuera una bomba a punto de explotar. Solo que, cuando le quité los brazos de encima, envolví su cintura y la apreté contra mi costado.

—El vínculo es fuerte, hacía mucho que no se veía algo así —murmuró Kaín.

No podía seguir diciendo «mía», pero esa palabra venía a mi mente una y otra vez hasta que pudiera reclamarla de verdad.

La miré con anhelo.

Esa humana iba a ser mi muerte.

CAPÍTULO 26



WILLOW

—Y ahora a trabajar —espetó Kaín dando unas palmadas en el aire.

¿Trabajar?

Yo quería acabar mis berlinas antes de que el asqueroso de River le pusiera algo por encima.

Como si me hubieran leído la mente, tal vez fue así, Clawn salió y trajo mi plato mientras yo daba un gritito de alegría. Azan me soltó de mala gana, vi como peleaba contra sí mismo y lo agradecí.

No era una bestia sin más.

Tenía… ¿Alma?

Kaín nos guio por pasillos interminables hasta un gran despacho y casi tres sofás de distintos tamaños. Yo me fui a uno de ellos y me calmé cuando Clawn y Finn se sentaron a mis lados, flanqueándome.

Solo que, una parte de mí temió al demonio mayor.

Como si fuera llamado por mi mente, Azan entró en la estancia y miró cómo estábamos dispuestos.

Vi la ira flotar por sus ojos, las fosas nasales se le abrieron mientras luchaba contra esa parte primaria que le hacía querer reclamarme. Tal vez, si me sentaba a su lado lo llevaba algo mejor.

De todas formas, mi piel picaba como si él fuera el único ungüento disponible.

Azan, con una tranquilidad que sabía que no era real, vino hacia mí, me levantó y me sentó en su regazo.

Punto final.

Reí para mí misma empezando a comer. Lo miré de reojo y sonreí, me sentía muy a gusto sobre él.

Kaín entró tras los trillizos. Su seriedad lo hacía misterioso, como si fuera muy difícil de leer. Bajo esa fachada, yo sabía que había un demonio bastante bueno o, al menos, eso creía creer.

Mejor que River era seguro.

—Bien. Gracias a la grabación de las cámaras proporcionada por los trillizos y el trabajo conjunto con Finn y Clawn, hemos reconocido a parte de los demonios que asaltaron la casa.

Azan se tensó debajo de mí.

—Antes de que lo digas, hermano, no se te ha informado hasta ahora porque tu hembra estaba muriendo. Ahora, tu muy recuperada esposa, te deja libre para poder dar caza a esos que se atrevieron a atacar al jefe del sector —explicó Kaín como si nada.

Tras él, una gran pantalla apareció y empezaron a surgir rostros de demonios que no reconocí.

Había estado tan metida en el caos que era imposible pensar en nada más que en disparar.

Fruncí el ceño, una de las fotografías sí que me resultó familiar. De pronto el recuerdo de él sosteniéndome por la garganta llenó mi mente. Ese había sido el que trató de sacarme de la casa.

—El morado es el mentalista. Le disparé en la frente —expliqué dando otro bocado a mi berlina.

Finn se levantó.

***

AZAN

—Así es. Este mentalista que no es otro que Ivaney Rashka, el hijo del jefe del sector tres.

Esta ciudad era Darkness City, mi sector. El número uno y había peleado mucho para conseguir ese número. Ahora tendría que lidiar con el asesinato de uno de los hijos de la mafia del sector tres.

Demasiado papeleo y reuniones me vinieron a la mente. Rashka padre no era alguien razonable, no entendería que su hijo estuviera asaltando la casa de un jefe y hubiera muerto en consecuencia.

—¿Por qué querría llevarme un jefe de sector? Yo… No soy nadie —susurró Willow.

La agité un poco, regañándola silenciosamente. Ella no era nadie.

Era todo.

—Aquí es donde toda la trama se retuerce hasta ser confusa —dijo Kaín.

Acercándose a la pantalla, amplió la foto de Ivaney. Al hacerlo se centró en un tatuaje que tenía el brazo. Justo entonces Willow tosió atragantándose con la berlina. Tuve que darle golpes en la espalda para que pudiera volver a respirar con normalidad.

—Los que me atacaron llevaban ese mismo tatuaje… —dijo con verdadero horror.

Sí.

Nosotros lo habíamos visto en nuestras mentes.

Mi hermano asintió.

—Esta parte nos era rara, pero gracias a tus recuerdos ahora sabemos que Ivaney era el jefe de una organización supremacista demoníaca. Ascendieron de los infiernos bajo el lema de muerte a cualquier humano, sin importar que fuera mujer, anciano o niño…

Las palabras de mi hermano me revolvieron el estómago.

Conocía esos grupos supremacistas y, aunque eran pocos, eran una auténtico cáncer.

—Ellos mataron a tu familia y a muchas otras. Han permanecido inactivos un tiempo, solo cuando un par de grupos contrarios a estos ideales, como el de Buck, los persiguió hasta casi extinguirlos. Lamentablemente se hicieron visibles tratando de cazarte.

Willow dejó de comer y me supo mal porque lo había disfrutado de verdad.

—¿Por qué?

Finn cambió la imagen de la pantalla, mostró la sala de baile y una foto donde salíamos ella y yo bailando.

—Por esto. Te reconocieron bailando con el jefe del sector más fuerte y poderoso de los catorce. Tu imagen te ha hecho famosa, todo el mundo conoce a la humana de Azan. No es una casualidad, sabían que vivías con él —explicó mi abogado.

Tenía sentido.

Además, siendo hijo de un jefe de la mafia le era fácil el acceso a las armas y a cualquier loco que se uniera a su causa.

—Suponemos —comenzó a decir un Deniz algo sonrojado por hablar—, que tienen miedo de que puedas explicarle al jefe lo que ellos hicieron. Su padre Rashka, se ha gastado mucho dinero limpiando la imagen pública de su hijo ya que quiere ascenderlo para tomar uno de los sectores más pequeños.

Y Willow le resultaba un problema enorme.

Un objetivo a destruir.

—¿Y la mujer?

La pregunta de Willow nos hizo fruncir el ceño a todos. Ella, algo cohibida por la reacción, se removió en mi regazo, incómoda.

—Cuando la explosión, una mujer dijo que me entregasen, que tenían que llevarme. Era una voz femenina claramente.

—Así es —reconoció Keighan—, aunque no llegué a verla.

Kaín, rascándose le nuca, pasó el vídeo de la explosión a pantalla y lo reprodujo algo más rápido para ver de qué estaban hablando.

Fue demasiado brutal verlo. No estaba preparado para algo así. Envolví a Willow entre mis brazos mientras vislumbraba como ella le ponía un cuchillo en la garganta a River, después todo saltaba por los aires.

Y el caos aparecía a su alrededor sin poderlo evitar.

—Yo no veo a una mujer —comentó Kaín.

Nadie la vio.

—Estaba, la escuchamos —declaró Warden.

Los trillizos y Willow atestiguaban que habían escuchado una voz femenina. Así pues, miré en dirección a mi hermano River, el cual mantenía los brazos cruzados sobre el pecho. Al saber que lo miraba, se limitó a asentir dándole la razón a los demás.

—Tenemos que descubrir por qué no sale en la grabación —declaré.

—Hay algo más —dijo Finn.

Esa mañana estaba siendo una tortura.

Esperé.

—Seguí la pista del móvil de Willow.

Ella graznó.

—¿Ahora qué? ¿Mi móvil es público? Todo el mundo me lo piratea. Demonios, debéis saber que existe una palabra conocida como: privacidad.

Todos resoplamos a la vez.

—¡Sois increíbles! —exclamó ella.

Aunque dudo que lo dijera como algo bueno.

—Bien, prosigo —dijo Finn—. Los repetidores envían la señal lejos de Darkness City, más exactamente en el sector cinco. Pero es una señal fantasma, si la desglosas, la dirección cambia hasta…

La imagen en pantalla lo dejó claro, pero tuve que decirlo en voz alta.

—Sector tres.

Al parecer alguien en el sector tres había querido que mi gatito me disparase en la cabeza.

Al verla conmigo y hacerse famosa, ella pasaba a ser un problema grande. Si ella hablase en una televisión o red social sobre lo que el hijo del sector tres le hizo, una hecatombe demoníaca se desataría.

Y perdería la posibilidad de postularse como señor de un sector ya que, por suerte, se prohibía la caza y asesinato de humanos.

—Tal vez, el objetivo de Ivaney no fuera un sector pequeño. Quería cazar al pez más gordo… —susurró Willow sumida en sus pensamientos.

Acaricié su espalda.

Sus palabras tomaban un sentido muy abrumador.

—Gatito…

—Si me llevaban, contaban con que vendrías a por mí y así destruirte. Así tomaban tu sector —dijo ella sonrojada.

¿Su mente temía que no la siguiera al mismísimo cielo de ser necesario?

¡Por supuesto que hubiera ido a por ella si me la hubieran quitado!

—Te hubiera rescatado por encima de cualquier imbécil —prometí proporcionándole algo de calma.

Lo vi en sus ojos.

Y eso me hizo sentir mejor.

—Eso es un suicidio —resopló Kaín—. Todo el mundo sabe lo implacable que es Azan.

Willow se encogió de hombros como si nada.

—Por eso. Si consigues acabar con el peor te conviertes en alguien superior y todos te respetarían sin importar tu pasado.

Sus palabras golpearon duramente. Por desgracia, eran verdad. Ejecutarme a mí, los propulsaba hacia el estrellato. Después, todo el sector caería en sus malditas garras. Eso me dejó estupefacto.

—Eres una mente brillante, gatito —adulé.

Se volvió a sonrojar, pero esta vez por una buena razón.

Lo siguiente que vino en la reunión duró demasiado tiempo. Se estableció un plan de ataque y defensa. Nadie volvería a acercarse a mi casa, a mis negocios y mucho menos a mi esposa.

A ella la defendería con garras y dientes sobre cualquier usurpador que quisiera venir a por mí.

Ivaney ya no estaba, pero quedaba su padre.

Y él sí me representaba un problema.

Los jefes de sector acordábamos no atacarnos, pero… Ser demonio requería romper reglas, hasta las impuestas por nosotros mismos.

CAPÍTULO 27



WILLOW

Dos días habían pasado. River ya no estaba en casa y la cocina estaba completamente reparada. Todo parecía haber regresado a una realidad ficticia que me dio una paz mental que necesitaba.

Seguía con Azan, tampoco es que mi vida anterior fuese a volver. Ahora que estábamos casados, mi lugar era esa casa o eso me decían todos. De un modo a otro sentí que habían acortado mi libertad.

Sí, se vinculó a mí para salvarme la vida.

Estaría muerta de no haberlo hecho.

Lo demás era lo discutible.

No podía salir de casa. Le acompañaba a las reuniones y salíamos juntos, pero sola… Eso sí que no.

Estaba convencida de que Rashka se me tiraría al cuello a la menor ocasión. Y puede que mi parte racional comprendiese lo que me decía, pero por otro lado… Mi parte rebelde se me estaba llevando por delante.

No era un animal para estar enjaulado.

Necesitaba salir de una maldita vez.

Además, el dichoso vínculo de pareja no ayudaba. Ansiaba tocar, lamer y follarme a Azan a

todas horas del día. Soñaba con él follándome tan duro que necesitaba días para recuperarme.

Solo que no sucumbía.

No podía.

Era un demonio, ¿vale?

De haber sido humano, yo… Yo tendría que estar poniéndome crema en los labios vaginales por el escozor.

Pero era parte del enemigo y, aunque ya supiera que muchos demonios eran buenos, había cierta parte de mí que se negaba a aceptarlo.

Me estaba volviendo loca.

Era como si dos partes de mí pelearan la una contra la otra, dejándome rota.

Estaba en la ducha, dejando que el agua limpiase mi muy limpia piel. Solo que ya era un ritual, me levantaba y me metía en el spa privado de Azan para su tormento y el mío.

Ignorando todo lo racional que una vez pude llegar a ser, bajé una mano por mi cuerpo. Toqué mis pechos gimiendo, estaban tan necesitados por atención que sabía que podía suplicar.

Descendí llegando a mi sexo.

¡Por favor!

Estaba tan mojada que mi dedo se deslizó dentro de mí sin esfuerzo alguno. Gemí, imaginándome que era Azan el que lo hacía y volví a gemir cuando empecé a bombear con auténtica desesperación.

Un ruido a mi espalda me sobresaltó, pero seguí masturbándome porque sabía que se trataba de Azan.

Mi lujuria lo llamaba.

Me ansiaba tanto o más que yo a él.

Gruñía mientras se alimentaba de mí, decidí penetrarme con dos dedos y grazné un gemido que quedó ahogado bajo el agua de la ducha. Estaba tan dichosamente cerca del orgasmo que sentía la liberación en mi boca.

Solo un poco más.

Más rápido.

Más profundo.

Entonces me detuve y saqué los dedos de mi coño mientras este se quejaba dolorosamente.

***

AZAN

Mi gatito estaba hostil, comprendía sus motivos, pero dejarla libre la ponía en peligro. Prefería que estuviera en su jaula dorada a muerta a mis pies, pero ella no parecía entenderlo.

Me estaba librando una batalla que no podía ganar.

La muy cruel se masturbaba, me daba a probar su preciosa lujuria y, en el mejor momento, paraba. Creí enloquecer como los dos días anteriores. A este paso iba a explotar de hambre y de deseo.

Me sentía frustrado.

Enfadado.

Salió, desnuda, con una sonrisa y buscó su toalla.

Willow había disfrutado volviéndome loco completamente. Sabía lo que hacía y me castigaba por no cumplir sus deseos. Su vida era más importante que todo lo demás, si pensaba que con esta tortura podía vencerme, dos podían jugar al mismo juego.

Colocándome tras ella, la detuve en seco.

Mis manos, grandes y rasposas, acariciaron la piel de sus costados, mojándose por el camino y estremeciéndola. Nunca nadie me había quemado con un gesto tan pequeño y tampoco había deseado el placer que sus gemidos prometían.

—Algún día —pronuncié en su oído—, tendré tu placer.

Reprimiendo el impulso de gemir, Willow se hizo fuerte.

Girando solo un poco, lo máximo que le permití, nos miramos el uno al otro, fulminándonos en consecuencia.

—Nunca —prometió ella con voz ronca.

Me limité a sonreír.

—Lo harás.

—No. Siempre puedes ir a buscar a esa que te llamaba amo.

¡Ah!

La camarera seguía clavada en su memoria.

Sonreí al escucharla, celosa de las mujeres que luchaban por revolotear a mi alrededor. Ella no estaba preparada para confesarlo, pero sería paciente. Me encantaba verla territorial y eso me daba pie a imaginármela reclamándome ante todas.

Mis manos descendieron por sus costillas y, mientras disfrutaba de su piel, la apreté contra mi pecho arrancándole un gemido que luchó por disimular. Por suerte tenía un oído muy fino.

Cuando mis manos alcanzaron su cintura, se apretó contra mí y mi gran erección.

—¿Por qué conformarme con plebeyas cuando puedo tener a una reina? —pregunté en su oído—. Te dije que ya no son nadie, nunca tocaré a ninguna otra porque tú eres mi mujer.

Jadeó por mis palabras roncas, las dije con tanta solemnidad que sentí cómo ambos jugábamos a un juego peligroso. Mucho más que cualquier otro al que hubiéramos jugado antes.

Y ascendí, dejé que una de mis manos acariciase su piel mojada hasta llegar a uno de sus pechos. Lo tomé con fuerza y ambos gruñimos por el contacto.

—Te han enseñado a temer a los demonios, no sufras, gatita, aráñame hasta que aceptes que soy tu única opción.

—Azan —gimió en mis brazos.

Me moría por saborearla, por perderme entre sus piernas con mi lengua, mi polla y mi cola.

Quería su placer.

Su lujuria.

Su locura.

Maldita sea, la quería entera y ella pretendía que la ignorase.

Ninguna mujer existía ya para mí. Habían dejado de hacerlo desde que me llegó su primer

informe. Pero comprendía por qué lo había dicho. Estaba enfadada conmigo y necesitaba mi confirmación de que no tocaría a nadie para sentirse segura.

No quería perderme, aunque sí castigarme.

Y por ella lo soportaría.

Atravesaría el cielo por ella.

—Ninguna mujer importa, Willow. Solo tú. Eres mi día y eres mi noche, eres mi tormento y mi alegría y soy tu esposo.

Mi mano seguía en su pecho. A pesar del enfado, no me la había quitado de allí y era porque me necesitaba. Mi esposa estaba hambrienta de mí y, a pesar de que mi polla explotase algún día, iba a darle lo que necesitaba.

Descendí lentamente con mi otra mano afianzando su cadera y mi cola envolviendo uno de sus muslos.

Sentí como su respiración salía de ella suavemente, como si de esa forma se controlase para no gritar que la tomase ya y duro.

Su cuerpo me dio la bienvenida. Se abrió como los pétalos de una flor y la puntas de mis dedos se mojaron en su humedad. Gruñí de pura satisfacción sabiendo que eso era todo mío y empecé a envolver su clítoris.

—¿Mi esposa me necesita?

Gimió en respuesta.

Lo tomaré como un sí.

—Ábrete para mí, Willow.

Lo hizo. Sus piernas se abrieron un poco dándome acceso. Mi traviesa cola ascendió lentamente hasta ella.

Y me volví loco.

***

WILLOW

Azan se había propuesto consumirme.

Era un hecho.

Y lo peor es que se le daba de maravilla.

Con sus dedos, estaba torturando mi clítoris tan bien que supe que no tardaría en llegar. Apreté los dientes luchando por aguantar porque su cola subía y la necesitaba. Quería que me llenase de una vez.

Y lo hizo.

Complació todos mis deseos como si estuviera dentro de mi mente. Eso me provocó una punzada en el corazón. Tal vez estaba siendo una perra con él y no merecía que lo tratase mal.

Olvidé ese tren de pensamiento cuando empezó a follarme con su cola.

—Córrete para mí, gatito —dijo sensualmente en mi oído.

Cumplí con su orden, no podía ni quería negarme.

Sus dedos en mi clítoris, su cola entrando y saliendo de mí. Los fuegos artificiales estallaron ante mis ojos de una forma tan brutal que grité su nombre como si fuera a entra en batalla.

Temblé bajo su toque y me recosté en su pecho, satisfecha.

—Gatito, gatito, gatito… Tu lujuria es la más dulce.

CAPÍTULO 28



AZAN

Dos días después yo estaba al borde de la locura. Mi gatito se había cerrado en banda cuando le dije que no podía ir a ver a Finn. Mi abogado estaba ocupado tratando de convocar una reunión con el jefe del sector tres.

No podían esconder mucho más que su hijo había asaltado mi casa y, como consecuencia, había muerto.

Yo llegué a pensar que había un virus en mi casa que había afectado a Willow haciéndola enloquecer. Apenas hablaba, solo gruñía y cada día me pedía salir de casa obteniendo la misma respuesta.

La llevaba conmigo, ¿por qué no le bastaba?

Ya no jugaba conmigo en la ducha.

Sabía que estaba igual o más necesitada que yo, pero abandonó los juegos y me estaba dejando cada vez de más de lado. Alejándose de mí.

—Siempre podría ducharme contigo —propuse viéndola irse hacia mi spa.

Ella me fulminó con la mirada.

—Azan, si entras a ese baño conmigo, te ahorcaré con el cable de la ducha.

Y lo peor es que la creí capaz. Había llegado a un punto en el que sabía que no sería bienvenido.

Reí.

—El gatito tiene miedo. No conoce sus límites.

Ella rio igualándome.

—No tengo miedo, pero no voy a permitir que controles mi vida. Soy una mujer adulta y sé los peligros de esta ciudad. He sobrevivido a ella antes de que estuvieras en mi vida. Solo pido salir, joder.

Me enfadé.

¿No veía que tenía un diana pintada en la espalda?

—Willow, esto es por tu protección.

No dejaría que la dañasen.

La explosión no volvería a pasar.

—No puedes pegarte a mi culo todo el día. Necesito aire, salir. Ver a Finn o a quien me dé la gana. Sé defenderme sola, Azan, puedo hacerlo.

Perdí el control. Tal vez fue el hambre, la desesperación o ese deseo no consumido que me hicieron convertirme en un cerdo.

—¿Y cómo te ha ido sin mí? ¡Todos están muertos!

No podría haberle hecho más daño de ninguna otra forma. Ni siquiera con una bofetada hubiera sido capaz de hundirle el pecho como lo hice y destrozarla. Lo vi en su rostro, en sus ojos y en las lágrimas que llegaron a ellos.

—Willow, yo… —comencé a decir.

Ella no dijo nada.

Tragó saliva, levantó el mentón y se encerró en mi spa echando el pestillo. Yo podría haber derribado esa puerta, pero ¿para qué? No la hubiera alcanzado ni poniéndomela entre mis brazos.

Acababa de hacerle tanto daño que me sentí ruin.

Sentirla llorar tras la puerta me rompió un poco más. De pronto, un segundo latido nació en mi pecho asustándome más que cualquier cosa. Yo no tenía corazón, por eso no podía morir.

No había latido para mí.

—Gatito… Déjame entrar —supliqué.

Sus sollozos me dijeron que no lo hiciera.

Y yo sentí que el mundo se caía sobre mí como nunca antes.

—Voy a trabajar, puedo dejarte en casa con los trillizos si quieres.

No contestó.

Siguió llorando y decidí que debía de darle espacio antes de disculparme por ser un auténtico cerdo.

—Lo siento, Willow —dije, pero no tuve claro si me escuchó.

***

WILLOW

Keighan estaba ante mí con su mirada seria, como si estuviera echándome una bronca silenciosa.

¿Cómo había entrado en el baño?

Miré hacia la puerta y estaba arrancada por completo. Tan perdida estaba en mi llanto que no había escuchado lo que había hecho y que se había acercado a mí. Fue toda una sorpresa.

Las palabras de Azan reverberaron en mi interior y dolieron.

Pero lo peor era saber que tenía razón.

Y eso era más doloroso.

—El desayuno se está enfriando —se quejó Keighan.

Me froté los ojos inflamados por el llanto y lo miré.

—¿Qué?

—Tienes que comer y no quedarte en el suelo llorando, no es práctico.

Me ofendí.

—Perdona si mi dolor no te parece práctico.

—En efecto, es una pérdida de tiempo —concluyó Keighan con vehemencia.

Iba a estrangular a este tipo.

Para mi sorpresa, me levanté, aunque solo fuera para patearle el culo a ese maldito demonio blanco.

—Tu dolor es tuyo, no de los demás. El jefe ha sido insensible y podréis hablarlo, pero morirte de hambre no es práctico. No te entiendo, humana.

Sonreí.

Solo estaba preocupado por mí.

—Puedo saltarme el desayuno y no morir.

Él frunció el ceño.

—No es recomendable. Es mejor que te alimentes adecuadamente —explicó como si yo fuera una niña pequeña.

Suspiré.

—Entonces, ¿si como puedo volver aquí a llorar?

Allí estaba de nuevo su ceño fruncido.

—No es práctico. Pierdes tu tiempo con lágrimas pudiendo hacer otra cosa mejor.

Keighan no entendía mucho la teoría del dolor y lo paralizante que podía resultar ser.

—A veces el dolor te desgarra como una herida física y necesitas un momento para ti mismo y llorar.

Asintió casi como si asimilara el concepto.

—Ya has tenido el momento. Ahora a comer —ordenó tendiéndome la mano.

La tomé porque supe, de alguna forma, que Keighan no tenía intención de dejarme sola de nuevo. No era por orden de Azan o por algo más, era porque no había soportado sentirme llorar.

El trillizo más insensible corría en mi ayuda.

—El jefe se ha extralimitado contigo —comentó como si se lo dijera a sí mismo—. A su vez, lucha por protegerte. Tienes todas las miradas encima y muchos demonios buscan matarte. Puede

que no te gusten sus métodos, pero está anteponiendo tu vida y tus sentimientos a los suyos.

Esa fue una dosis de realidad no deseada, aunque necesaria.

Pensé en ello. Y sí, Azan estaba mortalmente a mi alrededor porque temía perderme. Solo debía aprender a soltar un poco la cuerda porque me estaba asfixiando.

—Los demonios somos… Territoriales. Posesivos incluso. Sé que los humanos no lo veis bien, pero nunca hemos querido ser como los humanos. No lo somos. Esto nos empuja desde nuestro lado más primitivo y nos hace ser así.

Keighan tenía razón. Comparar a Azan con un humano era una estupidez. Sí que podía decir que él luchaba enormemente por no ser un posesivo tóxico. Podría hacerlo y tendría excusa, pero no lo hacía.

Tanta verdad me hizo sentir un poco culpable.

—¡Oh, Keighan! ¡Déjalo ya! No te hacía como si fueras mi conciencia susurrando en mi oído. Te prefería cuando eras el trillizo idiota.

Él se tensó como la cuerda de un arco.

—Bueno, idiota tal vez no sea la palabra. Conseguiste mis botas favoritas —sonreí.

Keighan también.

O, al menos, un atisbo.

Cuando llegué a la cocina, Deniz y Warden me esperaban. No me di cuenta de cuánto podía afectarles la tristeza a estos hombres antes de verlos en directo. Estaban tensos, moviéndose con bastante contención, mientras me miraban como si yo fuera una pieza de cristal a punto de romperme.

No pude evitarlo.

Corrí hacia Deniz y lo abracé con fuerza.

—¿Estás bien? ¿Llamo al jefe? —preguntó el pobre demonio devolviéndome el abrazo.

Negué con la cabeza.

—Todo está bien sabiendo que os tengo de amigos.

Sí.

Tenía amigos demonios, eso era una maldita locura.

Mi yo del pasado me hubiera matado de un disparo de haber sabido que haría algo así.

Warden carraspeó llevándose mi atención.

—Te he preparado el desayuno, Willow.

Solté a Deniz y me fui al trillizo más colorido y le sonreí. Cuando vi las berlinas caseras me di cuenta del esfuerzo que le había llevado hacerlas. Eran para mí, para disfrutarlas y que me hicieran sentir mejor.

El corazón se me calentó.

—Si te doy un abrazo… ¿Te gustaría?

Warden volvió a carraspear mientras se lo pensaba. Se sonrojó, algo que me pareció adorable y asintió. Esa fue la señal de abrir mis brazos y estrecharlo con toda la fuerza disponible.

El pobre se quedó tenso, aunque correspondió torpemente como si nunca lo hubiera hecho antes. Yo le enseñaría a ser un oso amoroso.

Sonriendo, abrí los ojos y me topé con la mirada inescrutable de Keighan.

—A ti también te voy a enseñar a abrazar bien.
Keighan resopló fingiendo estar molesto.
Pero ya lo conocía.
Era fachada y había un oso de peluche debajo.
¿Qué tan malo sería romper el cascarón?

CAPÍTULO 29



AZAN

—Hermano —dijo Kaín.

—¡¿Es que no te necesitan en tu sector?! —bramé.

Por suerte mi hermano retrocedió al ver mi humor.

—Perdona. Está siendo un mal día.

—¿Willow?

Su nombre en sus labios me sentó mal. Quería arrancárselo a golpes, pero sabía que yo era el causante de mi maldita desgracia. Le había hecho tanto daño que me sentía un deshecho inútil.

Le recordé la pérdida de los suyos.

De su macho humano.

De Pay.

Perderlos la transformó en la asesina de demonios que era, había jugado sucio diciéndole esas cosas tan horribles.

Me sentía enfermo conmigo mismo.

—Le dije algo horrible.

—¿Y te disculpaste?

Mi hermano era idiota.

—Sí, pero siguió llorando. Fue demasiado fuerte lo que dije.

¿Y por qué narices se lo contaba?

¿Hola?

¿Neuronas?

—Entonces tendrás que ganártela. Las hembras, hasta las humanas, pueden llegar a ser cabezotas cuando somos… IDIOTAS.

El insulto nada velado me golpeó en la frente.

—¿Has venido para algo más que para torturarme? —pregunté.

Su sonrisa maligna me hizo estremecer.

—Venía a charlar sobre temas de armas, comerciales y cosas varias, pero torturarte se me antoja más interesante.

¿Cuándo Kaín se había convertido en un hermano con el que bromear?

No gozaba de buena relación con ellos. Vale, era el menos idiota de todos, pero siempre me mantuve al margen. Ahora que simplemente orbitaba a nuestro alrededor para asegurarse de que Willow estaba bien… Me sentía extraño.

Me gustaba esta versión de Kaín.

Tenerlo en mi vida para algo más que negocios.

—Ve a casa y arréglalo o romperás toda la oficina —me recomendó.

Sí.

Así me sentía.

A punto de explotar.

—De acuerdo, iré —admití.

Y, sin rastro de pesar, Kaín dio un paso hacia la puerta.

—Voy contigo, me muero de ganas de ver cómo te patea el culo la humana. Hasta estoy por darle un arma para ver si te dispara. Fue memorable cuando lo hizo en la fiesta.

¿Quién era ese y dónde estaba mi hermano?

Al parecer, había estado en la cima, pero muy solo.

La llegada de Willow había hecho que muchos de mi alrededor se abrieran dejando entrever su verdadera personalidad.

***

AZAN

—River, no —gruñí.

Ahí estaba el hermano más idiota que una madre podía parir. Nos estaba esperando en la puerta, lo que indicaba que no llevaba mucho tiempo allí. Suspiré dándome cuenta que, tal vez y solo tal vez, comenzaba a sentir algo de preocupación por mi humana.

Mi gatito no era suyo.

Bajamos del coche y luché por no estrangularlo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté sin muchas ganas de tener una respuesta.

No quería escucharlo, solo que se fuera.

—Día aburrido, tu humana me parece divertida.

Gruñí provocando que temblara.

—Seré bueno, de verdad.

Mi hermano River no conocía el significado de las palabras que acababa de soltar.

No lo amenacé, ya sabía de lo que era capaz. Sabía que, a la mínima, le saltaría a la yugular y ya no quedaría más hermano para molestar.

Un alivio si lo pensaba bien.

Entramos en mi casa.

Lo primero que llamó mi atención fueron los gritos que se escucharon. Por norma, todo estaba muy tranquilo cuando regresaba a casa. Esta vez, parecía que una batalla campal se había desatado en algún lugar.

Mis hermanos y yo nos miramos.

Y corrimos.

Nadie podía estar atacando de nuevo a mi Willow o lo pagaría muy caro.

No tardamos en ver dónde estaba el foco del caos. En la cocina-comedor encontré una imagen de lo más entretenida. Habían apartado la mesa y las sillas del salón y parecían estar haciendo alguna especie de baile de la lluvia o similar.

Willow reía mientras cogía las manos de Deniz y le enseñaba los pasos.

La música sonaba de fondo.

Warden reía cada vez que su trillizo se equivocaba y volvían a empezar.

¿Y Keighan?

Ese trillizo gruñón sonreía mirando la escena.

Fue el primero en darse cuenta de nuestra presencia. No tardó en adoptar la postura seria de siempre, hasta cruzó los brazos sobre el pecho como si fuera indiferente a ser pillado siendo algo más… ¿Formal?

Fue él quien detuvo la música y quien provocó que la burbuja de felicidad de Willow estallase en sí misma.

Fui consciente de cuando ella se detuvo. Confusa, miró a su alrededor y su sonrisa se borró cuando nos vio a los tres.

—Ya estáis en casa —dijo.

Entonces palideció un poco.

—¿Ha pasado algo?

Negué con la cabeza.

—Solo quería llegar antes de casa. Kaín quería ver si todo estaba bien y River… Él simplemente es un incordio.

Di un paso hacia ella, pero la vi retroceder lentamente. Eso me golpeó de lleno en el pecho. No esperaba una reacción así, aunque tampoco podía desear que se lanzase a mis brazos después de todo lo sucedido.

Respiré luchando por calmarme.

—Podríamos salir a comer —propuse con cierta esperanza en mi voz.

La ceja que levantó Willow me dijo que «ni de broma» esperaba ir conmigo.

—¿Quiénes?

—Tú y yo, gatito.

Ella dio otro paso más, alejándose casi a un mundo de distancia de mí. Fue demoledor.

—Prefiero comer aquí, si es que tengo elección —contestó Willow.

Ahí estaba una puya más.

Una que me merecía.

—Hoy no, gatito. Vístete —ordené.

Su columna vertebral se tensó ante la orden y lo noté al momento. No le gustó lo que estaba haciendo, tampoco se movió, como si estuviera retándome ante todos. Rebeldía que, por supuesto, yo me había ganado a pulso.

—Tu gatito está mal enseñado —bromeó River.

Vi como Willow apretaba los puños hasta que sus nudillos se quedaban blancos. Odiaba a mi hermano.

No es que alguien pudiera tenerle aprecio.

Para mi sorpresa, eligió el camino de la paz. Miró a River como si él fuera un mosquito al que aplastar y pasó por nuestro lado murmurando algo.

—A Azan no lo mato por ese tecnicismo del vínculo de pareja, pero al hermano… Al hermano me lo cargo y es tan idiota que son capaces de creer que ha sido él solo —comentó de forma exasperada hablando consigo misma.

Kaín y yo nos miramos un segundo antes de que viera a mi hermano reír.

—Es genial —comentó.

—Lo es, pero como no la vigile, lo mata de verdad.

Por desgracia para River, el no supo ver lo cómico del momento.

***

WILLOW

Cuando volví a aparecer en el comedor, Azan me estaba esperando. Podría decir que hasta parecía algo… ¿Nervioso?

No era posible.

Era un jodido demonio y jefe de todo.

—Estás preciosa, gatito.

Resoplé ante sus palabras.

No tenía ganas de cumplidos, tampoco de salir a comer, pero parecía que ya no era dueña de mi propia vida. Así pues, solo iba a ser un lindo florero y permitir que me paseasen con una bonita correa dorada.

—¿Te apetece comer algo en especial? —preguntó Azan fingiendo ser amigable.

Plomo.

Pero en vez de yo, tú.

—Me da igual, tú pagas —contesté.

La tensión podía cortarse con un cuchillo.

Recordé la conversación con Keighan y, a pesar de que habíamos dicho que Azan me anteponía a él mismo, en ese momento no lo sentía así. Para ser francos, solo quería alejarme todo lo posible.

Azan no perdió los nervios en ningún momento.

Despidiéndose de todos, quiso poner su mano en la parte baja de mi espalda. Lo repelí sin poder evitarlo. Di un par de pasos hacia la puerta en busca del coche, si llegaba a él podría sentarme y mantener la distancia con él.

¿Cuándo se había torcido todo tanto?

Mi piel picaba, mi sexo dolía y su olor era como un maldito afrodisíaco que me estaba volviendo loca.

Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, ya había atravesado el jardín y mi mano estaba en la puerta del coche. No se abrió como esperaba, en su defecto, sentí con amargura cómo Azan se tomaba su tiempo en venir.

—Willow, tenemos que hablar.

No.

No teníamos que hacer nada.

No lo miré, seguí con mi mano en la maneta del coche esperando poder entrar en él.

—Hoy te dije algo horrible.

Y mis recuerdos se agolparon en mi mente de nuevo. No podía librarme de ellos y eso me estaba volviendo loca.

—Lo amaba.

Lo dije sin saber por qué.

Después, giré sobre mí misma y encaré a aquel enorme demonio que se cernía sobre mí.

—Quise a mi marido con todo mi corazón —expliqué.

Azan asintió con la mandíbula tan tensa y apretada que pensé que se le iban a saltar algunas piezas dentales.

—Y se fue. Él era mi roca, mi lugar seguro y lo perdí en un abrir y cerrar de ojos, sin despedirme, sin nada. Sin más… Se fue. Y eso me desgarró por dentro, Azan.

Sus ojos se suavizaron al escucharme.

—Tienes razón, Azan. Antes de ti no me ha ido nada bien. Los he perdido a todos. No pude proteger a nadie o despedirme. Todos se fueron de mi vida de golpe, arrancados a golpes por gente de tu raza.

Él quiso tocarme.

Levantó una mano y me encogí como si fuera a recibir un golpe, eso provocó que volviera hacia atrás. No había querido reaccionar así, solo había pasado.

—No quiero estar en una jaula dorada con una bonita cadena de oro atada al cuello —sentencié—. Sé que lo haces por mi bien, que buscas tenerme a salvo, pero me siento asfixiada. Necesito salir o me ahogaré allí dentro.

Lo estaba empujando, lo sabía, pero encadenarme me estaba volviendo loca. Solo quería tomar el control de mi vida de nuevo. Quería elegir YO lo que hacer con mi propia vida y no mi entorno demoníaco.

Azan, más frío que el acero, se alejó de mí y agradecí el gesto. Solo esperaba que abriera el maldito coche, comiéramos y me dejara volver a casa. Puede que me encerrase en la biblioteca y no saliera en días.

Para mi desgracia, Azan no abrió el coche. Fue al maletero y sacó algo de él.

Esperé.

Vino hacia mí con una caja en las manos.

—Ten —dijo con voz suave.

Fruncí el ceño.

¿Un regalo?

Había recibido muchas cosas desde que estaba con Azan. Él había llenado un armario y medio de ropa y zapatos. También había comprado joyas, maquillaje, así como Tablet y cosas que creyó que podía necesitar.

—Azan, no necesito nada, ¿sabes? No quiero que te gastes el dinero en mí.

—Ábrelo, humana obstinada.

Quise darle un golpe, en su defecto abrí la caja de terciopelo rojo que me había dado. Justo cuando el cierre se abrió, dejando escapar un ligero «click», me congelé con lo que mis ojos podían ver.

Era una pistola.

Y no una cualquiera.

Era una obra de arte, modificada y personalizada de tal forma que la empuñadora era roja y negra. Magnífica.

Mi corazón tartamudeó cuando vi mi nombre grabado en dorado en la parte de abajo.

Un trabajo así duraba bastante tiempo. No era cosa de un día, por lo que deduje que hacía tiempo que había pedido este encargo. Al principio dijo que me regalaría una, pero nunca le creí.

—¿Qué? —grazné sin poder decir nada.

Me sentí idiota.

Muy idiota.

Era como si me hubieran arrancado el habla, el aire y hasta la capacidad de pensar.

¿Por qué ahora?

—Quiero que estés a salvo. No quiero volver a verte en una camilla de hospital y que el médico me diga que no hay forma de salvar tu vida —explicó Azan mirándome tan intensamente que sentí que mis piernas colapsaban.

No iba a quedar muy bien si me caía.

—Necesito que estés bien, Willow —sentenció—. Fue cruel y déspota lo que te dije y lo siento. Espero que puedas perdonarme.

Gemí y no de placer, solo era porque me estaba quedando sin aire y mis pulmones me lo recordaron.

—Tu vida ahora está en constante peligro y me encantaría tenerte a mi lado todo el tiempo. A

su vez, entiendo que eres una mujer fuerte e independiente, así que, sí, podrás salir, pero no me pidas que no haya veces que vaya contigo o alguien de mi personal para protegerte.

Lo miré, le estaba costando pronunciar las palabras. Parecían atascársele en la garganta y luchaba contra ellas.

—No quiero tenerte en una jaula, pero todo el mundo demoníaco ya sabe que me importas. No tardarán en tratar de hacerte daño para llegar hasta mí. Y créeme —sonrió con malicia—, prefiero que me odies por encerrarte en una jaula, que enterrarte.

Su contundencia me golpeó con fuerza.

Le importaba, yo era muy importante para él y luchaba por darme un poco de espacio para respirar.

Eso era más de lo que podría haber llegado a esperar jamás de un demonio.

—Intentémoslo juntos. Yo miro de aflojar la correa y tú tratas de entender que estás con un demonio peligroso que quiere lo mejor para ti.

Miré el arma incapaz de seguir mirándolo a él.

Supe, al momento, que mis ojos se llenaban de lágrimas mientras mis dedos acariciaban la pistola. Dándomela me daba el control de mi vida, aceptaba poder salir y poder defenderme siempre que lo necesitase.

No era débil.

No era pequeña.

No era una presa.

—Gatito… —susurró.

Me acerqué a él loca por el contacto. No pude hacer nada más que apoyar mi frente en su pecho mientras las lágrimas caían sin parar y sin poderlo remediar. Este tiempo me había sentido tan indefensa.

Tan perdida.

Que fue como si Azan me encontrase después de haber estado extraviada por un terrorífico bosque.

Y lloré de alegría, de alivio.

—Siento que te quitaran a tu macho humano —susurró él acariciándome la cabeza.

Sí.

El dolor seguía allí.

—Yo siempre voy a estar contigo. Mataré a todos los que intenten alejarnos y lucharé porque, algún día, tu dolor sea solo un recuerdo sordo. No te pido que lo olvides o que desprecies el amor que ese macho te dio… Solo espero que poco a poco tu corazón haga un hueco más para incluirme a mí.

Me aferré a su cuerpo con mi mano libre mientras con la otra sujetaba la caja. Sus palabras habían tocado una parte de mí tan vulnerable que me sentí pequeña. Él quería amarme, no, él ya me amaba y esperaba que algún día pudiera devolverle el sentimiento.

Amar a un demonio.

Hasta ahora había muerto lentamente por ellos.

Amar era un concepto nuevo.

Secándome las lágrimas, miré hacia arriba encontrándomelo con una mirada vulnerable, casi

asustado por lo que pudiera decirle. Se estaba abriendo a mí y disculpando por hacerme daño.

—Bésame, Azan.

Se lanzó en picado.

Aferrándome a él con sus enormes manos, sus labios tomaron los míos con intensidad. Barrió con su lengua todo mi labio inferior antes de empujar dentro de mí y saborearme.

Gemí ante su sabor.

Tomó tanto de mí que sentí que mi cuerpo flotaba. Apreté las piernas, húmeda y encendida con su toque. Entonces acunó mi rostro con sus enormes manos y me sentí morir lentamente.

Señor, ayúdame porque quiero pecar.

Ahora.

Se separó de mí antes de que fuera capaz de decirle «Azan, fóllame ya».

Sonrió.

—Vamos a comer.

¿Qué?

¿Ahora?

Yo quería comer, pero lo que quería era grande, rojo y estaba en sus pantalones.

CAPÍTULO 30



AZAN

Mi gatito estaba frustrado.

Vi la pasión en sus ojos, también como sus defensas empezaban a caer y como había estado a un instante de pedirme algo más. Había estado tan cerca que casi me sentí mal por meterla en el coche y no en mi cama.

Casi.

Quería inspirarla, que se muriera por mí tal y como yo llevaba haciendo desde que la conocí. Que se abriera a mí como los pétalos de una flor.

Además, sé jugar sucio.

¿Quién decía que los demonios debían seguir las reglas?

Cuando aparqué en el parking del local donde la llevaba, vi como su rostro cambiaba. No parecía estar muy entusiasmada. Por un momento, a pesar de las letras blancas sobre el cartel negro de ese sitio y que no explicaban nada, supe que ella sí sabía lo que pasaba dentro.

—¿Qué hacemos aquí? ¿No íbamos a comer? —preguntó Willow tentativamente.

Sonreí.

—Por supuesto. Pero no dije quién de los dos lo haría.

***

WILLOW

No, no, no, no, no y no.

Me acababa de llevar a un club sexual. Allí, las parejas y los solteros se divertían de formas diversas: intercambio de parejas, dominación, orgías… Todo bajo un muy estricto control médico tanto para humanos como para demonios.

¿Que cómo lo sabía?

Una vez tuve que matar a un demonio que frecuentaba este local.

—Sabes que puedo dispararte con el arma que me acabas de regalar, ¿verdad? —pregunté.

Él parecía tan divertido con esto.

Disfrutando tanto.

—Gatito, reglas. No tocarás a nadie y yo tampoco, dime todo lo que sientes y pienses y te aseguro solemnemente que no haré nada que te haga sentir incómoda. Nos iremos en cuanto me lo pidas.

Ya, pero… ¿Por qué allí?

¿Mi lujuria no era suficiente?

Vale que llevaba días sin alimentarlo, sin embargo, los trillizos dijeron que podían pasar meses sin que se sintiera realmente necesitado.

¿Ahora sí?

¿Por haberme negado iba a alimentarse de la lujuria de otros?

Me sentí…

Espera, no.

¿Celosa?

Y, como él me leía como un libro, rio como si hubiera estado en mi maldita mente escuchándome. Me sonrojé porque no tenía ningún derecho sobre Azan y más si lo negaba, pero la mera idea de entrar y verlo alimentarse de otros…

No.

No iba a hacerlo.

—No voy a entrar —declaré.

Azan me escuchó mientras bajaba del coche.

Y no tuve oportunidad de huir.

Antes de darme cuenta de lo que pasaba, la magia de Azan me envolvió y me sacó del coche con una velocidad pasmosa. Mi arma quedó en el coche, bajo el asiento y yo supe que lo había hecho adrede por miedo a que le pegase un tiro.

Demonio tramposo.

—Azan, te he dicho que no quiero estar aquí, suéltame —pedí.

O rogué.

En silencio, él me apretó a su cuerpo y yo sentí que iba a vomitar. No quería eso, me estaba arrastrando como a un animal hacia allí como si eso fuera un matadero.

—Voy a gritar, Azan, te voy a matar mientras duermes y voy a atormentarte el resto de mi miserable vida —amenacé realmente enfadada.

Su poder construyó una especie de mordaza que metió en mi boca y me silenció. Podía respirar y no me quedaban los labios abiertos, solo acababa de robarme la capacidad de hablar.

Lo fulminé con la mirada.

Cuando entramos, quise revolverme y no lo conseguí. Gruñí de indignación, solo que nada importó.

Un demonio enorme de color gris nos dio la bienvenida. Nos sonrió amablemente mientras Azan pagaba la entrada y nos leían las normas. Si alguna vez conseguía ser libre, iba a matarlo con todo lo que encontrase puntiagudo en la casa.

¿Cómo había pasado de querer darme libertad a robármela?

Gruñí de nuevo cuando una puerta se abrió y Azan me metió por ella. El local se abrió ante mis ojos. Enorme, oscuro y con bastantes reservados con la cortina cerrada, otros abiertos totalmente vacíos y otros abiertos con gente haciendo un espectáculo dentro.

Enfermé.

No pensaba follar o ver follar a la gente.

—Vamos, gatito, demos un paseo —dijo en mi oído.

Iba a torturar a ese demonio hasta que me pidiera clemencia. No sabía la bestia que estaba a punto de liberar. El muy traidor iba a pagármelo con intereses.

Por cada paso que daba, yo peleaba para conseguir detener mis piernas. Hasta me tropecé en alguna ocasión, solo que él siempre me sujetaba. Solo quería irme, él podía quedarse ahí si quería, pero yo iba a esperarlo en casa con un soplete en la mano.

Los gemidos de una mujer resonaron con fuerza.

Estábamos ante su reservado, donde estaba siendo follada por un demonio. Estaba a cuatro patas y sus cuerpos rebotaban tan fuerte que creí que iba a romperla si seguía así.

No parecía doloroso al menos porque ambos gemían como locos.

Azan ronroneó a mi lado y yo cerré los ojos. No iba a verlo alimentarse de nadie por mucho que quisiera obligarme.

Si este era mi castigo por haber sido «mala», no iba a aceptarlo por las buenas.

Me giró hacia otro lado.

Contemplé como dos humanas se besaban mientras un demonio y un humano tenían sexo con ellas. Una estaba sobre el regazo del demonio y, la otra, estaba siendo follada desde atrás.

Debo reconocer que la imagen era más erótica de lo que hubiera imaginado, aunque eso no rebajó mi enfado.

No quería esto.

Azan ronroneó en mi oído y yo cerré los ojos para que él pudiera ver que no disfrutaba con esto. Podía obligarme, pero no podía hacer que me gustase. Aunque fuera algo erótico de ver.

No y no.

—Mi gatito está peleando duro contra mí.

Se rio.

—Creo que estás celosa.

Y yo creo que deseo patearte las bolas.

Solo que, como estaba amordazada, no podía contestarle.

—Te lo diré una y mil veces, soy tuyo y tú eres mía. Tu lujuria es mía, tu cuerpo es mío y tu placer también.

No te lo crees ni tú.

Lo miré con ira.

Azan contestó tomando el lóbulo de mi oreja entre sus dientes produciéndome placer.

—No me estoy alimentando de nadie, Willow —reconoció—. Y no lo haré. Solo de ti ahora y siempre.

Me congelé por un momento.

Entonces, ¿qué narices hacíamos en un local como ese?

Fruncí el ceño.

—No tienes que estar celosa por mí. Nadie existe salvo tú, nadie me alimenta como tú y solo quiero tu lujuria.

Algo en mí se calmó… Un poco.

—Me ha encantado verte pelear, eres la horma de mi zapato y eso me pone duro.

Duro el golpe que yo pensaba darle en cuanto pudiera moverme con libertad.

—Déjame ser claro en algo. No tienes que sufrir por mí porque no habrá otro ser en el universo que desee. Tú me alimentarás siempre, nadie más. ¿Entendido?

Sentí lágrimas llegar a mis ojos, pero las descarté parpadeando.

¿Por qué sonaba romántico?

No era una declaración de amor.

Asentí.

—Bien. Ahora vamos a dar un paseo.

Sí, como si eso fuera el parque y yo un perrito que tuviera que mear.

***

AZAN

Le enseñé todo el local.

Vimos a muchos tener sexo. En pareja, tríos, orgías… Poco a poco, con mi poder a su alrededor, Willow se fue calmando. Ya no estaba tan enfurecida como cuando entró, ella habría intentado matarme de haberla soltado.

No es que fuera dócil ahora mismo, pero temía menos por mi vida.

Su pulso se había establecido más bajo que antes, su corazón parecía aceptar lo que ocurría a su alrededor.

Sexo.

Perversión.

Placer.

Los gemidos y el sonido de los cuerpos chocando llenaban la estancia. Y eso tuvo un efecto en ella lentamente. A medida que se fue relajando, también se fue calentando. Tentadora.

Arrebatadora.

Y mía.

Colocándome tras ella, nos apartamos de todos hasta que un rincón oscuro nos protegió de las miradas de los demás. Allí la dejé mirar sin ruborizarse, el sexo crudo y desenfrenado.

Los cuerpos buscándose, la pasión, la locura del deseo.

Poco a poco, de forma muy ligera, fue ascendiendo un aroma que me hacía enloquecer. La lujuria de Willow podía provocarme adicción, ya lo era, la necesitaba más que respirar y ansiaba alimentarme todos los días.

Mi cola se aferró a su muslo derecho, ella miró hacia abajo un segundo, pero la obligué a mirar hacia delante. Una humana estaba tomando a su amante entre sus labios y ansiaba que lo viera.

Que no pestañease y se perdiese nada.

Quería que viera lo mucho que gemía el humano, también los gruñiditos de placer que dejaba ella escapar. Debía ser partícipe, sin tocar, de ese espectáculo que estaban dando.

Y sí.

Mi gatito se excitó.

Envolví su cintura con una mano, apretando su espalda contra mi pecho. Deseaba que sintiera el calor de mi piel en la suya. Mi otra mano, viajó hacia su cuello donde la agarré con delicadeza mientras la obligaba a seguir contemplando la mamada.

—Esos podríamos ser tú y yo —gruñí de placer en su oído.

Noté cómo se estremeció.

—Yo con mi puño en tu pelo guiándote para chuparme la polla.

No le di tiempo a reaccionar, la giré hacia una pareja que él la estaba tomando por detrás muy duramente.

—O podríamos ser ellos dos. Con mi polla enterrada en tus entrañas, sosteniéndote a cuatro patas mientras te follo desde atrás.

Le dejé gemir, soltando un poco la mordaza de su boca. Su respiración entrecortada me dio mucha información. Estaba caliente por las cosas que le decía, su imaginación vibraba con nosotros dos y lo mucho que podríamos hacer.

Entonces la giré hacia un trío de dos humanos con una demonio hembra.

—Quizás compartir… No, jamás te compartiré.

Debía de ser sincero, nadie tocaría a mi gatito salvo yo y nadie me tocaría salvo ella.

Esta vez nos fijamos en un reservado cerrado donde la imaginación era libre.

—Ahí podríamos estar, Willow… Tú sobre mí, empalándote con mi polla mientras me montas. Haciéndome retorcer por tu toque, por estar más profundo en ti… Por sentirte alrededor de mi polla.

***

WILLOW

Estaba cachonda.

Era un hecho.

Y Azan se estaba atiborrando con mi lujuria.

Ya me daba igual que lo supiera. No quería fingir, quería que me metiera en algún dichoso reservado y me hiciera lo que quisiera. Quería besarlo, lamerlo, arañarlo y suplicarle que me follase.

Con el control total de mi cuerpo, me hizo mirar hasta un banco donde había una humana atada. El humano que estaba con ella se la estaba follando de tal forma que la hacía gritar sin parar.

Iba a quedarse afónica.

Me sonrojé imaginando que era Azan. Que era su polla la que tenía entre las piernas y que después de horas de sexo me quedaría exhausta y saciada.

—Podría atarte —susurró Azan en mi oído, provocativamente.

La mano que sujetaba mi cuello bajó hacia mis pechos. Sin poderlo evitar, me encorvé hacia él casi suplicando que hiciera algo, que me tocase de una vez antes de que tuviera una combustión interna.

Tomó uno de mis pechos y gemí en consecuencia.

—O podrías atarme.

Aquello me congeló.

—Tener el control de mi cuerpo, de mi fuerza, de mi placer… Y otorgarme la liberación solo cuando me hayas torturado tanto como desees.

Sí.

Lo quería ya.

Solo imaginar tener el control sobre un demonio tan grande, tan poderoso… Gemí dándome cuenta de que ya no tenía la mordaza.

Seguía contenida, pero era libre para hablar.

—Azan, fóllame —dije sin tapujos.

No iba a esconderlo más.

El muy maldito, me pellizcó un pezón y fue como una corriente eléctrica que viajó directamente hacia mi sexo. Luché por retorcerme.

—Estás contenida, gatito. Puedo hacer todo lo que quiera contigo.

Eso quería.

Que me hiciera lo que desease. Que me usase para su placer mientras me tomaba en mil posturas distintas.

—Azan…

—Shh, amor. Estoy aquí —dijo consolándome.

Estaba al borde del abismo.

La antigua Willow me hubiera disparado en el pecho por estar con un demonio. No la culparía.

Ahora, vislumbraba un futuro distinto después de tanto dolor. Fue entonces cuando me sentí en el punto de quiebre, esa fractura entre pasado y presente que podía doler. Era renacer.

Salir del pozo.

Y Azan lo sabía.

Su cola se desenvolvió de mi muslo. Subió hasta colarse por mis pantalones y bajó hacia mi sexo.

—No… Quiero más… —sollocé sin saber por qué.

Azan dejó de torturarme el pecho. Subió su mano a mi frente y me acarició como si estuviera a punto de echarme a llorar.

—No puedes, gatito. Me encantaría, pero no estás preparada. Solo cuando estés dispuesta a desprenderte del pasado, a dar un paso adelante, te daré lo que me pides. Hasta entonces, mi cola servirá.

La punta de su cola abrió los labios de mi sexo. Acarició todos mis rincones mojándose en el camino y ascendió a mi clítoris. Lo frotó con avidez mientras mis caderas se movían en busca de liberación.

—No quiero desprenderme del pasado, olvidarlos… —grazné mientras el placer comenzaba a formarse.

Gemí.

—No los tienes que olvidar, pero tienes que soltar su mano o te llevarán al fondo. Necesito saber que estás dispuesta a dar ese paso para dártelo todo, amor.

Su cola abandonó mi clítoris haciéndome sentir vacía, por suerte esa sensación duró poco porque me penetró sin ninguna ceremonia previa.

Grité.

Sí.

En medio de un local con gente follando.

Y dejé que mi timidez se quemase profundamente mientras él comenzaba a follarme con su cola.

—Azan… Azan… Por favor…

Supliqué sin saber qué pedía exactamente.

—Uhmm, amor. Suenas tan bien cuando suplicas.

Aumentó el ritmo tanto que me vi gimiendo y luchando por respirar al mismo tiempo. Mi cuerpo era suyo para que lo tomase, su cola me golpeó una y otra vez haciéndome perder la cabeza.

Y, al final, llegué.

—¡Azan! —grité dejando claro quién era el que me estaba regalando este orgasmo.

En la cúspide del placer, con mi cuerpo convulsionando por su culpa, Azan rio en mi oído.

—Eso es, amor. Reclámame ante todos. Hazme dueño de tu placer.

Y supe que empezaba a ser dueño de más cosas a parte de mi placer.

CAPÍTULO 31



WILLOW

Tortura sexual.

Eso es lo que me estaba haciendo Azan.

TRES PUTOS DÍAS.

TRES.

Después del local, habíamos vuelto a casa. Y yo creí que allí me tomaría como un salvaje y me enseñaría la clase de demonio con el que me había casado, pero no. Solo me dio de comer, me acarició y me dijo que podíamos ver una película juntos.

Cuando estaba a punto de empezar la película, decidí que se lo haría pagar y que bajaría hasta su entrepierna para tratar de tomarla entre mis labios.

¿Y sabéis qué?

Los trillizos se nos unieron a la película.

Cada mañana me he duchado masturbándome y no ha venido. He querido meterme en la ducha con él y ha usado sus poderes para cerrar la puerta. Me dejó fuera todas las veces.

Encima, el colmo era que me abrazaba al dormir.

Tenía que soportar tenerlo alrededor de mi cuerpo sin ningún deseo más que cuatro caricias.

Iba a matarlo.

Además, odiaba estar en su oficina con todo mi ser. Toqué mi arma por sexta vez, asegurándome que seguía allí antes de que las puertas del ascensor se abrieran y empezara mi pesadilla.

Antes de poder poner los ojos en blanco, una demonio color rosa apareció con un vestido corto y unos tacones que iba a usar como pica hielos en su cabeza. Dando saltitos, moviendo sus pechos, corrió a por Azan.

—Buenos días, señor. También usted, señora Willow.

Sonreí de mala gana.

Esa mujer se insinuaba cada veinte segundos a Azan y él, o era tonto o disfrutaba de las atenciones.

Antes de que llegásemos a su oficina, ella ya le había tocado el brazo dos veces para mostrarle la agenda de hoy. La misma que habíamos revisado juntos en casa y que se sabía de memoria palabra por palabra.

Entramos y corrió a retirarle la silla para que se sentase.

Y yo toqué mi arma de nuevo.

Llevaba una frustración sexual que me estaba matando. Los orgasmos con mis dedos no me satisfacían, soñaba con aquel dichoso demonio y encima tenía que verlo con una mosca a su alrededor de color rosa.

Agachándose y mostrando su generoso escote, la secretaria le marcó un par de llamadas importantes.

Azan no miró, lo sé bien porque estuve esperando que lo hiciera para desatar mi ira. Nunca le daba pie a nada, la ignoraba completamente e incluso la ponía en su lugar bastante seguido, pero no me servía.

Estaba como una perra rabiosa.

Y eso no era bueno.

—Le traeré el café como a usted le gusta —dijo acariciándole el brazo.

Azan se apartó.

Pero yo colmé mi propia taza.

La vi dar saltitos hacia la puerta y, de pronto, los papeles que llevaba se le cayeron al suelo.

¡Qué tragedia!

¿Verdad?

¿Podía ser más evidente?

Cuando los recogió, dejó su trasero al descubierto como si se estuviera entregando a ser devorada y después le facilitó una buena visión de teta. Para mi tranquilidad, Azan estaba en su ordenador tranquilamente sin fijarse en nada.

La secretaria salió y yo supe que no podía soportarlo más.

—¿Y Finn? —pregunté.

—Llegará un poco más tarde. ¿Lo necesitas para algo?

Sí, para no matar a tu secretaria.

—No. Solo quería ver cómo le iba.

—Uhmmm.

Se puso a trabajar mientras yo contaba hasta mil, pensaba en yoga y en cosas que pudieran calmarme. Pero ese día la secretaria había decidido que quería un pedazo de mi demonio.

Entrando con un café en la mano, se lo entregó a Azan junto con una nota.

Salió sonrojada.

Azan la leyó, la arrugó y la tiró.

—¿Qué ponía? —pregunté a la defensiva.

—Nada, gatito.

Claro que sí.

Empecé a verlo todo rojo. Ya no aguantaba ni un maldito día más a esa demonio que no entendía un «no» por respuesta.

—Ahora vengo —dije girando sobre mí misma.

—¿Gatito?

No me detuvo.

Lo agradecí.

Salí del despacho y fui hacia la mesa de aquella demonio. Ella me miraba con una sonrisa socarrona. Sabía lo que había hecho con Azan, no se escondía y encima disfruta con aquello.

—¿Qué ponía la nota?

La demonio fingió trabajar.

—Eso es solo del señor Azan y yo.

Respiré muy suavemente.

—¿Qué ponía la puta nota? —pregunté poniendo énfasis en todas las sílabas.

Ella imitó mi tono de voz.

—Nada.

Movió una mano con desdén ante mis ojos.

—Ahora vete, humana. Tengo trabajo.

Era de esos demonios que veía a los humanos como meras cucarachas. Lo supe por el tono con el que me llamó humana.

Antes de darme cuenta de lo que hacía, mi arma ya estaba en mis manos y había disparado a la pantalla del ordenador de aquella zorra.

—Ya no tienes trabajo, ahora dime lo que pone la nota.

El caos se desató a mi alrededor.

Todos los que habían escuchado el disparo corrieron a ver lo que ocurría y no tardó en hacerse un corrillo a nuestro lado.

La demonio, asustada, me miró.

—¿Y bien? —pregunté sin rastro de humor.

—Le… le di un número de hotel y una habitación.

Para follar.

Sonreí cruelmente.

Puse mi arma en su frente dejando que el calor del anterior disparo calentase su piel en señal de advertencia.

—Coge todas tus cosas y lárgate de aquí.

Me miró como si yo fuera un monstruo y tal vez lo fuera.

—Has estado tentando a mi hombre durante días delante de mí, sin vergüenza ninguna. Y esperas que me quede de brazos cruzados.

Reí como si hubiera perdido la cabeza.

—No quiero volver a verte a menos de doscientos metros de Azan o de mí, ¿entiendes? O te meteré tanto plomo en el culo que no podrán identificarte ni con la ficha dental —gruñí como una bestia.

Ella tembló.

Y yo me regocijé.

Recogió cuatro cosas y salió corriendo como si yo pretendiese seguirla para dispararla en el aparcamiento. La idea me pareció tentadora, sin embargo, iba a perdonarle la vida esta vez.

—Esto es un mensaje para todos. Si alguien intenta algo con mi esposo, lo mataré —advertí.

Moviendo la pistola en el aire, las aguas se abrieron dejándome pasar.

***

AZAN

Willow ya no era gatito, se había transformado en una leona y pensaba clavarme las garras.

Me puse duro como una roca cuando la vi salir. Tenía la esperanza de que fuera a por la secretaria y se impusiera como la reina de mi sector que es. Ella debía aprender, comenzar a gobernar a mi lado y, para eso, debía mostrar su genio.

La vi interactuar y mis pelotas se pusieron duras mientras la veía reclamarme como su esposo. Ahora era intocable y cualquier mujer que quisiera tocarme sabría que ella los mataría.

Y eso me ponía muy cachondo.

Cuando acabó, con un gesto, supo mandar a todo el mundo a trabajar.

Ya era una reina.

Mi reina.

Y vino hacia mí con tanta convicción que supe que era capaz de ponerme de rodillas suplicándole que me hiciera suyo.

Avanzó hacia mí. Levantó una ceja cuando me vio apoyado en el marco de la puerta mientras hacía su pequeño espectáculo. Justo en ese momento, puso el cañón de su arma en mi garganta.

Gemí de placer.

—Te has quedado sin secretaria —me indicó.

—No es la real —le indiqué—. La contraté porque era una camarera que siempre ha intentado algo conmigo y me he negado. Pensé que así podía hacerte sacar las garras, gatito, aunque debería decir leona.

Su rostro se desencajó.

Frunció el ceño.

Ayudándola, señalé a una demonio más mayor que la tos, color azul clarito, que estaba al otro

lado de la planta. Ella sonrió y nos saludó amigablemente.

—La señora Dacurt es mi secretaria y hace unos cafés magníficos.

Willow pestañeó, enfadada.

Guardó su arma, me tomó de la corbata y me bajó de un tirón que no vi venir.

—Mío —gruñó besándome con rabia.

Me golpeó duramente. Tomó mi boca mucho más agresiva que hasta la fecha y mordió mi labio inferior casi haciéndome sangre cuando me soltó.

Puede que yo la hubiera empujado demasiado al límite.

Tenía que tener en cuenta el vínculo de pareja. Ese estaba subyacente a nosotros volviéndonos cada vez más territoriales y posesivos mientras no se consumía el vínculo. Nos estaba enloqueciendo a los dos.

—Gatito…

—Cállate, Azan o te disparo.

Estaba fuera de sí.

Me empujó hacia dentro de mi despacho y cedí, obedecí mientras nos llevaba al interior y cerraba la puerta, puso el pestillo y se giró hacia mí.

—Tú ya has acabado de jugar conmigo. Vas a follarme, Azan o voy a volverme loca y pienso hacer de tu vida un Infierno. Y créeme que puedes venir de él, pero no será un lugar agradable.

Quise reírme al verla tan enfadada, pero no soy idiota, no lo hice.

Elevándome sobre ella, tomé su pelo y tiré hacia atrás obligándola a mirarme. Era tan feroz que sabía que sus garras me desgarrarían en cuanto me despistase.

—¿Quieres que te folle? ¿Eso quieres?

—Sí.

—Bien, gatito.

La besé.

Le mordí los labios con mis dientes afilados y mis manos recorrieron su cuerpo quemándola con cada contacto. Tomándola con un brazo, la llevé hasta la mesa de mi oficina.

Barrí todo lo que había encima, excepto el ordenador, con mi cola y lo tiré al suelo. Después la deposité.

Estaba loco por ella.

Moría por esa mujer.

Le arranqué las botas que tanto le gustaban y bajé sus pantalones mientras ella gemía sin siquiera ser tocada. Ella estaba lista para mí, preparada para que folláramos de una vez y nos dejáramos de juegos.

Aquel tanga negro que llevaba me hizo perder la cabeza.

Lo rompí con mis garras y me lo llevé a la nariz.

El olor de su excitación me hizo gruñir, glorioso. Ese era el triunfo mayor para un demonio, tener a su pareja mojada y dispuesta.

Y ella estaba muy dispuesta.

—Gatito, hueles espectacular.

Estaba sonrojada por lo que había hecho, pero ya podría prepararse porque yo era un demonio

de la lujuria.

Este era mi territorio.

Y ella mi lujuriosa presa.

Mi alimento.

Mi reina.

—Azan… —graznó.

No la dejé hablar.

Descendí sobre su sexo llevándomelo a la boca entero.

Su grito atravesó todo el edificio y me sentí pletórico. Todos en aquel lugar sabrían que ella era mía, que yo la complacía y que era mi boca la que le comía el coño tanto que la hacía gritar.

—Ahhhhhh —dijo dejándose caer sobre la mesa.

Coloqué sus piernas sobre mis hombros y la saboreé.

Era el sabor de los dioses, la ambrosía para ellos y fue como si tuviera la fuerza de mil demonios juntos.

Succioné su clítoris dejando que volviera a gritar.

Entonces, enfundé una de mis garras para meterle un dedo. Estaba tan caliente, húmeda y cálida que, por un momento, quise que fuera mi polla la que estuviera envainada en ella.

—Azan…

Cogió mis cuernos provocándome placer.

Ambos gemimos a la vez.

Willow estaba en su propio viaje de placer, empujando mi cara hacia su sexo como si pudiera asfixiarme allí. Y yo la complací, la lamí, la tomé y bombeé con mi dedo hasta que su orgasmo me estalló en la boca.

Y era realmente bueno.

Lo mejor del mundo.

***

WILLOW

Estaba en una nube.

Con las piernas colgando de la mesa, no me di cuenta de que Azan se había movido hasta que escuché un plástico abriéndose. Confusa, miré hacia él y lo encontré sonriendo, con los alrededores de la boca húmedos por mi culpa y los dientes afilados como cuchillas.

Él me había comido con esa boca.

Me mostró una pequeña píldora violeta y un mando. Entonces comprendí que se trataba de un juguete sexual que había comprado para mí. Me estremecí pensando en eso, pero no me moví.

Su mirada dominante no me dejó.

Me quedé allí, con las piernas colgando esperando que él hiciera lo que quisiera conmigo.

Colocándose entre mis piernas, Azan acarició mi vientre.

—Suplícame —ordenó.

Mi mente colapsó un poco.

—¿Qué? —pregunté.

No sabía a dónde llevaba todo esto. Estaba necesitada, mi piel picaba, mi interior ardía y solo necesitaba que me follase. Que me lo diera todo de una vez.

—Suplica por mi polla —ordenó.

Era dominante y eso desató un poco mi rebeldía.

—Joder, Azan. ¡Déjate de juegos! —grité frustrada sexualmente.

Chupando aquella píldora, Azan bajó la mano hasta colocarlo en mi entrada. No me moví, expectante y sentí como me la metía dentro sin apenas esfuerzo.

—No te follaré hasta que no lo hagas y solo si aguantas sin llegar al orgasmo en todo el día —comentó como si nada.

Orgulloso de sí mismo.

—Voy a matarte —prometí.

Por cómo me miró, supe que me creyó.

CAPÍTULO 32



AZAN

Mi gatito no suplicó.

Era tan orgullosa y estaba tan enfadada conmigo que no cedía ante mí. Yo estaba como loco por jugar a este juego porque sabía que, prueba a prueba, estaba desgastándola hasta que diera el paso hacia su nueva vida.

No quería ser un polvo más.

Quería que avanzase conmigo, que fuera mi esposa de verdad y me quisiera todos los días de su vida.

Necesito su locura, su alegría, su pena y su lujuria, pero debía de entregarla de verdad. No lo deseaba por vínculo, aunque este ayudase. Quería que acabase rendida a lo que sentíamos.

Que me amase.

Que viera algo más en mí que un demonio.

Quería su corazón.

Me había enamorado de Willow y no concebía la vida sin ella. Ahora necesitaba ganarla, ser campeón y ganarme su maltrecho corazón. Yo lo atesoraría como un dragón a su tesoro.

La haría feliz.

Pero primero debía rendirse.

Y eso iba a costar.

Estábamos en una reunión con Finn y Clawn, hablando sobre los contactos del jefe del sector

tres y su negativa a aceptar una reunión.

—Es raro que se niegue —dijo Finn.

Yo apreté el botón del juguete y Willow se tensó.

—Tiene que saberlo —dijo con voz aguda.

Sonreí por dentro, por fuera, era la perfecta visión de la calma.

Cuando la vi removerse, incómoda, casi tuve piedad. Que la velocidad aumentase solo fue porque mi dedo se resbaló. No tuve nada que ver, aunque reconozco que me encantó ver su mirada de rencor.

—¿Y cómo puede saberlo? Hemos mantenido el ataque bastante privado —comentó Clawn.

Mi gatito se levantó para ponerse agua. Sabía, por cómo luchaba por tragar saliva, que le estaba costando mucho respirar, hablar, pensar y sentir al mismo tiempo. Inconscientemente se llevó la mano a su arma.

Yo temí.

Iba a dispararme.

—Puede que su padre no sea un ángel como todos pintáis —escupió Willow.

Eso llamó nuestra atención.

—¡Sois demonios! ¿De verdad pensáis que, como padre, quiere darle un sector pequeño a su hijo? ¡Quiere todo el pastel! Ya debe saber que su hijo ha muerto y todo el equipo porque ninguno ha vuelto.

Pensaba bien.

Y sonaba convincente.

—Entonces, sin hijo, no queda amenaza —declaré—. No puede poner a nadie en mi puesto.

Ella no pareció convencida.

Dejando que la conversación fluyera, vi que Willow pensaba y se retorcía peleando por no correrse. Su mente divagaba entre mil detalles de todo lo sucedido.

—Él podría querer mi sector —dije leyendo su línea de pensamiento.

Asintió dándome la razón.

—Nuestros sectores son colindantes en una frontera. Si me tiene, pasarían a ser trece sectores y él sería el amo absoluto de todo.

Me enfadé.

Aquel gusano no tocaría lo mío.

—Lanzaré un par de líneas mentales de comunicación a ver si averiguo algo. Puede que los susurros nos cuentan más sobre Rashka —ofreció Clawn.

Lo miré sorprendido.

—¿Estás en plantilla?

—Soy muy caro, Azan y mi jefa es ella, aunque tú pagarás mi sueldo.

Tenía las ideas claras.

Eso me gustó.

Tenía al mejor mentalista de mi lado.

—Yo redactaré el contrato —dijo Finn poniéndose manos a la obra con su Tablet.

Yéndose hacia fuera, dando por cerrada la reunión, Finn se detuvo esperando a Willow.

—¿Vienes?

—Ya te veré mañana. Hoy tengo cosas que hacer. ¿Te parece bien?

Finn sonrió con cariño.

—De acuerdo. Pásate por casa, los chicos te extrañan —pidió.

—Lo haré. Yo… Creo que también les he echado de menos.

Eso hizo feliz a Finn.

Y a mí.

Poco a poco, mi gatito se daba cuenta de cuánto la habían cuidado desde que lo perdió todo. Había estado en una sala llena de gente sin darse cuenta. Todos habían orbitado a su alrededor, locos por ayudarla.

Hasta ahora, había estado ciega.

Sin decir nada, fingiendo ignorarla, me fui a mi despacho y cerré la puerta desatando a la bestia.

Si esta vez me disparaba era mi culpa, que conste en acta.

La puerta se abrió con tanta fuerza que chocó contra la pared. Willow entró, cerró y me apuntó con un dedo acusatorio.

—¡Llevo horas al borde del orgasmo! —gritó.

Asentí.

—Sí, pensé que cederías antes y me suplicarías, pero aquí estamos —dije encogiéndome de hombros.

Me encantaba la mirada asesina de mi mujer.

—Vas a quitarme esto o dejármelo puesto, pero deja que me corra.

Puse una mano tras una de mis orejas puntiagudas.

—¿Decías? No escucho súplica alguna.

Estaba forzando mi mano. Si me salía mal, ella saldría de esta oficina y no volvería a tocar su piel en la vida. Me castigaría sin comer hasta que fuera un demonio decrépito y demacrado.

—Por favor… —susurró.

Espera.

¿Escuché bien?

Aparecí ante ella, la cual miraba al suelo absolutamente avergonzada. Me negué a que se sintiera mal por pedirme lo que quería. Así pues, tomé su mentón y la hice mirarme.

Sus ojos estaban al borde del llanto.

—Shhh, amor. Solo pídemelo.

Debía calmarse, darse cuenta de que haría cualquier cosa por ella. Que no era un demonio malo, sí para el resto del mundo, pero para ella iba a ser su roca, su lugar seguro y en quien pudiera confiar.

Solo tenía que dejarse caer.

Ser vulnerable una sola vez más.

—Por favor, Azan, no lo soporto más —gimoteó.

Sí.

Era mía.

Encendiendo el aparato, subí la velocidad casi al máximo. Su gemido me alimentó, me llamó como una sirena y supe que me tiraría al agua sin pensármelo dos veces. Me ahogaría con ella.

Juntos.

La abracé, la recompensé por mostrarse ante mí, por dejarme verla vulnerable. Conmigo no tenía que fingir y suplicar un poco de placer sexual no era malo después de todo.

Me encantaba oírla pedirme algo.

Acaricié su espalda, sus hombros, sus brazos y el hambre me hizo besarla. Se deshizo entre mis brazos mientras su cuerpo se contoneaba dejando que el placer la llenase por completo.

Llegó a su tan ansiado orgasmo de forma tan brutal que gritó en mi boca. Habíamos construido ese orgasmo durante horas, explotar ahora era un magnífico espectáculo del que solo yo era testigo.

Paré el juguete y mordí sus labios suavemente.

Mirándola.

Estudiándola.

—¿Mejor?

Resopló, realmente relajada entre mis brazos y con las mejillas sonrosadas.

—Sí… Pero no te perdonaré lo de la secretaria falsa. Eres malo.

Culpable de los cargos, pero ¿qué soy?

¡Exacto!

Un demonio y tengo el mejor abogado de la ciudad, así que no me demandéis.

—Si tan feliz estás, siempre podrías… —Miré hacia abajo, burlándome de ella—. Compensármelo.

Willow sonrió.

—Claro.

Temblé de emoción.

¿Qué?

***

WILLOW

Por la forma en la que me miró Azan, supe que había estado bromeando conmigo. Ya había jugado demasiado para ahora echarme atrás. Lo quería, todo él y hasta la fecha solo yo había tenido orgasmos.

Empujándolo hacia la silla, lo senté mientras contoneaba mis caderas.

Sabía que sentía mi lujuria.

Que se alimentaba de ella.

Que se hacía más fuerte.

Colocándome entre sus piernas, sentí como su respiración se entrecortaba. Sus ojos brillaron de anticipación y lujuria. Me sentí poderosa, domando a un gran demonio que podía matarme como si nada.

Descendí, colocándome bajo la mesa. Tomé la silla y lo acerqué a mí.

La magia de Azan abrió el pestillo de la puerta. Yo respondí llevando mis manos a su pantalón y enarcando una ceja.

—Si aceptas, no importa quién entre. Seguirás chupándome —ordenó.

Vi como jugaba conmigo creyendo que no cumpliría.

Azan estaba muy seguro de sí mismo de que llevaría el control de lo que había entre nosotros. Hasta ahora había caído de lleno en sus juegos, pero esta vez yo iba a ser quién lo hiciera caer.

—Por supuesto —acepté.

Abriendo su pantalón, me di cuenta de cómo dejaba de respirar y parecía tener problemas para coger aire.

Le sonreí.

Lo hice de verdad.

No dudé o me entretuve. Quería mi premio y lo iba a tener ahora mismo. Así pues, acaricié su miembro sobre el calzoncillo mientras él parecía gruñir desde lo más profundo de su pecho.

Después, sin darle tiempo a reaccionar, saqué su miembro de su ropa interior y lo sujeté con mi mano.

—Willow… —gimió.

Era grande, duro y con estrías que proporcionarían muchísimo más placer. Era un gusto para la vista.

Lamí desde la base hasta la punta, una que ya tenía las primeras gotas de pre semen esperándome. Lo saboreé, picante al principio y casi dulce al final. Desde luego, un manjar para los sentidos.

Y lo miré a los ojos sin parpadear.

No quería perderme nada de nada, quería todas sus reacciones, hasta la última.

Él jadeó sujetándose a los brazos de su silla. Las garras se clavaron en los posabrazos y pareció hasta atravesar el material de lado a lado.

—¿Quieres más?

Era su momento de suplicar.

—Gatito, chúpame —dijo casi sin aliento.

Lo tomé entre mis labios y ambos soltamos un gemido demoledor. Era grande, tuve que esforzarme para que cupiera en mi boca, pero no me importó. Iba a tener todo lo posible dentro de mí.

Chupé, subiendo y bajando por su erección mientras Azan soltaba una infinidad de gemidos.

De pronto, queriendo empujarlo más, mi mano fue hacia una de sus garras. La tomé y, tras escuchar que las enfundaba, lo guie hasta mi pelo. Por suerte para mí, se afianzó a él con fuerza.

Seguí chupándole centímetro a centímetro.

Quería hacerlo enloquecer.

Desearme.

Poseerme.

Era mi momento de jugar.

***

AZAN

Me estaba haciendo la mejor mamada de mi vida.

Verla allí, de rodillas, con mi polla en la boca era una imagen que jamás olvidaría. Maldita esa mujer caliente.

Mía.

Joder, sí.

Era caliente, perversa y succionaba la punta de mi polla como si fuera a arrancarme la piel. Estaba haciéndome disfrutar mucho, su boca era increíble y me tomaba con tanta hambre que era una auténtica locura.

Me miró con parte de mi polla en la boca.

Mi mente se cortocircuitó. Era tan erótica, tan increíble.

Apreté la mano que tenía sobre su cabeza y la empujé contra mi erección. Ella tragó más de mí, yo gruñí de placer y ella gimió como respuesta. La retiré, la apreté y repetí el proceso guiándola mientras me tomaba en su boca.

Me dejaba llevarla, pero marcaba el ritmo con su lengua torturadora.

Entonces llamaron a la puerta y nos congelamos.

Una parte muy enferma de mí, sonrió. Ahora veríamos de lo que era capaz este gatito.

—Adelante —ordené con voz seca.

Una de los ayudantes de Finn entró. Era una jovencita demonio que apenas podía mirar a nadie sin sonrojarse. Yo sabía que Finn estaba interesado en ella, pero mi abogado era demasiado reservado como para lanzarse a la piscina.

Willow soltó mi polla.

No la culpé. Era demasiado para ella y lo comprendí.

—Señor, Finn desea que le dé estos informes.

—Adelante, déjelos sobre la mesa.

Me tensé cuando noté los dedos de Willow rodear mi miembro. Se lo metió en la boca obligándome a morderme el interior de las mejillas para no gritar. Y cómo me chupó, con tanta hambre que podría haber sido capaz de correrme en ese momento.

—Gracias —dije mientras la demonio me miraba, ruborizada.

—¿No está la señora Willow?

Sí.

Chupándome la polla.

Ella rozó con sus dientes mi miembro a modo de advertencia, fue como si me leyera la mente y casi me asusté.

—Ha salido un momento —mentí.

—Ha sido genial lo que ha hecho con su secretaria. Ella es una humana muy fuerte —dijo con auténtica admiración.

Sonreí.

Sí que lo era.

—Mi mujer es la mejor.

Entonces, la pequeña demonio asintió y se despidió.

—Usted también es genial, no solo su mujer.

Menudo giro de los acontecimientos. La inocente demonio también sabía jugar cuando se lo proponía.

Willow tomó mi miembro hasta que noté su garganta. Entonces, eché las manos sobre la mesa, cerrando los ojos y tratando de no gritar. Ella estaba siendo muy mala y yo estaba pagando las consecuencias.

—Mi mujer siempre será mejor —admití.

Ella negó.

Ay no, por favor, que se come mi polla a mordiscos.

—Usted es un ejemplo a seguir y cualquier demonio estaría encantada de estar con usted.

Y ahí estaba.

Eso no lo vi venir.

Llevaba meses en la empresa y jamás había dado la menor pista de interés. Y ahora, que tenía a mi gatito feroz, ¿lo hacía?

¿Después de lo visto?

¿Le gustaba el riesgo?

Siseé, enfadado.

—Coge tus cosas y vete.

La demonio parpadeó confusa y Willow me lamió más rápido, más profundo. Sabía que estaba haciendo un gran esfuerzo porque yo era grande, pero me daba la bienvenida como si hubieran hecho esa boca para mí.

—Señor…

Gruñí.

No sé si de placer o rabia.

—Mi esposa ha dejado claro que matará a todo el que se me insinúe. Salvo tu vida, créeme.

Pobre Finn, tendría que buscarse a otra.

—Lo siento, señor —dijo marchándose a toda prisa.

Por suerte, cerró la puerta.

Entonces fue mi momento de mirar hacia abajo.

Y allí estaba mi Willow con mi miembro en su boca, succionándome tan fuerza que temí perder mi extremidad.

—¿Celosa, gatito? Enséñame cómo te gusto y cómo te gustó que la pusiera en su lugar. Que te reclamase como mía.

No debí hacerlo o sí o yo qué sé.

Me miró y sentí como sus ojos brillaban, después lamió y succionó mi miembro con tanto entusiasmo que yo me deshice en gemidos, gruñidos y berridos de oso mientras moría de placer.

Tanto tiempo esperándolo.

Alimentándome de su lujuria, de su aroma.

Y ahora era mía.

Solo mía.

Estaba tan cerca que noté cómo se me tensaban las pelotas.

—¿Vas a tragar, gatito? —pregunté.

Ella sonrió.

Sí, esta mujer iba a ser mi muerte.

Segundos después me encontré gritando a pleno pulmón mientras me corría en su boca violentamente. Los chorros de mi semilla la inundaron, pero jamás se retiró. Me tomó y tragó mientras todo yo perdía el control.

Solo un poquito salió de sus labios, una mísera gota.

Una que recogí con el pulgar y acerqué a sus labios.

—Hasta la última gota —ordené.

La estaba empujando demasiado, pero cuando ella tomó mi dedo en su boca, supe que era la mujer perfecta para mí.

Me seguía el juego, me atormentaba y ahora me daba el placer que nadie me dio antes.

Bajé porque lo necesitaba, la besé porque me moría por hacerlo y la subí hacia mi pecho porque su cercanía me calmaba.

—Vamos a casa porque no voy a dejarte salir de la cama —comenté entre beso y beso.

Willow sonrió.

—Nunca esperé que fueras así o que llegases hasta el final, gatito.

Ella pareció tensarse.

—¿Decepcionado conmigo?

¿Estaba loca?

—Jamás, eres un tesoro que voy a explorar bien. Tal vez tenga que darme la baja unos días o algo.

Rio.

Su risa lo llenaba todo.

—Eres el jefe —me recordó.

Lo era.

No nos movimos en un tiempo. La dejé sobre mi regazo, apoyada en mi pecho mientras la acariciaba de arriba abajo. No era sexual, solo el contacto de su piel con la mía y la calma que nos proporcionaron.

—Azan, he pensado mucho en algo a lo que no le encuentro sentido, pero no sé si debería preguntar…

Su voz menguada me hizo temerme lo peor. Ella era fuerte, una fuerza de la naturaleza que arrasaba por donde pasaba. Ser ahora tan comedida realmente me asustó.

—Pregunta, gatito.

La sentí tragar saliva.

Su mano estaba en mi pecho, dibujando círculos sobre mi ropa mientras su mente iba y venía en pensamientos.

—¿Por qué no moriste cuando te disparé?

¡Oh!

Esa pregunta.

Siempre pensé que la haría antes.

Al principio esperé, pero poco a poco el tiempo fue pasando y creí que ella no estaba interesada en una explicación. Al final el resultado era el mismo, no cambiaba nada si lo supiera o no.

—Es porque no tengo corazón.

Eso la alertó.

Se incorporó y me miró.

—¿Qué?

Su cara de preocupación por mí me enterneció. No recordaba que nadie se preocupase jamás.

—Tranquila, estoy bien.

Ella negó.

—¿Cómo es eso posible?

Vale, era el momento de hablar. Así pues, metí mi miembro en mi ropa porque no pensaba conversar así. La acaricié y abracé un poco queriendo ser un poco cariñoso con ella, calmándola.

Solo que siguió tensa.

—Bien, gatito, te lo explicaré.

CAPÍTULO 33



WILLOW

—Mi madre es una demonio de alto rango en el infierno. No ascendió, como tantos otros porque su dominio allí abajo es más grande que el que yo puedo ejercer aquí.

Vale, mi suegra era una todopoderosa demonio.

Claro que sí.

Me temí lo peor.

—Siempre nos inculcó, a los cuatro, que ser jefe requiere sacrificios. Ella echó a nuestro padre, creyéndolo débil. Él no se ajustaba a la crueldad que solía mostrar mi madre con sus empleados y enemigos y poco a poco se distanciaron.

Un primor de mujer.

¡Qué joya!

—Durante siglos, estuvimos bajo su merced y pensamiento. Década a década nos entrenó para ser los mejores y así, al ascender, controlar el mundo. Ser los mejores.

Fíjate, no podía bordar la mujer.

—Yo creí mucho de lo que me decía y, cuando llegó mi dos cientos cumpleaños… Dejé que me hiciera el ritual. Ella siempre dijo que eso me haría mejor al resto.

Ritual.

Mal rollo.

—¿En qué consiste ese ritual?

Se tensó.

—Es un hechizo infernal. Consiste en convertir en piedra el corazón del demonio que invoca el pacto a cambio de que los sentimientos no entorpezcan en la misión. Eso me hizo lo que soy, en parte. Luché por ser fuerte, por ser el mejor. Sin escrúpulos, peligroso y sin abrirme a nadie.

Respiró pausadamente.

—Puedo ser un demonio de lujuria, pero debo reconocer que he tenido muy poco de ella. Antes de ti, amor, apenas tenía sexo en décadas. Me servía para seguir vivo y veía el sexo como algo transaccional. Mi objetivo era estar en la cima. Ser el mejor. Por eso no morí, la bala rebotó con la piedra y me auto curé rápido.

Me quedé en silencio total y absolutamente.

Fue como si todo girase a mi alrededor por un momento. De pronto, mi realidad pareció cambiar.

Bajé de su cuerpo necesitando distancia.

Por un momento, sentí que mi corazón, el que le estaba abriendo, se rompía en pedazos.

—¿Gatito?

Estaba preocupado, pero yo lo estaba más.

Él no podía sentir nada.

Ya no hablamos de que era viejo como la tos, que ese era un tema que no me impresionaba tanto. El mismo Finn tenía más de trescientos años y siempre supuse que Azan era mayor.

¿Pero sin sentimientos?

—Yo… Eh… Creo que tengo que tomar el aire —dije sin saber qué decir.

Azan frunció el ceño.

—Willow, dime lo que te pasa, lo que sientes.

No.

Y mil veces no.

Avancé hacia la puerta sin llegar a alcanzarla nunca. Su magia me envolvió llevándome de regreso a su regazo. Entonces me soltó sobre él mientras me miraba a los ojos tratando de descubrir qué pasaba.

—Has dicho que hiciste ese ritual para que los sentimientos no interfirieran en tu carrera.

Asintió.

—Sí. Eso dije.

Entonces lo nuestro no era real.

Era solo el vínculo de pareja. Él mismo dijo que, cuando le disparé en el pecho, hizo medio ritual conmigo. Eso es lo que nos ha estado conectando el uno al otro, nada más. Solo magia demoníaca.

Tomó mi mentón.

—Dímelo, Willow.

Quería llorar.

Gritar.

Pero solo pude hacer un leve quejido lastimero.

—Entonces, no sientes nada por mí…

¿Y por qué esa perspectiva dolía tanto?

¿No era lo que yo quería?

¿No amar a ningún demonio?

Sintiéndome traicionada, quise bajar de él. Lógicamente, ya que Azan no lo permitió, acabé sobre su pecho, llorando sobre su camisa a moco tendido como si me acabasen de romper el corazón.

No sé cómo podíamos pasar del placer a la pena tan rápido.

—Yo no he dicho eso, gatito.

No quise creerlo.

No era real.

Con magia, levantó mi rostro hasta quedar ante sus ojos, los cuales brillaban cuando una emoción fuerte lo atravesaba. Besó mis labios con ternura una vez, otra más y otra más.

—El día en que te vi sentí un latido.

Fruncí el ceño.

—Y el día que me disparaste, otro.

Azan estaba loco o lo estaba yo.

—Desde entonces, mi corazón ha ido latiendo con pequeñas cosas. Cada día cuando te veo al despertar a mi lado, cuando te veo reír con los trillizos, cuando te enfadas y me castigas…

Locos de remate estamos.

—Puede que el ritual me quitase la capacidad de sentir, pero desde que entraste en mi vida lo he hecho. Siento por ti más que por cualquier ser en el universo. Sé que eres mi alma gemela y sé que eres capaz de revertir el ritual porque noto como cada día mi corazón late más por ti.

Sollocé por sus palabras bonitas.

Él me quería a un nivel tan profundo que supe que nadie podría amarme así jamás.

—¿Y tú quieres eso? ¿Revertir el ritual?

Dí que sí o me muero, Azan.

—¡Claro que sí! ¿Cómo puedes preguntarme eso?

Yo no supe qué decir.

Me besó tiernamente, más que nunca antes. Y yo sentí que mi vida era suya, eterna y feliz.

—Sé por qué lo preguntas —respondió Azan a su pregunta—. Y te entiendo, Willow. Amar da miedo y duele muchas veces. Sé lo que has perdido y siento mucho que hayas tenido que sufrir así. Pero nunca dudes de mi amor por ti. Porque te quiero con cada fibra de mi ser desde el primer momento.

Esta vez quise llorar, solo que de alegría.

—Mi corazón late por ti, no hay más prueba de amor que esa. Porque me levanto y me acuesto pensando en ti, en mantenerte a salvo, en ganarme tus sonrisas y tus enfados. En abrazarte y calmar todos tus miedos… En curar ese corazón tan roto que llevas dentro de tu pecho.

Azan volvió a besarme, dulce y pausadamente mientras nuestros sentimientos salían a flote.

—Quiero conseguir que dejes de tener miedo, quiero sanarte en todos los aspectos de tu vida. Que vuelvas a reír de verdad, que no sientas la necesidad de llevar tu mano a tu arma por sentirte

indefensa. Quiero y deseo que seas feliz conmigo.

Asentí con la garganta estrangulada por culpa de todo lo que me había dicho. Era tan bonito que no sabía si podía decir algo que quedase acorde a sus palabras. Era demasiado perfecto.

Y me amaba a mí.

Deseaba curarme a mí.

Vivir eternamente conmigo.

—Yo… Quiero intentarlo, Azan. De verdad.

Mis miedos y mi pasado me empujaban hacia abajo con fuerza, pero quería creer que poco a poco lo estaba consiguiendo. Había algo por Azan, sentimientos que comenzaban a formarse hacia él.

Sentimientos reales que me ponían un poco en lucha con la Willow que fui una vez.

—Lo sé y soy afortunado por ello. Veo cómo te esfuerzas, cómo te entregas a mí a pesar de lo que soy y de lo que hizo mi raza. Jamás creas que no veo la fortaleza en ti porque la veo y eres más fuerte que cualquier ser que haya conocido jamás.

—Azan, yo… Te qu…

Puso un dedo sobre mis labios, cortando mis palabras.

—Shh, gatito. No lo hagas porque yo lo dije, no lo necesito. Solo dilo el día que lo sientas plenamente, el día que estés en paz por tu pasado y tu futuro conmigo. Solo cuando hayas reconciliado esos sentimientos aterradores en tu pecho dímelo. Y seré el demonio más feliz del universo.

¿Cómo podía ser tan perfecto?

¿Y cómo podía tener tanta suerte en encontrar alguien que me quería de verdad?

Volvimos a besarnos olvidando el mundo que nos rodeaba. Nada importaba, solo que nos teníamos el uno al otro.

No éramos de la misma especie, no teníamos ni la misma edad, pero nos complementábamos, aunque a veces pudiéramos querer matarnos el uno al otro. Y eso, comenzaba a ser algo realmente bueno.

—Entonces —comencé a canturrear—, ¿eres sumamente viejo?

Azan fingió ofenderse.

—Gatito, solo tengo quinientos años. Eso, humana mía, es alguien en la flor de la vida.

—Pues yo tengo treinta y algo de años, demonio mío, y digo que sí eres viejo.

Se acercó, me mordió el labio inferior y tiró.

—Y ahora serás eterna a mi lado —suspiró—. Compañera.

Sonreí.

—Compañero.

Y esta vez la palabra no sonó mal en mis labios.

CAPÍTULO 34



WILLOW

AL DÍA DESPUÉS…

Una fiesta.

Azan tenía que preparar una fiesta como a la que me invitó, solo que, esta vez, era para presentarme en sociedad.

Llamadme dramática si queréis, pero la idea no me gustó nada de nada. No podía entender cómo podía querer algo así después de saber que teníamos todas las miradas encima.

Entendía la lógica, era una forma de enseñar los dientes, de decirle al mundo que éramos fuertes y no teníamos miedo, pero… Dato al canto: yo sí tenía miedo.

Y mucho.

—Será divertido —me animó Deniz.

No sabía qué concepto podía tener ese demonio de «divertido».

La última fiesta a la que había ido, me había vuelto loca y disparado un jefe de sector y de la mafia demoníaca.

¿Por qué tendría que estar nerviosa?

Si sobreviví a eso, claramente puedo sobrevivir a cualquier cosa.

Puede que parte de mi enfado se debía a que no había tenido sexo con Azan, todavía. Nos habíamos prometido sexo salvaje y como no me lo diera lo ataba a la cama y lo usaba hasta

satisfacer todas mis necesidades.

—¿Cuántos días faltan? Seguro que puedo mentalizarme para entonces —pregunté.

Warden, que me trajo una Tablet con un par de fotos sobre arreglos florales, fue el que contestó.

—Mañana.

—¡Ah, mañana! Es tiempo…

Mañana.

24 horas.

Mañana.

—¡¿MAÑANA?! ¿Os habéis vuelto locos? ¿Y me lo decís ahora?

Deniz se encogió, pero Warden me regaló una sonrisa amistosa que yo interpreté como incomodidad. No sabían bien cómo contestar a eso.

—Estabas muy ocupada odiando a nuestro jefe y peleando por liberarte de esta jaula. Añadirte obligaciones te hubiera hecho daño —explicó Keighan.

Y la voz de la razón volvió a instaurarse en él.

Era como el Pepito Grillo de los trillizos.

—Necesito alcohol —dije señalando una de las flores.

Warden las anotó y mandó el pedido en un momento.

—Son las diez de la mañana —recordó Keighan.

Bufé.

—Arg. Deja de ser la voz de mi consciencia y dame algo. Alcohol, drogas, chocolate, lo que sea. Aceptaré cualquier cosa —pedí.

Estaba estresada.

Y no había sido follada.

Una mujer tiene necesidades y o me las saciaban pronto, o juro que iba a comprar el consolador más grande que viera por internet.

—Ten —dijo Deniz tendiéndome una barrita de chocolate.

—Te quiero —dije, hormonal perdida mientras comía aquel alimento de dioses.

¿Me estaría por bajar la menstruación?

Pues que se esperase porque yo pensaba tener sexo con Azan, no podía fastidiarme el plan.

Warden me habló sobre la fiesta. Toda la alta sociedad humana y demoníaca siempre asistía. Eran mimados y cuidados, además de untados en dinero, para mantener el estado de control que Azan mantenía.

Comerciaban con él, sacaban tajada de que estuviera al mando y lo temían a partes iguales. Sabían que, en caso de desearlo, Azan podía matarlos sin piedad alguna. Eso los mantenía alerta y siempre intentando hacer la pelota al jefe.

El jefe.

Azan.

Mi esposo.

El mismo demonio que hoy no me había llevado a su reunión. No es que me muriese de ganas, precisamente, pero ahora comenzaba a notar la ausencia.

Hoy se había reunido con un par de jefes de sector en los que confiaba. Iba a explicar lo que Rashka había hecho, lo que sospechábamos que tramaba y lo que podía pasar si alguien se unía a esos planes.

Llevarme no era una opción porque era ponerme demasiado cerca con sus amigos/enemigos.

Porque no podía confiar en otros jefes, todos ansiaban su puesto.

Me senté en mi sofá favorito. Era rojo, mullido y parecía que te abrazaba cuando te sentabas. Además, estaba blandito y eso es lo que necesitaba en estos momentos. Me dejé caer con fuerza y sollocé.

***

DENIZ

—¿Deberíamos llamar al jefe? —pregunté.

Mis hermanos se reunieron a mi alrededor. Los tres miramos, con cierta preocupación, hacia nuestra jefa. Ella parecía haberse deshecho sobre el sofá mientras se rompía en pequeños sollozos.

—Creo que está menstruando. Dicen que las hembras humanas se ponen así —explicó Warden.

¿El sangrado?

Tal vez lo mejor era llamar al médico, porque si le pasaba algo, el jefe nos colgaría de los pulgares y nos mataría.

—¿Tú crees? —preguntó Keighan con recelo.

Las demonios hembras se volvían locas durante la menstruación, no de forma literal, pero sus poderes explotaban a su alrededor al mínimo cambio de humor. Ellas eran como una especie de bomba con patas.

¿A Willow le pasaría lo mismo?

—¿Y qué hacemos? —pregunté con ansiedad.

Necesitaba ayudarla.

No era solo mi jefa, quería creer que también era mi amiga.

—Internet dice que algo de chocolate y algo salado —explicó Keighan.

¿Ponerle sal al chocolate bastaría?

Los tres se miraron.

—¿Patatas de bolsa? —preguntó Warden.

Eso podría servir.

Nos pusimos manos a la obra. Cogimos un bol y lo llenamos de patatas de tres sabores distintos, después, tomamos más chocolate y nos la quedaron mirando como si ella tuviera telepatía y pudiera saber que le ofrecíamos comida como ofrenda de paz.

—Puede que eso sirva —dije con entusiasmo.

—Deniz, llévaselo tú que eres su favorito —declaró Warden.

¿Yo?

¿Por qué yo?

A ver, me encantaba ser su favorito, pero me daba miedo que me disparase por acercarme.

—Vamos, Deniz, no seas blando o ella empeorará y nos arrancará la cabeza —comentó Keighan como si nada.

¿Podía hacer eso?

Iba a colapsar de miedo.

—¿Willow?

Ella graznó como si fuera un animal salvaje.

Se había envuelto en una manta mullida y parecía estar como si de un rollito de primavera se tratase.

—Te traigo dulce y salado para que te sientas mejor —canturreé.

Willow no salió inmediatamente de la manta. Estaba sentada, encogida y tapada completamente. Sentí que tenía que llamar a una especie de timbre para que me abriera y me mirase.

Cuando salió, algo no iba bien.

Su rostro estaba pálido, se le había oscurecido bajo los ojos, como si tuviera ojeras de no descansar bien. Sus ojos estaban vidriosos y parecía respirar con cierta dificultad añadida.

—¿Willow?

—Deniz, no me encuentro muy bien.

Sí.

Menstruación.

La curaría con chocolate y patatas.

—Mira, esto te hará sentir mejor.

Sonrió a medias, dejándome entrever que sentía dolor. Se encogió sobre sí misma llevándose las manos al estómago.

—Deniz, duele…

—Si la menstruación hace eso, debemos llamar a un médico.

Willow volvió a mirarme.

—No tengo la regla, no estoy sangrando. Es otra cosa.

Esta vez gimió de dolor encogiéndose de nuevo. Sollozó como si acabase de recibir un puñetazo en el estómago y gimoteó cuando quise acercarme.

—Deniz… —lloró.

Solté la comida en el suelo, la jefa estaba mal.

No sabía qué hacer, ni si estaba bien lo que pensaba, no obstante, me acerqué a ella y la estreché entre mis brazos con sumo cuidado. Entonces ella gritó como si mi toque fuera el más mortal de todos.

—Duele… —se quejó.

Mis hermanos llegaron a mi lado con bastante rapidez. La observaron desde lejos. Sudaba y empezaba a quejarse como si tuviera algo dentro de sí que la estuviera dañando.

Cayó su manta, obligándola a temblar.

Tenía frío.

—Te taparé —avisó Warden.

Con cuidado de no tocarla, la envolvió de nuevo en la manta. Ella se estremeció, lloró y se quejó.

Warden tocó su frente unos pocos segundos. Willow luchó por apartarse, pero le fue imposible. Eso la hizo llorar más agónicamente.

—¿Estás loco? —le pregunté.

—Tiene fiebre —sentenció.

Nuestra jefa tenía algo.

Temblando, fui a por mi móvil, el cual había dejado sobre la isla de la cocina. Desbloqueé y llamé al jefe sin dudarlo ni un instante. Si algo le pasaba a Willow mientras la cuidábamos…

No me lo perdonaría jamás.

—¿Sí?

—Jefe, tenemos un problema.

No quería asustarlo, pero Willow profesó un sollozo que fue imposible que no lo escuchara. Entonces siseó.

—¡¿Qué ocurre?! —bramó.

—La jefa no se siente bien. Ha sido de golpe, llora, se queja de mucho dolor y tiene fiebre —expliqué.

Varias palabras malsonantes resonaron a través del altavoz del teléfono.

—Llama al médico inmediatamente. Llegaré allí en cuanto pueda, estoy en el sector cuatro y, al menos, son dos horas de viaje —explicó luchando por estar calmado.

Solo que, nosotros, lo conocíamos bien y sabíamos lo mucho que le importaba la jefa. Por dentro estaría completamente desquiciado por los nervios.

—Sí, jefe —dije.

Y vi que Keighan ya estaba llamando al doctor.

—Pásame con ella, Deniz.

Corrí obedeciendo a su orden, caí de rodillas ante una Willow que empeoraba por momentos.

Sus labios se estaban volviendo azules, su piel cada vez más clara y sus ojos inflados por el llanto. Se revolvió sobre sí misma y sonó un «clack» como si uno de sus huesos hubiera estallado de repente.

—¿Gatito?

Ella lloró desesperada al escucharlo.

—Azan, no sé qué me pasa —dijo rompiéndonos el corazón a todos.

—No podemos tocarla, señor —explicó Warden—. Repele el contacto.

Hubo silencio en la línea unos instantes.

—Voy de camino, Willow. Aguanta para mí, ¿vale? El doctor llegará pronto, amor —explicó con dulzura.

Ella se encogió de dolor gritando ferozmente.

—Duele —lloró.

—Estaré contigo pronto, estarás bien, lo prometo.

Asintió sin que Azan pudiera verla.

—Azan, es como si me partieran en dos. Te necesito —suplicó como si él fuera el aire que necesitaba para respirar.

Los trillizos se acomodaron a su alrededor, la protegerían ferozmente.

—Voy a toda prisa, amor. Aguanta para mí —pidió Azan.

Entonces, el terror se me atascó en la garganta cuando vi que perdía el conocimiento.

Grité.

—¡¿Qué ocurre?! —gritó Azan al otro lado de la línea.

Warden la levantó con suavidad. Ella, a pesar de haber perdido el conocimiento, seguía encogiéndose con dolor.

—Respira, pero el dolor continúa —explicó mi trillizo.

La tumbamos queriendo que estuviera cómoda.

—Ha perdido el conocimiento, jefe —le expliqué a un Azan desesperado.

Sus ojos aletearon suavemente, abriéndolos recuperando la consciencia en ese momento. Se lo dije al jefe, quién parecía estar al borde de un ataque al corazón. No lo culpaba, yo estaba igual y la estaba viendo.

—Tranquila, jefa, la ayuda viene en camino.

Ella sonrió con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

—¿Azan? —preguntó, esperanzada.

—Sí. Viene a por ti. Va a cuidarte mucho.

Volvió a cerrar los ojos de nuevo.

CAPÍTULO 35



AZAN

Mi corazón latía a toda prisa.

Mi maldito corazón.

Ese que convertí en piedra.

Había vuelto a mí con tanta fuerza que galopaba en mi pecho amenazando con matarme.

Escucharla llorar me había roto por dentro. Nunca había escuchado nada más desgarrador que ese sonido. Sabía que iba a acompañarme el resto de mi existencia, que soñaría con aquella pesadilla.

Willow entraba y salía de la consciencia. Luchaba contra algo que la aquejaba y no sabíamos el qué.

Y solo pedía por mí.

Una y otra vez.

Y yo estaba demasiado lejos.

Llamé a Kaín cuando Deniz me colgó. Sé que lo hizo porque los llantos de Willow me estaban volviendo loco, pero estaba muerto de preocupación.

—Dime que estás cerca de mi casa —pedí.

Por favor.

Por favor.

Por favor.

—Lo estoy. Te traía papeleo aburrido, mucho —bromeó.

Comenzaba a agradecer que este ser fuera mi hermano y que le hubiera descubierto tantos siglos después.

—Ve a mi casa, algo le pasa a Willow. No para de llorar y de quejarse de dolor. Es horrible escucharla —reconocí.

Kaín jadeó.

—Voy inmediatamente. ¿Se ha llamado a un doctor?

—Sí.

Lo escuché correr, sus zapatos repicaban con el suelo tan fuerte que parecía que llevase tacones. Sabía que no, era esos zapatos caros que se compraba, pero no pensaba bromear con eso.

Willow era más importante.

—No sé por qué está así, Kaín. Estaba bien cuando la dejé.

Necesitaba una explicación.

¿Le habría contagiado alguna enfermedad mortal demoníaca?

¿Eso era posible?

—¿Tú te sientes bien?

—¡Al borde del infarto! ¿Tú que crees?

Vale, mi hermano era más idiota de lo que pensaba.

—Antes de saber lo de Willow. ¿Te has encontrado mal? —preguntó Kaín.

No.

Todo estaba como siempre.

Bueno, había sentido más picor de la cuenta en mi piel. Parecía estar más necesitado y me dolía un poco la cabeza, cosa que achaqué a la promesa que nos habíamos hecho Willow y yo.

—Me sentí algo mal, más necesitado, pero nada grave.

Kaín respiró profundamente.

—¿Has pensado que sea el vínculo de pareja? —propuso Kaín.

¿Ese dolor se lo estaba provocando yo?

¿Por alejarme?

Gruñí.

Si ella pensaba que me había mantenido cerca hasta la fecha… Iba a pegarme a su espectacular trasero y no iba a dejar de tocar su piel.

Me sentí miserable.

—Nunca pensé que el vínculo pudiera hacerle eso.

—Nadie lo sabía, está en desuso —me consoló Kaín.

Pero a mí me seguía doliendo el pecho mientras conducía hacia casa.

Yo le había hecho esto.

Estaba llorando y sufriendo por mí.

Y yo me sentí el peor esposo de la historia.

***

AZAN

Cuando entré en casa, corrí sin mirar atrás. Los encontré a todos, doctor incluido, en el salón alrededor de un sofá. Willow no gritaba, pero sus pequeños quejidos y sollozos seguían estando ahí.

—Tuve que darle un somnífero suave, señor —me dijo el doctor.

Me preocupé todavía más.

¿Había habido que sedarla?

—El dolor era horrible —comentó Deniz visiblemente afectado.

Kaín me miró confirmando lo que los trillizos parecían haber pasado. Los tres estaban apagados, mirando a Willow con tanta pena que supe que aquellas horas habían sido un infierno.

Con cuidado, me acerqué a ella. Arrodillándome en el suelo, acaricié su rostro mientras apartaba el pelo de su cara.

—Hola, gatito.

Parpadeó como si luchase por salir del aturdimiento.

—¿Azan? —preguntó con un susurro.

Y cuando por fin volvió a enfocar el mundo de nuevo, se lanzó sobre mí a tal velocidad que no lo vi venir. Sus brazos envolvieron mi cuello al mismo tiempo que ella ponía su rostro sobre mi hombro.

Se aferró a mí con tanta fuerza que creí morir de alegría.

—Azan…

La abracé levantándome al mismo tiempo.

—Gatito, lo siento muchísimo. Si hubiera sabido que los efectos en humanos eran tan demoledores, yo jamás…

No pude continuar cuando la escuché llorar sobre mí. La tenía en mis brazos de nuevo y su delicado cuerpo temblaba mientras se deshacía sobre mí. Se aferraba con tanta fuerza que sentí que iba a dejarme las marcas de las uñas en mi piel.

—Azan, Azan, Azan —suspiró con alegría.

Me sobrecogí.

Su necesidad era tan grande, que su cuerpo luchaba contra la medicación y tenerme sujeto. Siguió aferrada a mí con fuerza, con auténtica desesperación y comprendí que tenía miedo a que me fuera.

—No voy a irme, Willow, estoy aquí para ti.

El médico carraspeó.

—Señor, ella debería descansar. Ha sentido como sus huesos se rompían una y otra vez.

Lo miré con urgencia y el hombre levantó las manos a modo de rendición, temiendo que yo le dañase.

—Fue psicológico, su mente y el vínculo lo provocaron, pero el dolor fue muy real me temo.

Acepté eso con la garganta cerrada, pensar todo lo que había sufrido durante horas me puso más rojo de ira.

Yo se lo había provocado.

Me la llevé a nuestra habitación. Necesitaba sentirla cerca, que la podía proteger de todo mal, hasta de mí mismo. Ella ahora tenía que descansar y lo haría conmigo alrededor.

Cuidándola.

—Lo siento muchísimo, Willow. Ojalá hubiera podido absorber tu dolor —dije respirando en su pelo.

Ella, casi como si no me escuchase, puso su nariz en mi cuello y aspiró. Gimió llevándose toda mi esencia, asumiéndola en sus papilas olfativas, después lamió y no lo vi venir.

Me estremecí con su toque.

—Azan… —jadeó con necesidad.

Llegué a la habitación sin saber cómo porque Willow había cambiado tanto su comportamiento que me descolocó. Estaba retorciéndose en mis brazos y no precisamente de dolor.

Volvió a olerme antes de lamer desde la base del cuello a mi oído. Ahí tomó mi lóbulo con los labios y me arrancó un gemido.

—Mío —susurró.

¡Oh!

Me estaba reclamando.

A trompicones, conseguí dejarnos sobre la cama mientras todo el mundo parecía dar vueltas.

Descansar.

El doctor dijo descansar.

La mirada que Willow me echó entonces me dijo que no pensaba descansar ni un poco. Poniéndose a cuatro patas, gateó seductoramente hacia mí y yo contuve el aliento.

Debía ser un macho fuerte.

Honorable.

—Quiero chuparte la polla, Azan. Y que me folles muy duro —canturreó Willow.

No soy un maldito macho honorable.

Soy un demonio.

Y la follaría hasta que no pudiera andar.

Llevando sus manos hacia mi pantalón, Willow se había propuesto que me corriera solo con verla. No pude más que tomarla de las muñecas y mirarla con verdadera pasión.

Usé mi magia para levantarla, después, llevé sus brazos a la espalda y la contuve con mi magia. Y, por último, tomé su barbilla acercándola a mi boca para tomarla. Era uno de mis lugares favoritos.

Y esperaba encontrar otros.

Gemimos cada uno con el sabor del otro. Nuestras lenguas danzaron y se golpearon tratando de ganar terreno en la boca del otro. Al final, mordí su labio inferior tirando hacia mí.

No rompí su piel, aunque lo rocé.

Y ella gimió tan dulce que sentí que mis pelotas iban a explotar.

—Willow, necesitas descansar… —traté de hacerla reaccionar.

El vínculo estaba quemando el somnífero a la velocidad de la luz, ella estaba a punto de arder en sí misma si no la tocaba.

Y yo estaba loco por hacerlo, solo que, por ella, quería hacer las cosas bien.

—Te necesito, Azan y te juro que, o me das lo que quiero o te disparo.

Siempre tan agresiva.

Mi preciosa sanguinaria.

—Voy a darte lo que quieres —dije tomándole la barbilla.

La besé.

La mordí.

La consumí.

—Solo espero que puedas aguantar todo lo que tengo para darte —advertí.

Y su mirada me dijo que aceptaba el desafío y doblaba la apuesta.

Era perfecta.

CAPÍTULO 36



AZAN

Mi leona se lanzó sobre mí a toda velocidad. Me dio tiempo a cogerla, pero antes de procesar lo que estaba ocurriendo, ella había envuelto mi cintura con sus piernas y mi cuello con sus brazos y me estaba besando.

¿Besando he dicho?

Comiéndome.

Su cintura se frotó sobre mi dolorosa erección, la fricción nos hizo desgarrarnos un poco con un largo gemido que engullimos en la boca del otro.

Sentí como soltaba mi cuello para abrir los botones de mi camisa. Para evitar que cayera, usé mi poder para sujetarle el trasero y así seguir moviéndome cerca de su sexo, friccionando como si nos fuéramos a consumir ambos.

Botón a botón, no soltó mi boca.

Estaba desatada, desesperada por la pasión que corría en sus venas y yo me estaba alimentando de su lujuria.

Su genial y fantástica lujuria.

Nada sabía como ella.

Sentí dolor cuando me dio un leve mordisco en el labio inferior. Tiró de él y lo soltó mientras me miraba a los ojos sonriendo.

Traviesa.

—Te necesito —suplicó con los ojos vidriosos por el deseo.

La estreché todavía más contra mí después de conseguir quitarme la dichosa camisa. El gemido que soltó Willow ante el contacto con mi piel fue desgarrador, un sonido que siempre amaría.

—Me muero por estar dentro de ti, Willow —dije con los dientes apretados.

Mi necesidad iba en aumento y pronto mi autocontrol saltaría por los aires.

Frustrado por no sentir más de su piel, la bajé al suelo y tomé su ropa. Rasgué su camiseta por la mitad mientras ella jadeaba por la sorpresa. La mía fue mucho mejor porque sus pechos se desparramaron ante mis ojos con demasiada sensualidad.

No llevaba sujetador y eso me hizo mirarla, consumirla.

—Ups —dijo ella sin rastro de arrepentimiento.

—He decidido que ahora siempre irás desnuda, para poder follarte siempre que quiera —ordené antes de tomar uno de esos carnosos pechos en mi boca.

Su sabor me embriagó.

Sabía que no existía nada mejor que eso.

Las manos de Willow vagaron por mi musculoso pecho, después por mis hombros y mis brazos. Su toque hormigueaba y dejaba mi piel caliente tras su toque. Era la mejor, me tenía perdido en un mar de sensaciones.

—Si voy siempre desnuda —jadeó—, me verán todos.

Siseé mordiéndole lo justo un pezón.

Su gemido casi me hizo correrme.

—Nunca, nadie te verá. Desnuda en la habitación entonces, siempre —dije con la boca llena siendo incapaz de dejar de alimentarme con sus pechos.

Salté al otro justo en el momento en el que las manos de Willow cayeron en mi pelo. Entretejió sus dedos con mi cabello y acarició mis erógenos cuernos. Le gruñí advirtiéndola.

Si se agarraba, iba enloquecer.

Pero Willow no era de las que se amedrentaba. Se agarró a mis cuernos como si fuera el manillar de una moto y rugí en consecuencia.

Tomándola de la cintura, la tiré sobre la cama como si acabase de hacerle un placaje. Ella resonó un ligero «uff» antes de reírse.

Iba a darle motivos para reír.

Le arranqué las botas y corté los pantalones con las garras. No quería entretenerme con la ropa, ya le compraría más, ahora solo necesitaba su cuerpo caliente bajo el mío, alrededor de mi erección.

Un delicado tanga rojo me esperaba como premio.

Con su respiración alterada, Willow me miró expectante y no la decepcioné. Rasgué ese trozo de tela que tapaba lo que tanto me moría por probar. Solo el olor de su lujuria ya estaba haciendo que salivase con mis colmillos alargados.

Besé su vientre cortándole la respiración y me reí. Mi cola, hasta entonces inactiva, ascendió por una de sus piernas hasta su sexo. La humedad me dio la bienvenida y dejé escapar un ronroneo complaciente.

Era tan buena para mí.

—No quiero volver a separarme de ti. Si tengo que ponerte una correa dorada te compraré la más cara y lujosa y te comeré el coño a todas horas para que te olvides de todo —grazné.

Lamí un camino desde el ombligo hasta sus pechos, allí me atiborré metiendo un pezón en mi boca y haciendo rodar el otro con los dedos. Sabía que cada vez que se estremecía por mi toque, una corriente eléctrica bajaba hasta su sexo.

Y me encantaba sentirla estremecerse.

Mi cola la acarició con cierta calma, colmé su clítoris de atenciones mientras seguía bebiéndome sus pechos y empecé a notar como volvía a agarrarse a mis cuernos. Tal vez hasta empujó guiándome hacia donde me quería.

—¿Quieres algo, gatito?

—No me hagas suplicar —resopló mirándome completamente.

Sí.

Eso estaría bien.

—Solo un poco, sé una niña buena y dime qué quieres.

Ella se sonrojó.

—Cómeme —dijo.

Uhmm.

Estaba bien, pero quería más.

¿Eso me hacía un cerdo codicioso?

—¿El qué? ¿Un pie?

Su cara de asco me dijo que no.

Bueno, ya lo probaríamos otro día.

—¿Entonces qué va a ser, gatito?

Frustrada, se sonrojó hasta la punta de las orejas.

—El coño, cómeme el coño, Azan o te juro que voy a morir.

Ah bueno, eso era otra cosa.

Mi cola entró en ella, la golpeé duramente porque su humedad dejó que me deslizara en su interior como nada. No tardé en comenzar a moverme adentro y afuera marcando un ritmo demoledor.

La vi agarrarse a las sábanas, me encantó.

Entonces tomé su clítoris entre mis labios y el orgasmo la golpeó duramente. Fue sin avisar, el placer explotó recorriendo todo su cuerpo. No la solté entonces, tomé lo que me daba alimentándome al mismo tiempo.

Volviéndome invencible con su lujuria.

Era exquisita.

Tomando su cintura con mis manos, la apreté contra el colchón inmovilizándola y seguí comiéndola con gusto.

Sus pliegues, su humedad y sus gritos me instaban a seguir saboreándola como nunca antes. Además, la torturaba con mi cola sabiendo que todo su interior estaba estremeciéndose con cada embestida.

Me encantaba verla así, despeinada, con los ojos vidriosos y las mejillas sonrojadas por el

placer.

Amaba cada expresión que me regalaba.

—Córrete de nuevo —ordené.

Ella, obediente y buena, lo hizo llegando con un grito que desgarró su garganta.

Se removió con fuerza. Entonces usé mis poderes para levantar sus brazos sobre la cabeza y anclarla allí.

—Eres una chica tan obediente —dije mordiéndole un poco el clítoris.

Ella se revolvió.

—Tan caliente para mí. Voy a marcarte de todas las formas posibles y pienso morder tu cuello, marcarlo con mis dientes para que todos sepan que eres mía y que te follo mucho.

Willow se rio.

—¿Qué me follas? Por ahora eso no ha pasado y es una pena —bufó.

Torturé su clítoris un poco más sabiendo que un tercer orgasmo estaba llegando. Entonces mi cola profundizó un poco más y aumentó la velocidad. Fue tal su placer que supe que os gritos se habían podido sentir a kilómetros.

***

WILLOW

—Azan —respiré—, me muero.

Tres orgasmos seguidos no era poca cosa. Sabía que mi cuerpo estaba hecho mantequilla y no habíamos hecho nada más que empezar.

—No te mueras, gatito —rio él.

Serpenteando, conseguí liberarme de su agarre. Ahora me tocaba a mí y pensaba aprovecharlo mucho. Él ya me había torturado lo suficiente como para cambiar de posición.

Sonreí tocando la apertura de su pantalón.

Solo cuando sentí la magia de Azan rodear mis muñecas como unas esposas, supe que no iba a ser tan fácil.

—¿Quieres mi polla, gatito?

Asentí.

—Palabras, Willow, necesito palabras —ordenó dominantemente.

—Sí —suspiré.

La boca me hacía agua por poner esa magnífica erección estriada entre mis labios.

—De rodillas.

No luché.

Acaté la orden sumisamente, dejándome llevar hacia el suelo y quedando a su merced.

Con un chasquido, su ropa desapareció quedando gloriosamente ante mí. Brutalmente hermoso, peligroso y caliente. Era increíble, Azan era una maldita obra de arte que me estaba consumiendo poco a poco.

Levantando la polla con su propia mano, vi como Azan se acercaba y me invitaba a inclinarme hacia él. Lo hice, quedando mi boca en la base de su miembro hinchado y necesitado.

—Si te portas bien, dejaré que me comas la polla tanto como quieras.

Yo contesté dándole un leve mordisco en las bolas.

Se estremeció de los pies a la cabeza.

Me levantó una ceja.

—No seas mala, gatito o no dejaré que te corras.

Gruñí.

Y se puso más duro.

Su poder me sujetó la barbilla, yo simplemente abrí la boca, inmovilizada con su magia y esperé. Entró en mí lentamente, dejando que me acostumbrase a su tamaño y la saborease con verdadero placer.

Los dos gemimos por distintos motivos.

—Eres una visión —me aduló.

No contesté porque su miembro me llenaba la boca.

Por un momento, saber que él estaba llevando el control de la situación me calmó. Fue como si yo pudiera poner, por primera vez en años, la mente en blanco y permitirme solo disfrutar.

Azan usó mi boca para su placer.

Yo lo saboreé, lo lamí mientras entraba y salía sin llegar a ahogarme. Estaba estriada, era grande y gruesa y sabía bien. Cerré los ojos unos segundos embriagándome de este momento.

—Ojos en mí, gatito, necesito verte con mi polla en tu boca.

Obedecí.

Lo miré como si fuera el único ser en el universo en existir. Así me sentía, que mi mundo empezaba y acababa con él.

Verme así lo hizo enloquecer. Aumentó el ritmo mientras yo lo lamía, siempre calculando milimétricamente no ahogarme. Lo agradecí y succioné tan fuerte que pensé que iba a arrancarle la piel.

No se quejó, al contrario, gruñó tomando mi boca fuertemente.

—Gatito… —suspiró de placer.

Cuando la magia soltó mi barbilla, él salió de mi boca. Me alzó con rapidez besándome con brusquedad.

Ya no era el Azan tierno, esta versión estaba fuera de sí.

Feroz.

Hambrienta.

—Necesito tomarte ya —gruñó apretando los dientes.

Eso me hizo sentir como una diosa.

—¿Vas a meterte muy adentro de mí?

Azan gruñó, se sintió más como un animal en celo que como un demonio. Y me estuvo bien.

Haciéndome flotar hasta la cama, la magia de Azan me abrió las piernas de par en par ayudándole a colocarse en medio de ellas. Su cuerpo encajó sobre el mío perfectamente, como si así siempre hubiera destinado a estar.

Acaricié sus hombros, descendí hasta su pecho y, subiendo al cuello, lo atraje hacia mí para besarlo.

Era magnífico.

—No puedo ir despacio… —me confesó poniendo su frente sobre la mía.

Mi vientre se agitó al sentirlo.

—No lo hagas —lo animé.

Tomando un pecho en su boca, Azan comenzó a frotarse contra mí. Su muy duro miembro se mojó con mi humedad. Subió, bajo y así dejando que mi clítoris se llevase toda la atención.

Azan era insaciable.

Tomaba mi lujuria y la convertía en algo más. Más oscuro, más perfecto, consumiéndome hasta acabar conmigo.

—Toma mi polla, gatito, y métetela —ordenó.

Caliente como si mi piel fuera a arder, bajé la mano y la metí entre mis piernas. Acaricié su enorme longitud para después guiarla hasta mi entrada. La deposité allí cuando la punta entró un poco.

Gemí.

Y volví a hacerlo.

—Eres mía, Willow. Ya no te podía dejar ir antes, pero ahora, con tu dulce coño dándome la bienvenida… No te irás jamás —sentenció.

Entró en mí sin contemplaciones.

Grité de placer cuando su miembro me estiró más de lo que nadie hubiera hecho jamás. Su polla me penetró y sus estrías casi me hicieron poner los ojos del revés por el placer que me proporcionaban.

Y siguió entrando, dejando que mi cuerpo se acostumbrara. Lentamente, centímetro a centímetro golpeó hasta que quedó encajado hasta la empuñadura. Fue tan placentero que ambos gritamos al unísono.

Me miró a los ojos y me congelé.

Estaban tan iluminados como el fuego del Infierno.

Placer crudo se reflejaba en ellos.

—Azan… —grazné con la garganta en carne viva de tanto gritar.

Una vez acostumbrada a su grosor, ya no tuvo piedad de mí. Tenía razón cuando dijo que no iría despacio. Comenzó a moverse con fuerza, la habitación se llenó de gemidos y el sonido de nuestros cuerpos chocar una y otra vez.

Bombeaba dentro y fuera de mí como si estuviera poseído. Yo moví mis caderas, levantándolas para ayudarle a llegar más lejos, más profundo, para que tomase todo de mí.

Su magia me ayudó a permanecer en esa postura.

No podía mover las piernas porque él me seguía sujetando, pero no me sentí prisionera. De una forma retorcida era libre.

—Grita para mí, quiero todo lo que tengas —ordenó Azan lamiéndome el cuello.

Bombeó con más fuerza, tanta que sentí que acabaría sin andar en días y no me importó. Ahora lo necesitaba a él, a su fuerza, a lo magnífico que era y a esa lujuria que él desprendía.

Sus manos tomaron mis muñecas llevándoselas sobre mi cabeza. Me restringió con su magia y sonrió peligrosamente.

—¿Te gusta estar a mi merced?

Sentí como mi coño se estremecía de golpe apretándolo como el tornillo de un banco.

Azan cerró los ojos un instante por el placer.

Y esta vez le sonreí yo.

—Sí, me gusta cómo me tomas, Azan —contesté.

Su velocidad fue a más.

Entonces recordé que no era humano. No seguía las leyes que conocía hasta la fecha y tenía una fortaleza superior.

Sus duras embestidas nos convirtieron en un manojo sudoroso de cuerpos, miembros y besos jadeantes.

Mi piel ardía por completo, lo sentía cada vez más adentro.

Gemí.

Me retorcí bajo su fuerte toque.

Y grité cuando el orgasmo llegó.

Entonces sentí los colmillos de Azan atravesar la parte donde hombro y cuello se juntaban. Su boca se afianzó allí bombeando con dureza. El dolor fugaz no tardó en convertirse en un placer tan crudo que me enloqueció.

Casi perdí el conocimiento.

—Más, Azan, más.

***

AZAN

Mi mordedura la enloqueció.

Marcarla como mía, algo también en desuso, provocó que se volviera todavía más salvaje. Desatándola de mi poder, tomé su boca y salí de sus entrañas, aunque por poco tiempo.

La giré sobre sí misma y fue ella la que ronroneó para mí.

Dejándola hacer lo que quisiera, ella se colocó a cuatro patas. Inclinándose hacia abajo, dejó que su cabeza cayera sobre la almohada mientras su trasero quedaba bien al aire, expuesto.

Ofreciéndose como si fuera un sacrificio a los dioses.

Sé que mis fosas nasales se dilataron ante la imagen que tenía ante mí.

Agarré sus caderas teniendo cuidado de no rasgar su piel con mis garras. Las enfundé mientras la obligué a separar más las rodillas para que me dejara espacio. Besé su espalda, haciéndola temblar.

Entré de nuevo en ella, esta vez de una sola embestida, hasta que quedé enfundado en su calidez.

Gritamos juntos.

Empecé a moverme y ella me acompañó. Nuestros cuerpos sudorosos chocaban haciendo música. Era un sueño, un maldito sueño que cumplía al estar allí, dentro de ella con mi marca en su cuello.

Su sangre en mi boca me había extasiado y había lamido el punto sellando la herida que luciría siempre.

Todos verían lo mucho que me pertenecía.

Solo esperaba que ella hiciera lo mismo conmigo, llevaría siempre su mordisco al descubierto para que todos supieran que mi reina me reclamaba también.

Perdido en ese pensamiento, bombeé de tal forma que ella se escurrió de mí. Rio y me miró por encima de su hombro con un levantamiento de ceja similar a «¿Estás por lo que estás?».

Volví a entrar en ella, solo que esta vez mi magia la ató de pies y manos. Ella se quedó congelada un segundo antes de relajarse ante mí, dejó que llevase el control. Cedió ante mí, confiándome su cuerpo, su deseo y su placer.

Era un gran honor.

Mojé mi cola en sus jugos y subí poco a poco hasta su agujero fruncido. No tardó en paralizarse al notarme tan detrás.

—A…zan… —la voz le tembló.

Acaricié su espalda con ternura, no quería asustarla.

—Shhh, amor, estoy aquí.

Ella bufó, su orgasmo estaba muy cerca a pesar de las dudas de lo que quería mi cola.

Con el uso de mi magia, traje hacia mí un bote de lubricante que había comprado para mi gatito.

—¿Alguien te ha tomado por aquí, amor? —pregunté.

Su temblor me dijo que no, que eso no había pasado.

Uhmm eso me hizo bombear un poco más fuerte.

Ella bajó la cabeza hacia la almohada y gritó.

—¿Me dejarás?

Era un demonio, no un idiota. El consentimiento siempre iba por delante.

La vi dudar, aunque la premié con besos y caricias en la espalda mientras se lo pensaba.

—No te haré daño, gatito.

Asintió cediéndome su cuerpo un poco más. Casi llego en ese momento.

—¿A la vez? —preguntó por encima de su hombro, algo asustada y excitada a la vez.

—Sí —contesté poniéndole lubricante con un dedo.

Después, usé mi cola para penetrarla un poco.

Ella jadeó ante el toque.

—¿Estás bien?

Willow respiró con dificultad y asintió.

—No iré muy profundo esta vez —le advertí.

No quería dañarla. Poco a poco se iría abriendo a mí hasta que pudiéramos hacer más. Hoy me conformaría con tomar su sexo y que ella tomase la punta de mi cola en la parte de atrás.

La penetré un poco más mientras masajeaba con la cola.

Gimió.

—AHHH, Azan…

Fingí no escucharla, pero embestí como si me fuera la vida en ello.

Era perfecta.

Su calidez se estrechaba a mi alrededor enloqueciéndome. Su cuerpo me daba la bienvenida por completo. Ella, rendida ante mí, con su trasero en el aire mientras yo la agarraba por la cintura.

Afiancé mi agarre, me apreté contra ella.

Y la tomé a la vez por delante y por detrás.

Alterné entre mi cola y mi polla, cuando una entraba, la otra salía y me perdí en ese baile erótico.

Willow mordió la almohada acostumbrándose a mí unos segundos, después igualó mis gemidos y los aumentó todavía más. Todo el sector iba a escucharla, a saber que el rey reclamaba a su reina.

Que su reina le daba la bienvenida a su cuerpo.

—¡Estoy muy cerca, Azan!

—Vamos, gatito, córrete sobre mi polla.

Y lo hizo.

Bramó al cielo mientras su orgasmo la hacía estremecerse de los pies a la cabeza. Fue un espectáculo de ver que me empujó al borde de mi propio abismo. Caí en él sin ser capaz de contenerme.

Aumenté el ritmo buscando explotar, lo hice y solo pude sentir el «plaf» que emitíamos al chocar. Sus gritos y los míos danzaron juntos hasta que todo en mí voló por los aires.

Levanté la cabeza rugiendo mientras llegaba, vaciándome en su cuerpo a chorros, perdiéndome en una bruma de placer que me dejó sin aire y jadeando.

Después, me desplomé a su lado, teniendo cuidado de no aplastarla. La liberé de mis ataduras y la acuné contra mi pecho porque necesitaba ese contacto. Su piel desnuda contra la mía y mi semilla escurriéndole por los muslos.

Era lo mejor que me había pasado jamás.

—Gatito —dije.

Ella me miró, se alzó un poco y me besó con una ternura que destruyó toda la roca de mi corazón hasta volverlo normal.

Como siempre debió ser.

Sentí su amor, uno que todavía no podía expresar con palabras y la abracé queriendo quedarme así para siempre.

CAPÍTULO 37



Al día después…

WILLOW

—Pareces… Relajada —dijo Finn.

Había venido a verme al enterarse de lo sucedido con el vínculo. Había traído dulces y un par de libros románticos que una vez me gustaron leer. Puede que, ahora, sí me atreviera a leerlos de nuevo.

—Lo estoy —sonreí.

Después del increíble sexo que tuvimos ayer, Azan fue realmente increíble.

Agotada y destruida totalmente, me llevó a la ducha y cuidó de mí. Puede que yo comentase que no habíamos usado protección y él comentó algo de que los demonios podían hacer que su esperma estuviera desactivado para fecundar.

Eso me relajó.

Tener bebés con Azan no era una idea que me desagradase, pero antes tenía un camino que recorrer y sanar.

Después no me importaría tener un par de demonios saltarines por la casa.

—Estás divagando de nuevo, Willow.

—¡Bebés! Digo, ¿qué decías?

Finn enarcó una ceja y Warden gritó a mi espalda.

Saltando como un resorte, eché mano a mi arma en busca de la amenaza y me encontré a los trillizos entre muy sonrientes (Deniz), asombrados (Warden) y horrorizados (Keighan).

—¿Has dicho bebés? ¿El jefe y tú vais a ser padres? —preguntó Deniz con la emoción haciéndolo saltar como si fuera un niño pequeño.

Keighan lo detuvo conteniéndolo por los hombros.

—¡¿Qué?! ¡No! Bueno… ¡Digo no! Algún día, pero no ahora.

Mi mente había colapsado tanto que no sabía hacer una frase entera.

Deniz miró a su hermano Warden con ojos de alegría.

—Algún día cuidaremos bebés de los jefes —canturreó.

Me dio un escalofrío.

No era el momento.

Miré hacía Finn y sonreía mientras se tomaba su café. Al parecer, la idea también le agradaba. Pues que esperasen un tiempo porque no pensaba tenerlos hasta dentro de unos años.

Y más ahora siendo inmortal.

—Entonces, ¿estás mejor con Azan?

La pregunta de Finn me hizo voltearme para encararlo.

Sí.

Estaba mejor con Azan de un modo que jamás hubiera imaginado.

—Es extraño, ¿no crees? Nunca pensé que podría…

Enamorarme de un demonio.

Porque sí, eso es lo que estaba pasando.

Después de tanto odio, él había conseguido llegar a mí y hacerme sentir algo diferente. Fue como si mis sentimientos, todos ellos, renacieran de nuevo y me estuviera familiarizando con ellos.

La alegría, el amor y la calma eran cosas que hacía tiempo con las que no convivía.

—Me alegro de que haya ido así. El otro camino era más desesperanzador —declaró Finn.

Siempre le agradecería todo lo que hizo por mí y que no supe ver hasta ahora.

—Gracias, Finn, eres un gran amigo.

Eso lo hizo feliz.

Realmente.

Porque sonrió con amplitud mostrando sus aterradores dientes afilados.

—¿Ya sabes qué vas a ponerte esta noche? ¿Vestido? ¿Pistola, cuchillo? —bromeó Finn.

Sí, me lo merecía porque la última fiesta a la que asistí acabé disparando a un demonio en el pecho.

Y, contra todo pronóstico, no murió.

—Ja ja. Lo entendí —dije regalándole un corte de mangas.

¿Qué iba a ponerme?

—Tengo un vestido rojo con el que quiero hacerle perder el sentido a Azan —sonreí sonrojándome.

¿Desde cuándo tenía pensamientos así?

—Te mereces ser feliz —comentó Finn.

Nos miramos en silencio un tiempo.

Durante meses él había tratado de sacarme del pozo oscuro que yo misma cavé. Luchó por protegerme, por hacer cualquier cosa para hacerme reaccionar.

—Gracias —musité.

No por sus palabras, en realidad era por todo.

Era feliz de tenerlo a mi lado.

***

Horas más tarde…

WILLOW

—Yo quiero mi arma —dije sin bajar de la limusina.

Estaba asustada, tan aterrada que temblaba de los pies a la cabeza sin poderlo evitar. No quería estar ahí, no ante tantos demonios.

Ellos.

Ellos hicieron.

Mi cabeza estaba tan rota que los recuerdos volvieron fuertemente. Me estremecí hasta el borde de las lágrimas, pero no me fracturé porque la mano de Azan cayó en mi rodilla atrayéndome hacia él.

Parpadeé, confusa.

—Vas a estar bien —prometió.

Y le creí por primera vez en mi vida.

Asentí.

—Vamos a enseñarle a la reina que deben adorar a partir de ahora —dijo con una sonrisa de dientes afilados.

Me sonrojé.

El duro demonio, el frío al que a todos temían, tenía un lado tierno que solo permitía que yo viera.

Era mío.

Bajando él primero, me tendió la mano con suavidad. La tomé y bajé de la limusina colocándome mejor la falda del vestido. Uno que había encantado a Azan, todavía me ruborizado con su reacción.

«No creas que vas a librarte de que te levante ese vestidito tentador, te ponga sobre mí y me cabalgues, gatito». Me había dicho.

Y yo me moría por cumplirlo.

Envolviendo mi brazo en el suyo me lució como si fuera su tesoro más preciado. Humanos y demonios me vieron bajo su protección, sus alas me envolvieron cariñosamente alejando la vista de algunos a mi trasero.

Quise reír, aunque me contuve.

Entramos al mismo salón en el que le disparé. Seguía siendo tan hermoso como la primera vez.

Perfecto para fiestas.

La comida estaba distribuida en distintas mesas y todo parecía en su lugar tal y como lo recordaba. Parecía un lugar eterno, como una fotografía, inalterable pasase lo que pasase.

Suspiré.

—Brillas con luz propia, gatito.

Sonreí.

—Tú también estás muy guapo —declaré.

Pareció complacido.

No tardé en ver entre los invitados a Finn, Clawn y Kaín, aunque también estaban River y Sera.

Ya casi me había olvidado de la antihumanos de Sera, la hermana de Azan. Llevaba tanto tiempo sin verla que desaparecer de mi vida fue agradable.

Luché por no resoplar.

—Azan, esta fiesta es encantadora, como siempre —dijo su hermana abordándonos casi como un tren de mercancías.

El olor a especies que emanaba me revolvió el estómago. Ni qué decir que se había pintado con tantas capas que no sabía cómo iba a poder quitárselo todo. Y las joyas, esas que tintineaban por todas partes enloqueciéndome una y otra vez.

Toda Sera era una amenaza, lo sabía porque me miraba como tantos otros demonios habían hecho: como si yo fuera un insecto.

—Gracias, Sera —dijo Azan sin gracia ninguna.

Su hermana le daba pereza, aunque lo escondía bastante bien.

Una mirada de Sera hacia mí bastó para que mi columna vertebral se enderezase. No quería bajar la guardia con ella y tampoco iba a dejarme hacer nada por muy hermana de Azan que fuera.

A la mínima… Disparo.

Porque esta noche iba algo armada, una pistolita pequeña que Azan colocó en mi liguero. Puede que después me lamiera la pierna hasta mi humedad y me diera el mejor orgasmo del día.

Puede.

Azan se tomaba muy enserio el tener a su esposa satisfecha.

Y ahora parecía desatado.

—¿La has marcado? —preguntó Sera bajando la voz y horrorizándose a la vez.

Sí.

Mi mordisco estaba al aire y nadie podía ignorarlo.

—Es mi mujer —contestó Azan como si estuviera diciendo una verdad absoluta, algo similar a decir «el agua moja».

Sera apretó la mandíbula hasta sentir un crujido.

—Si madre se entera, se la comerá de un bocado —explicó Sera.

No la creí hasta que el agarre de Azan se hizo tan fuerte en mi cintura que emití un gemido lastimero. Me soltó lo suficiente, pero siguió siendo más apretado que al principio.

—Ella no la tocará —siseó Azan.

—Madre no la querrá como nuera, te hace débil.

Antes de poder decir yo algo, comencé a ver cómo mi «cuñada» gorgoteaba en busca de aire. No pareció encontrarlo porque empezó a revolverse como si le estuvieran picando avispas.

—Una palabra más y alimentarás a los peces que hay en el lago del jardín —amenazó Azan.

Sera asintió.

Entonces la soltó.

Decir que me puso cachonda era quedarme corta. Luché por no mostrar mi excitación, hasta comencé a respirar más suavemente para tratar de mantener el control.

Fallé estrepitosamente.

Azan se colocó ante mí con una mirada dura, una con la que pensé que me mataría o me regañaría.

Tomó mi boca y parte de los presentes nos vitorearon. Me perdí en el beso recordando que mi labial era permanente y si se borraba, me daba igual. Mordí un poco su lengua bifurcada, a lo que correspondió succionándome el labio inferior.

—Contrólate, amor, o te follaré delante de todos.

No quería que pasara eso, pero estaba tan caliente que mis hormonas hicieron la ola.

Respiré profundamente.

Y luché por calmarme.

Cuando la fiesta acabase lo tomaría sin control.

Durante días.

Lo miré fijamente sellando el trato conmigo misma y sonreí.

—¿Has enloquecido, gatito?

Me encogí de hombros.

—Puede.

—¿Por qué no lo compartes conmigo?

Llevándonos a su asiento, a ese trono donde él gobernaba, me excité de nuevo pensando en tomarlo.

Por favor hormonas, dejad de torturarme.

Se sentó primero y, cuando quise colocarme detrás o a su lado, gruñó cogiéndome por la cintura. Rodé por los aires cayendo muy elegantemente en su regazo, con una mano suya afianzada en mi cadera.

—Aquí, gatito. Gobernando juntos.

Me sentí poderosa sobre él, fuerte.

Muchas miradas cayeron sobre nosotros, aunque yo no me fijé en ninguna, la única que importaba era la de Azan. Él me miraba como si yo fuera su sol y su luna y eso calentó mi corazón.

Por primera vez en mucho tiempo, era feliz.

CAPÍTULO 38



WILLOW

Vale.

¿Quién inventó los tacones? ¿Y por qué motivo?

Que levante la mano que pienso dispararle.

Ya llevábamos dos horas de fiesta y solo sentía que tenía pirañas en los pies. Eso sí, había bailado mucho con Azan, bebido y conocido a muchos socios de mi marido.

Marido.

¿Os lo podéis creer?

Quién más y quien menos miró mi marca en el cuello. Algunos parecieron consternados, pero otros felices. Puede que hubiera unos pocos que hasta nos mirasen con miedo.

Poco me importó porque yo estaba en una nube de luz y color.

Entonces, cuando Azan se apartó para hablar de negocios con unos demonios, yo sentí una risa familiar.

¿Cuánto daño podía hacer la mente?

Creí que era Pay.

Mi burbuja de felicidad estalló tan rápido como se formó. Suspiré llevándome una mano al corazón y la otra, en la que tenía una copa, a los labios. Bebí luchando por arrancarme su recuerdo del pecho.

—Lalalala —canturreó una voz a lo lejos.

Fruncí el ceño.

Esa voz me estaba volviendo loca.

—Señora, es un honor conocerla.

Me abordó un demonio que, diría que, Azan me había presentado. No estaba muy segura, pero creí que era una especie de consejero y que estaba allí por culpa de la madre de Azan ya que representaba los valores tradicionales.

En otras palabras: los humanos son basura.

—Oh, señor, lo mismo dijo —fingí con una sonrisa dulce.

—Soy Kaju, no espero que recuerde mi nombre después de tantas presentaciones.

Kaju.

No olvidar.

Importante.

—Muchísimas gracias, es un poco abrumador, pero acabaré recordándolos a todos.

Sí.

Necesitaba un poco de tiempo y paciencia.

—No se preocupe, es joven. Lo hará en un tiempo y más ahora que es inmortal gracias a Azan.

No me gustó nada el tono que empleó para decirme que era inmortal. Lo dijo con saña, como si valiera menos al ser humana. No me sorprendía si él representaba los valores tradicionales.

Yo era un insecto a su vista.

Miré a Azan pidiendo al cielo que me ayudara, pero seguía tan enfrascado en la conversación que no se dio cuenta de que lo miraba.

Suspiré.

—Mire, consejero Kaju, me alegro de que haya venido a hablar conmigo, pero ahora mismo estoy muy cansada y algo bebida. Podríamos retomar esta conversación en un momento más… Adecuado.

A las nunca menos cuarto, gracias.

—Vaya, es una pena, pensé que quería saber algo más sobre su amiga Pay.

Yo ya me estaba alejando cuando me susurró eso.

Salté sobre mí misma y fui hacia él.

—¿Ha dicho Pay?

Asintió.

—Pero tutéame, casi soy de la familia para Azan. Aconsejé toda mi vida a su madre para después llevarlo a él por el camino correcto.

Señor, sálvame porque quiero pecar.

¿Qué tan malo sería si le pegase un tiro?

¿Llorarían por él?

—Kaju, ¿has dicho Pay? —pregunté sin rodeos.

Me importaba un bledo que él hubiera aconsejado al rey del cielo de ser necesario. Solo quería saber lo que sabía de Pay.

Y también, ¿cómo había llegado ese nombre hasta él?

—Ven conmigo, hablaremos mejor en un lugar más privado.

Saltaron todas mis alarmas, ni loca me iría a solas con ese hombre. Busqué en la multitud una excusa y mi salvoconducto llegó a mí en forma de Finn. Le sonreí e incliné la cabeza en un gesto de que lo necesitaba.

—Consejero, Kaju, es un placer tenerle aquí.

—Sí, le estaba comentando a la señora Willow que podríamos ir a un lugar apartado. He investigado un poco la muerte de la señorita Pay y creo que le encantaría saber la información que tengo de ella.

Yo miré a Finn esperando que me dijera qué hacer ahora.

Esto olía mal, estaba segura. Por eso me fiaría de lo que me dijera al cien por cien.

—Por supuesto, pero una conversación así debería ser, como usted ha dicho, en un lugar más íntimo. No conviene que ciertos invitados sepan sobre esto. Os acompañaré.

Bueno, si Finn venía todo estaría bien.

Rocé su mano con ternura, quizás para hacerle entender que agradecía que me estuviera dando cobertura.

La necesitaba.

Caminamos los tres entre la multitud. Por un momento recordé a Azan y miré hacia él, tenía que avisarle que me iba a ausentar un segundo.

—Clawn se lo dirá, ya ha leído nuestras mentes —susurró Finn.

Uff, menos mal.

No quería desaparecer y que enloqueciera.

Antes de que nos diéramos cuenta, Kaju nos había sacado de la pista de baile y nos hacía atravesar tantos pasillos que supe que no iba a ser capaz de volver sin ayuda. Suerte que Finn parecía conocer este lugar.

Luché por controlar mi respiración y, así, por consiguiente, mi corazón.

Bombeaba como caballo de carreras desbocado.

—¿Finn? —susurré.

—Todo va bien —me aseguró.

Y le creí.

Kaju al fin pareció satisfecho con la ubicación.

Abrió una puerta que rechinó como si de una película de terror se tratase. Me estremecí de los pies a la cabeza.

No me gustaba esto, tenía como una alarma en la cabeza que me pedía prudencia. Por suerte venía Finn conmigo, eso me daba la seguridad suficiente como para seguir adelante. De no estar él, no hubiera venido ni loca.

Entré tras Kaju, ansiosa por las respuestas que parecía tener.

Iba a tener que preguntarle de dónde había sacado esas respuestas con cautela, porque necesitaba sonsacarle si era el enemigo.

Si trabajaba para Rashka, del sector tres, le haría un favor al mundo y le metería una bala en la cabeza.

—¿Y bien? —pregunté.

Eso más que una habitación era un pequeño armarito en el que apenas íbamos a caber los dos. Además, había una puerta trasera que parecía dar al exterior del edificio.

—Vamos ya —refunfuñó Kaju.

Por el rabillo del ojo vi algo venir a toda velocidad. Me agaché a toda prisa esquivando el ataque furtivo, pero mientras tiraba la mano hacia mi arma, un segundo golpe me tiró contra la pared más cercana.

El golpe me arrancó todo el aire de los pulmones. Reboté en el suelo dándome cuenta de que todo daba vueltas.

¿Finn me había atacado?

Él sonreía mirándome y, tras un parpadeo, su piel cambió de color y su aspecto también.

No era él.

¿Quién coño era y dónde estaba el Finn de verdad?

—No deberías haber cambiado, alguien podría verte —le regañó Kaju.

Al recién llegado le importó bien poco.

—No nos verán y ella está muy aturdida como para pedir ayuda.

En eso tenía razón.

Antes de poder moverme una patada en la mandíbula apagó todas las luces de mi consciencia. No sentí dolor al momento y tampoco pude pensar en Azan y lo que sufriría cuando no me encontrase.

Simplemente, me fui.

***

AZAN

Clawn me abordó con tanta fuerza que gruñí en consecuencia. Si ahora pensaba en traicionarme le arrancaría la cabeza sin importarme que mi esposa era su amiga.

—¿Dónde está Willow? —me preguntó con urgencia.

¿Willow?

Ella estaba…

Giré sobre mí mismo buscándola.

Aquí…

Estaba aquí.

—No me dijo a dónde iba, quizás fue al baño —expliqué siendo la opción más plausible.

La urgencia apretó mi pecho. Busqué con la mirada por todo el salón de baile, no se veía a simple vista, pero había demasiada gente, demasiada vigilancia para que alguien pudiera haberle hecho daño.

—Se ha cortado su conexión, eso no es bueno —me indicó Clawn.

¿Conexión?

—¿Tienes una conexión abierta en la mente de mi mujer? —rugí.

Clawn, aunque tembló de miedo, se mantuvo fuerte.

—¡Por supuesto! ¡Te la llevaste! No iba a quedarme de brazos cruzados mientras el demonio más peligroso de la ciudad se la llevaba. Dejé mi conexión con ella para asegurarme de que no le hacías daño.

Tenía sentido, pero me enfadó.

La había entrenado para no detectar a los mentalistas y, a su vez, le había dejado una débil conexión para seguir vigilándola. Estaba en su mente de forma inconsciente. Ese tipo de vínculo era más como un GPS o, en momentos puntuales, una forma de pedir ayuda. En realidad no podía escuchar nada de lo que hablaban o ver algo, solo sentir alguna emoción fuerte y tenerla localizada.

—Vale, la protegías, puedo entender eso. ¿Qué explicación puede tener que se haya cortado la conexión?

Lo sabía.

Y no quería que me lo dijeran en voz alta, solo que pregunté.

—O está inconsciente o la han matado.

Rugí.

Toda la sala de baile se congeló al instante.

La música se detuvo y mis invitados palidecieron ante mi ira.

—¡Si alguien ha dañado a Willow lo despedazaré y colgaré sus restos en la plaza mayor para que sirva de escarmiento!

Todos temblaron.

Comenzaron a buscar a Willow.

Los trillizos llamaron a mi jefe de seguridad. Ese inútil debería haber estado al tanto de lo que pasaba en el salón de baile, ahora acabaría con él si no me daba una respuesta convincente.

La ira burbujeaba en mis venas.

—Señor, la última vez que la vi estaba bailando con usted.

De eso hacía más de una hora.

Incapaz de tolerarlo más, mi magia hizo el resto. Lo envolví con ella y lo hice estallar a pedazos como si de confeti se tratase. Entonces miré al segundo al mando.

—Tráeme algo que haga que la encuentre o serás el siguiente —siseé amenazante.

CAPÍTULO 39



AZAN

Willow se había desvanecido.

No hay registro en ninguna cámara que la haya detectado y ninguno de los guardias, que son muchos, la vieron salir. La ansiedad, el miedo y la rabia burbujeaban en mis venas volviéndome inestable.

Me habían atacado directamente y eso solo era una puta declaración de guerra.

Y yo los consumiría a todos.

Habían pasado seis horas y estábamos tan lejos de encontrarla como al principio.

Eso no era bueno.

No dar con ella a tiempo me estaba ahogando en agonía. De alguna forma sabía que siempre se decía que las primeras horas eran las más importantes. Solo que no había pista alguna por la que tirar.

Respiré pasando las manos por mis cuernos luchando por calmarme.

Clawn me dijo que la conexión no había vuelto, lo que significaba que seguía inconsciente.

Sí.

Debía de ser eso.

No podía imaginar que se tratase de la otra versión, no podía estar muerta.

Quemaría esta ciudad y los sectores colindantes hasta que la tuviera de vuelta. El mundo conocería el dolor si no me la entregaban.

Si se quedaban con ella o la dañaban.

La paranoia acariciaba mi mente con picardía. Me había imaginado mil situaciones y todas eran malas.

Gruñí para mí mismo.

—Señor, queremos ofrecernos para ayudar en la búsqueda.

Era uno de mis socios, en realidad dos.

Asentí.

—Bien pues, peinad la ciudad.

Finn.

Necesitaba encontrarle.

Poco después de la desaparición de Willow también se denunció la desaparición de mi abogado. Ambos habían estado en la fiesta y ambos habían desaparecido. Si él se la había llevado.

Si le había hecho daño alguno…

No.

Ese pensamiento es absurdo.

Finn jamás le haría daño porque ama a Willow como una hija. Sé perfectamente todos los sacrificios que ha hecho por ella, las noches en vela que ha pasado mientras ella cazaba como una salvaje.

No había sido él.

Clawn llamó a mi mente y le permití la entrada.

—Hemos encontrado a Finn.

No sonaba demasiado bien.

¿Había perdido a mi amigo?

—¿Cómo y dónde?

—Han destrozado la mansión, Azan. Han golpeado a algunos de los que viven aquí, dejándolos inconscientes. A Finn lo hemos encontrado en una habitación secreta que sirve como habitación del pánico. No pensé en ella antes. Parece llevar aquí desde poco antes de la fiesta y… Está grave, el médico no ha podido trasladarlo, se tratará aquí en casa.

No tenía sentido.

Finn era un macho fuerte, difícil de abatir. Quien fuera el que había irrumpido en su casa, tenía que ser un gran contrincante. Nadie entraba en la mansión de un demonio, repleta de ellos y salía victorioso.

Además, las horas no cuadraban.

Fin había estado en la fiesta, no podía llevar allí desde antes.

Simplemente algo se nos escapaba.

***

DENIZ

Willow no aparecía.

Habían pasado casi doce horas y seguíamos sin tener una pista. Finn había aparecido muy grave y lo poco que se decía de él es que había perdido la visión de un ojo y que sus heridas eran tantas que debió luchar ferozmente.

Estaba con mi coche dando vueltas a la ciudad con mi hermano Keighan. Nos habíamos dividido en grupos de dos. Estar sin Warden era extraño, pero él se había quedado con el jefe y Clawn.

Al parecer, Warden podía hacer de amplificador a los poderes de Clawn y así rastrearla más fácilmente.

—Si ha muerto, el jefe no dejará alma con vida —explicó Keighan.

Muerta…

No quería pensar en eso.

—Está viva.

—Deniz, tienes que ser realista. Han pasado muchas horas y ella representa la fortaleza del jefe. No creo que la dejen vivir después de todo. Deberíamos —tragó saliva—, mentalizarnos para lo peor.

Eso me enfadó.

—¿Cómo puedes decir una cosa así? —le pregunté.

Keighan miró por la ventana negándose a encararme. Sabía que sufría, era una cosa de trillizos que nos daba conexión. Sentía la pena y la rabia de mi hermano como mía propia.

—Es humana, Deniz. Muchos demonios no la ven con buenos ojos. Matarla, es un golpe para Azan y un mensaje para la humanidad de que siempre serán inferiores. La esperanza de buena convivencia que lanzaba Willow desaparecerá si ella lo hace.

Las palabras de Keighan dolían, aunque tenían mucho sentido.

Llevársela era un golpe al tablero de juego.

—Quiero creer que sigue con vida —le reconocí.

Necesitaba aferrarme a esa esperanza con garras y dientes.

—Ojalá tengas razón —suspiró Keighan.

Seguimos buscando durante un par de horas más antes de que Azan nos llamase para volver a casa. Quería hacernos descansar antes de hacer otra partida de búsqueda. Todos los grupos se estaban turnando para no agotar a ninguno.

—No quiero volver —me quejé dándole un golpe al volante.

No teníamos opción cuando Azan ordenaba. Una insubordinación nos costaría muy cara y más en el estado en el que se encontraba.

Apreté mis manos aferrándome al volante hasta que mis nudillos clarearon un poco.

Respiré suavemente.

—Para el coche —pidió Keighan.

—¿Qué? —pregunté, aturdido.

¿Qué ocurría ahora?

—¡Para el coche, Deniz! —gritó.

Pisé el freno temiendo que el de atrás nos diera un golpe, por suerte no había nadie y pude estacionar en un vado.

Cuando Keighan bajó del coche a toda prisa, tuve que esforzarme para seguirlo.

Bajó la calle que habíamos subido, después se metió en un callejón y bajó la velocidad rastreando algo. Era el mejor en eso.

Mi corazón tartamudeó.

¿Tenía una pista?

Este callejón era estrecho y maloliente. Era la parte trasera de un restaurante, los cubos rebosaban de comida en mal estado por no haber sido recogida a tiempo. Mi estómago se revolvió poco a poco.

—¿Willow? —preguntó Keighan.

Vale, sí, mi corazón se detuvo y tuvo que obligarse a volver a arrancar.

Mirando hacia la parte más oscura, una pequeña figura se movió de detrás de los contenedores.

Agudicé mis sentidos.

Debajo de todo ese olor asqueroso a comida había algo que me recordaba a la flor de loto, ese perfume que tanto le gustaba a Willow.

Avanzando, conseguí colocarme un poco ante Keighan.

—Willow, puedes salir, nadie te hará daño.

Un sollozo.

Esa voz…

Quería llorar de alegría.

—Cariño…

Por favor que Azan no me mate por llamarla así.

—Te hemos estado buscando por todas partes.

Keighan esperaba con ansiedad tras de mí, lo escuchaba respirar sin poder ser capaz de dejar de gemir ahogadamente.

No queríamos dar un paso en falso.

Tendí mi mano hacia la oscuridad.

—Willow, somos nosotros. Nunca te haríamos daño —le dije.

Poco a poco, una pequeña figura apreció tras el contenedor.

Reprimí el impulso de tirarme al suelo de rodillas y llorar de alegría al reconocerla. Era Willow, estaba viva.

Y la habíamos encontrado.

—Llama al jefe —susurré.

Cautelosa, salió totalmente del contenedor y la imagen que llegó a nuestros ojos nos congeló. Mi hermano, teléfono en mano, se la quedó mirando con la misma expresión de horror que yo.

Su ropa estaba destrozada, apenas quedaba un trozo de tela que cubría la parte inferior de su cuerpo. Arriba quedaba un sujetador sin tiras, rasgado por la mitad con un nudo en el centro para sujetarse.

Estaba cubierta de heridas de los pies a la cabeza.

Llevaba un tacón, el otro pie sangraba profusamente y el olor metálico me picó en la nariz.

Su precioso pelo, el que había ayudado a peinar, ahora era una maraña que escondía parte de su cara. Su maquillaje estaba arruinado por sangre y lágrimas, toda ella se tambaleaba sin apenas equilibrio.

—¿Deniz? ¿Keighan? —preguntó con un hilillo de voz muy débil.

Maldito fuera el Infierno.

¿Qué le habían hecho?

—Sí, estamos aquí.

—¿Deniz? —lloró sin apenas habla—. ¿Keighan?

Corrí a por ella y la envolví en mis brazos. Olía a rancio, a sangre y a depravación, pero estaba viva.

Muy herida, pero viva.

Lloró sobre mí mientras la cogía en brazos. No era capaz de hablar, sollozó, gritó y lloró con tanta fuerza que temí que se ahogase con su propio llanto. Yo solo pude acunarla mientras íbamos al coche.

—Vamos a llevarte a casa, estarás bien.

—Azan… —susurró.

—Sí, el jefe está muerto de preocupación.

Y siguió llorando hasta que se desplomó sobre mí.

Después solo supe que Keighan estaba blasfemando y haciendo correr el coche a mucho más de lo que yo lo había hecho jamás.

CAPÍTULO 40



AZAN

La tenían.

Willow estaba viva.

El alivio calmó un poco mi ira, aunque no lo suficiente. Por el tono de voz de Keighan y su urgencia por tener al doctor esperando en casa, supe que era grave. No estaba preparado para algo así.

Para verla herida.

Mis hermanos estaban conmigo y, aunque siempre me parecían lo más cercano a una enfermedad venérea, esta vez lo agradecí. Solo esperaba que fueran listos, no dijeran nada malo de Willow y así todo iría bien.

Abriéndose la puerta principal, corrí a toda prisa hacia allí.

Deniz traía el cuerpo de alguien parecido a Willow, pero no podía ser ella. Mi Willow no podía haber sufrido tanto.

Casi paralizado por el miedo sentí que mis fuerzas flaqueaban. Deniz me la tendió y la cogí como pude. Mi mente no era capaz de procesar el horror que estaba viendo. No solo había escapado sino que la habían golpeado hasta casi la muerte.

Llevándola a la habitación que Clawn y Kaín convirtieron en una enfermería improvisada, la deposité sobre una camilla antes de observarla atentamente. El médico no tardaría apenas cinco minutos en llegar.

—Deniz, prepara un baño. Solo quiero a los trillizos, los demás fuera —ordené.

Se hizo como así quería excepto Clawn.

Lo miré y tenía la mirada perdida en ella.

—¿Clawn?

—Le han roto la mente, Azan. Un mentalista la ha torturado hasta que ha conseguido entrar en ella. Por eso no la localizaba —me advirtió antes de irse.

Me quedé helado.

Mirándola, me di cuenta de que ya estaba despierta y que no había articulado palabra alguna.

La senté en la camilla esperando algún tipo de reacción, no conseguí nada. Sus ojos estaban vidriosos mirando hacia un punto ciego en la pared. Sin parpadear, se limitaba a respirar y ya está.

—Voy a quitarte la ropa, te bañaremos y el doctor te curará, ¿vale?

¿Quién le había hecho eso?

Arrastraría al culpable por su cola hasta arrancársela de cuajo.

Mis manos temblaron cuando me acerqué a ella. Corté su sujetador dejando que este cayera al suelo. Me alejé un poco queriendo ver qué más podía quitarle en esta postura. Solo pude quitarle un zapato, el otro no estaba.

—Willow, van a pagar por esto —prometí a mi esposa.

Solo que no sabía si me escuchaba porque no respondía.

—Deniz, sujétala —ordené.

No quería que nadie la viera desnuda, no obstante, no era momento para andarse con esas tonterías. Ellos eran mis soldados de más confianza, los que cuidarían de ella a vida o muerte si algo me pasase.

Podía confiar en que no verían su desnudez como algo sexual.

Sujetándola de pie entre Deniz y Warden, conseguí quitarle los restos del vestido y un tanga medio rasgado que apenas se sujetaba en su sitio. Gruñí dentro de mí luchando por no asustarla.

—Jefe… —lloró Deniz.

Frunciendo el ceño, me levanté y miré hacia donde estaba su vista.

Girando sobre Willow encontré su espalda. El contenido de mi estómago, que era poco, me pidió salir. Tuve que luchar por no vomitar allí mismo cuando encontré la marca de latigazos.

El mundo ardería.

Lo dejaría a pedazos.

—Te juro que no te quedará ni una marca —le prometí.

Sabía que existían métodos avanzados que teníamos para curar ese tipo de heridas. Simplemente borraría todo eso de su preciosa piel para que no tuviera que revivirlo más adelante.

Ella no contestó. Apenas sabía si era consciente de lo que ocurría a su alrededor.

Tomándola en brazos la llevé a la bañera que Keighan había calentado previamente. La metí allí con la urgencia golpeando a mi pecho, necesitaba sacarle la sangre y los líquidos que había sobre ella.

La suciedad no era buena para las heridas.

Deniz la sujetó mientras yo comenzaba a limpiarla.

—Jefe, no responde —dijo Warden.

Supe que estaba tratando de entrar en su mente y, que en ella, había conseguido el mismo resultado que Clawn.

—Está con la mirada perdida —murmuró Deniz tan afectado que seguía llorando a pesar de apretar los dientes para no demostrarlo.

Querían a Willow.

Se preocupaban por ella.

—Creo que está en estado de shock, pero mejorará —dije tratando de aliviar mi miedo.

Ella volvería a ser la misma.

La saqué de la ducha y Warden la envolvió como pudo en una toalla. Sus heridas abiertas no dejaban de sangrar, eso me estaba volviendo loco, aunque sabía que el médico ya nos estaba esperando.

Poniéndola en pie de nuevo, Deniz me pasó unas bragas que le puse con sumo cariño. Después, la llevé hacia la camilla de nuevo con el doctor.

—No debería haberla bañado, señor —me dijo.

Gruñí.

—Antes deberíamos haberle hecho un test de violación para ver si conseguíamos ADN del asaltante —explicó.

Me agarré a la camilla atravesándola con mis garras. El mundo se tambaleó y mis oídos comenzaron a pitar mientras esa posibilidad, que no había albergado, se abría paso hasta la superficie.

Tome aire.

Una.

Dos.

Tres veces.

Y el mundo seguía sin dejarme respirar.

El doctor empezó a tratarla de inmediato. Tuvimos que irla sujetando para evitar que cayera, aunque no emitió sonido o queja alguna. Solo siguió igual que estaba, fría y distante mientras todos moríamos un poco a su alrededor.

—Te juro que no quedarán marcas. No importa si tengo que repetírtelo cuando vuelvas en sí —dije apartando un poco el pelo de sus sienes.

No parpadeaba, tampoco respondía de ninguna manera. Era como si su cuerpo estuviera allí y su mente a kilómetros de distancia.

—No volverás a irte sin mí. Aquí estás a salvo, estás bien, con nosotros —prometí.

Pero yo sabía que le había fallado.

Maldita sea.

No era propio de mí esos errores. Los rectificaría todos, masacraría a los culpables y jamás volvería a pasar algo así.

—Cuidaremos de ti —susurré.

Estaba tan fuera de sí que me dolía verla. Su cuerpo ensangrentado, sus heridas terribles y la

posibilidad de que hubiera sido violada me destruyeron lenta e inexorablemente.

—Y me encargaré de los que te hicieron daño. Tú, descansa, yo haré el resto —prometí.

Cuando el médico me dijo que acabó, muchos minutos después, casi una hora entera, la cubrí con una manta mullida como a ella le gustaba. Con amor, la tomé entre mis brazos para llevarla a la habitación.

Tenía medicación que darle cada ciertas horas, pero ahora solo necesitaba descansar.

Pasé ante todos los que habían en mi casa. Estudié todas sus reacciones buscando una excusa para pelear, para matar.

Nadie me retó. Todos tuvieron reacciones similares a la lástima, hasta Sera y River.

—¿Azan?

Cuando su voz sonó en el pasillo que llegaba a nuestra habitación, casi se me cae de los brazos.

—Estoy aquí, gatito.

Mirándola directamente, ella levantó la vista con dolor.

—Quise venir antes, pero no pude —susurró perdiéndose de nuevo en su mente.

En sus pensamientos.

—Shhh, ahora estás en casa. Yo cuido de ti.

Asintió apoyándose en mi pecho.

La dejé sobre nuestra cama ya abierta, la arropé dejando que quedase bien tapada y no tuviera frío.

—¿Puedes quedarte conmigo? —preguntó.

Todos los días de mi vida, amor. Pensé.

Tumbándome tras ella, la abracé contra mi pecho y poco a poco su respiración se fue profundizando, calmándose. Sabía que el médico le había dado algo para dormir, aunque no esperé que fuera tan pronto.

Acaricié su pelo, lo olí y bebí de su aroma hasta calmar mi corazón.

Casi me la habían quitado.

—Voy a salir un rato, pero volveré, te lo prometo —le susurré al oído a pesar de que ya estaba dormida y no me escuchaba.

Tenía una caza que hacer.

—Azan… Yo quería volver… —susurró en sueños.

Mi gatito, aquel que habían dañado hasta la saciedad. Devolvería golpe a golpe, herida a herida y sangre a sangre hasta que no quedase a nadie a quien dañar.

—Azan.

Me congelé.

—¿Gatito?

—Kaju.

Una sola palabra antes de volver al sueño que la mantenía atrapada. Una sola que abría una puerta a la muerte y a la sangre.

***

Salí y supe que mi rostro de asesino asustaba a los demás, poco me importaba la verdad.

No llegabas a la cima sin cortar un poco de carne.

Keighan me cortó el paso con mirada seria, supe entonces que cuando abriera la boca el mundo cambiaría.

—¿Qué?

—Jefe, tienes que ver esto.

Sabía en lo más profundo de mí que no me iba a gustar aquello que me iban a enseñar. Caminé despacio, como si de esa forma alargase lo inevitable. En el comedor estaban todos esperándome, casi con cautela por mis reacciones.

—Vi en su mente parte de dónde la retuvieron —explicó Clawn—. Gracias a eso, tu experto en hackeos rastreó las cámaras de seguridad del edificio.

Deniz.

Deniz había conseguido encontrar grabaciones donde se veía a Willow.

—Ella mencionó a Kaju —dije.

Clawn asintió.

—Se le ve presente en el interrogatorio.

¿Interrogatorio?

Levantando la pantalla del portátil de Deniz, la imagen dio comienzo. Lo primero que vi es que era una sala mugrienta, llena de basura, cosas oxidadas e inmundicia. Parecía llevar abandonado bastante tiempo.

El grito de Willow resonó.

Y la cámara la enfocó.

De pie, estaba atada con los brazos abiertos y un demonio que reconocí estaba ante ella: Rashka.

Kaju, estaba un poco más atrás y parecía ciertamente consternado.

Rashka procesó un bofetón a Willow, esta se estremeció y quedó colgando sobre sus extremidades unos instantes. Después, cuando pareció volver en sí, escupió la sangre que se le había acumulado en la boca y rio.

—Tendrás que hacerlo mejor —le dijo mirándolo directamente.

Sin miedo.

—Vas a hablar, humana, o vas a sufrir.

Ella siguió mirándolo.

Retándolo.

—Hazlo lo mejor que sepas.

La lluvia de golpes que le cayó fue tan brutal que sentí como mi corazón, recién recuperado, se rompía en mil pedazos.

No tuvo piedad de ella, la cortó con las garras, la golpeó duramente y la zarandeó entre gritos. Solo alcancé a ver a Kaju cerrar los ojos alguna vez como si empezase a sentirse mal por la situación.

—Dime algo, los nombres de sus ayudantes, sus horarios, el código de la puerta de la casa de

Azan, el código de su oficina. ¡Algo! —bramó Rashka cogiéndola del cuello.

Ella tarareó escupiendo un poco más de sangre.

De pronto, le escupió a la cara mostrándole una sonrisa socarrona.

—Nunca te diré nada —prometió.

Rashka desapareció unos minutos y, cuando lo hizo, regresó con un látigo.

—No creo que sea necesario —amonestó Kaju.

—Y tanto que lo es, la zorra no habla.

Willow se removió luchando por librarse de sus ataduras, no lo consiguió.

—¿Remordimientos de conciencia, viejo? No hay cielo para nosotros, tú lo sabes —rio.

La lluvia de latigazos le robó la sonrisa.

Sentí, golpe a golpe, como si mi piel lo estuviera recibiendo en ese momento. Sus gritos, su rabia, la fortaleza que demostraba soportándolo, todo entró en mí y lo memoricé bien.

Pagarían por ello.

Al final colgó desmayada sobre sus extremidades y el vídeo se fundió a negro.

Tragué saliva.

Tuve que sentarme en el sofá que tenía a mi espalda porque mis piernas no me sujetaban. Había sido horrible verla así, luchando por no dar ni un ápice de información para no perjudicarme.

—Jefe… Hay más —comentó Deniz.

No por favor.

—Ponlo —dije abatido.

—El doctor y yo hemos concluido, con los estudios de las cámaras y de su cuerpo, que no ha sido violada, aunque seguramente ella pueda confirmarlo cuando se encuentre mejor —explicó Deniz.

Eso aligeró un poco la carga de mi corazón.

No estaba acostumbrado a las emociones, ellas eran capaces de paralizarte hasta el miedo más extremo. A su vez, otros sentimientos podían hacerte fuerte, brutalmente fuerte, como a mí la ira que sentía en esos momentos.

La pantalla se encendió de nuevo.

Un demonio que reconocí pasó ante ellos, era Kilil, el mentalista del sector tres.

—Mírame, humana.

Ella graznó un poco.

—Que te follen —escupió.

—Eres valiente, eso te lo concedo, pero la valentía no te salvará. Si no les dices nada, te matarán —explicó Kilil susurrándole a ella.

Willow cerró los ojos respirando suavemente. Supe que era consciente de su situación.

—Gracias por los detalles, pero estoy en calma con lo que tenga que pasarme. No los entregaré. Haz lo que tengas que hacer —explicó mirándolo sin bromear o reírse.

Esa vez fue real.

Pura y enteramente real.

Kilil luchó por entrar en su mente, pareció que ella lo repelía con fuerta tal y como Clawn le enseñó.

—Te han entrenado… —dijo sorprendido.

Orgullosa, levantó el mentón.

—Soy solo una humana, pero reconocerás que tengo mis trucos.

No importaba.

Yo sabía lo que pasaría.

Le dejaron con Kilil durante horas, desgastándola una y otra vez. Con hambre, con sed y con miedo mientras el mentalista comenzaba a entrar poco a poco, a quebrar sus defensas.

No lo hizo inmediatamente, lo que demostró la fortaleza de mi esposa. Tardó en doblegarla, pero el cansancio y las heridas ayudaron al desgaste de la mente.

—Eres su compañera de verdad. Su alma gemela.

Kilil parecía haber recibido un disparo en el pecho con esa afirmación.

—Sí, lo soy —contestó Willow.

Algo ensombreció los ojos del mentalista, ya que se acercó a ella, la tomó del mentón y la obligó a mirarlo.

—Dame algo más, humana.

—No. Vas a tener que romperme.

Y lo hizo horas después.

Los gritos cuando entró en su mente fueron desgarradores. Parecía estar sufriendo latigazos de nuevo, pero supe que era el dolor que podía infringir un demonio mentalista al jugar con la mente.

Poco después, él acabó arrodillado ante ella.

—No sé cómo lo haces, pero no puedo ver nada de lo que quiere Rashka.

—He tenido un buen maestro.

Y eso le costó todo.

Se negó a pesar de las súplicas de Kilil. Vimos como el mentalista no quería hacerle daño, estaba en lucha consigo mismo, desesperado por cumplir, pero atormentado por dañarla.

—Solo dame algo pequeño, lo que sea y te ayudaré a escapar —susurró de pronto.

Willow lo miró con recelo.

—No puedo —sollozó ella—. Mátame.

Gruñí escuchándola.

Ya estaba rota.

Estaba al margen de su propia mente. Resistió lo indecible por el mentalista. Había conocido a muchos demonios a lo largo de mi vida y supe que pocos soportarían la tortura que estaba viviendo.

—Piensa en algo. Un nombre, un dígito, un lugar de encuentro, algo.

Su preocupación y piedad no iban ligados al líder al cual seguía. Sabía bien que, si fracasaba, Rashka sería mucho peor.

—El códi…go —graznó Willow.

Me puse tenso.

—El código de la p…puerta empieza por 28 —dijo.

Dándole algo.

Falso.

Kilil la tomó de la barbilla, entró en su mente para corroborarlo y, para mi sorpresa, pareció aliviado.

—Gracias —susurró aliviando la tensión de sus hombros.

¿Cómo lo había hecho?

La puerta se abría por huella biométrica, nadie no autorizado abriría esa puerta.

Soltándola de sus ataduras, la ayudó a descender suavemente. Entonces, de su cinturón, sacó la pequeña arma que ella había llevado atada en su liga. Y, sin poderse defender, acunó su rostro obligándolo a mirarlo.

—Vas a salir de aquí, vas a correr tantas calles como puedas y te esconderás hasta que los hombres de Azan den contigo. No confíes en nadie, no muestres tu dolor, solo resiste. Aguanta.

Levantándose con la pistola entre los dedos, vi como Willow sopesaba el peso del arma.

Kilil fue a sacarla de la instalación, la tomó de la cintura y la cogió mientras ella apretaba los labios.

—No sentirás dolor, no sentirás miedo y estarás calmada hasta que haya pasado la tormenta —dijo Kilil.

La estaba instruyendo.

Eso es lo que vieron Clawn y Warden en su mente. El mentalista había entrado en ella, había roto el vínculo de Clawn para ayudarla a mantener la calma y así poderla sacar del edificio sin ser vistos.

Y eso se sumó al shock.

Solo cuando los vi salir de la habitación, la pantalla se fundió a negro.

Suspiré.

Ahora sabía que Kaju trabajaba con Rashka, pero quedaba saber cómo se la habían llevado.

—¿Cómo pudo sacarla de la fiesta?

—Rashka se transformó en Finn. Costó, pero una cámara los grabó saliendo de la pista de baile junto a Kaju. La atrajeron hasta que pudieron secuestrarla —explicó Deniz.

Por eso Finn había sido atacado.

Para metamorfosearse, Rashka necesitaba algo de ADN del sujeto en cuestión.

La traición de Kaju corrió por mis venas como si fuera ácido. Siempre había sido opuesto a sus ideas retrógradas, pero jamás imaginé que pudiera traicionarme. Tal vez porque llevaba en mi círculo personal siglos. Desde niño.

Y ahora tendría el placer de matarlo.

—Cuidadla —ordené.

—¿Azan? —preguntó Kaín.

Miré a mi hermano y supe que vio que estaba al borde del autocontrol. Debía confesar, sí a estas alturas, que la lujuria no era lo único que me alimentaba. También el miedo y terror de mis presas. Del puro caos.

Eso me convertía en un ser poderosamente inestable.

Sentí como mi cuerpo crecía, mis músculos se expandían con fuerza mientras mi ropa se rasgaba.

Tenía que cazar.

Tenía que matar.

Tenía que arrasar.

Y vengar a Willow y a Finn.

CAPÍTULO 41



WILLOW

Cuando desperté el dolor en mi pecho estalló en dolor como si me hubieran disparado. El miedo, la rabia, la impotencia, el terror y la desesperanza que había aplacado mi mente, regresó de golpe.

Llevando mis manos a mis sienes, grité.

Lo hice una vez.

Y después otra.

Al final solo conseguí que me doliera más la cabeza, que el pecho quemase y que todos los recuerdos regresasen a mí.

Los latigazos, los golpes y Kilil. Él no había querido hacerme daño, lo hizo por obligación y me sacó de allí.

Me liberó.

—Cálmate, Willow, respira conmigo.

Clawn.

Él tomó mis sienes y toqueteó los límites de mi mente, le dejé entrar y nos miramos a los ojos.

—Lo hiciste muy bien, aguantaste la tortura como pocos —me alagó.

—Yo solo quería morir, Clawn. No fui fuerte —reconocí.

Nunca pensé que saldría.

Que viviría.

—¿Dónde está Azan?

Clawn se tensó.

—Ha salido a hacer unos recados.

Una forma muy diplomática de decir que estaba desatado matando a media ciudad. Si lo conocía bien, que ya lo hacía, eso era lo que estaba haciendo.

—¿Y Finn?

No contestó.

Se limitó a curar la tortura mental que recibí. No buscó recuerdos o imágenes, solo restauró aquellas conexiones que Kilil había roto para hacerme daño. Al final también sentí ese toque, ese GPS que ponía en mi mente para localizarme.

—Clawn, dímelo —pedí.

Su silencio no era bueno y eso me hacía temerme lo peor.

—Rashka necesita ADN para transformarse en alguien. Al parecer, entró en casa, golpeó a algunos chicos y fue a por Finn.

Iba a morir en cuestión de segundos si alguien no me decía que estaba bien. Presa del pánico, tome sus manos y las llevé hacia mi cuello, como si allí fuera un lugar seguro para seguir contándome algo.

—Él se defendió. Supongo que sabía por qué necesitaba su ADN.

Iba a llorar.

—¿Est… Está vivo? —pregunté faltándome el aire.

—Sí, pero fue muy golpeado como tú. Estaba grave cuando lo encontraron. Se está recuperando en casa.

Aliviada, solté sus manos y me encogí hasta quedar en la mínima expresión. Entonces, agradecí al cielo, al infierno y a cualquier dios que me quisiera oír. Seguía con vida y eso era todo lo importante.

—Tengo que ir a verle.

Necesitaba estar a su lado, ver qué tan grandes eran sus heridas.

Estaba claro que eran más graves que las mías porque yo estaba bastante recuperada ya y él no.

Un ruido horrible en el exterior nos hizo dar un salto a Clawn y a mí.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Deniz abrió la puerta a toda velocidad provocando que esta se estrellase contra la pared.

—Tenemos que salir de aquí, ¡ahora!

¿Estábamos siendo atacados?

Como pude, corrí a ponerme algo de ropa, porque sí, había olvidado mi desnudez ya que solo llevaba unas bragas de nada. No era bonito saber que le había enseñado mi desnudez a alguien más que no fuera Azan.

En fin, pasando a otro tema, corrí a por zapatos y me decanté por unas deportivas.

Y después sí, después corrimos.

Salimos de la casa a toda prisa, recorrimos sus pasillos y todo temblaba. Algo estaba atacándonos.

Lo curioso fue que no escuché detonaciones, era más como si una bola de demolición se lanzase sobre las paredes una y otra vez.

Escoltada por Clawn, Deniz y Warden, salimos al jardín. Derrapé al ver trozos de la casa esparcidos en el suelo. Esquivé unos pocos y busqué qué dirección tomar. Antes tenía que ver qué nos amenazaba.

Y cómo podíamos contrarrestarlo.

—¡Sácala de aquí! ¡No puede verla! —gritó Keighan.

¿Qué?

¿Quién?

¿Venía Satanás a buscarme?

Entonces lo vi, un gigantesco monstruo que bien podría haber salido de un cuento de terror.

Era una bestia roja, terrorífica con enormes garras. Era similar a un dragón, pero su cara era una pesadilla. De morro largo y afilado, los dientes supuraban veneno negro cada vez que exhalaba aire.

Tenía las alas abiertas, estas tenían una garra en la parte más alta y esta tenía restos de carne, aunque no quise saber de quién. Cinco garras en cada mano, tan largas como espadas y todas cubiertas de sangre.

Su cola rompió un poco el muro de la casa, parecía estar buscando algo o alguien, pero no pensaba quedarme para saber qué era.

—¡Oh, cielos! ¿Qué es eso? —pregunté.

El monstruo bramaba al cielo. Era como un Godzilla rojo que quería romperlo todo, estaba fuera de sí y fue como si pudiera sentir su ira.

—Eso es Azan —contestó Deniz.

Imposible.

—¿Azan? ¿En qué universo?

Eso no era mi marido.

No podía serlo.

¿Verdad?

—En este, es su forma demoníaca —explicó Warden.

Sus hermanos, al menos River y Kaín, porque Sera estaba lustrándose sus partes bajas en un sofá del jardín, estaban tratando de calmarlo. Keighan también, aunque no parecía muy reacio a dejarse calmar.

—¿Y por qué está así? —pregunté.

En el hipotético caso de que tuvieran razón y fuera Azan.

—Por ti —dijo Warden sin más.

Lo miré después de que Azan tirase una farola como si de un palillo de comer se tratase.

—¿Yo? Espera, no pienso lidiar con esa cosa. Keighan ha dicho que no puede verme.

La cosa era que ya me había visto. Avanzó un paso hacia nosotros mientras todos trataban de detenerlo sin muchos resultados.

—O lo haces o no se calmará —me reprendió Warden.

Nadie me dijo que me casaba con el doctor jekyll y mister hyde. Quería de vuelta a mi Azan y no a su versión enfurecida.

¡Oh, chica! No iba a poder discutir con este hombre.

—¿Y por qué yo?

¿No podía ser otro?

—¿Te suena de algo ser su compañera?

En esos momentos solo quise estrangular a Warden.

—Esa excusa está siendo muy usada últimamente y lo sabes.

—Solo dale unos pocos arrumacos —propuso Warden encogiéndose de hombros como si nada.

Estaba claro de que no era la primera vez que tenía el placer de ver a dark Azan.

—¡¿Qué?! ¡Eso sí que no! Has dicho que le hable, no que lo toque. ¡Me hará papilla!

Y eso era ser delicada.

Ese monstruo no iba a dejar nada de mí.

—No lo hará, te conocerá —prometió el trillizo.

La casa no aguantaría mucho la paliza que le estaba dando, así pues, me convencí de que ese sí era Azan y que tenía que lidiar con él fuese como fuese. Tragué saliva entonces y asentí muerta de miedo.

—En mi lápida poned: yo creí a Warden.

***

WILLOW

Acercándome a Azan temblé de los pies a la cabeza. No era algo personal, solo era que mi marido era un monstruo que podía matarnos a todos. Ya lo había visto lanzar a sus hermanos y no me apetecía que me hiciera lo mismo.

—Esto… —Empecé a decir—. Hola, cariño.

Azan gruñó.

—¡Eh! A mí no se me gruñe.

Iba a conseguir que me devorase.

Sin más.

Pero, para mi sorpresa y mi incredulidad, aquel monstruito nada adorable dejó de golpear la casa. El problema era que ahora solo me miraba a mí, no había nada más en su campo de visión.

Temiéndome lo peor, di un paso hacia atrás.

—Esto… Azan, sé un buen chico y vuelve a ser tú, ¿vale?

Él dio un atronador paso hacia mí.

—No, tú quieto. A por mí no vengas, bonito.

Dio un paso más.

Me congelé cuando bajó una garra, me cogió suavemente y me levantó.

Me sentí como la rubia gritona de King Kong con los aviones volando a su alrededor. Solo que esto no era un mono, era un demonio y yo no era rubia.

Y no me sentía cariñosa especialmente.

—Ho… Hola —dije.

De cerca era más aterrador que de lejos.

Mucho más.

Temblé bajo sus garras.

—Cielo…

Bramó.

¡Tonta!

¡Es un demonio!

—Perdón. ¡Perdón! Es que estoy muy nerviosa. Déjame volver a probarlo.

Me miró de forma interrogativa.

—¿Cariño sirve?

Cuando empezó a salirle humo de las fosas nasales comencé a pensar que iba a morir. Ya lo que me faltaba es que escupiera fuego.

—Vale, no te gusta. Probemos otra cosa —comenté pensativa.

Llevándome la mano al mentón, pensé.

—¿Mi amor?

Entonces me miró a los ojos, ladeó la cabeza con cariño y pude sentir en mi pecho como él estaba contento.

Era raro, lo sé, pero ahora sabía que le gustaba que le llamase así.

Cuando volviera a ser él mismo… Le dispararía y solucionaría el problema.

—De acuerdo, mi amor. Te necesito, aunque eres impresionante y aterrador, no puedo comunicarme contigo en esta versión hormonada y oscura de ti mismo. ¿Es posible ver tu otro tú?

Me olfateó.

Por favor que no sea para comerme. Pensé.

Aterrada por perder la mano, la levanté y le acaricié el morro.

Y por doloroso que pudiera ser, abrí mi corazón.

—Sé que estás enfadado y te entiendo. Siempre has querido protegerme, acabando yo herida al final. No me has fallado en ningún momento. Confié en quien pensé que era Finn, podría habernos pasado a cualquiera. Me importas, Azan. Solo de pensar que estés sufriendo por mí… Me duele.

Él me respiró más de una vez.

—Vuelve conmigo, Azan. Un ratito y cuéntame qué es tan horrible que te tiene así de enfadado. Hablemos, intentemos arreglarlo. Te necesito —susurré.

Quise decir mucho más, pero maldita fuera mi corazón, todavía no era capaz y era injusto.

Durante unos segundos no pasó nada. Tal vez en esa faceta no era capaz de escucharme o entenderme. O quizás no había dicho las palabras adecuadas todavía.

—Acepté morir, Azan.—Respiré—. Cuando se me llevaron, acepté morir porque no podía darles nada, pero de haber podido, hubiera hecho cualquier cosa porque solo era capaz de pensar en ti. Tenerte en mi mente me ayudó a ser fuerte.

Empequeñeciendo, empecé a ver el suelo más de cerca. Contuve mi alegría porque el sonido era tan nauseabundo que pensé que estaba a punto de vomitar.

Los huesos se rompían y recomponían una y otra vez hasta que logró ser el Azan que yo recordaba.

Lo miré sin tener muy claro si eso era así.

—¿Azan?

Tirándome hacia sus brazos, me apretó con fuerza, aprisionándome entre ellos como si yo fuera a desaparecer.

—Un recordatorio —dije sacando un dedo de la prisión de sus brazos—. Soy una humana y necesito aire para respirar.

Soltándome al momento, me tambaleé un poco. Por suerte pude estabilizarme rápido y volví a mirar a Azan.

Su mirada encendida me asustó, seguía siendo terrorífico a pesar de que ya no tenía la forma de dark Azan.

—¿Qué ocurre?

Gruñó y nunca lo había hecho de esa forma hacia mí.

Retrocedí porque mis instintos me pidieron que lo hiciera.

—Ese gusano de Kaju se ha ido a esconder bajo las faldas de mi madre —siseó.

Venía de matar demonios. Estaba convencida de que había ido a por la gente cercana a Rashka para verificar la información. Kaju había vuelto al infierno en un intento de salvar su vida.

—Kaín, River y Sera, preparaos, volvemos a casa —ordenó.

Giró hacia ellos esperando una respuesta afirmativa.

Todos aceptaron, hasta Kaín que era el jefe de otro sector. Azan era como el rey de todos y seguía sorprendiéndome a pesar de verlo cada día. Me resultaba extraño que alguien pudiera gobernar así, pero ese era Azan, si alguien era capaz de ser el mejor era él.

De pronto, me cogió del codo con demasiada fuerza. Gemí un poco y bajó el agarre.

—Tú estarás en casa, cada vez que me separo mínimamente de ti, pasa algo —gruñó.

Algo en mí lo repelió.

Quizás la voz.

La autoridad.

O que estaba fuera de sí.

Luché contra su agarre y, tomándolo por sorpresa, liberé mi brazo.

—Rashka atacó a Finn, voy a ir a verle.

Vi como su cara comenzaba a transformarse. Fuera de sí, empezó a adquirir cada vez más tamaño.

—¡Te quedarás en casa protegida!

Temblé.

Esta era una versión de Azan que no conocía. Sabía que era porque el miedo lo estaba obligando. Su corazón, el cual latía de nuevo porque yo lo había sentido, le estaba jugando malas pasadas. No puedes volver a sentirlo todo y no tener efectos secundarios.

—He dicho que iré a ver a Finn.

Ni siquiera me había dado la opción de ir al Infierno. Ojo, no es que yo lo quisiera, para nada, pero tampoco se puso sobre la mesa.

—¡NO! —gritó.

—Pues déjame ir al infierno, haré puré a ese Kaju.

Eso le sentó todavía peor porque aumentó todavía más de tamaño. Aquello no era forma de tratar una discusión.

—Kaju es mío al igual que Rashka. Tú esperarás.

No te lo crees ni tú.

—Finn es mi amigo, tengo derecho de ir a verlo así como también tengo derecho a matar a Kaju. Él me secuestró. ¡Dejó que me torturaran!

Azan descendió hasta quedar a la altura de mis ojos. Me fundió con esa mirada asesina y solo supe temblar.

—No irás a ningún lado.

Era intratable.

—Finn me necesita.

—¡Soy tu esposo! ¡Yo te necesito y te quedas aquí!

Gruñí a su altura.

—¿Tienes miedo? Lo entiendo, querer a alguien y creer que lo pierdes es lo peor del mundo, pero no puedes meterme aquí solo por eso. Tengo libertad de hacer lo que quiera. Y si quiero ir a ver Finn, iré. Como también podría ir al Infierno si quisiera.

Cosa que no quiero, gracias.

Azan tembló, aunque no de miedo precisamente, solo de rabia, una pura que podía ayudarlo a cometer una locura.

—Mi madre es una alta demonio, te comerá antes de abrir la boca.

Que suegra tan tierna, las cenas Navideñas deben ser encantadoras.

—¿Te da miedo que sepa que tu esposa es humana o piensas ocultarme siempre? —pregunté con cierto recelo.

¿Él podía llegar a avergonzarse de mí?

—Nunca lo sabrá. No le gustan las noticias de la Tierra, así que nunca verá con qué ha acabado su hijo predilecto.

«Con qué».

Di un paso hacia atrás como si me hubieran dado un bofetón.

—Azan —advirtió Kaín.

«Con qué ha acabado su hijo predilecto».

«Con qué».

No digo con quién, dijo con qué refiriéndose a mi humanidad.

Me amaba, jamás había mostrado ninguna señal de no tolerar a los humanos, siempre pareció

vernos iguales y ahora… ¿Esa era la excusa?

¿Qué mamá no lo aceptaría?

—Vete a por Kaju o a los brazos de tu madre, pero no esperes que sea una esposa sumisa y tranquila, Azan. Finn es mi amigo y no puedes prohibirme nada.

«Está fuera de control, deja de pelear». Dijo Clawn en la mente.

Pero yo quería hacerlo. Finn había sido atacado como yo, merecía que fuera a verlo. Por desgracia, supe que seguir por aquí solo empeoraría el problema. Dolió hacerlo, pero respiré lentamente mientras tomaba el control de mis emociones.

—Bien, me quedaré —accedí.

Azan no se calmó.

Tomándome de la cintura, me levantó hasta dejarme colgar en uno de sus hombros como si yo fuera un saco de patatas. Después, me arrastró hasta casa donde me dejó custodiada por los trillizos.

—¡NO PUEDE SALIR! —bramó antes de marcharse.

Y cerró de un portazo, eso sin contar de que echó la llave y el bloqueo de todas las puertas y ventanas.

Dejándonos completamente encerrados.

CAPÍTULO 42



WILLOW

—Nunca le había visto así… —susurró Deniz.

Los trillizos estaban a mi espalda tan sorprendidos como yo. No era propio de Azan, aunque sabía el motivo.

—Su corazón vuelve a latir —expliqué sin mirarlos.

Jadearon en conjunto sabiendo lo que significaba.

Volver a sentir lo había vuelto inestable. En su pecho, la rabia, el miedo y el amor peleaban por encontrar hueco. Me dolía pensar que estaba sufriendo, no obstante, me gustaba saber que parecía tener verdaderos sentimientos por mí.

No es que no me lo hubiera demostrado desde un principio.

—Clawn debe haberse ido a casa con Finn. Si no hubiera sido tan cabezota, podría haber ido a con él.

Quería enfadarme, de verdad, pero una parte de mí lo comprendía.

Sin embargo… No iba a quedarme de brazos cruzados.

Corriendo por la casa, fui directamente hacia la habitación que escondían antes de llegar al sótano. Entré sin problemas, puesto que no la había bloqueado para mí y pude ver el arsenal de armas que tenían.

Azan no peleaba con armas, su poder lo hacía casi invencible, pero sus clientes las necesitaban.

Y yo iba a ser una cliente morosa porque no pensaba pagar.

—¿Willow?

Keighan se asomó.

—¿Qué haces?

Respiré.

Sin contestar, empecé a buscar un par de armas que me fueran bien. Al final conseguí una pistola y un fusil de francotirador muy similar al que tenía en casa de Finn. Volver a sentirlo en mis dedos me hizo sentir… Extraña.

Como si la Willow anterior quedara muy lejos.

Ahora solo tenía que ponerme mejor ropa y coger la pistola que me regaló Azan, la que llevaba grabada mi nombre.

—Voy a ir a ver a Finn —declaré.

Salí hacia mi habitación con tres pares de pisadas tras de mí.

—No puedes, el jefe lo ha prohibido —declaró Keighan.

De todos era el más inflexible, no lo culpaba, cada uno era como era. Aunque sus palabras no me convencerían de hacer lo que quería le gustase o no.

Llegué a mi habitación.

Esperé a que se fueran y como no lo hicieron, me empecé a desnudar para buscar ropa más cómoda que lo que había cogido a toda prisa. Sabía a qué riesgos me enfrentaba al ir sola.

—Azan no puede encerrarme, no soy su prisionera.

Iba a llamar a Buck, ese demonio grandote podía cuidar de mí junto con Clawn, el cual sabía que me esperaba en el jardín.

¿Por qué lo sabía?

Quizás la conexión mental que teníamos para localizarme iba en dos direcciones.

—Willow, se enfadará mucho… —susurró Deniz como si el hecho de pensar en escapar ya fuera un terrible pecado.

«Con qué ha acabado su hijo predilecto».

Las palabras dolían más que un puñetazo.

—Que le den, se atrevió a decirme que yo era una cosa. Le enseñaré que no soy un florero al que mostrar al mundo.

Fui a salir de la habitación, solo que los trillizos me cortaron el paso. No los culpé, era su trabajo y Azan era la ley más sagrada en este sector, además de su jefe directo.

—Os entiendo, chicos, solo quiero que lo sepáis.

—No lo hagas —pidió Warden adivinando qué iba a pasar.

Los apunté con mi arma.

—¿Clawn me oyes?

«Afirmativo, jefa». Contestó en mi mente.

—Hazlo —pedí.

Keighan y Deniz cayeron de rodillas de inmediato cogiéndose las sienes. Warden tardó un poco más, pero no era suficientemente fuerte como para evitar a Clawn. Verlos retorcerse en el suelo me dolía porque los quería, pero no estaban dispuestos a dejarme marchar.

—Lo siento —les dije.

Después me fui corriendo a la planta de abajo.

Los cierres estaban echados. Lo que dark Azan no había visto es la grieta que había dejado en la cocina. Una lo suficiente espaciosa como para que yo pasase sin problemas. Sonreí creyéndome listísima, pero al llegar me di cuenta de algo…

No era tan grande como esperaba.

A la mierda mi plan.

—Clawn, estoy jodida.

«Lo imaginé». Dijo con una tranquilidad pasmosa.

¿Y ahora qué?

«Apártate de la ventana, guapa».

—¿Buck?

«¡Vaya! Pensaba que tu estancia con los importantes del sector te había hecho olvidar a la plebe. Sepárate de la ventana de la cocina, Willow, no quiero hacerte daño». Ordenó Buck.

Clawn estaba transmitiendo el mensaje. Estaba tan feliz de escucharlo de nuevo. Sí, habían pasado muchas cosas, pero los chicos que vivían con Finn siempre serían mis amigos.

Solo que había tardado muchísimo en verlo.

Apartándome, no tuve tiempo a reaccionar.

El poder explosivo de Buck hizo saltar la ventana entera. Aprovechando la grieta, media pared saltó por los aires dejando un grandísimo boquete. Azan iba a matarme cuando regresase del Infierno.

Reemplacé el miedo por alegría cuando Buck entró en mi campo de visión. Corrí hacia él y lo abracé dejándolo completamente congelado.

Ups, sí, él no conocía mi verdadero yo.

—Lo siento, Buck, por todo. Gracias por salvarme entonces, creo que nunca llegué a decírtelo.

Había tanto por decir, aunque muy poco tiempo. Después, cuando reinase la calma, todo iría a mejor y podría decirles cuánto lo sentía. Pensaba arreglar esas relaciones que dejé marchitar porque estaba demasiado cegada por el dolor.

—Deja ya a los trillizos, Clawn.

Lo hizo.

Nosotros fuimos hacia la ranchera de Buck, una que vi mucho más grande que de costumbre.

—¿La has cambiado?

—¡Sí! Ahora los asientos tienen calefacción. La voy a llamar: madre de dragones.

Sí.

Buck no había cambiado.

Seguía poniendo nombres raros a las cosas.

—¡Willow!

La voz de Deniz hizo reaccionar a Clawn y Buck, los cuales se pusieron ante mí para protegerme.

—Quedaos en casa, chicos. No quiero que os hagan daño —supliqué.

Así era.

—No quiero dejaros incapacitados, chicos, en realidad me caéis bien —dijo Clawn.

—Yo, por otro lado, no os conozco, así que, no me importa daros algún pequeño golpe —bromeó Buck.

Porque bromeaba, ¿verdad?

—Buck, calma —dije por si acaso no era broma.

No quería que les hicieran daño.

—Chicos, tengo que ir, Finn es importante para mí. No puedo dejarle solo si está herido —expliqué necesitando que me entendieran.

Por favor.

—Iremos contigo —sentenció Warden.

¿Qué?

—Nuestra misión es protegerte y eso haremos —declaró Keighan.

—¿Estáis seguros?

No cumplían las órdenes de Azan y no quería ponerles en un compromiso.

—Chicos, no tenéis que hacerlo. Yo le explicaré a Azan que intentasteis que me quedase en casa…

Deniz dio un paso adelante.

—Vamos con vosotros.

Quise decir algo, pero las ganas de llorar apretaron mi garganta.

Acepté a regañadientes porque los necesitaba conmigo.

Poco a poco los recuerdos eran más dolorosos. Un supuesto Finn me atrajo junto a Kaju y fue gracias a Kilil que me liberé. No había tenido tiempo de hablar con Azan, había necesitado un abrazo o algo de cariño por su parte. Aunque no lo culpaba, dolía.

—Pues vamos niños, todos a la ranchera —dijo Buck, solo que señaló a los trillizos—. Vosotros detrás, la señorita va dentro.

Llamar niños a los trillizos era como llamar bebé a un abuelo de setenta años, una estupidez. Eran mayores de edad, muy mayores porque sospechaba que pasaban los doscientos años.

Pero Buck, con ese cuerpo tan grande y monstruoso, siempre parecía el mayor de la sala.

—Bien, de excursión para ver a Finn.

Saqué el móvil, era mejor tratarlo de llamar para contarle lo que pensaba hacer y que no fuera todo tan sorpresa.

—¿Vas a llamarlo? —preguntó Clawn.

Suspiré.

—Puede que complique las cosas, pero… Me gustaría avisarlo.

Buck rio.

—Llama al muchacho si sientes que tienes que hacerlo, vamos niña.

Buck no sabía que el «muchacho» era Azan y, si lo sabía, le importaba un bledo tratar a la gente como si todos fuéramos jóvenes y él tuviera más años que el mismísimo sol. Era divertido.

Saqué mi móvil, marqué y dio tono.

—Anda, hay cobertura en el infierno. ¡Qué práctico! —dije.
«El teléfono marcado no se encuentra disponible».
Mi corazón se apretó.
—Me ha colgado —susurré mirando la pantalla del móvil como una idiota.
Cuando regresase a la normalidad, iba a matarlo.

CAPÍTULO 43



AZAN

Llegar al Infierno fue amargo.

Llevaba tanto tiempo fuera que olvidaba lo hermoso que era. Caliente, acogedor y mi hogar. Respiré el olor a humo y a pólvora del ambiente sucumbiendo un poco a la sensación de regresar a casa.

Aterricé en el balcón principal de la casa de mi madre. Luché por no tirar las macetas que habían allí, pero la ira me estaba consumiendo lentamente. Sabía que iba a ganarme una bronca, pero la soportaría.

O no.

Mis hermanos llegaron justo después de mí como una comitiva mortal. Sabía bien que todo era fachada, venían conmigo porque si no pensaba morderles el trasero y acabar con ellos.

Mi teléfono sonó, sé que me lo llevé porque Kaín me lo tendió después de volver a mi forma normal.

«Gatito».

Colgué.

—Deberías cogerlo —comentó Kaín.

No podía.

Ahora no era capaz de enfrentarme a ella de ningún modo. La habían dañado, atraído con un truco barato y la habían llevado a las puertas de la muerte. Tuvimos suerte de que Kilil se

apiadase de ella.

Cuando regresase con los cadáveres de nuestros enemigos podría calmarme. Después estaría con ella.

—Hablaré con ella más tarde.

La mirada de Kaín dijo mucho, aunque sus labios no se movieron.

Ignorando cualquier cosa que tuviera que decirme, fui hacia el interior de la casa de nuestra madre. La pomposidad nos explotó en la cara haciendo que Sera fuera la más feliz de regresar.

Oro, diamantes y rubíes cubrían paredes y muebles. Era como entrar en la guarida de un dragón, aunque en parte así era.

Opulencia por todas partes.

Decadente.

—Mis cachorritos están en casa.

Madre apareció con un vestido largo, como el de una reina victoriana y con un corsé tan apretado que no comprendí cómo podía respirar. Como mi hermana, su cola, cuernos y pelo estaba lleno de oro y diamantes a modo de decoración.

—Dime dónde está Kaju.

No era una visita familiar. Iba a matar a su amigo más viejo y no me importaba lo mucho que lo apreciase.

—Está sirviéndose un té en el comedor, pero Azan, no va a ser posible que lo mates.

Me tensé ante la voz de mi madre.

Era la misma que usaba cuando era niño y no quería obedecer, también la misma que usó durante décadas hasta que acepté que mi corazón dejase de latir convirtiéndose en piedra.

Arrancándome los sentimientos que ahora mismo me estaban volviendo loco.

Sabía que se había dado cuenta de mi estado. No era tonta, no era fácil engañar a una demonio como ella.

No me importaba.

Willow era mía y yo era suyo.

—Me temo, madre, que voy a tener que declinar esa orden. Kaju ya está muerto, solo que todavía no lo sabe —dije con suma tranquilidad y una sonrisa en la cara.

Vi como mi madre apretaba las mandíbulas.

—Azan, si es verdad lo que dice, es casi un favor que se la llevase. Si tienes piedad por esa chica, la dejarás morir.

Caminé como si hubieran brasas en el suelo, atravesándolas con rabia y fuerza.

—No mataré a mi compañera.

Pero no la había traído.

Parte de mi enfado se había templado en el descenso al Infierno. Ella solo me había pedido ir a ver a Finn, pero el miedo a perderla me hizo encerrarla. Iba a tener que compensarla.

Y a trabajar estos sentimientos tan molestos en algunos instantes.

—¿Tú compañera? —preguntó Kaín.

Eso me hizo mirarlo con sorpresa.

Él ya sabía que Willow era mi compañera, ¿por qué lo ponía en duda?

—Por supuesto que sí —gruñí con fuerza.

¿Cómo lo ponía en duda?

¿Cómo podía no ver que la amaba?

—Recuerdo que le dijiste que no venía al Infierno porque no querías que madre viera con qué habías acabado —escupió Kaín visiblemente enfadado.

¿Yo dije eso?

¿Cuándo?

El dolor me apretó el corazón.

Cuando discutíamos, pero jamás quise decirle algo así.

Ella era mi vida.

No un QUÉ, es un quién y una reina en mi regazo.

—Iré a tomarme un té también, madre —canturreó Sera pasando a través de nosotros.

—Yo prefiero vino del bueno, de ese que madre deja para ocasiones especiales. Al fin y al cabo, vamos a celebrar que Azan, después de tantos siglos, pasa a ser la vergüenza de la familia —rio River.

No exploté.

Necesitaba mi calma ahora.

—Madre —dijo formalmente Kaín—, tomaré también un té.

Y nos dejaron a solas.

Su mirada recriminatoria me enfadó. Las costuras de mi ropa empezaron a romperse una a una.

El teléfono sonó de nuevo.

Era el tono que le había puesto especialmente a mi gatito.

—¿Tu humana te busca? —preguntó mirándome con cierto recelo.

Metiendo la mano en mi bolsillo, paré la llamada. No era el momento para discutirlo, debía ser en persona.

—Esperará.

Una nueva llamada.

La paré.

—No parece que sepa esperar, hijo.

Tendría que hacerlo.

—Quiero a Kaju, madre. Tiraré este palacio piedra a piedra hasta dar con él. Voy a alimentarme con sus tripas y a bañarme con su sangre por tocar a mi compañera.

Permaneció impasible escuchándome, pero yo seguí creciendo producto de todos mis sentimientos agolpados en mi pecho.

—¿Y tu compañera que opina?

Nueva llamada.

Bufé molesto.

Me imaginaba a una versión de Willow muy enfadada llamando sin parar. Tal vez debía llamar, sería más fácil para después no entrar en una locura de discusión. Fui a hacerlo, hasta

saqué el móvil del bolsillo.

Entonces Kaju apareció tras mi madre y solo pude responder.

Apartando a mi madre a duras penas, volé hacia él mientras mi magia hacía el resto.

Mi visión se puso roja.

Dejé de ver con claridad.

Sin pensamiento.

Solo muerte una y otra y otra vez.

No escuché los gritos, tampoco las súplicas, ni siquiera las palabras de mi madre. Arranqué trozo a trozo, con mis garras, mis dientes… Apuñalé con mi cola, desgarré una y otra vez.

Quería que viviera.

Solo para poder sufrir.

Aquello me daba placer, me daba vida, era el caos más crudo. La sangre salpicaba toda la estancia, escurría por mi piel y hacía un charco en el suelo. Ese maldito ser sufriría lo indecible.

—Willow —mascullé a modo de explicación.

Quería que supiera que era por ella.

Que siempre sería por ella.

Y que su miserable vida acababa voy por haberme traicionado después de tantísimo tiempo.

—Nunca la tocarás de nuevo.

***

AZAN

Regresé a mi cordura y tamaño real muchísimo tiempo después. No quedaban trozos más grandes que una moneda de dos euros. El mayor consejero de todos los tiempos había muerto sin poder defenderse.

Y yo no me sentía más cerca de calmarme.

—¿Quién dejó que saliera de la cocina? —preguntó mi madre como si yo hubiera pintado un cuarto en vez de destriparlo de los pies a la cabeza.

Kaín apareció con un té humeante en las manos y se encogió de hombros.

—Iba a matarlo yo, pero era la presa de Azan.

¿Iba a matarlo él?

¿Por Willow?

—¿Por qué querías matarlo tú, hijo mío? Tengo entendido, que la humana es la compañera de Azan y no tuya.

Las palabras de mi madre flotaron en el aire.

—Dañó a Willow. A la familia se la protege, madre.

—Esa niña… Willow, ¿es tu amiga?

Yo miré a Kaín.

—Lo es. Es una digna guerrera capaz de doblegar el Infierno si se lo propone —contestó mi

hermano.

Estaba sorprendido.

Pero verle hablar así de Willow me impresionó. Ahora recordaba las veces que había corrido hacia ella, cada vez que había ocurrido algo él estuvo también, ayudando en silencio.

En la sombra.

Cuidándola como si… ¿La apreciara?

—Es humana —dijo mi madre con desprecio.

Estaba a punto de estallar. Apreté las mandíbulas, haciéndome tanta sangre con los dientes afilados, que mi boca se llenó de sangre.

—No existe demonio capaz de eclipsarla —dije mientras sangraba de la boca como un perro rabioso.

Respiré.

—Lo es —declaró Kaín.

Madre se marchó de la sala sin mirar apenas al que había sido su amigo toda su larguísima vida. No hubo pena, tampoco me recriminó nada, siguió adelante a la espera de que alguno de sus cientos de empleados limpiara el desastre.

—¿Por qué le diste cobijo a Kaju? —pregunté siguiéndola.

—Solo le invité a un té, hijo. Es lo que se hace con los amigos.

Pues no parecía tan amigo si ni siquiera se había consternado con la idea de que lo hubiera hecho trozos.

—No pareces muy angustiada.

Llegando a la cocina, el olor a sangre me acompañó. Estaba bañado en ella y todavía quedaban trozos de Kaju en mi ropa.

—Eso es porque no lo estoy. Ya vino a verme hace tiempo, hijo.

No tomé asiento, necesitaba estar en pie como si así pudiera entender más lo que estaba pasando.

—Me contó una sarta de tonterías de que mi hijo favorito, el que más había conseguido en la vida, revoloteaba alrededor de una humana. No me lo creí, por supuesto, pero poco a poco las voces fueron llegando.

Se sirvió una taza de té con toda la calma posible.

—El Infierno no está incomunicado, hijo. Sé que has encontrado a tu pareja y que ésta es humana. Willow se llama, ¿verdad?

Así era.

Asentí.

Si trataba de hacerle daño acabaría con ella, madre o no.

—¡Vamos, Azan! A mí no me pongas esa cara de asesino. Jamás trataría de dañar a tu pareja.

Gruñí.

—Es humana.

—Lo sé. La idea no me gustó al principio, alguien inferior, de una casta problemática. Poco a poco me llegaron más detalles de ella. Una mata demonios. Bastante interesante, eso no lo vi venir. Me hubiera encantado verla, pero supongo que has pensado que tu vieja madre se haría un

bolso con ella, ¿verdad?

Sí.

Lo había pensado.

Culpable de todos los cargos.

—No es culpa mía que tenga ese pensamiento. Durante siglos los has odiado. No pensé que pudieras tener curiosidad por ella.

Ella me miró muy calmada.

—Pues la tengo. Las compañeras de verdad apenas existen, no tocaría a nadie con un vínculo tan puro y mucho menos a ti, hijo. Aunque mis métodos han sido cuestionables, siempre he querido que tengas felicidad, fortaleza y seas el mejor. Si esa Willow llena lo que te faltaba, la acepto.

Me hubiera sorprendido menos si mi madre me hubiera disparado en el pecho, de verdad os lo digo.

—¿Qué ha cambiado?

—Digamos que he tenido mi propia perspectiva hacia los humanos. Estudié ese campo a mi manera.

Antes de poder preguntar algo más, un humano de mediana edad entró en la cocina. Sin miedo a nosotros, se acercó a mi madre y colocó su brazo sobre sus hombros de forma dominante y protectora.

—¿Estás de broma? —se indignó Sera.

Se miraron, sonrieron y vi la marca de colmillos en el cuello del humano.

Había sido reclamado por mi madre.

—Es un placer conoceros, chicos. Vuestra madre me ha hablado mucho de vosotros. Soy Garret —se presentó.

Mi madre con un humano.

Mi madre.

Una demonio superior.

Una que odiaba a los humanos.

Vinculada a uno.

Jamás reclamó a mi padre, jamás lo mordió y ahora venía con un humano y se había vinculado a él como yo con Willow.

¿Qué está pasando?

—¿Y tu corazón de piedra, madre? —preguntó River.

Garret puso una mano sobre el pecho de mi madre, siseé como si lo fuera a morder y arrancarle la cabeza. Nadie tocaba a mi madre.

Él no pareció sorprendido, solo me lanzó una mirada amable y sonrió.

—Late de forma muy sana.

Infiernos ardientes.

Eran pareja, compañeros.

Y habían vivido lo mismo que yo con Willow.

Sentí que todo daba vueltas. El mundo estaba cambiando muy rápido, tanto, que no encontré

palabras qué decir. De hecho, ni mis hermanos pudieron porque estuvieron mortalmente callados.

Sorprendente.

—Venga, dúchate y coge ropa del armario. Hueles fatal —ordenó mi madre.

Y, solo por no ver como se besaba con ese hombre, me fui.

***

AZAN

Limpio, renovado y con ropa limpia el mundo se veía algo mejor. Todavía me quedaba acabar con el cerdo de Rashka, pero todo llegaría a su debido tiempo. No lo dejaría escapar porque tenía una cuenta de sangre muy grande a saldar.

Willow había casi muerto en sus manos.

Nadie la tocaba y salía indemne.

Saliendo hacia el comedor, sentí cómo se me cerraba el estómago. La verdad es que no tenía ganas de ir hacia allí para no tratar con Garret.

Y no es por lo que pensáis.

¡Mi mujer es humana!

No es racismo.

Es que ese tío toca y se folla a mi madre. Lo veo tan… ¿Antinatural?

Las madres milenarias no follan, al igual que los padres.

¿No?

A la primera que vi nada más llegar fue a mi hermana Sera. Tampoco era un placer verla, era como la versión antigua e insoportable de madre. Aunque ahora parecía tan conmocionada como yo.

Hasta más seguro.

Era divertido verla fuera de su elemento.

—¿Sorprendida de que madre tenga pareja? —pregunté—. Los humanos van sumando puntos poco a poco.

No respondió.

Se acercó a mí lentamente y para cuando creí que se alejaría, besó el cuello de mi camisa a toda velocidad.

—Me encantará ver la reacción de tu gatito cuando lo vea.

¿Lo vea?

¡Maldita bruja!

Tenía una mancha de carmín en el cuello de la camisa blanca, ahora tendría que cambiarme de nuevo y buscar algo de mi talla porque el humano de madre era demasiado pequeño comparado conmigo.

Con mi poder, agarré a mi hermana de la garganta y la levanté unos buenos treinta centímetros. Empezó a patalear y a mí me dio igual. Solo quería acabar con ella, lo necesitaba por lo que acababa de hacer.

Mi teléfono sonó entonces.

El de Sera también.

Y, acercándose a nosotros, el de Kaín y el de River también sonaba.

¿Qué probabilidades había?

Busqué el mío y en la pantalla ponía Deniz.

—Dime —dijimos los cuatro casi a la vez.

Lo que me dijo me dejó helado y supe que, a veces, las decisiones marcaban un antes y un después en la vida de todos. Este era uno de esos días, una decisión mía acababa de costármelo todo.

Y solo tenía yo la culpa.

CAPÍTULO 44



MIENTRAS AZAN ESTÁ EN EL INFIERNO…

WILLOW

Cuando llegamos a casa de Finn todo estaba muy tranquilo, demasiado incluso. Al abrir la puerta siempre venía alguien a saludar, era como un ritual que no sabía que extrañaba.

Había pasado tiempo en esa casa y ahora veía muy lejana a la Willow que apenas existía aquí.

—¿Finn? ¿Chicos?

Nadie contestó.

Y el miedo se instauró en mis venas.

Buck se colocó ante mí, buscando cualquier cosa que aplastar. Yo saqué mis armas y miré a los trillizos, necesitaba que comprendieran la situación y, por suerte, parecían estar preparados para pelear.

Habitación a habitación vi los destrozos que la gente de Rashka había hecho. No se habían contentado con atacar a Finn, también habían roto cualquier cosa que habían encontrado a su paso.

Cargando las dos pistolas, sopesé su peso en mis manos y avancé.

Necesitaba llegar hasta Finn. Quise abrirme paso, pero Buck y Clawn estaban decididos a escoltarme para protegerme. Lo permití porque pelear con ellos no era una opción, nos moveríamos más rápidos si avanzábamos.

Cuando llegamos a la cocina dos cuerpos en el suelo me alteraron, eran Darun y Breck, dos de los demonios que vivían aquí. Habían sido cortados en pedazos, cada extremidad estaba esparcida por la habitación dejando un paisaje desolador.

Las lágrimas llegaron a mis ojos.

—Estaban vivos cuando me fui —declaró Buck.

Eso significaba que alguien había venido después y que existía la posibilidad de que siguiera en la casa.

—Hay que llegar hasta Finn. Clawn, Warden, ¿detectáis algo? —pregunté.

Manteniéndonos en silencio, todos esperamos expectantes hasta que asintieron. Los intrusos seguían en casa y eso solo significaba matar. No pensaba permitir que nadie más saliera herido.

—¿Hay más muertos? —pregunté sabiendo que era algo que también podían rastrear.

—No, pero algunos están graves —contestó Clawn.

Hora de movernos, entonces.

Moviéndonos tan rápido como pudimos, movimos a los heridos desde donde los fuimos encontrando hasta el comedor. Allí levantaríamos una especie de hospital de campaña.

—Ahora Finn —dije.

—Willow, es probable que no quieras ver quién hay en esa habitación.

¿Rashka?

—No me importa quien haya, lo mataré por tocar a Finn —sentencié antes de ir hacía allí.

Todos me siguieron, pero por primera vez lideré el grupo. Mis piernas iban a toda velocidad empujadas por mi corazón. Ahora necesitaba llegar hasta Finn. Era algo de vida o muerte.

Y mataría a quien hubiera dentro.

Con mis armas al frente, empujé la puerta de la habitación de Finn. Entré y me congelé.

—Te estaba esperando.

Mi mente colapsó en ese preciso instante.

Congelada, apenas fui consciente de que los demonios que me acompañaban, me rodeaban. Yo solo tenía la vista al frente, con un gran Finn sujetado en el suelo con cadenas de magia y una Pay que usaba su tacón de aguja para pisotear su espalda.

Pay.

Mi Pay.

—¿Pay? —pregunté casi sin podérmelo creer.

Estaba igual, no había cambiado nada, como si fuera la misma que dejé en casa antes de irme a comprar.

—Hola, Willow, ha pasado un tiempo —sonrió.

—Yo, ah… No lo entiendo.

Por mucho que lo intentase no podía comprenderlo. Era algo que se escapaba de mi comprensión porque yo la había visto muerta, los trozos esparcidos en la habitación como si nada.

La sangre.

El olor.

Ante mí, Pay cambió. Se tornó de un color dorado, mientras una larga cola asomaba de su

trasero y bajaba hasta aposentarse en el suelo. Entonces unos grandes cuernos negros adornaron su larga cabellera.

Cambió convirtiéndose en demonio.

Explicándome sin palabras, que nunca fue humana.

Y que todo fue un truco.

—¿Por qué? —pregunté.

Se rio de mí con sorna.

—Solo necesitábamos un humano, uno cualquiera. Padre dijo que no era capaz de elegir a uno traumatizado y convertirlo en un asesino. Entonces Buck, del que oí que salvaba humanos, se presentó una oportunidad.

Apenas era capaz de escucharla.

Era hija de Rashka, por eso podía cambiar a voluntad.

—Entré en una casa donde una humana estaba siendo violada. Acabé con su sufrimiento y adopté su físico. Buck me salvó cuando los agentes de mi padre fingieron hacerme daño. Después te encontramos a ti.

Mentiras.

Todo ese tiempo juntas fue mentira.

Nada existió.

—Estabas rota, hundida y vi tus ojos. En ellos había una determinación que el resto de supervivientes no tenía. Me uní a ti, pero con el tiempo vi que no estabas dispuesta a dar el paso. A ser fuerte por mí.

Quise vomitar.

Mucho.

—Entonces representé un papel. Morí a tus ojos y el dolor te empujó en la dirección correcta. Ahora tenía a una gran asesina.

Reía sin parar, pero yo empezaba a sentir solo mi corazón en mis oídos.

—Un año de asesinatos, con un palmarés increíble. No hay humano que se te compare. Así que, ya estabas preparada para matar a Azan. Solo era un mensaje en el momento adecuado y mi asesina feroz le volaría la cabeza.

Pero no lo hice.

Disparé a su acompañante que ese sí era mi objetivo.

—Giro de destino cruel cuando vimos que no podías encargarte de él. Encima te lo follaste. Estúpida, estúpida humana —dijo con desprecio.

Ya no era Pay.

Nunca lo fue.

Era un monstruo.

—¿Por qué un humano? ¿Por qué no podía matarlo un demonio? —pregunté, aunque sabía la respuesta.

Me la imaginaba.

—La tregua entre humanos y demonios es muy frágil. No deberíais existir después de nuestro ascenso. Que uno de los tuyos matase al jefe más grande de los míos iba a conseguir el efecto

deseado: guerra. Caos y preciosa muerte.

No la pude ver como Pay. En mi mente, mi amiga era gentil y buena con un corazón enorme. Uno que me ayudó a sobrevivir a la muerte de mi familia. Esta de aquí era solo un enemigo más.

—Suelta a Finn.

Rio.

—No. Este idiota nos lo ha puesto muy difícil. Tuve que adelantar mi muerte porque él empezó a sospechar que no era tan humana como pretendía. Hasta después de mi muerte siguió buscando pruebas. Pronto todas apuntarían hacia padre y eso provocaría que Azan y el resto de sectores nos cayeran encima. Merece morir.

Yo miré a Finn a los ojos.

Estaba cansado, agotado. El dolor se reflejaba en sus facciones. Había recibido una paliza a manos de Rashka y sobrevivió a duras penas. Su cuerpo estaba completamente magullado, destrozado.

—No murió cuando padre vino. Tuvo que irse y dejarlo porque si no, el plan de secuestrarte, se hubiera ido al garete. Así pues, he venido con unos amigos a jugar, pero tus chicos son muy débiles.

Iba a matarla.

A destruirla.

A acabar con ella.

Nadie se interpondría en mi camino porque ella iba a ser mi maldita cena.

Finn y yo nos miramos como si pudiéramos hablar. Quería llegar hasta él, matar a esa zorra mala y acabar con esto. Solo necesitaba pelear, acabar con ella de alguna forma y liberarlo.

—Vete —articuló sin voz.

No lo haría.

Jamás me iría sin él.

Finn me sanó y cuidó de mí cuando yo solo quería morir. Dejarlo no era una opción.

Los pasos de más demonios se sintieron por las escaleras. Estaba claro que Pay, o quién quiera que fuera, no jugaba sola. Los iba a dejar para el resto, yo solo tenía un objetivo claro.

El resto no importaban.

—¿Crees que puedes matarme?

Sí.

Lo creía.

—Solo matas demonios porque disparas desde lejos, no tienes ninguna oportunidad —se mofó Pay.

Y yo reaccioné.

Llegando a ella, mi rodilla impactó con sus costillas antes de que pudiera detectarme. Entonces disparé, pero fue rápida, solo conseguí alcanzarle el hombro en vez del corazón.

Solo que, por suerte para mí, esa distracción hizo que las cadenas de magia que sujetaban a Finn desaparecieran. Se levantó rápido y se colocó a mi lado. Ambos nos miramos.

—¿Estás listo? —pregunté.

—Contigo siempre.

No necesitamos más palabras porque sabíamos qué teníamos que hacer.

Nos lanzamos a la batalla con un rugido atronador. Juntos, golpeamos a una Pay que era bastante rápida. También fuerte como se esperaba de la hija de un jefe de sector. Por cada golpe que dábamos, ella nos lo multiplicaba por dos.

Un puñetazo en las costillas me robó el aire de los pulmones de golpe. Me encogí por culpa del dolor y jadeé. En ese movimiento, vi algo de soslayo, algo pequeño que me hizo estremecer.

En una esquina, apoyado como si se tratase de un paraguas, había una bomba con un maldito contador.

02:30

02:29

02:28

02:27

—¡TENEMOS QUE SALIR DE AQUÍ! ¡BOMBA! —grité para todos.

Finn aprovechó mi grito, que despistó a Pay para darle un puñetazo con el que le fracturó la mandíbula.

Yo le disparé en el pecho.

No tenía tiempo para mirar, para regodearme en la muerte que trastocó mi mundo. Solo cogí la mano de Finn, después de enfundar una de las pistolas, y corrí.

Todos lo hicimos.

Bajamos las escaleras tan rápido que estoy segura de que no hice todos los escalones. Tal vez los salté o yo qué sé. Solo sé que corrí lo más rápido que pude porque aquello estaba a punto de volar por los aires.

Con alivio, me di cuenta de que todos los supervivientes heridos ya estaban fuera.

Entonces solo quedábamos por salir Finn y yo.

Unos pocos metros nos separaban de la salida.

Justo entonces una especie de cadena se me ató al cuello y, para cuando tiraron, mi cuerpo cayó de espaldas al suelo. Lo golpeé con contundencia, casi perdiendo el conocimiento en el acto.

No sé cómo resistí.

—Tú no vas a ninguna parte —dijo Pay.

Muy malherida, tras nosotros, ella sostenía el otro extremo de la cadena. No tenía ni idea de cómo era posible. Su pecho sangraba a borbotones, apenas se tenía en pie, pero seguía con vida.

Era peor que una cucaracha.

La bomba estaba a punto de explotar, teníamos que salir de allí con o sin Pay, la arrastraría a la calle si no soltaba la cadena. Después la remataría en cuanto tuviera ocasión.

Un disparo limpio en la cabeza.

Los siguientes segundos sucedieron de forma muy rápida… Tanto que ni siquiera soy capaz de explicarlos.

***

FINN

Íbamos a morir si no salíamos de mi casa. Por desgracia, la desquiciada de esa demonio que una vez conocí bajo el nombre de Pay, tenía otras intenciones. Pensaba liquidarnos conjuntamente, aunque ella muriera también.

Solo miré a Willow un segundo y supe que todo había valido la pena. La adopté en mi familia sin tener muy claro si funcionaría. Encajó entre nosotros a pesar de que no se diera cuenta.

Poco a poco cambió.

Creció.

Y ahora que había encontrado a su compañero, era perfecta.

Estaba orgulloso de ella.

Por eso tomar esta decisión fue fácil. Se sintió como respirar después de haber permanecido mucho tiempo bajo el agua. Solo la miré un segundo más antes de usar mis poderes.

Lanzándome contra Pay, la golpeé con fuerza y, al mismo tiempo, envié un golpe de energía al pecho de Willow.

Ella salió disparada hacia el exterior.

En los pocos segundos que nos separaban de la detonación, pude ver en sus ojos la agonía de comprender lo que estaba haciendo.

Solo que yo estaba en paz.

—Fue un honor adoptarte en nuestra familia. Te quiero. Cuida de Azan, fue un buen amigo —dije.

El mundo se fundió a negro entonces.

CAPÍTULO 45



WARDEN

No sé qué sonó más fuerte, la detonación de la casa o el grito desgarrador que profesó Willow.

Cuando todo en silencio, cuando todo fueron ruinas y polvo, solo había una voz que se escuchaba por encima de todas.

La mente de Willow estaba desbordada. La toqué suavemente solo para notar miedo y agonía. El dolor desgarrador que sentí me hizo creer que estaba a punto de morir, entonces me alejé.

¿Cómo podía sentir tanto?

Clawn la sostuvo unos segundos, solo unos pocos antes de que se dejase ir y corriera hacia la casa.

—No, no, no, no, no —decía una y otra vez entrando en bucle.

Retiró trozos de paredes, se hizo sangrar las manos mientras rebuscaba sin parar. Buck la ayudó y Clawn lloró y supe el motivo. Finn estaba atrapado bajo ese montón de ruinas, pero no quedaba apenas vida en él.

No se podía hacer nada por salvarle.

Alejándome de ellos, dejando que los gritos desgarradores de Willow me destruyeran el corazón, llamé al jefe.

—Dime —dijo Azan.

—Finn a muerto.

Y eso cambiaría el curso de las cosas.

***

WILLOW

No por favor.

Por favor.

Luché contra aquellos trozos que me separaban de él. Estaba ahí, veía su piel verde asomar entre los cascotes. Retiré todos los trozos que pude antes de que Buck viera que lo había encontrado.

En un momento, sacó todo lo que tenía encima y me lo dejó a mí.

Su cuerpo totalmente herido.

Bajé colocándome a su lado. De rodillas, lo deposité sobre mí mientras sentía que todo yo moría de nuevo.

Ya había vivido la pérdida.

Pero no podía vivir la de Finn.

—Por favor —supliqué acunando su rostro—. Quédate conmigo.

Lloré esperando que abriera los ojos por mí.

Que me hablase.

Que me dijera que todo saldría bien.

Pero nada de eso ocurrió. Mi dolor me sacudió mientras gritaba que viniera un médico. Les odié por quedarse quietos a nuestro alrededor, por congelarse y limitarse a mirar cuando lo único que necesitaba era ayuda.

Y un milagro.

—Por favor, Finn, te lo suplico, quédate conmigo, por favor —sollocé ahogándome en mí misma.

Acaricié su rostro.

Lo agité.

Le supliqué y lloré lo indecible.

Y solo sentí como se desvanecía en mis brazos.

Yéndose de mi lado.

***

AZAN

Nunca había volado tan rápido.

Lo que yo no sabía hasta ese mismo día era que, a veces, había decisiones en la vida que te

marcaban para siempre.

Irme sin permitir que viera a Finn me había costado lo peor.

Sin poderlo evitar, sentí como nuestro vínculo se debilitaba segundo a segundo. Noté el dolor de Willow, también su miedo y su desesperación. No llegaba a tiempo a nada, estaba siendo una pobre representación de un protector.

Tantos errores cometidos.

Y no tenía solución.

Para cuando entré al hospital, sé que mis hermanos, mi madre y su marido me seguían.

¿Qué me importaba a mí?

La dejé sola, de nuevo.

Y ahora la consecuencia era perder a Finn. Un Finn al que siempre estaría agradecido por salvarla.

Warden me había dado unas pinceladas de lo ocurrido y estaba horrorizado. Lo peor era que no sabía cómo Willow iba a encajar la pérdida.

—¡¿Dónde está?! —bramé.

La recepcionista se asustó.

—¿Quién, señor?

—¡La humana! Vino con un herido grave, Finn, sé que ha fallecido, pero necesito saber si ella está bien.

La maldita demonio me miró asustada.

—No lo sé señor.

Enfurecí golpeando el mostrador con mis garras.

—Si no me das la información arrasaré este lugar, soy el dueño de toda esta puta ciudad. ¿Me entiendes? —siseé.

Lo era y cumpliría mi promesa solemne de arrasarlo todo.

—Señor, solo sé que se ha negado a cualquier atención médica y que rehúsa hablar con alguien. Ella está… En la sala de espera, seguramente en shock —balbuceó.

Entonces, sí sabía dónde estaba Willow.

Corrí a buscarla.

Atravesando pasillos como un loco, vi a Deniz de soslayo. Derrapé cambiando de dirección y conseguí alcanzarlos. Cuando llegué vi una pequeña salita de estar abarrotada de demonios.

Y en una esquina, sentada en una silla, mi Willow.

Estaba llena de sangre y polvo, con heridas por todas partes. Sus manos entrelazadas en su regazo y ella las miraba sin hacerlo en realidad. Tenía la mirada perdida. Fue tan desolador que jadeé sin poderlo evitar.

Los demonios abrieron paso hacia ella.

Reconocí a los trillizos, Clawn y Buck, el resto supuse que eran otros chicos que vivían con Finn.

Me sentí al borde del infarto.

Debí habérmela llevado al infierno o haber ido con ella a ver a Finn. Tendría que haber cambiado tantas cosas que ahora no podía que quise tirarme al suelo a gritar. Por primera vez en

siglos, las lágrimas picaron en mis ojos y las contuve.

Yo rompía todo lo que tocaba.

Y morí un poco al verla así.

—Gatito… —dije entrando en la sala.

No reaccionó.

Acercándome paso a paso, esperé que ella alzase la vista, pero no lo hizo. Me agaché cuando llegué ante ella y tomé sus manos entre las mías. Estaban frías, manchadas de la sangre de Finn.

Justo entonces me miró, pero sentí que no me reconocía durante unos segundos. Después, sus ojos enfocaron mejor.

—Azan…

—¿Estás herida?

No contestó.

Miró hacia la puerta por donde presumiblemente se habían llevado a Finn para no regresar.

—Finn… —dijo con voz estrangulada.

Rota.

Y empezando a sollozar.

Ya lo sabía, me lo habían notificado y por eso estaba ahí.

—Amor, necesito que me digas si estás herida —pedí con voz estrangulada.

Al no contestarme de nuevo, acaricié una de sus mejillas. Ese contacto le hizo profesar un respingo con el que me miró directamente.

—No estabas —sollozó—. Y yo lo intenté con todas mis fuerzas. .

Lo sabía y me sentía fatal por eso.

Nunca debí irme.

—Lo siento muchísimo, amor.

—Esa cadena me sujetaba a mí, Azan. Dio la vida por mí.

Sus lágrimas dolieron más que mil disparos. Su dolor no estaba a mi alcance, supe entonces que no había experimentado nada tan doloroso como la pérdida que acababa de vivir.

Era mi amigo, sí, y su muerte me comía por dentro, pero verla así… Me destruyó por la culpa.

—¿Dónde estabas? Te llamé muchas veces.

Tragué saliva.

Yo las ignoré.

—Necesitaba decirte que iba a ver a Finn, pero tú me ignoraste.

Y, ante el silencio, ella frunció el ceño.

Entonces vio la marca de carmín en mi camisa.

¡Me había olvidado de ponerme otra!

Fue a cámara lenta, pero podría jurar que escuché su corazón romperse en aquel momento. Echándose hacia el respaldo de la silla, ella se alejó de mi lentamente como si hubiera recibido un bofetón. También sacó sus manos de entre las mías.

Temí lo peor.

Acababa de perderla.

La vi levantarse dispuesta a irse.

—Amor…

—¡Deja de llamarme amor maldito hijo de puta! —gritó ella rompiéndose.

Rió amargamente.

—Tú follándote a otra mientras mi amigo moría. ¡Te llamé mil veces! ¡Necesitaba que volvieras a casa como siempre prometiste que harías si te necesitaba! Pero solo eran palabras, como el que éramos un equipo, que solo te alimentarías de mí y que el resto eran plebeyas y yo una reina. Que no tocarías a nadie dijiste… Y yo me lo creí. Por supuesto, se te olvidó decirme que un demonio al final es un demonio y solo busca sexo con cualquiera.

Estaba desesperado por que me escuchase.

—No es lo que piensas, de verdad.

Ella rio amargamente mientras sus lágrimas manchaban su precioso rostro.

—Que tú, que eres tan viejo, uses esa excusa tan patética debería darte vergüenza.

Giró y yo la tomé de su brazo. Forcejeó conmigo, pero acabó tropezando y cayendo en mi pecho mientras mi corazón palpitaba sin parar. Había pasado de tener un corazón de piedra a perderlo.

Y no podía pasar.

Ella no podía irse.

—Jamás te traicionaría así, eres mi única —le dije.

Un bofetón cruzó mi rostro antes de que pudiera verlo venir. Mi parte más primitiva gruñó pidiendo salir, pero me contuve. Tenía todo la razón para estar enfadada. No solo no estuve, si no que, ahora, gracias a Sera, ella pensaba que había sido infiel.

—No puedes irte, por favor, déjame explicarte.

Ella no quiso, se apartó de mí sin mirarme.

—Yo renuncio a mi compañero.

El mundo se quedó helado entonces.

Y perdí el mundo de vista, sentí como nuestro vínculo quedaba reducido a la mínima expresión. No roto del todo porque yo tenía que devolver los votos, pero sí tocado de muerte.

Sin posibilidad a seguir viviendo.

Ella acababa de echarme de su lado.

—Su último pensamiento fue para ti —dijo señalando la puerta por donde se habían llevado a Finn—. Dijo que cuidase de su amigo.

Ella lloró.

—Ojalá…

No pudo decirlo.

Solo se giró y se fue, aunque no fue la única. Una comitiva de demonios, encabezados por Clawn y Buck la siguieron. Y, al final, cuando solo quedaban mi familia y los trillizos, los vi mirarme con desprecio.

A mis tres amigos.

Se fueron con ella sin decir adiós.

—Deniz, por favor, no lo hice —dije desesperado porque alguien me creyera.

—Deberías haber estado allí, jefe. Tú los hubieras salvado a los dos.
Y ahora no tenía a ninguno.
Desplomándome en el suelo de rodillas, por primera vez en toda mi vida, me sentí pequeño.
Había perdido a mi amigo y al amor de mi vida.
A mi compañera.
—Corre a decirle la verdad —pidió River para mi sorpresa.
Negué con la cabeza.
—Jamás me creerá. Es una prueba más que fehaciente. Nadie creería otra cosa.

CAPÍTULO 46



AZAN

Con un vaso lleno de algún licor fuerte, mis días pasaban lentamente. Sin Willow.

Madre y mis hermanos me trajeron a la cama diciendo que debía descansar para verlo todo mejor al día siguiente.

Reí de nuevo sabiendo que estaba solo.

«Hotel Draks, habitación 908. Yo no te lo dije». Escribió Clawn.

No me importó el alcohol que llevaba en sangre, mi sangre demoníaca la quemó al momento sabiendo que podía ir a por ella. No lo pensé, solo salí disparado hacia allí esperando un perdón que no me merecía.

Llegué al hotel y nadie me cortó el paso.

Era el dueño de la ciudad, si se interponían en mi camino los mataría.

Llegué a su pasillo, fui rápido, volé por las escaleras hasta dar con su puerta. Entonces llamé.

Ella no abrió.

Golpeé de nuevo consiguiendo el mismo significado.

—Déjame entrar, gatito. Fue mi hermana que es una zorra. Quería hacerte rabiar porque te cree inferior. Iba a quitarme la camisa, o quemarla o yo qué sé, pero lo olvidé cuando me hablaron del ataque. Solo quería encontrarte. Asegurarme de que tú estabas bien. Por favor, amor, déjame entrar.

Ella no contestó.

Nunca lo hizo.

Necesitaba tocarla, abrazarla y que llorase en mi pecho la pérdida que habíamos tenido. La herida que nos habían hecho en el pecho.

La escuché llorar y, aunque quise tirar la puerta, no lo hice porque supe que eso no arreglaría las cosas. Forzar la cercanía solo haría que todo se precipitase, todavía más, al vacío.

—Gatito. Yo… Ya no sé qué más decir para hacerte reaccionar. Te juro que haría cualquier cosa por verte. Solo déjame ver que estás bien, te lo suplico y me iré. No te molestaré.

Ella no contestó.

—Vete de aquí —ladró Buck.

Apareció por el pasillo con solo una toalla en la cintura.

—No tienes la puta decencia de hacer algo bien e irte, Azan.

Siseé de advertencia y Buck se abrió de brazos.

—Adelante, mátame y haz que pierda otro amigo, porque eso es justo lo que necesita ahora —dijo el muy desgraciado.

Gruñí y me fui.

Dos días después tuve que vivir uno de los peores días de mi vida. Enterré a mi amigo, al que conocía desde hacía trescientos años. Lo dejé marchar a pesar de que lo quería conmigo, que necesitaba que me aconsejase, que estuviera conmigo.

Que bebiéramos juntos.

Se hizo real que se había ido, pero la herida sangró más porque vinieron todos menos Willow.

Ella no apareció y supe que era por mí.

Yo había mantenido la esperanza de verla.

Pero la esperanza no tocaba a bestias como yo.

***

AZAN

—Amor… Hoy ha sido el entierro. No vengo a reclamarte que no hayas ido, Finn no creía en estas cosas, pero rogaba a los dioses del Infierno que vinieras para verte. No sé cómo explicar lo mal que me siento. No debí decir que eras un qué, tenía miedo de que mi madre pudiera hacerte daño. Lo que no sabía en ese momento es que yo era inferior a ti. Te dejé cuando solo merecías que te escuchase, pero mi sed de sangre por Kaju me cegó. Te ignoré y eso me está matando. Si te hubiera cogido el maldito teléfono una sola vez.

Respiré.

La culpa y los remordimientos eran sentimientos poderosos, unos que acababan contigo de la forma más feroz.

—Lo he reproducido en mi cabeza una y otra vez. Si tan solo no hubiera colgado. Si solo lo hubiera cogido… Os hubiera salvado a los dos. Mi amigo está muerto. Muerto. Siglos a mi lado para perderlo de esta manera. Y siempre le estaré agradecido por cuidar de ti, por dar la vida por mi persona más importante. Pero siento que ese disparo nos mató a los tres.

Respiré de nuevo porque mi cuerpo parecía olvidarlo.

No sentí nada más que llanto en el interior de aquella habitación.

—Te juro que no he tocado a otra mujer desde que te conocí. Los demonios no juran, ¿recuerdas? Si pudiera, te llevaría a ese momento para que vieras que fue la zorra de mi hermana quien lo hizo. Gatito, por favor, sé que no me lo merezco, que soy egocéntrico, borde, creído y engreído, pero te necesito. Me siento solo sin ti.

Por favor, gatito.

Dime algo, lo que sea.

Solo que no lo hizo.

—Te quiero y sé que no podrás amarme jamás, pero siendo egoísta como soy, necesitaba decirlo.

***

AZAN

Vine al día siguiente y volví a llamar a la puerta. Por un momento creí que todo iría bien cuando esta se abrió, pero no fue así. Me encontré una habitación vacía y una mujer limpiando.

—Señor, Azan, ¿busca a alguien? —me preguntó amablemente.

Sí.

A mi gatito.

—¿Willow?

Palideció.

—Ella y los señores que la acompañaron se fueron por la mañana temprano. Todos. No puedo decirle a dónde porque no lo sé.

Se había ido.

Escribí a Clawn, a Deniz, Keighan y a Warden y ninguno contestó.

Les llamé y me ignoraron como yo hice con Willow.

Puto karma.

***

AZAN

Las siguientes semanas de mi vida transcurrieron lentas, interminables. Buscaba a Willow y esta parecía haberse desvanecido entre mis dedos. El vínculo que nos unía apenas era un hilo que ya no se sostenía solo. Todo era dolor.

Bebía, buscaba y volvía a beber.

Los llamé y escribí a todos, pero todos me dieron la espalda.

—Azan, tienes que alimentarte, cariño —tanteó mi madre.

Gruñí.

—Si traes a otra la mataré como a la primera.

No me sentía orgulloso de ello, es cierto, pero cuando mi madre apareció con una demonio para alimentarme de lujuria no pensé por mí mismo. Mi magia la hizo explotar como si nada.

Yo no quería a nadie más.

Solo necesitaba a Willow.

—Cariño…

Escuché a mi hermana gritar de fondo, algo de unos muertos y suspiré. Tal vez eso me daba una pista.

Caminé hasta el comedor donde la luz quemo mis retinas, estaba acostumbrado a la oscuridad de mi habitación en soledad.

—¿Dónde? —pregunté.

River escondió su teléfono tras él.

—No importa, Azan. Han dejado el escenario limpio —explicó.

—¡Hay que pararla! ¡Lleva casi veinte asesinatos en dos semanas! ¡Se ha vuelto loca! —gritó Sera.

—Todos eran socios turbios de Rashka, no puedes culparla… —defendió, para mi sorpresa, River.

—¡Claro que puedo! ¡Es una asesina en serie!

No necesitaba el teléfono de mi hermano para saberlo. Saqué el mío y busqué su último asesinato. Parecía un sicario que Rashka enviaba cuando no se pagaba una deuda grande.

Disparo entre los ojos, escena limpia, sin huellas.

Ese era su estilo.

Un día después de que Willow se marchase del hotel empezaron los asesinatos. Uno a uno, toda la cúpula de Rashka estaba cayendo ante sus ojos. Y todos supieron que era ella.

La asesina de demonios.

Solo que ahora contaba con la ayuda de mis trillizos y eso la hacía todavía más imparable.

—Contacta con ellos de alguna forma. Deben pararla —pidió mi madre.

Se estaba corriendo la voz de cuál era la identidad de la asesina. Y sí, todas las direcciones apuntaban hacia ella en línea recta. Sabían lo de la explosión, lo de la tortura.

—Nadie contesta. Y son indetectables. Tiene a dos mentalistas con ella, además de un experto informático y un experto en armas. No dejan huellas, pistas o marca alguna que sea rastreable. No hay patrón alguno, ningún hilo del que tirar —expliqué.

Yo luchaba por encontrar una pista.

¿No lo veían?

—Si no hubieras manchado mi puta camisa…

Ya me odiaba por Finn, pero la camisa acabó por herirla de muerte.

—Yo…

Sera no acabó de hablar porque no se lo permití. Gruñí y salí de la estancia.

CAPÍTULO 47



SERA

Habían pasado exactamente seis meses desde que Finn murió.

Seis.

Y el mundo era un lugar oscuro y sombrío ahora.

Como demonio, siempre creí que el caos que creaba a mi alrededor me alimentaba lo suficiente como para justificarlo. Solo que esta vez yo me sentía mal por lo que hice, por besar la camisa de Azan.

Desde el primer día escribí a Willow y a los demás confesando mi crimen.

Azan no había sido infiel, pero la sombra caía sobre él por mi culpa.

Durante estos seis meses vi a mi hermano desgastarse. Luchó contra todos y evitó ser ayudado. Perdido en su propio dolor y agonía. Los había perdido a todos por una mala decisión.

Y por mi ayuda.

Nunca comió, nunca permitió que nadie del sexo femenino se acercase a él. Algunas murieron en el proceso de intentarlo.

Azan era ahora un cascarón vacío.

Con su vínculo roto y las noticias de asesinatos, el sector uno estaba al borde del colapso.

Ya no le importaba ser el mejor, mandar sobre todos. Ahora se consumía en su habitación donde bebía durante horas. Atragantándose en el recuerdo de todos aquellos a los que había perdido.

Yo supliqué al entorno de Willow.

Lo hice.

Pedí una y otra vez que me dijeran cómo contactar con ella.

Nos ignoraron.

Siguieron matando a los demonios que no valían la pena, aquellos que estaban cerca de Rashka y aquellos que cometían crímenes.

Purgaron los catorce sectores.

Miré mi móvil y la pantalla vacía me saludó. Había vuelto a escribir a todos, solo necesitaba una oportunidad para arreglar las cosas.

—¿Buscando a quién torturar? —preguntó Kaín.

¿Cómo olvidarlo?

Mi hermano nunca había sido tan cerrado como hasta entonces. Sé que ver mal a Willow le afectó tanto que estaba lidiando con sus propios demonios ahora. Parte de él seguía creyendo que podrían haberlo evitado.

Además, yo creía que se culpaba a sí mismo.

—Solo quiero encontrarla —susurré.

No me importaba si no me creían.

Verla en el hospital había sido el mayor shock de mi vida, una dosis de realidad para la que no estaba preparada. Nunca estaría preparada para algo semejante jamás, era una píldora dura de tragar.

Rota, llorando por Finn.

Sé que se hubiera acercado a Azan, que hubiera llorado en su pecho a pesar de que no estuvo, pero no lo hizo.

Recuerdo segundo a segundo cómo cambió su cara al ver la marca de mi pintalabios en su camisa.

Esa imagen me perseguirá por siempre.

—Ella no quiere, lo ha dejado bastante claro —escupió Kaín con saña.

Sí, el mensaje de Willow era alto y claro.

—Ya lleva seis días sin matar, ¿creéis que ha pasado algo? —preguntó River.

Seis días.

Nunca había habido un período tan largo.

—Les he escrito, pero no contestan —dije.

Kaín desvió la mirada.

Y supe el por qué.

—¿Dónde está? —pregunté.

Quiso evitarme, pero corrí hacia él y lo cogí de la camisa. No era tan fuerte como él, pero no era el momento de andarse con misterio. Ahora necesitaba la verdad, solo la verdad y un modo de encontrarla.

—¿Estás en contacto con ellos?

La mirada de Kaín me dio la respuesta: sí.

Y mi alma cayó a mis pies. Lo solté tomando aire.

—¡Tu hermano se muere en una cama por no alimentarse y tú sabes dónde está Willow! —bramé.

Azan se había deteriorado tanto que dormía casi todo el día, apenas podía salir de la cama y pronto comenzaría a fallarle el cuerpo. Era cuestión de tiempo que la falta de Willow lo matase.

Ese era el efecto de romper un vínculo. Eso y no alimentarse.

—¡No sé dónde está! Clawn me dije algo, poco, pero no la ubicación. Y no forzaré un vínculo que no siente.

Kaín sentía lealtad por ella.

—Dile a Clawn que necesito hablar con ella. No diré nada de su ubicación, pero tengo que…

Disculparme.

—¿Y librarte del dolor de ver el caos que desatas a tu alrededor? —preguntó Kaín con sorna —. Te lo tienes bien merecido.

Sí.

Lo sabía.

El móvil de Kaín vibró y todos supimos, de forma inconsciente, quién era.

—Por favor, Kaín. Has visto cómo está Azan, si podemos ayudarlos a sanar juntos… Él nunca ha sido tan feliz antes de ella.

Sí.

Casi me atraganto con mis propias palabras, no obstante, era un hecho.

Con impotencia, lo vimos marchar como si nada. Él que tenía la llave de todo y se negaba a compartirla.

¿Cómo podía ser tan cruel?

***

SERA

Kaín vino a buscarme pocos minutos después.

—Coge al inútil de nuestro hermano y vámonos. Yo conduzco.

Algo había cambiado, lo sentí en todo mi cuerpo y temí que esto pudiera ser peor a lo que ya teníamos.

Estuvimos en el coche cerca de seis horas, en un sector medio vacío y roto. Allí, había una casa donde estaban todos los demonios que llevábamos meses buscando.

Clawn fue el que vino a recibirnos, su rostro cansado dijo más de lo que hubiera deseado.

—Pasad —nos dijo.

Todos estaban allí, hasta los trillizos… Aunque había una ausencia palpable: Willow.

—¿Dónde está? —pregunté.

—Ella… —comenzó a decir Deniz—. Lleva días sin salir de la habitación. Creemos que es el momento de actuar.

Asentí.

Sí.

Lo era.

—Es una mala idea que esta y el resto estén aquí —gruñó Buck.

—Ya lo hablamos. Necesita ayuda —dijo Keighan.

No era piedad, era una llamada de auxilio.

Pero era lo mejor que teníamos en mucho tiempo.

***

WILLOW

Alguien llamó a mi puerta, aunque no supe distinguir si era realidad o ficción. Estaba tan cansada.

Llevaba meses agotada.

El dolor era un lastre en mi pecho que me estaba matando. Poco a poco, los recuerdos de ese día no se iban. Ya no recordaba la tortura o la amabilidad de Kilil, solo recordaba el momento en el que Finn se despidió de mí.

Y me dejó sola.

El dolor desgarrador que sentí.

Y la camisa de Azan.

Sera me había escrito cientos de veces corroborando que había sido ella la que lo había manchado.

¿Y yo la creía?

Sí y no.

Había días que veía el vaso medio lleno, otros, como hoy, todo era oscuridad. No quería nada. No necesitaba ayuda.

Quería estar sola.

Así pues, tomé la manta y me volví a tapar ignorando a quien llamó.

—Somos los hermanos de Azan —dijo Sera.

No contesté.

No quería ver a nadie.

Últimamente los días eran más amargos que nunca. Sentía un dolor terrible en el corazón, como si me lo estuviera cortando una y otra vez. Nada lo aliviaba, ni llorar calmaba lo que sentía.

—Humana —dijo Sera con voz estrangulada—, mi hermano jamás te traicionó. Yo besé su camisa para hacerte daño. Engreídos como somos los demonios, me negué a verlo feliz con una humana. Contigo.

Sollocé.

Y me escucharon.

—No es una excusa, pero lo siento. Te vi en ese hospital y supe que me había pasado. Quise arreglarlo, pero Azan nos negó venir a verte. Después estuvo el entierro y creímos que vendrías,

así tendría mi oportunidad para hablar, pero… Bueno, solo quería que supieras que siempre te fue fiel. Cuando un demonio se vincula a su compañera es para siempre. No habrá nadie a quien ame más que a ti y jamás te traicionará y ya no solo por el vínculo. Lo veo en él. lo has cambiado. Ha sido alegre, bromista y no parecía tener el peso del mundo sobre los hombros. Fue un hombre totalmente nuevo y sabemos que fue por ti. Él te ama con cada fibra de su ser.

—Y ahora vas a odiarnos, pero te necesitamos —dijo River.

Ya los odiaba.

A todos en realidad.

Tanto como a mí misma por no haber salvado a Finn. Por no haberlo visto venir.

—No ha comido desde que te fuiste. Con el vínculo vigente, dejarlo es una condena a muerte. No le queda mucho tiempo. Se está yendo. Hemos intentado obligarlo, pero es imposible. Casi nos arranca la cabeza al traerle una chica y a ella le dio tal susto que jamás se acercará a un demonio en la vida —explicó Kaín.

Sera pareció gruñir a sus hermanos.

—No lo hicimos para que tuviera sexo, eso quiero aclararlo. Solo queríamos ponerla en el baño, a él en la cama y que se alimentase de la lujuria mientras otro tenía sexo o ella se masturbaba. Nunca quisimos empujarlo a traicionarte. Jamás.

Yo ya había olvidado de cómo hablar.

De cómo sentirme.

Solo sabía llorar.

¿Azan moría?

¿Me necesitaba?

Las palabras de Sera parecían ciertas. Después de todo, ella fue la culpable de la camisa y Finn… Finn fue un error de ambos. Su muerte resonaría en nuestras mentes el resto de nuestra existencia.

—A…

¿Quería dar el paso?

—Adelan… te…

Los demonios echaron abajo la puerta asustándome, pero ya no me quedan fuerzas para gritar. Me buscaron por la habitación saltándose el sofá dos veces, y, al final me vieron.

Cuando Sera jadeó supe el por qué.

Estaba tan demacrada, que todos lo hicieron.

Había dejado fuera de la habitación a todo el mundo, echando también a mis amigos y quedándome sola.

—Mismísimo fuego del averno… —maldijo Kaín.

River, contra todo pronóstico, tomó mis constantes con un rostro preocupado. Parecía haber perdido peso, todos en realidad. Me lo quedé mirando mientras trataron de ayudarme a sentarme, pero tuve que acabar sujeta por Clawn y Kaín para mantenerme derecha. No tenía fuerzas.

—Está peor que él —sentenció River.

¿Peor que Azan?

¿Qué había pasado?

—¿Qué has hecho, humana? ¿Te has dejado morir? —me preguntó River.

Parpadeé, agotada.

—¿A ti qué te importa? —le dije sin fuerzas.

Él me cogió el mentón.

—Eres mi hermana desde que estás con Azan. Sí, he tardado en verlo, pero también testifico que fue Sera quién besó la camisa de Azan. Él se cortaría la cola antes de hacerte algo así. Te quiere más que a sí mismo.

Asentí sin poder hacer más.

—Yo la llevaré —se ofreció Deniz.

Cuando me tocó el dolor fue tan brutal que grité a consecuencia. Ya había sentido un dolor así, eso aclaró mi mente lo suficiente como para recordar cuándo había pasado. La vez que el vínculo nos hizo daño a Azan y a mí.

Estaba volviendo a suceder.

A pesar de que apenas quedaba vínculo, seguía atándonos.

—Yo la dormiré —dijo Clawn.

Quise negarme, pero estaba tan débil que no pude pelear cuando su magia alcanzó mi mente.

***

AZAN

Desperté a medias de lo que parecía un largo sueño. Ya no recordaba el tiempo que pasaba entre sueño y realidad. Siempre me sentía cansado, ni tenía ganas de levantarme para tomar una copa.

Solo pensaba en Willow.

Y en Finn.

Les había fallado a ambos. Ahora solo me moría por tocarla de nuevo, santo infierno. Su aroma siempre rascaba mi nariz. Sabía que solo eran delirios, que llevaba imaginándomela días, pero daría lo que fuera por ser real.

Ella lo es todo.

Siempre.

Delirar con ella es un regalo que algún ángel misericordioso me concedió, cosa extraña para un demonio.

Alguien movió mi brazo, lo abrieron y depositaron algo pequeñito y tembloroso a mi lado.

Seguramente estaba soñando de nuevo. Eso o mis hermanos estaban tratando de lavarme o cambiarme de ropa.

Uff.

Juro que si mi madre vuelve a decirme que o me levanto o me baña con esponja, me levanto y me tiro por el balcón.

Sin término medio.

Supe que el sueño estaba cogiendo los bordes de mi mente. Me pedía descansar de nuevo,

aunque todas las alarmas de mi cabeza sonaron a la vez. Al parecer, ese bulto que tenía en el costado era agradable.

Se sentía… Familiar.

Era algo que no sabía describir.

Siendo egoísta por un instante, usé mi brazo para tomar ese bulto y apretarlo hacia mi pecho con delicadeza. Por un momento sentí que se trataba de Willow. Por un solo instante.

—Gatito… —susurró.

Sentí un movimiento a mi lado y el ruido de una especie de bolsa. Solo cuando noté algo con la punta del dedo, me di cuenta de que se trataba de una especie de cable o vía. Quise alejarlo, pero alguien me dio un manotazo.

Gruñí.

—No lo quites, Azan, lo necesita.

¿River hablaba?

¿Quién lo necesitaba?

¿Qué?

—Azan…

El susurro de esa voz acabó con mi vida.

Mi corazón moribundo empezó a latir de nuevo con tanta fuerza que dolió. Tuve que echarme una mano al pecho para tratar de contenerlo, solo que el muy bellaco siguió haciéndome daño.

Podía delirar con su aroma, pero jamás con su voz. Eso era demasiado cruel hasta para un ángel castigando a un demonio.

Abrí los ojos, girando mi cabeza, encontré a mi gatito a mi lado.

¿Estaba soñando?

Más bien tenía algo de pesadilla porque ella estaba demacrada. Tenía ojeras, el pelo sin lavar, el cuerpo mucho más delgado que cuando se fue. No parecía la misma, se había consumido.

Como yo.

La imagen era desoladora. Terrible.

Lo peor es que estaba más grave que yo.

—Gatito…

La estreché entre mis brazos con una alegría que nunca antes había sentido. Ella estaba allí, por fin. Lo que pensé que jamás sucedería estaba ahí, ante mis ojos. Podía olerla, sentirla y enloquecer.

—Azan… Yo no sabía que ibas a morir. Lo siento. No quiero que mueras.

Entonces, por primera vez en siglos, lloré sin rastro de vergüenza.

Estaba ahí.

Podía odiarlo profundamente, pero estaba ahí.

A mi lado.

—Yo… no sé si puedo alimentarte con lujuria, Azan, pero puedo intentarlo.

Reí amargamente.

***

WILLOW

Azan y yo podíamos competir por quién estaba peor. La verdad es que jamás esperé que, al tocarlo, parte de mí sanase. Los seis meses de dolor infinito, de calambres, de rabia contenida, pasaron en un suspiro.

—No quiero necrofilia, gatito. Solo tenerte a mi lado me alimenta.

Lo miré.

Era tan guapo.

A pesar del dolor, me di cuenta de que había algo entre nosotros que no se había desvanecido. Ni siquiera abandonándolo había dejado de mirarme como si yo fuera el sol, la luna y las estrellas de todo su mundo.

—¿De verdad?

Asintió.

—El vínculo lo hace. Nos cuida a ambos y nos cura —explicó Azan.

Suspiré de alivio.

Entonces, Azan me apretó más contra su pecho y yo sentí su cuerpo caliente. Me abracé a él como si yo estuviera en un mar embravecido y él fuera lo único que quedaba para sujetarse.

—No tienes que volver conmigo, gatito. He aceptado mi error y que no merezco misericordia. Te agradezco el detalle, pero yo te libero de la carga. Puedes irte, amor.

Abrazándole, me aferré a él.

¿Qué decía este idiota?

—No pienso irme. Vas a aguantarme te guste o no. yo… Yo no sé usar tan bien las palabras como tú, pero quiero que sepas que…

No podía decirlo.

Y no pasaba nada.

No, estaba harta de no ser capaz de hablar.

—Tranquila, gatito, lo entiendo. Rompí lo que teníamos.

El recuerdo de Finn dolió, su despedida. Todo.

Habíamos perdido mucho a la vez.

—Nunca me perdonaré por dañarte, por no estar a tu lado perdimos a Finn y no hay tiempo en el mundo que cure esa herida. Jamás te pediría que dejaras de odiarme por eso. Debí estar allí y lo siento —dijo desgarrándose por dentro.

Como si algo o a alguien que estuviera allí, sentí una leve caricia. Fue sutil, casi etérea, pero transmitió calma y paz. Por un momento creí que se trataba de Finn ayudándonos a estar juntos de nuevo.

Ojalá fuera así.

Ojalá él supiera que siempre sería importante para mí. Que siempre estaría agradecida por haber estado en mi vida.

Entonces supe lo que tenía que hacer.

Había estado muriendo los últimos meses, dejando que el dolor me desgastase como tantas otras veces hizo. Ahora, ante Azan, toda la defensa que cree ante mí se había desvanecido.

Ya no quedaba nada.

Me sentí… En casa.

—Maldito demonio engreído. Escúchame por una vez…

Solo tenía que decirlo.

Ayúdame, Finn.

—Te quiero, te quiero tanto que cuando pensé que me habías traicionado el mundo se volvió oscuro. Pero ahora sé que no fue así y solo puedo decirte que te quiero. Tú, a tu manera, me sacaste de un mundo de oscuridad y me diste alas. Me amaste cuando yo más lo necesitaba. Gracias.

Ya estaba dicho.

Algo que pensé que jamás diría de nuevo, que no pronunciaría esas palabras en toda mi vida humana.

Le había dicho la verdad.

Azan se quedó congelado, casi sin respiración. Por un momento, pensé en pedir ayuda, sin embargo, no hizo falta porque él hizo girar mi mundo. Cerré lo ojos para evitar marearme y cuando los abrí, estaba sobre su regazo sentada.

—Me enamoré de ti cuando me disparaste, gatito. Te quiero.

—Lo sé —rio ella—siempre has sido raro para encontrar los momentos adecuados.

Parecía tan agotado.

Había sufrido tanto en la distancia. Al no vernos…

Lógicamente, el dolor es individual, pero el vínculo nos estaba matando por estar lejos el uno del otro. Ahora solo quedaba sanar. Habría heridas que siempre se quedarían con nosotros.

Tal vez el tiempo las mitigase.

Tal vez.

***

AZAN

Acaricié su mejilla incapaz de creerme que estaba aquí.

Lo había soñado tanto que parecía improbable que algo así sucediera. Ella había vuelto.

Quería tocarla, sentirla, olerla hasta sentirme lleno. Memorizarla hasta que supiera el más mínimo centímetro de su piel. Y quería no dejarla ir, tenerla entre mis brazos hasta que el mundo se acabase.

Ella había dicho que me amaba.

Unas palabras que nunca fueron destinadas a un demonio, nadie nos amaba. Solo a los ángeles.

—Me enamoré cuando vi el empeño que tenías en sanarme. Curaste mi corazón —sonrió mi

gatito.

Mía.

Gruñí a todos los presentes, podrían darnos algo de privacidad. Esa habitación parecía el plató de un programa de televisión.

—Y después te lo rompí de nuevo —jadeé.

—No, eso lo hice yo por no escuchar. Sera me escribió muchas veces diciéndome que fue ella. Yo solo… No quise ver nada.

Quiso morir.

Mató por rabia, por dolor y por Finn, aunque también por mí. Por romperle el corazón después de sanarlo.

—No. La camisa fue el último clavo en el ataúd. El primero fue la frase que dije antes de irme al Infierno, el segundo fue gritar, el tercero fue encerrarte y el cuarto fue perder a mi amigo protegiendo lo que yo más amaba. Debí estar para vosotros. No tuve que irme sin ti y te juro que jamás te encerraré, nunca en mi maldita vida. No sé cómo fui capaz de hacer algo tan lamentable. Me siento el peor ser de la existencia.

Y era verdad.

Me había lamentado hasta antes de llegar al Infierno, solo que jamás tuve tiempo de decírselo.

—Eres un demonio —bromeó ella.

—Peor que un demonio.

Ambos nos quedamos mirando fijamente.

Bajo la atenta mirada de todos.

—No me merezco tu perdón, gatito, lo sé, pero gracias por venir. Creí que moriría sin verte una vez más y esa era la peor de mis pesadillas, el peor de mis miedos y la agonía más terrible.

Ella se aferró a mí.

Y eso me hizo sonreír.

—Te perdono solo si me perdonas tú a mí, Azan.

¿Qué?

—No tengo nada que perdonarte, me lo merecía, amor.

—Entonces no te perdono —escupió ella con una sonrisa engreída.

Mujer testaruda.

—Cuando me encuentre mejor voy a azotarte ese culo impertinente.

—Uhmmm —ronroneó moviendo sus delgadísimas caderas—. ¿Es una promesa?

Reí como pude.

Iba a alimentarla, en más de un sentido.

—Siempre, gatito, solo si me arañas como tú sabes.

—¿Sabes que tus hermanos nos están escuchando?

Lo sabía.

—Van a morirse de envidia sabiendo que voy a estar dentro de ti muy pronto. También porque tengo la mejor compañera del universo y porque no pienso separarme de ella. Te lo entrego todo, amor, mi maldita alma, mi cuerpo y mi recuperado corazón. Todo es tuyo, haz con ellos lo que quieras, aunque solo sea romperlos porque me lo merezco. Moriré feliz sabiendo que

tuve tiempo para decirte que te amo más que a nadie.

Una lágrima de Willow cayó sobre mi mejilla.

Ella era tan hermosa.

—Azan, te quiero mucho. No quiero irme. Toma todo de mí —me dijo emocionada.

Y yo tuve un poco de miedo.

¿Y si volvía a fallar?

—Willow… No quiero que sufras de nuevo.

Asintió.

—Lo sé, por eso trabajaremos juntos. Gobernaremos como siempre dijiste: yo sentada en tu regazo y dando órdenes a nuestra gente.

Gruñí de felicidad.

Joder, esta mujer podía volverme loco hasta en estado casi catatónico.

—Joder, gatito, recupérate ya porque voy a hacerte mil cosas.

Ambos reímos.

Y al fin, como en un cuento de hadas, tomé su rostro entre mis grandes garras y la besé con ternura. Tomé sus labios, aquellos con los que llevaba muchas noches soñando, y los atesoré.

La saboreé como nunca antes, como un sediento ante el agua y un hambriento ante la comida. Era mía. Había vuelto y no pensaba desperdiciar la oportunidad.

Teníamos que sanar y lo haríamos juntos.

Cuerpo, mente y alma.

Pero era mía.

¡Soy un demonio! ¡Cúlpame por ser posesivo!

EPÍLOGO UNO



AZAN

—Mes y medio le costó a mi gatito volver a ser ella. El vínculo la consumió tanto que casi la ato a la cama para que coma. ¿Lo entiendes? —expliqué.

Mi interlocutor no dijo nada.

—Ha sido un mes durísimo porque yo quería que comiera, ella solo quería trabajar y ha sido agotador. No tanto el tema del sexo. ¿Sabes? Mi gatito es tan, tan, tan receptivo. Toma mi polla con alegría, sus gritos llenan la habitación y me encanta cuando me pide más. Y claro, mi cola sabe el camino a su cul… ¡Ay!

Willow acababa de darme una colleja.

¿Por qué?

Estaba hablando bien de ella.

—No necesita tantos detalles —me recordó.

Cierto.

—Bien. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Gatito. Ella ha curado perfectamente, como podrás ver, ahora está bien contorneada. Ese pecho redondo, esas curvas en las que me perdería siempre.

—Azan, por favor… —canturreó Willow.

La miré de los pies a la cabeza.

Infiernos ardientes, ella era hermosa.

Más que cualquier cosa que hubiera visto jamás. Nada se le comparaba.

Ahora, con el vínculo sanado, éramos un gran equipo. Se había adaptado a la perfección, participaba y le encantaba dar ideas para planes que habían salido muy bien. A veces temía que se convirtiese en un demonio de lo retorcida que podía ser algunas veces.

—De acuerdo… —bufé—. Al grano. Esta mente pensante y sexy que tengo aquí ha ideado un plan. No solo mató durante meses a tu gente, también jodió a tus socios comerciales y colapsó el sector 3 levantando una insurrección.

Estaba cachondo solo de pensarlo.

Había hecho tanto.

Una parte la hizo sin mí, cuando estuvimos separados, pero el resto lo habíamos hecho juntos. Fue un placer enorme trabajar para vengar a Finn, para vengarla a ella también.

Por todo lo sufrido.

Y ahí estábamos.

Con Rashka sentado y amordazado en el garaje de casa. Una casa que había remodelado, partiendo en dos para hacer una zona para Willow y yo y la otra para albergar a toda la gente de Finn.

Los míos ahora.

Perseguir al jefe del sector 3 cuando Willow mató a los suyos, fue fácil.

Acorralado como una rata, ahora estaba llorando ante nosotros.

—Quisiste mi sector y te quité el tuyo. Ahora formará parte del uno —le expliqué.

Ese sector hubiera sido para Finn.

Siempre hubiera sido suyo.

Como regalo, como tributo.

Harta de palabrería, mi amor se paseó por el garaje con una mirada asesina. La había visto en acción y la había acompañado a matar a un demonio. Verla disparar me puso duro.

Muy duro, de estas veces que se pueden remachar tornillos a pollazos.

—Azan, ¿estás disponible?

—¿Eh? ¡Claro! Solo estaba… Pensando.

Ella supo en qué, porque su mirada pícara bajó a mi polla y temblé de emoción.

Sacando un puñal, Willow se paseó alrededor de Rashka. Él ya no valía nada, no sentía nada por él salvo asco.

Ronroneó.

—Azan, cariño…

Si me lo pedía asaltaría el cielo yo mismo.

—¿Podrías convertirte en Dark Azan? Creo que me pone mucho verte así, destripándolo para mí.

Gruñí de placer.

Era mi diosa y era perfecta.

Entonces, mientras las costuras de mi ropa se rompían una tras otra, vi como Willow sonreía a Rashka.

—Corre si puedes —le susurró.

Acto seguido, cortó sus ataduras y se apartó.

El resto era para mí y solo para mí.

Sonreí en mi forma más demoníaca, ella me lanzó un beso con la mano y supe que tenía prisa por matar. Si lo hacía, podría volver a su lado para comer todo lo que necesitase de su cuerpo.

Rashka corrió.

Lo hizo de verdad.

A mí me encantó perseguirle. Después de todo el daño que había causado, lo mínimo que podía hacer es hacerle un poco de daño. Solo cuando sentí su miedo en el paladar, lo vi todo rojo.

Perseguí a mi presa, la acorralé y fingí dejarla escapar para después volverla a perseguir.

Rashka gritó una y otra vez, pero no era rival para mí.

—Cariño, date prisa. Tengo algo que hacerte —cantó mi esposa.

Sí.

Hoy era mi día de suerte.

Ella era la única que me alcanzaba cuando la neblina roja me aprisionaba. Tenía la fortaleza para llegar a mí, me tenía en sus manos como un cachorro y no me quejaba. Me encantaba ser el temible jefe demonio, asesino de mis enemigos y ser temido por donde pasaba, y ser el Azan cariñoso que tanto amaba Willow.

Cuando clavé la primera garra en el pecho de Rashka, todo desapareció.

Fue de repente, en un momento estaba ahí y, al otro, estaba desgarrando a placer a mi presa. Escuché los gritos de fondo, las súplicas y lo que me ofrecía por dejarlo escapar.

Pero él no era nadie.

Por ambición, había perdido a sus dos hijos.

Por ambición, ahora moriría lentamente.

Corté, sangré, roí y mordisqueé como si yo fuera un perro y él mi juguete. Me encantó el caos que desaté. El sufrimiento que infringí.

¡Eh! Se lo merecía, ¿sabes?

Finn estaba muerto por su culpa.

Aunque, en parte, agradecía que gracias a Pay hubiera conocido a Willow. Hacerla asesina encendió mi radar.

Ojalá hubieran sido en circunstancias más dulces.

Algo me alejó de mi presa. Por un momento gruñí porque quería más, estaba muerto, pero no lo suficientemente muerto. Todavía podía cortar pedazos más pequeños y no me dejaron.

Malditos fueran.

Entonces un placer inimaginable me empezó a sacar de la niebla roja.

Jadeando, dejé que el aire entrase en mis pulmones y poco a poco regresase a mi tamaño natural.

Con los ojos cerrados, disfruté de lo que me estuviera pasando y agradecí a los Infiernos un placer sin igual.

Y abrí los ojos quedándome congelado.

Willow estaba arrodillada con mi polla entre sus labios. En algún momento había decidido que mi parte oscura era demasiado caliente y quiso darle una probadita. Ahora se colmaba la boca hasta la garganta conmigo.

Tomé su pelo enredándolo en mi puño.

—Eres increíble, gatito. Me encanta cómo me la chupas —le dije mientras movía las caderas.

Era perfecta.

Guapísima.

Caliente.

Y una líder nata.

Y yo estaba en una maldita nube con su boca en mi miembro. Me succionó dejando que su lengua chupase mi punta y sentí que mis bolas se apretaban pidiendo liberación. Ella estaba a punto de conseguir que perdiera el control.

Subió y bajó por mi polla, tomándola hasta donde podía y su boca húmeda y caliente me dio la bienvenida.

Aquello era placer crudo.

—Si sigues así voy a correrme, gatito.

Sonriendo, me soltó profesando un ruido en su boca de «plop».

—¿Y dónde está el problema?

Gruñí de puro placer.

Apretando el puño que tenía en su pelo, la guie hasta mí de nuevo. Le hice tomar mi miembro duro, me chupó, me tuvo tan duro que pensé que explotaría y me lamió con hambre.

Marqué el ritmo, moviéndonos al unísono mientras mi cuerpo convulsionaba.

—¡Oh! ¡Quieres eso! ¿Quieres que te llene la garganta de semen gatito?

Ella, sonriendo, con la boca llena asintió.

Esta mujer iba a matarme un día.

—Qué bien te queda la boca llena con mi polla, gatito. Eres tan erótica… Me vuelves loco, amor.

Jadeé.

Estaba al borde, su boca me exprimía con tanta precisión que sentí mi orgasmo llegar.

—Voy a llenarte bien la boca de mí, toda mi semilla para ti.

Exploté en un gran rugido al cielo y todo mi semen le llenó la boca. Tragó rápidamente mientras seguía lamiéndome para exprimir hasta el último atisbo de placer. Poco importaba que estuviéramos en el jardín.

Este era nuestro momento.

—Eso es, hasta la última gota, gatito —silbé casi sin poder abrir los ojos.

Tuve que recuperar el aire.

Con el enemigo muerto y mis bolas vacías, mi esposa era mi centro de atención, único y exclusivamente.

—Has sido tan bueno, que me veo en la obligación de compensarte.

—¿Cómo? —su voz tembló de anticipación.

Ella, iniciando una persecución, comenzó a correr hacia la casa.

Yo le di tregua, pero no pude contenerme. Corrí, la alcancé y la coloqué sobre mi hombro.

—Voy a comerme ese coño tanto y tan bien que vas a acabar temblando sobre mi cama.

Su lujuria llenó el aire.
Alimentándome.
Este era el cielo para los demonios.
Y era uno con mucha suerte.

EPÍLOGO DOS



OCHO AÑOS DESPUÉS…

WILLOW

Aquella mañana no quería despertar. Revoloteé en la cama más que de costumbre, pero tuve que levantarme al escuchar los gritos. Resoplé divertida imaginándome el origen del caos.

Esta vez la cama estaba vacía, pero seguía oliendo a Azan.

En estos ocho años no todo había sido felicidad, aunque se había acercado bastante. Éramos un gran equipo y habíamos aprendido mucho juntos.

Poniéndome ropa de calle, bajé los escalones y atravesé el enorme comedor que conducía al jardín.

—¿Un café, querida? —dijo una voz.

Mi suegra.

Sí, esa gran demonio.

Pues me aceptó en la familia como una madre y días como hoy lo necesitaba. Sabía que su presencia me calmaba. Además, Garret también se había adaptado genial a pesar de ser humano como yo.

Ahora tenía cuatro hijastros y eso no siempre fue fácil.

Sera entró entonces cargada de bolas.

—Traigo regalos para todos.

Siempre traía regalos, demasiados incluso.

Tenía la casa tan llena que iba a tener que pedirle a Azan otra mansión solo para lo que Sera traía. Sabía que lo hacía solo para tratar de pagar el daño que causó años atrás y, aunque la había perdonado, ella no lo había hecho.

—Espera que los llame.

Saliendo al jardín me encontré la mejor imagen de todas.

Con dark Azan en el centro, dos pequeños con alas revoloteaban a su alrededor tratando de tirarlo. Al no conseguirlo, pidieron ayuda a Clawn y a Buck. Estos no tardaron en saltar sobre Azan, solo que este se los quitó como si fueran mosquitos.

Los pequeños rieron Darla y Bravery felices.

Mis mellizos tenían entretenidos a todo el mundo desde que nacieron hacía cuatro años. Se habían ganado el cariño de todos con solo abrir los ojos y parecía que cada vez tenían más adeptos.

—Mira, mueve tus alitas así —sentí decir a Deniz.

Yendo hacia ellos, vi a los trillizos reunidos con el pequeño de la familia.

—A ver Finn, no hagas caso a Deniz que es un blando, tú tienes que rugir antes de atacar, no volar —explicó Keighan.

El pequeño, que quería impresionar a todos sus tíos, rugió y trató de volar. Por desgracia no consiguió hacer ninguna de las cosas. Apenas quedó tirado en el suelo con su expresión lastimera.

Cuando arrancó a llorar fue el tío Warden quién lo cogió en brazos y lo calmó.

—Tranquilo, todos los guerreros se caen también —lo animó.

Al verme, el pequeño dejó de lado las clases y corrió hacia mí.

Levantándolo, lo abracé y besé la piel rojiza de su rostro. Primero una mejilla, después otra y, cuando empezó a reír, seguí besándolo con locura por todas partes hasta que ya no pudo más.

La risa de mi familia me hacía feliz.

No era fácil ser reina de un sector, pero no pensaba dejar que nadie volviera a tocar jamás a mi familia.

Me convertiría en una demonio incluso.

—¡Mami! —gritaron Darla y Bravery al unísono.

Los abracé también cuando Deniz tomó al pequeño Finn de mis brazos.

Besé a mis pequeños.

—Corred que la tía Sera trajo regalos.

—¡Regalos! —gritaron yéndose a toda prisa.

El siguiente en recibirme fue un guapísimo Azan desnudo. Me abrazó dejándome perderme en su toque mientras todo el dolor parecía amortiguarse. Hoy era el aniversario de la muerte de Finn.

Esa herida jamás sanaría, pero siempre le agradecería salvarme y más de una vez.

Me dio la oportunidad de una vida, una que no desaprovecharía.

—¿Estás bien? —preguntó Azan.

No lo estaba, aunque lo estaría.

Me apreté contra él mientras caminábamos hasta el manzano que planté en el jardín en memoria de Finn.

¿Por qué?

Porque eran verdes como su piel y dulce como lo fue él.

—Gracias, amigo, por todo lo que hiciste por mí. Por salvarla a ella —dijo Azan.

Siempre decía lo mismo.

—Gracias, Finn, por ayudarme a sanar. Te quiero.

Y siempre lo haría.

Alejándonos empecé a escuchar a los pequeños con todos sus tíos. Además, llegó el tío River, que contra todo pronóstico se había enamorado de los niños y luchaba por verlos cada semana.

Sabíamos que estaba cortejando a una humana porque le había pedido consejo a Azan.

En general, todo iba bien.

Los trillizos trabajaban y cuidaban a los peques, se habían declarado los canguros oficiales y pobre de aquellos que tocasen a los bebés en la hora de la siesta, aunque fuera su abuela.

—Azan, yo…

Me detuve dispuesta a encararlo.

Él me miró.

—Te quiero.

Durante mucho tiempo no fui capaz de demostrar amor a nadie. Mi corazón se atrofió por el dolor y me negué a sentir nada más que rabia e impotencia. Ahora, que sabía amar, se lo decía todos los días.

Necesitaba decírselo.

Él me amó desde el primer momento y siempre me lo dijo, yo se lo diría el resto de nuestra vida.

—Te quiero, gatito. Nunca hubiera soñado tener una esposa como tú.

Me besó.

Me derretí en sus brazos mientras su lengua bifurcada me saboreaba a conciencia. Y fue cuando me apretó contra su creciente erección que supe que podíamos escabullirnos un rato.

Al fin y al cabo, los pequeños tenían mucha vigilancia.

—Azan… —gemí.

—Ahora mismo, ese vientre quiere otro pequeño más.

¿Qué?

Eso hay que hablarlo.

Me cargó sobre su hombro, con cariño, al mismo tiempo que arrancaba a correr por la puerta trasera para que nadie nos viera.

—Sí, sí, más pequeños mini jefes y más mini gatitos. Pero, por si tardan en venir, yo creo que tenemos que ponernos en una terapia intensiva de sexo.

Uhmmm.

Eso sonaba bien.

De pronto, azotó mi trasero.

—¡Oye!
—Tu lujuria huele tan bien…
Y siempre la tendría.
Mi lujuria y mi caos eran suyos, para el fin de nuestros días, para nuestra existencia eterna.
Un amor completo.
Un rey y su reina.

EPÍLOGO TRES



EN ALGÚN MOMENTO, AÑOS DESPUÉS…

AZAN

Mi reina estaba nerviosa.

Después de todo lo vivido, Willow nunca quiso celebrar más fiestas. Comprendí sus motivos, pero ansiaba dar una en su honor. Puede que eso me hiciera temerario. ¿Qué puedo decir?

Adoraba lucirla, que todos vieran la mujer que me había elegido como pareja.

La que hizo latir mi corazón.

En los años después de reunirnos, nunca más llegaron a alcanzar a Willow. No fallé protegiéndola.

Lo había hecho, al igual que me había equivocado muchas veces. Sentir algo después de tantos siglos con el corazón de piedra… Me hizo cometer muchos errores de los que siempre me arrepentiré.

La primera vez que le comenté sobre una fiesta, Willow casi dejó caer a nuestro bebé Finn de sus manos. Lo alcanzó justo a tiempo, pero yo casi me quedo blanco y eso que soy de un rojo intenso.

Sabía sus motivos para estar reticente.

Pero soy un perro astuto.

Convencí a todos para que me ayudaran a convencerla. No fue fácil, puede que tardásemos

unos meses que a mí me parecieron años.

Y accedió.

Ahora, que estábamos a punto de entrar a ese salón donde una vez me disparó en el pecho, sus nervios eran más que visibles. Llevándose la mano hacia la pierna donde tenía enfundada su arma, sabía que era una costumbre que la ayudaba a calmarse.

Aun así, deseé que pudiera estar tranquila, que se sintiera a salvo.

Envolviéndola con una de mis alas, la apreté contra mí. Estaba perfecta, una diosa orgullosa con su vestido rojo a juego con mi piel.

Había costumbres que nunca cambiaban.

—¿Mi gatito tiene miedo? —pregunté sabiendo lo que provocaría.

Me fulminó con la mirada.

—Jamás.

Así me gustaba.

Era la más dura de la sala.

Todos sabían su pasado como asesina de demonios. No temía a la muerte, tampoco a mancharse las manos con sangre y había demostrado ser una reina eficaz, asertiva, compasiva y terrible cuando tocaba.

Era sencillamente perfecta.

—Bien, porque esta fiesta es para ti.

Envolviendo su brazo con el mío, me sentí fuerte, capaz de cualquier cosa. Entramos en el salón. Las miradas cayeron en cascada sobre nosotros, nos atraparon y, cuando vi que congelaban a mi gatito, la guie poco a poco hacia la multitud.

No nos paramos a saludar porque esperaban algo.

Estas fiestas no se hacían solo por diversión, marcaban un estatus que mandaba un mensaje al resto de sectores. Hoy era un rey sentado en un trono, pero era mucho más. Era yo, pidiéndole a Willow que estuviera conmigo.

Había sabido amar a un demonio.

Y me enorgullecía saber que, mientras otros veían una faceta despiadada en mí, ella tenía el Azan que se moría por tomarla.

En más de un sentido.

Me senté bajo la atenta mirada de todos, fue solo un momento, pero muchos recuerdos llegaron a mí. Ahora construiríamos otros, unos que nos ayudaran a pasar página y amortiguar el dolor antiguo.

Ella se sentó en mi regazo con suavidad, pero la muy maldita hizo que mi polla acabase en un sitio especial, justo entre sus nalgas, casi acogiéndome. Mi cola traviesa se enroscó en su rodilla con ganas de más.

—Si sigues así, gatito, te follaré delante de todos —le susurré.

Willow rio.

—¿Tan pronto? Creí que tendría que hacer algo más para ponerte caliente.

«Caliente» era mi estado natural.

La tomaba siempre que podía. Ella competía con mi alto lívido y me buscaba entre horas de

trabajo, a veces hasta cuando estaba en una llamada o cuando pensaba que ya podía dormir.

Nuestros cuerpos chocaban el uno contra el otro tantas veces que…

Uff.

Me estaba poniendo muy caliente.

—¿Una copa, señor? —preguntó una camarera.

Supe, por cómo se tensó Willow, que esa chica estaba cerca de su territorio. Puede que yo le hubiera pegado mi parte primaria de ser implacable o puede que siempre estuviera ahí, bajo su piel.

La camarera ignoró a Willow y eso hizo que ella se recostara sobre mi pecho con un largo suspiro caliente.

Maldita fuera ella, me iba a correr sin meterme dentro de su apretado cuerpo.

—Azan, mátala, por favor —dijo sin más.

Yo dejé que mi magia comenzase a salir de mí.

Aterrorizada, la camarera dio un salto.

—Perdóneme, señora, no volverá a pasar.

La perdonó y me lo hizo saber con una caricia en mi pierna, cerca de mi rodilla. Sabía que cualquier toque me estaba poniendo muy nervioso y siguió haciéndolo.

Entre risas, vimos a la camarera correr para seguir sirviendo copas.

No es que yo reaccionase mejor cuando un demonio o humano quería coquetear con mi esposa, pero me encantaba verla territorial conmigo.

¡Soy un demonio!

Recordadlo siempre.

Girando sobre mí, quedamos el uno frente al otro con una erección del tamaño de un camión y dura como una barra de hierro entre nosotros. Ella contoneó sus caderas, frotándose más.

Y yo supe que no saldría con vida de ahí.

Esa mujer sería mi muerte.

—Eres mío, Azan —sentenció.

Lo sabía, pero había tardado en sacar esas garras que tanto me encantaban.

Tomé su mentón.

—Lo soy.

—Para siempre —declaró Willow.

Sí.

Para siempre.

La besé en los labios. Quise ser casto, quise ser dulce y cuidadoso, pero mi gatito tenía otros planes para mí. Gimió en mi boca de forma tan sensual que perdí el control de la situación.

—Gatito… —la regañé.

Ella me miró con pasión.

—Busquemos un sitio.

Entonces fue mi momento para hacerme el inocente.

—¿Para qué?

—O me follas o te disparo.
¿Qué podía decir?
Con esas opciones siempre tomaba la más placentera.
Amaba a esa mujer.
Y sí, como estáis esperando a que lo dijera, ahí va: MÍA.

FIN

¿HAS DISFRUTADO DE LA LECTURA?



Espero que hayas disfrutado de la lectura y la novela.

¿Te ha gustado? Por favor deja un comentario o reseña donde la hayas adquirido. Para mí es muy importante, ayuda a mejorar y hace más fácil este trabajo.

También muchos lectores podrán hacerse una idea de la novela que encontrarán gracias a vuestras palabras. Cinco minutos de tu tiempo que marcarán la diferencia.

Y si deseas hablar conmigo estaré encantada de atenderte en mis redes sociales.

Gracias.

Búscame por redes sociales si deseas hablar conmigo y darme tu impresión.

BÚSCAME

Facebook: https://www.facebook.com/Tania.Lighling

Fan Page: https://www.facebook.com/LighlingTucker/

Instagram: @lighling.tucker.tania

OTROS TÍTULOS

Saga Devoradores de Pecados:

—No te enamores del Devorador.
—No te apiades del Devorador.
—No huyas del Alpha.
—No destruyes al Devorador.
—No confíes en el Devorador.
—No hables con el Devorador.
—No beses al Devorador.
—No temes al Devorador.
—No soy un Devorador.

Más títulos como **Lighling Tucker**:

—Devian
—La corte escarlata.
—Acordes de fuego.
—Sin compasión
—Conquístame si puedes.
—No soy tu rosa ni tu tulipán.
—Eternos.
—Huyendo de Mister Lunes.
—Las catástrofes de Alicia.
—Los encuentros de Cristina.
—Navidad y lo que surja.
—Se busca duende a tiempo parcial.
—Todo ocurrió por culpa de Halloween.
—Cierra los ojos y pide un deseo.
—Alentadora Traición.
—La ayudante de Cupido.

Como **Tania Castaño**:

—Redención.
—Renacer.
—Recordar.